

eTerciopelo

*Fuera*  
DE  
CONTROL



CRIS TREMPES

# Fuera de control

Cris Tremps



TERCIOPELO



# FUERA DE CONTROL

Cris Tremps

«Cuando tu vida está fuera de control, el amor es lo único seguro».

## ACERCA DE LA OBRA

John Petersen, empresario multimillonario, sufre un accidente con su avioneta cuando sobrevuela una zona boscosa al norte de Nueva York coincidiendo con una copiosa nevada.

Mary Roberts está pasando unos días en su pequeña cabaña mientras disfruta de la soledad junto con sus libros. Una tarde, cuando menos se lo espera, escucha un estruendo. Decide acercarse a la zona cero al suponer lo que ha sucedido; allí encuentra a John.

Tras varios días juntos a causa de una tormenta que los deja aislados e incommunicados, salen a buscar pistas en el lugar del siniestro, pero un disparo destinado a John hiere a Mary.

Rose Hall es el nuevo hogar del empresario donde se encuentra su pequeña familia, que aunque no son de sangre, los ama como si lo fueran. Allí traslada a Mary para que pueda recuperarse.

Sucesos posteriores desatan sentimientos en John que no pensaba sentir nunca.

Necesitan saber qué ocurre y quién está provocando los incidentes con la intención de asesinar al multimillonario.

¿Podrá John descubrir qué es lo que sucede?

¿Podrá resistirse a la inminente atracción que siente por Mary?

«Fuera de control», así están las cosas.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Cris Tremps** es el seudónimo literario de Ana Cristina Alvarez. Nacida en Zaragoza, se considera ciudadana del mundo, ya que ha vivido en diferentes lugares de la geografía española. Enfermera desde hace casi tres décadas, su trabajo ha sido durante mucho tiempo su pasión. Lectora compulsiva desde la infancia, ha tenido debilidad siempre por la literatura romántica. Hasta hace muy poco no se había planteado el escribir, pero tras leer un recopilatorio de microrrelatos, decidió empezar a contar las pequeñas historias que aparecían en su mente. Poco a poco se dio cuenta de que podían ser relatos más largos hasta que terminó *Tempestad*, su primera novela. Tiene varios relatos cortos publicados dentro de algunos recopilatorios de carácter policíaco, histórico y romántico. Su primera autopublicación fue *Píldoras románticas*, un libro recopilatorio de relatos cortos y microrrelatos todos pertenecientes a los diferentes géneros de la romántica.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Dedicatoria y agradecimientos

Créditos

## Capítulo 1

—¡Joder! ¡Esto es el final! —exclamó John en voz alta cuando se dio cuenta de que estaba a punto de estrellarse con su avioneta.

La visibilidad era casi nula debido a la tormenta de nieve provocada por una ola de frío polar. Realizaba un aterrizaje forzoso en medio de la zona boscosa nevada cercana a su hogar. El motor izquierdo había estallado hacía unos instantes y el fuego desatado amenazaba con incendiar el resto del aparato. Cortó el suministro de combustible e intentó controlar el aparato lo mejor que sabía.

Unas gotas de sudor resbalaban por su frente y sienes. Intentaba planear con los brazos en tensión para que el aterrizaje fuera lo más suave posible. Sabía que al tomar tierra cabía la posibilidad de que la avioneta explotase y no podría hacer nada por evitar morir allí.

Llegado ese momento no sabía si ponerse a rezar. Era imposible que saliera ileso de esa situación. Pensó en sus seres queridos y no pudo evitar sentirse triste al dejarlos tras la inminente catástrofe.

No había informado al equipo de seguridad de la casa que efectuaría ese vuelo ya que lo había previsto para el día siguiente, pero ante las ganas de volver al que ahora era su hogar no reprimió el impulso de adelantarlo.

Se dirigía hacia la ciudad de Rome, en el condado de Oneida, perteneciente al estado de Nueva York.

El terreno donde estaba edificada su casa era tan grande que le permitió construir un pequeño aeródromo junto con un helipuerto. A pesar de ser de propiedad privada debía informar de los planes de vuelo a la torre de control del pequeño aeropuerto de la zona.

Contaba con muchos años de experiencia como piloto y conocía la zona como la palma de su mano. Recordaba que cerca de donde se encontraba había un pequeño claro al que podría llegar planeando e intentar no colisionar contra los árboles.

Emitió la señal de S.O.S. con la esperanza de que si sobrevivía fueran en su busca. Avisarían a Michael, su amigo y jefe de seguridad. Él se encargaría de rastrearlo. Lo peor era la preocupación que les provocaría.

Se había hecho demasiado tarde para saltar con el paracaídas que llevaba en la parte posterior, no contaba con la suficiente altura. Desde que había explotado el motor se había dedicado a controlar el aparato y a pensar que estaba a punto de morir.

Tenía la boca seca por los nervios, aunque se consideraba un hombre calculador y frío, ahora estaba al borde de tirar la toalla y de estrellarse contra un árbol. No, el instinto de supervivencia no lo permitiría. Lucharía hasta el final.

En su mente se sucedieron infinidad de recuerdos. La muerte de sus padres hacía más de veinte años en un accidente de tráfico, el orgullo de conseguir su título universitario, la firma del primer contrato que lo llevó hasta la cima del éxito empresarial. La llamada de la policía comunicándole

que su hermano pequeño había sido asesinado en una gasolinera. Ese recuerdo era especialmente doloroso.

Rose, su niñera y ama de llaves desde que tenía memoria, tan cálida y amorosa, le esperaba en casa para preguntarle cómo le había ido el día. Michael y él, filosofando mientras tomaban un whisky. O las ocasiones en las que valoraba con Bob sobre cómo iban a diseñar el jardín de Rose Hall.

Todo pasó por su cabeza en tan poco tiempo que dudó sobre su raciocinio. La situación debía ser la que otras personas explicaban que sucedía cuando estabas a punto de morir: «tu vida en pocos segundos en tu mente».

«¡No!». No iba a permitirlo. Haría todo lo que estuviera en sus manos para no abandonar este mundo.

En ausencia de respuesta a la llamada de socorro lo intentó una vez más.

—¡Torre de control! Aquí el vuelo 232 con destino a Rose Hall en la ciudad de Rome. Mi avioneta está ardiendo. Debo efectuar un aterrizaje forzoso en un claro a unas cinco millas al norte —gritó en medio del ruido ensordecedor debido al descenso brusco mientras la avioneta rozaba las copas de los árboles.

Los segundos pasaban y seguía sin respuesta, de su boca salieron varios improperios hasta que al final apretó la mandíbula con rabia. La profusa sudoración se había extendido por todo el cuerpo.

Planeó todo el tiempo que pudo. La nieve chocaba contra el cristal, solo divisaba un manto blanco. Cuando creyó que estaba cerca del claro, que recordaba haber visto muchas veces desde que habían iniciado la construcción de Rose Hall, hizo descender los mandos. Sintió cómo se inclinaba más la avioneta, cerró los ojos y se preparó para el inminente choque.

Ocurrió antes de lo que esperaba. Se produjo un golpe seco contra un árbol que bordeaba el claro con un gran estruendo, o al menos eso creyó. Notó cómo su cuerpo rebotaba contra el cinturón de seguridad y se golpeaba la cabeza contra el cristal de la ventanilla lateral. Durante unos segundos mantuvo los brazos estirados y tensos. Le sobrevinieron unas nauseas debido al mareo producido por el rápido descenso y la contusión craneal. Su visión se volvió borrosa. Percibió algo caliente que resbalaba sobre la sien izquierda hasta la cara, levantó una mano y tocó el líquido, lo miró en sus dedos impregnados y vio que era sangre.

Estaba tan conmocionado que en un principio no pensó en que estaba vivo. ¡Había sobrevivido al accidente!

Se desabrochó el cinturón de seguridad e intentó moverse. Comprobó que no tenía nada roto salvo la herida en la cabeza y el dolor intenso que sentía. Seguro que acabaría vomitando lo poco que llevaba en el estómago.

Tenía claro que los golpes saldrían en unas horas y la sensación sería como si le hubiesen dado una paliza. Estaba en buena forma, pero esto le iba a pasar factura. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y observó que no había cobertura.

«¡Vaya! Un teléfono de última generación que no le servía para nada», pensó. Estuvo a punto de estamparlo contra lo que quedaba de la ventana frontal, no obstante contuvo el impulso.

Lo importante era abandonar del aparato por si estallaba, aunque creía que con la nieve se enfriaría y si no había explotado al tomar tierra, ya no lo haría, o al menos eso esperaba.

Todo el fuselaje debía estar abollado. Los mandos de la avioneta acabaron destrozados y la radio tampoco emitía ninguna señal. Se giró desde su asiento y vio que las pocas pertenencias que llevaba permanecían revueltas junto con los asientos que se habían desubicado de su sitio. Abrió

la puerta de su lado dándole golpes con los pies, ya que estaba atrancada y deformada por el impacto. Volvió a pensar en su buena estrella porque no había perdido la movilidad con alguna fractura.

Una vez lo logró, salió al exterior en donde las temperaturas con toda probabilidad bajarían rápidamente ya que la poca luz que se filtraba a través de la nevada pronto desaparecería y tenía que pensar en moverse, si no, moriría congelado. Si había sobrevivido al accidente no iba a morir por las inclemencias del tiempo, eso lo tenía muy claro.

Se hundió en la nieve al ponerse de pie y dio un par de vacilantes pasos, intentando controlar la inestabilidad por el mareo persistente.

Observó los restos de lo que había sido su avioneta, un sudor frío le cubrió todo el cuerpo en el instante en el que apreció lo que en realidad podía haber ocurrido. Abrió la puerta de la parte posterior y se concentró en lo que debía llevarse. Después intentaría orientarse por la posición en la que el aparato había quedado.

Sabía que hacia el norte estaba Rome y cerca, su casa, pero la oscuridad avanzaba rápidamente a esas horas. No debían ser más de las seis de la tarde y pronto todo estaría oscuro.

La sangre fluía lentamente por su mejilla. Sacó un pañuelo que llevaba en el bolsillo superior del traje y lo colocó sobre la herida. No había contado con tiempo para cambiarse tras el evento al que había asistido. Cuando apretó la prenda el dolor le causó de nuevo náuseas. Se dirigió todo lo rápido que pudo hacia un árbol cercano con pasos inestables y vomitó. El mareo que le sobrevino provocó que cayera de rodillas sobre la blanda capa.

Una vez vació el escaso contenido de su estómago, cesaron las náuseas, pero el mareo persistía. Cogió un poco de nieve e intentó refrescarse y limpiar la boca para quitar el regusto amargo del vómito.

Seguía arrodillado, los pantalones se humedecieron al instante. Sabía que tenía que levantarse, sin embargo todo le daba vueltas. Intentó mantener la vista fija en un punto y esperó unos segundos.

La cabeza le palpitaba, al menos el sangrado había cesado. Intentó ponerse en pie, apoyándose en el árbol. A pesar de su estado y de la inestabilidad del terreno regresó a la avioneta y sacó de la parte posterior el abrigo, que se puso, además de su maletín con el ordenador y una pequeña mochila con material de supervivencia. Esto último se lo debía a las insistencias de Michael. Siempre bromeaba con él sobre el asunto y le decía que era un pesado, pero en esos momentos le estaba más que agradecido.

La nieve caía cada vez con más fuerza, el viento había arreciado. Dentro de la mochila encontró una manta térmica, barritas energéticas, un pequeño botiquín, una lata de un refresco calórico y un chubasquero de plástico plegado que sin pensarlo dos veces colocó encima del abrigo. El mareo parecía remitir y comenzó a caminar hacia donde pensó encontraría alguna carretera.

Se desplazó con gran dificultad durante lo que le pareció una eternidad, tuvo que admitir para sí mismo que estaba perdido. No sabía qué hacer. Al final decidió sentarse y esperar un poco para recobrar el aliento, no era nada fácil moverse en esas condiciones y se encontraba muy cansado.

Colocó la mochila en el suelo al lado de dos árboles, que formaban un pequeño recoveco, se sentó sobre ella y se recostó. Esperaba notar algo de calor con la manta térmica encima. Hacía frío y seguía nevando, cerró los ojos y pensó que era un hombre al que le gustaba planificar al milímetro y controlarlo todo, pero en esos momentos estaba perdido y no sabía si sobreviviría. Su mundo se había descontrolado por un maldito impulso.

Valoraba cómo salir de esa situación, y cuando menos se lo esperaba, escuchó unos sonidos

extraños crepitantes; pocos segundos después sonó una explosión. Se había librado por poco. Con ese pensamiento en mente perdió el conocimiento.

Mary estaba instalada en la cabaña desde hacía tres días, abandonó Nueva York a sabiendas de que el tiempo sería complicado y que quizás se quedaría allí incomunicada.

Siendo una mujer previsora había hecho acopio de alimentos. El generador estaba preparado por si tuviera que abastecerse de él al irse la luz y el cobertizo repleto de leña que le suministraría suficiente calor dentro de su pequeña morada.

El único problema que no podía resolver era el de la falta de cobertura para el móvil, ya que hasta allí no llegaba la línea para un teléfono fijo.

Le había costado muchas horas de trabajo poder reunir el dinero suficiente para poder comprarla, pese a todo ahora todo ese esfuerzo quedaba compensado. Era la propietaria de una pequeña librería en el corazón de Manhattan que había sobrevivido a las grandes superficies, gracias a la atención especializada y a que el local formaba parte de la herencia que le había dejado su abuela, gracias a ello no debía una hipoteca a ningún banco.

Estaba allí para disfrutar de unas merecidas vacaciones tras años de arduo trabajo. El negocio lo había dejado en manos de Sophie, amiga y compañera en su aventura comercial cuando había continuado con el negocio familiar, y la persona en quien más confiaba.

Poseía un pequeño coche de ciudad que no podría mover por el mal estado de las carreteras llenas de hielo y nieve a pesar de llevar cadenas. Lo primero que hizo al llegar fue guarecer el automóvil en el pequeño garaje que había junto a la cabaña.

En esos momentos la luz externa era escasa. Estaban en plena ventisca y la nieve caía persistentemente, y no le preocupaba, se encontraba sentada en un cómodo sillón con las piernas enroscadas a la vez que leía una de las últimas novelas de Nalini Singh, su autora favorita.

Todo permanecía tan tranquilo que casi daba un poco de miedo. Si fuera una mujer pusilánime no aguantaría ese silencio que solo se quebraba con el crepitar de los troncos mientras ardían y el sonido de la tormenta.

Estaba tan enfrascada que al principio pensó que había imaginado el ruido procedente del exterior, una especie de silbido que cada vez era más elevado y cercano.

Finalmente el sonido terminó con un fuerte golpe seco que la hizo estremecerse.

Pensó en qué podría haber sido. En los alrededores solo había árboles, un bosque frondoso en el que solo aparecía algún que otro ciervo y cazadores, pero ahora no era época de caza. ¿Podría tratarse de un árbol derrumbado por el peso de la nieve? Desechó la idea ya que el ruido había sido mucho más estruendoso.

Ahora se hallaba intranquila a pesar de que ya no se oía nada inusual. Se levantó y fue a la cocina para prepararse un té bien caliente.

Colocó el hervidor en el fogón y miró a través de la ventana. Ya estaba oscuro y seguía nevando. Abrió uno de los armarios y escogió té rojo, lo añadió al agua una vez preparada y lo dejó reposar un poco mientras continuaba observando por la cristalera.

Entonces escuchó una explosión no muy lejos de la casa. Mantenía la mirada en el exterior, y, a pesar de la poca visibilidad, le dio la sensación de ver una columna de humo que aparecía al fondo del paisaje. Sospechaba que quizás algo se había estrellado contra los árboles.

Recordó que no muy lejos había un pequeño claro y se ubicaba en la dirección en donde se intuía la humareda.



«Alguien podía necesitar ayuda», pensó a la vez que dejaba abandonada la taza de té sobre la mesa de la cocina y caminó hacia la entrada de la casa en dónde dejaba sus botas y la parca. Se abrigó además con un gorro y una bufanda de lana roja, salió con una linterna en las manos. Cerró la casa con llave pese a reconocer que no sucedería nada aunque la dejara abierta.

Con los guantes puestos mantuvo la linterna enfocada hacia el suelo para poder ver por dónde pisaba. Caminó hacia el lugar en el que deducía que había sucedido un accidente, probablemente aéreo. Atravesó pequeños senderos que se persistían gracias a los árboles que los bordeaban.

Sentía que era lo correcto a pesar del frío. Era incapaz de quedarse dentro de la cabaña y que su imaginación le jugara la mala pasada de obsesionarse con pensamientos tipo: que podía haber alguien sufriendo o quizás muerto y que nadie se interesara o supiera lo sucedido.

Caminó unos veinte minutos. Sudaba por el esfuerzo de desplazarse sobre la nieve ya que intentaba avanzar lo más rápido posible. En esos instantes el silencio del bosque solo quedaba interrumpido por un ligero chisporroteo. No podía ver la columna de humo ya que los altos árboles se lo impedían. Olía al bosque y a la nieve, pero al final había un sutil hedor a gasolina quemada. Creía que sus suposiciones iban en el camino correcto, algo se había estrellado contra los árboles y había explotado. Posiblemente la avioneta que había imaginado.

Temía encontrarse con el desastre que fuera, solo pensar en cadáveres calcinados o cuerpos desmembrados su cuerpo reaccionaba con temblores, aunque también era consciente de que si hubiera supervivientes no podía ignorar ayudarlos.

Poseía una gran imaginación y parecía que su mente solo recreaba imágenes de desastres vistos por la televisión.

Conforme se acercaba a la zona iluminada por el fuego su aprensión crecía. Una vez cerca observó el pequeño aparato en llamas, no olía a carne asada así que al menos sospechaba que no había muerto nadie allí dentro y eso era, al menos, esperanzador. Seguramente se estaba autosugestionando debido al estrés.

Rodeó con cuidado la zona. Observó los alrededores para poder localizar algún cuerpo o a algún superviviente si los había, salvo unos pequeños restos metálicos esparcidos cerca del aparato no se apreciaba nada fuera de lo común sobre el blanco paisaje.

Estaba intranquila. Al menos el calor que desprendía el fuego la calentaba, pensó que quizás no era prudente quedarse tan cerca por si explotaba de nuevo, así que tras voltear toda la zona regresó al sendero que conducía a su casa.

Si había sobrevivido alguien ya no estaba allí y una vez estuviera en casa podía sentirse tranquila por haber hecho lo que debía. Ayudar al prójimo si lo hubiera encontrado sin tener remordimientos por no hacerlo. Volvería a quedarse en el calor de su casa con la nariz enterrada entre sus libros.

A pesar de todo, mantenía la incertidumbre de que no había pasado tanto tiempo entre el momento en que había llegado y el sonido del accidente para que una persona pudiera haberse puesto a salvo.

Al reemprender de nuevo el camino estaba todo oscuro. Encendió la linterna para hacerse una idea de que iba por el lugar correcto de vuelta al hogar, entonces vio un bulto amarillo brillante cubierto parcialmente de nieve contra un árbol, al aproximarse observó que era más grande de lo que en un principio le había parecido.

Más asustada de lo que sus movimientos demostraban se acercó e inclinándose retiró con mano temblorosa lo que parecía una protección. Soltó el objeto mientras se llevaba una mano a la boca

y un jadeo involuntario se le escapó cuando descubrió que apoyado contra el árbol había un hombre.

Enfocó con la linterna para poder verlo mejor. Colocó su mano libre debajo de la barbilla elevando con cuidado la cabeza. El hombre tenía sangre seca en el cabello y sobre la cara. Estaba inconsciente. Dejó atrás todos sus nervios, sujetó la linterna y alargó la mano libre para tocarle el hombro. Lo zarandeó un poco esperando a que reaccionara.

No la decepcionó, respondió abriendo los ojos. Un intenso color verde la observó con la vista algo desencajada bajo unas oscuras cejas y parpadeó por la luz de la linterna que le iluminaba directamente a la cara. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Mary que reaccionó y se incorporó, dejando que el hombre se sostuviera solo. La luz directa sobre su cara hizo que el tipo parpadeara y cerrara los ojos con fuerza.

—Me he perdido —susurró el hombre con la voz enronquecida sin apenas mover los labios.

Ambos temblaban y decidió que debían volver a su refugio con rapidez. Era posible que tuviera una conmoción y que el frío y la inactividad estuvieran a punto de producirle un cuadro de hipotermia. Ya lo interrogaría más tarde.

—¿Iba alguien más con usted? —cuestionó a la vez que lo ayudaba a levantarse. Lo cogió por la axila y estiró hacia arriba.

Él negó con la cabeza como si le costara poder moverse.

—No podemos quedarnos parados, o ambos nos congelaremos. Tenemos que caminar unos veinte minutos hasta mi casa, ¿cree que podrá?

Sin mediar palabra el hombre asintió con la cabeza. Una vez de pie observó que iba bien abrigado aunque un poco disfrazado con ese abrigo largo, un chubasquero y la manta térmica encima. No llevaba botas por lo que estaba segura que tendría medio congelados los pies. El hombre se giró despacio e intentó coger la bolsa y la mochila sobre las que estaba sentado y no había visto hasta ese momento.

—Me pondré la mochila a la espalda y llevaré también la bolsa. Usted puede resguardarse con la manta. Iré delante con la linterna señalando el camino —dijo con decisión cuando vio que el hombre parecía reacio a entregarle sus enseres, pero al final capituló ya que comprobó que en el momento que probó moverse casi no pudo ni levantar el brazo.

Lo observó hasta que dio un par de pasos, entonces comenzó la marcha a la vez que señalaba el camino. Sus pertenencias pesaban y comenzaba de nuevo a sudar por el esfuerzo, aunque saber que no estaban tan lejos de la casa le daba los ánimos necesarios para continuar.

De vez en cuando se giraba para comprobar cómo progresaba el hombre que caminaba con más dificultad que ella y parecía totalmente inestable, una de las veces lo observó llevándose la mano a la cabeza. Quizás se estaba mareando y no se había dado cuenta.

—¿Está mareado? ¿Puede seguir? —le preguntó con gesto de preocupación en la cara. Parecía que el hombre no iba a responder, entonces levantó un poco la cabeza y asintió de nuevo. No obstante al dar un paso hacia ella casi volvió a caerse.

«No, no estaba bien», pensó. Respiró hondo y soltó un largo suspiro. Se acercó, lo cogió por la cintura e hizo que se apoyara sobre ella para poder continuar. Al principio él reaccionó no moviéndose, pero ella no le dio ninguna alternativa.

Pareció claudicar, pasó su largo brazo derecho por los hombros de ella, que entonces la hizo consciente de lo alto que era. Era menuda, no llegaba al metro sesenta y con todo el peso que ya

llevaba encima les costaría avanzar. Valoró las opciones: sería peor y más lento si tenía que estar comprobando continuamente el avance del hombre, que cada vez era más dificultoso.

Caminaron en silencio. Solo se escuchaba el sonido del crepitar de sus pasos sobre la nieve. Las respiraciones jadeantes de ambos rompían el ambiente del bosque como indicativo de que alguien perturbaba esa inhóspita zona.

Casi estaba al límite de sus fuerzas y justo vio el contorno oscuro de su casa con la pequeña luz que había dejado encendida en el salón. Volvió a animarse al pensar que en poco tiempo estarían a salvo y calentitos.

—Ya estamos llegando —dijo para animarlo. Él de nuevo asintió y apretó ligeramente el hombro de ella donde estaba apoyado.

Muy cerca ya de la casa notó en un principio que sus pasos eran más erráticos y tambaleantes, poco después su mano abandonó su hombro y cuando menos lo esperaba, él se derrumbó. El hombre cayó como un árbol talado hacia delante. Menos mal que la nieve amortiguó la caída porque si no, seguramente, se habría fracturado la nariz al caer de cara totalmente inconsciente.

Asustada de que el hombre estuviera peor de lo que le había parecido en un principio se acuclilló y le dio la vuelta, movimiento que le supuso un gran esfuerzo. No había sangre fresca en su cabeza, a pesar de ello no recobraba el conocimiento. Le tocó la cara y le dio unas palmaditas para ver si reaccionaba. Estaba muy frío.

Ya que la puerta de la casa estaba muy cerca decidió ir a abrirla y dejar los bultos que llevaba encima. Los depositó en la entrada y con la puerta abierta se encaminó de nuevo hasta el desconocido e intentó levantarlo. No pudo, era un peso muerto. Así que optó por arrastrarlo por la nieve, estirándolo desde las axilas, sin embargo era un hombre muy grande y a pesar de sus esfuerzos no ganaba terreno; tropezó un par de veces y cayó sentada sobre la nieve.

Se irguió, se pasó la mano por la frente perlada de sudor por el esfuerzo y pensó que necesitaba algo que la ayudara a hacer un poco más fácil deslizarlo sobre la nieve hasta la casa.

«¿Una lona?», se preguntó. A lo mejor si lo colocaba sobre ella podría moverlo mejor. No es que tuvieran mucho tiempo porque la nevada continuaba y estaba quedándose sin fuerzas, pero probarlo no retrasaría demasiado la situación.

Entró de nuevo en la casa y se dirigió a un pequeño almacén que tenía en una habitación en la parte posterior de la casa, abrió la puerta del armario, de una estantería sacó un plástico que era lo suficientemente grande para colocar al hombre encima y arrastrarlo.

Salió como una exhalación a probar su invento. Extendió sobre el suelo nevado el plástico e hizo rodar el cuerpo del hombre hasta que lo dejó bien colocado, agarró los extremos y comenzó a tirar.

Tuvo que hacer mucha fuerza, pero al menos avanzaba mejor que cuando optó por tirar directamente desde su cuerpo.

Una vez estuvo en el suelo de la entrada de la casa, cerró la puerta y se dejó caer contra ella hasta que quedó sentada mientras recuperaba la respiración y las fuerzas. Estaba agotada. Pensó que si el hombre no reaccionaba en poco tiempo no sabía qué más hacer. Sacar el coche era impensable. No podrían llegar ni a la mitad del recorrido con el fin de acudir al pueblo más cercano en dónde encontrarían asistencia.

Quizás tendría que ir andando hasta encontrar una zona con cobertura para solicitar ayuda. De todas formas, ese era el momento de acomodar al hombre e intentar reponerse de todo lo sucedido.

La casa permanecía caliente y se percató que todavía llevaba toda la ropa de abrigo encima. Se

levantó, se la quitó y la dejó colocada sobre unos colgadores que había en la pared a la entrada.

Las botas también desaparecieron en el zapatero de debajo de los colgadores para cambiárselas por unas zapatillas de color fucsia muy chillonas, muy calentitas regalo de su amiga y compañera Sophie las Navidades anteriores.

Se acercó de nuevo a su huésped desconocido e intentó despertarlo. Volvió a abofetearlo suavemente. Notó que ya no estaba tan frío. Al final el hombre abrió los ojos y pareció concentrarse en ella. Continuaba estático, aunque había despertado.

Lo observó y pensó que a pesar de toda esa sangre era un hombre muy guapo. La nariz recta y aristocrática, los ojos de un intenso color verde, el cabello oscuro, probablemente negro, que le llegaba sobre los amplios hombros y una boca con labios carnosos que invitaban a ser mordisqueados.

Cabeceó con reprobación debía dejar de valorar al pobre hombre que todavía permanecía tendido sobre el suelo. Apartó la mano de su mejilla y buscó la herida que al final encontró sobre la sien.

La sangre estaba seca y le costaría un poco limpiarlo, al menos esperaba que no necesitara puntos, porque si no, una fea cicatriz le iba a quedar probablemente escondida por su cabello.

—¿Puede levantarse? Voy a colocarlo en la cama. Estará más cómodo y podrá descansar — expresó con lentitud mientras observaba su reacción.

No le asombró que solo asintiera con la cabeza. Lo ayudó a incorporarse y le colocó de nuevo el brazo alrededor de la cintura para dirigirlo hacia su habitación. La estancia no era muy grande, pero gracias al armario empotrado había podido colocar una cama de matrimonio y dos mesitas. Una cómoda ocupaba el espacio que quedaba debajo de la ventana y una mecedora en el único rincón desocupado de la estancia.

Una vez lo tuvo apoyado contra la cama, lo sentó y comenzó a ayudarlo a quitarse toda la ropa de abrigo. Capa tras capa al final encontró que llevaba un elegante traje de ejecutivo que no se encontraba en muy buen estado, aunque tras pasar por la tintorería a lo mejor podría recuperar.

Mientras le retiraba la ropa, menos el bóxer negro, tocó un cuerpo musculado. Un suave bello oscuro cubría su torso, que bajaba en una fina línea que desaparecía bajo la ropa interior. El pobre hombre temblaba de manera descontrolada así que intentó ir más deprisa.

Le quitó los zapatos junto con los calcetines y sus suposiciones se confirmaron, un ligero color azulado más intenso en los dedos teñían la pálida piel de sus pies. Buscó entre sus ropas al recordar que tenía un gran jersey de lana de color negro que podría servir para sustituir la parte superior, y unos pantalones deportivos que le quedarían justos, pero que al menos lo mantendrían caliente.

Lo vistió con celeridad y lo depositó sentado sobre la cama. Después fue al cuarto de baño y buscó un pequeño barreño que llenó de agua templada para colocar sus pies dentro y hacer que entrara en calor más rápidamente. Sabía que sería doloroso, porque en un principio sentiría fuertes pinchazos, no obstante cumpliría con su función.

Cogió una toalla y regresó con su desconocido que continuaba en la misma posición, miraba hacia la pared como perdido en sus pensamientos. Los temblores parecían haber disminuido.

—Voy a poner sus pies en agua templada, estarán muy sensibles, será como si le clavaran pequeñas agujas y hará que entre en calor más rápido.

Él volvió a asentir; pareció tensarse un poco como preparándose para lo que iba a suceder.

No había calculado muy bien el espacio del barreño. Tenía unos pies largos y grandes. Primero intentó calentar el pie derecho con la toalla, frotándolo con fuerza, y después, lo metió en el agua a

la vez que le subía un poco el pantalón deportivo. No hizo ningún ruido, pero la expresión de dolor en su cara lo decía todo. Mientras tanto cogió el otro pie, lo envolvió en la toalla y repitió la acción mientras lo abrazaba e intentaba reactivar la circulación con movimientos enérgicos sobre el mismo.

Arrodillada delante de él levantó la mirada, vio que el hombre parecía algo más sereno y movía el pie dentro del recipiente. Una oscura ceja se elevó cuando comprobó cómo intentaba calentar el otro pie que sujetaba cerca de sus senos.

Mantuvieron la posición y las miradas durante un par de minutos. Comprobó que el pie a remojo ya tenía una coloración más normal. Le quitó la toalla enrollada en el pie izquierdo y lo puso dentro del agua mientras secaba el otro. En esa operación el hombre ya no se tensó, seguramente el calor de la fricción ya no le había llevado a la situación de pasar por la sensación dolorosa de nuevo.

Una vez tuvo esto controlado llevó el barreño y la toalla al cuarto de baño que quedaba frente a su habitación. Desde allí podía controlar al hombre.

Después lo recogería. Regresó a la habitación y buscó entre los cajones de la cómoda unos calcetines grises grandes, que a veces utilizaba para caminar descalza sobre el suelo de madera, le encantaba esa sensación. Una vez colocados en los pies del hombre observó que eran un poco pequeños, aunque mantendrían el calor.

Lo ayudó a estirarse en la cama y lo tapó con el nórdico de colores pastel que daba un punto de color a la habitación entre toda la madera de color haya. Él se dejó hacer como si fuera un muñeco. Seguía sin hablar, sin embargo ella no encontraba este hecho desagradable, al contrario, el silencio era cómodo. Sacó una manta del armario y también la puso sobre su huésped.

Se le ocurrió que le iría bien tomar algo caliente. Caminó hacia la cocina, calentó un poco de sopa en el microondas y volvió a la estancia que en seguida quedó envuelta en el suave aroma del caldo.

Se sentó en la cama al lado del hombre, entonces lo ayudó a quedar recostado contra el cabecero. Levantó sus manos y cuando le puso el tazón sobre ellas vio que todavía le temblaban un poco por lo que las envolvió con las suyas para que no se derramara el contenido, así lo ayudaba a mantenerlas más firmes.

Comprobó sus dedos largos con uñas cuidadas. Eran unas manos preciosas. Otra vez se fijaba en el físico del pobre hombre en ese momento tan difícil. Quizás llevaba demasiado tiempo sin mantener una relación, entre el trabajo y unas cosas y otras, no había tenido tiempo ni quizás ganas.

Regresó su atención a lo que debía, él tomó pequeños sorbos con cierta dificultad hasta que poco a poco lo terminó.

Mary se incorporó de la cama. Fue a la cocina a dejar el bol y volvió al cuarto de baño en busca de unas gasas, agua oxigenada y un desinfectante junto con una toalla limpia para poner debajo de la cabeza y que no se manchara la almohada.

El hombre seguía recostado contra el cabecero.

—Voy a curarle la herida de la sien, si no se marea quizás sería mejor que estuviera tumbado en la cama —le explicó mientras se acercaba y se sentaba sobre la cama, pero esta vez en el lado contrario donde dejó los materiales sobre la mesita de noche.

Sin responderle, poco a poco, él se tendió de nuevo. Mary colocó la toalla debajo de su cabeza y retiró un poco el cabello de la herida, algunas hebras estaban pegadas por la sangre. Con sumo cuidado pasó las gasas impregnadas en agua oxigenada hasta que descubrió la herida en la sien.

No era muy grande y creyó que no necesitaría puntos. Debido al lugar donde se encontraba la herida, justo en el nacimiento del pelo, poco más podía hacer, salvo desinfectarla lo mejor posible. Tras trabajar un rato en ello pudo dejarla limpia y desinfectada.

El hombre seguía sin emitir ningún tipo de sonido. Empezaba a pensar que era mudo, entonces recordó que cuando lo encontró susurró una respuesta al preguntarle.

Él no la perdía de vista mientras actuaba de eso se percató enseguida.

—Creo que ahora que ya está curado podría descansar un poco. ¿Necesita algo más? —insistió sin esperar que hablara.

—No, gracias —contestó con lentitud y la dejó un tanto perpleja.

—Soy Mary. —Aprovechó el momento para ver si él también le decía su nombre.

—Me llamo John y le estoy muy agradecido por haberme encontrado y traerme a su casa, seguramente hubiera muerto congelado —comentó con voz grave. Hablaba despacio y con un suave acento que lo delataba como neoyorquino.

—De nada, John. Escuché la explosión y no pude quedarme en casa sin saber qué había sucedido —explicó mientras ponía las manos sobre su regazo para impedir el impulso de retirarle unos mechones de su cabello que le habían caído sobre la frente.

Durante unos segundos se quedaron mirando hasta que Mary se levantó de la cama.

—Creo que debes descansar. Te dejaré tranquilo para que puedas dormir un rato. —Desapareció de la habitación. Se despidió de él con una leve sonrisa y cerró la puerta para que descansara y el ruido no lo molestara.

Entonces se ocupó de sí misma. Tras darse una ducha con agua muy caliente y ponerse la ropa cómoda que utilizaba para dormir recogió el cuarto de baño. Era tarde, entre unas cosas y otras se habían hecho las ocho de la tarde. Estaba agotada ni siquiera tenía apetito.

En el salón había un sofá cama que decidió utilizar esa noche. La pequeña habitación de invitados todavía no estaba preparada y lo único que contenía eran cajas y cajas de libros que llenarían las estanterías de todas las estancias.

Se acostó mientras bostezaba valoró cómo las cosas podían cambiar de un momento a otro. Estaba tan a gusto en su casa sola y ahora la acompañaba John, el neoyorquino, acostado en su cama. «Un hombre muy guapo», meditó antes de quedarse dormida.



## Capítulo 2

*J*ohn había dormido unas cuantas horas durante toda la noche en la que se había ido despertando cuando escuchaba pequeños sonidos que venían desde el otro lado de la puerta. Repasaba mentalmente lo sucedido en ese escaso tiempo. Había pasado de la euforia de dirigirse hacia Rose Hall al miedo a morir en el accidente. De llegar a estar medio congelado a ser salvado por Mary, la pequeña mujer que había aparecido, mientras se había quedado adormilado recostado contra un árbol.

Ella había tomado las riendas de la situación y no había tenido fuerzas para oponerse de una manera contundente, como cuando quiso cargar con todos sus bultos y, además, ayudarlo a caminar.

La sensación de mareo empezó a remitir cuando lo acostó sobre la cama, pero durante el camino había sido un constante en su estómago, la dificultad para caminar y su mal estado habían retrasado el desplazamiento a través del bosque, poniéndolos en peligro de congelación o, de incluso, a posteriori enfermar.

Le inquietaba saber que en casa no tendrían noticias tuyas, pero esperaba que Michael, su amigo y jefe de seguridad, hubiera iniciado su búsqueda y rescate.

Seguro que todo el equipo estaría en marcha y Rose, Paul y Bob permanecerían al tanto de todo. Los echaba de menos. Creía que iba a morir y solo podía pensar en ellos, en todos los buenos y malos tiempos que habían vivido.

Paul era el integrante más reciente en su pequeño círculo. Había llegado a sus vidas mediante el equipo de seguridad, pese a todo se había sumado muy bien en la familia. Tomaba la posición de control y vigilancia cuando Michael y él no estaban.

Rose era su segunda madre. Había estado a su lado desde que nació y de eso ya hacía cuarenta y cinco años. Estaría muy preocupada, menos mal que tenía a Bob a su lado, que si bien querían llevar su relación en secreto era imposible no darse cuenta de lo mucho que se amaban a través de los gestos y miradas que los delataban; y aunque la casa era grande, sabía que por la noche había movimientos a través de los pasillos a horas intempestivas.

Su querida amiga y ama de llaves no había suplido el amor familiar que sus padres tenían por su hermano y por él, había sido un complemento y un gran apoyo cuando aquel fatídico accidente en coche los dejó huérfanos.

No podía dejar de pensar que ella también había sufrido con estas muertes y después con la de su hermano asesinado.

Habían organizado una partida de póker con los amigos y de camino a casa paró para comprar unas cervezas. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, la mala suerte no solo había golpeado de nuevo a su familia, así como a la del pobre hombre que estaba al cargo, al que también habían disparado. Todo por doscientos míseros dólares.

Al final detuvieron al asesino y su socio gracias a las cámaras de seguridad. Contrató al mejor bufete de abogados de Nueva York que consiguieron que sentenciaran al ladrón y asesino a cadena perpetua. El muy cabrón ya no podría hacer daño a nadie más. A su compañero también le cayeron una pila de años encarcelado. De todo esto hacía cinco años.

Ahora estaba en una pequeña casa con Mary. Le parecía una mujer resolutiva y eficaz. Lo había curado y preocupado por su bienestar antes que el de ella. Por cómo habían evolucionado las cosas desconocía cuánto tiempo permanecería allí. La mujer debía tener un coche. Al día siguiente intentaría que lo dejara en el pueblo ubicado antes de llegar a Boonville, la ciudad en dónde se encontraba el pequeño aeropuerto que controlaba la zona y ubicado cerca de su casa.

Quería preguntarle si tenía teléfono fijo, debido a lo sucedido no confiaba en que hubiera conexión a internet o de telefonía móvil. Todo su mundo se hallaba paralizado. El accidente había cambiado mucho las cosas y al ser tan controlador, en esos instantes depender de otra persona y de las inclemencias del tiempo lo incomodaba como nunca.

Aún con el susto en el cuerpo se sentía más vivo que durante los últimos años. Desde esa perspectiva que marcaba el haber sufrido un accidente de tal magnitud podía ver que se había enterrado en la rutina del trabajo, que ocupaba las veinticuatro horas por los siete días de la semana. Ya que las comidas y cenas sociales a las que asistía eran para conseguir más beneficios en relación a sus empresas y en cuanto a las mujeres, solo las buscaba de vez en cuando para liberarse sexualmente. Todo era consentido y sabían antes de iniciar nada que no habría relación ni futuro ni enamoramientos. Ningún sentimiento de por medio, se trataba solo de sexo.

La adrenalina que había subido como la espuma durante la precaria situación comenzaba a bajar y a pasarle factura, pero en esos momentos se encontraba caliente, sobre una suave y mullida cama, arropado y con el estómago que se había tranquilizado.

Además, Mary le había curado la herida, lo había ayudado a desnudarse y a ponerse un jersey enorme, que quizás pertenecía a un hombre, algo que no le importaba. Los pantalones le apretaban un poco, aunque era un mal menor ahora. Estaba vivo y agradecido.

Nunca se había casado ni había tenido intención de hacerlo. Sus negocios ocupaban toda su vida y junto con su pequeña familia era relativamente feliz. No quería alteraciones en su ordenado y controlado mundo.

El día anterior había salido de una importante reunión en la que firmó un preacuerdo sobre un negocio tecnológico que lo haría mucho más rico de lo que ya era. Tras ello acudió a un almuerzo benéfico y sin pensárselo dos veces, en vez de esperarse al día siguiente y a que mejorara el tiempo, envió un mensaje a Paul diciéndole que volaría hacia Rose Hall y que llegaría a última hora de la tarde.

Frunció el ceño mientras repasaba qué había podido pasarle al motor de la avioneta, estaba seguro de que había pasado una revisión completa hacía un par de días. Su equipo lo investigaría junto con la policía. Contaba con muchos enemigos, con todo, aquello podría considerarse a la altura de intento de asesinato si al final se descubría que había sido forzado el estallido del motor como él sospechaba.

No quería creer eso, no obstante su mente analítica no le dejaba admitir que se trataba de un accidente. Un susurro persistente en su mente lo invadía de dudas.

Hacía un tiempo que le rondaba la sensación de que lo seguían, y que, sobre todo, Max Lowell, su competidor más directo, parecía ir un paso por delante de él, a pesar de que en ese último negocio había ganado la partida cuando presentó un proyecto mucho más interesante que Max en el último momento. Uno que beneficiaría a todo el mundo.

John había triunfado muy joven y había sabido mantenerse entre los mejores gracias a la persistencia y el estudio continuo del mercado de nuevas tecnologías. Nadie le había regalado nada, así que estaba muy orgulloso del mundo que había creado y en el que se movía, por lo que era muy consciente de que había muchos tiburones con los mismos objetivos: dinero y poder.

Tras desmallarse y encontrarse tendido en el suelo no se había fijado mucho en la casa. Ya que lo más importante había sido poder llegar al dormitorio y conseguir calentarse.

La habitación era muy acogedora y femenina, creía que nunca había estado bajo un nórdico con esos colores pastel.

Comenzó a moverse. Primero los brazos, después las piernas y al comprobar que no sufría más que los dolores típicos en el cuerpo por el accidente se incorporó poco a poco hasta recostarse sobre el cabecero.

Lo más gratificante fue que no se mareó y que no tenía dolor de cabeza por lo que se sintió más valiente y confiado, así que sacó las piernas de debajo del nórdico y la manta. Entonces se giró para levantarse. Lo consiguió, se quedó de pie quieto unos instantes, seguía sin haber mareo y pensó en que no había ido al cuarto de baño desde el día anterior cuando sintió la urgente necesidad de ir.

Caminó despacio. Llevaba colocados unos calcetines gris claro algo justos con antideslizantes que lo frenaban un poco. Abrió la puerta de la habitación y un olor a chocolate invadió su sentido del olfato, que le hizo la boca agua. No había comido nada desde el día anterior. Mary debía estar levantada desde hacía un rato preparando el desayuno en la cocina desde donde la escuchaba tararear una canción que emitía algún trasmisor.

Vio que el cuarto de baño estaba enfrente, fue directamente y era lo suficientemente grande para moverse sin tropezar con ninguno de los sanitarios. Una vez se ocupó de sus necesidades pasó unos segundos en los que comprobó su reflejo en el espejo y advirtió que alrededor de la herida de la cabeza había aparecido un gran moretón, pero no sentía otro tipo de lesiones como una fractura.

Con cuidado se lavó la cara y pensó en utilizar la ducha, entonces cayó en que sus cosas estaban fuera. Notaba la boca pastosa y seguro que olía fatal. Encontró la pasta de dientes y un colutorio en una repisa y utilizó el dedo índice que pasó por los dientes y se enjuagó la boca con el líquido. Al sentirse un poco mejor salió del cuarto de baño.

La casa no era muy grande. Al lado de la puerta principal a su izquierda se encontraba un salón y a la derecha una cocina con barra americana que separaba ambas estancias. En el pasillo frontal en el que estaba, había dos puertas delante de él, una de ellas era el cuarto de baño y al lado de la suya había otra puerta. Así que en total contó tres habitaciones que, aunque no debían ser muy grandes sí le daban sensación de espacio a la casa.

Fue hasta la barra americana y la vio preparar lo que suponía que era el chocolate por el olor que desprendía mientras se contoneaba al ritmo de la música que emitía un pequeño iPod colocado sobre la encimera.

Mary no se había percatado de su presencia todavía lo que le ofreció unos segundos para poder fijarse mejor en ella. Era bajita en comparación con él, quizás no llegaba al metro sesenta, delgada, con el cabello corto y morena. Lo que sí recordaba perfectamente era el color de sus ojos, de un precioso gris brillante que en vez de transmitirle frío, más bien resultaban acogedores. Fue algo que pudo percibir la noche anterior sobre su mirada franca y directa que no parecía esconder nada.

Llevaba unos tejanos y un jersey de color rojo que se pegaba totalmente a su figura

proporcionada.

Con un carraspeo intentó llamar su atención. Girándose entró en su campo de visión. No parecía sorprendida, seguramente lo había escuchado cuando estaba en el cuarto de baño.

—Buenos días, siento haberte despertado, ¿qué tal te encuentras? —Le sonrió tímida.

—Bastante mejor, gracias. No te preocupes, llevaba un rato despierto.

—Genial, entonces llegas a tiempo para desayunar. —Le señaló una mesa circular que había en el centro de la cocina, lo que hacía que empequeñeciera, pero que le daba un toque acogedor.

Rodeó la barra americana para sentarse en una de las sillas. Sobre la mesa había varios alimentos: cereales, tostadas, e incluso fruta fresca cortada en dados como si fuera macedonia.

—¿Quieres que prepare unos huevos revueltos con bacón? —le preguntó mientras removía el chocolate.

—No gracias, lo cierto es que no tengo mucho apetito —respondió cauto para no parecer grosero—. Con los cereales es más que suficiente y seguro que el chocolate está muy bueno.

Ella lo miró y mantuvo la sonrisa a la vez que asentía con la cabeza.

Mary terminó de preparar el dulce postre y tras sentarse empezaron a desayunar. En un principio creía que no comería demasiado, pero una vez empezó parecía que su deseo aumentaba. Al final probó todo lo que había en la mesa, incluso unas tostadas con mantequilla y un bol de fruta. Bebió zumo de naranja. Ella tomó los cereales con leche y un vaso de zumo.

Comieron en silencio solo interrumpido con el sonido de la música de fondo que se mezclaba con el crepitar de los troncos en la chimenea además de la tormenta que todavía perduraba.

Cuando terminaron Mary se levantó y vertió el chocolate en dos tazas, tras acercarse a la mesa, volvió a sentarse y dejó una de las tazas delante de él.

—He pensado que nos merecíamos un poquito de dulce tras lo sucedido ayer.

—Muchas gracias de nuevo por haberme salvado y por todo —dijo John mientras removía el chocolate con una cucharilla para que se enfriara un poco.

—No fue nada —dijo con humildad —cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Quizás no. Muy poca gente saldría cuando está oscureciendo en plena tormenta de nieve en busca de un desconocido que ha sufrido un accidente.

—¿Puedo preguntarte qué pasó? —cuestionó a la vez que se recostaba sobre su silla con la taza caliente entre sus manos.

—Claro, qué menos que contarte lo sucedido tras haberme salvado —dijo él mientras ella hacía un gesto con las manos restándole importancia—. Me dirigía hacia mi casa cerca de Boonville. Tengo una pequeña pista de aterrizaje junto a ella y no pensé ni en el mal tiempo ni en nada. Uno de los motores explotó durante el vuelo y me vi obligado a efectuar un aterrizaje forzoso en el claro. Me golpeé contra la ventanilla lateral y así me hice la herida en la cabeza.

Continuó explicándole lo sucedido hasta que lo encontró junto a aquel árbol.

—Has tenido mucha suerte, no todo el mundo puede decir que ha sobrevivido a un accidente aéreo —comentó ella con un rastro de lástima en sus palabras.

—Sí, tienes razón. Gracias a mi experiencia como piloto y una gran suerte aterricé en la zona que más posibilidades me daba de salir con vida —explicó.

Ambos se quedaron callados unos minutos y como el chocolate estaba más atemperado para poder tomar se dedicaron a degustarlo sin pronunciar palabra.

Una vez lo acabaron, Mary se levantó y comenzó a recogerlo todo. John también lo hizo lo propio y la ayudó. Ella fregaba los platos y él los enjuagaba y colocaba. Trabajaron de manera amistosa y mecánica.

—¿Tienes teléfono fijo? Cuando intenté pedir ayuda tras el accidente me di cuenta de que no había cobertura —le preguntó mientras se secaba las manos.

—No, lo siento. Estamos aislados. Para poder llamar hay que llegar casi hasta el pueblo y creo que hoy no va a poder ser. La tormenta se mantiene y mi coche no puede circular en estas condiciones. De momento no tengo un todoterreno. De verdad que lo siento. Supongo que tu familia estará muy preocupada —dijo apoyada en la encimera con las manos cruzadas sobre el pecho.

John pensó que ella tenía razón, miró a través de la ventana que había tras el fregadero y vio que todavía nevaba, el aire movía los árboles y un extenso manto blanco cubría toda la zona.

Suspiró, se dijo a sí mismo que al menos estaba vivo y que en cuanto pudiera se pondría en contacto con su pequeña familia.

—Sí, estarán preocupados, pero creo que ya habrán iniciado las labores de mi rescate. Emití varias señales de socorro antes de estrellarme y espero que nos puedan localizar gracias a ello —dijo serio. Se dirigió hacia el salón en busca de sus bolsas. Fue entonces cuando vio el sofá cama abierto y dedujo que había dormido allí.

—Lo siento. Veo que también te quité la cama —comentó señalando con la cabeza el mueble.

—No te preocupes, es muy cómodo y tú tenías que descansar.

—¿Puedo utilizar la ducha? —preguntó tras levantar la bolsa en la que llevaba la ropa de recambio.

—Claro, perdona que no te lo ofreciera antes estaba un poco hambrienta y solo pensé en el desayuno —dijo mientras caminaba hacia el cuarto de baño y le entregaba una gran toalla blanca que sacó de uno de los armarios.

Ella salió y pensó que había tenido también mucha suerte de que Mary fuera tan buena persona al acoger a un total desconocido. Quizás un poco imprudente, podría tratarse de un asesino.

Frunció el ceño cuando se percató de que se encontraba aislada en una zona donde no podía pedir ayuda de ninguna manera. No le parecía bien que una mujer sola estuviera en esas condiciones. No era seguro.

Tras haberse duchado y cambiado de ropa se sintió mucho mejor. Se puso unos tejanos y un jersey negro que era lo único que llevaba en la mochila. Mantuvo los calcetines grises ya que no podía ponerse los zapatos que, con toda probabilidad, todavía permanecerían húmedos y seguramente deformados. Recogió la habitación en la que había dormido y colocó el traje sobre la mecedora a ver si se secaba del todo. No le preocupaba demasiado.

Cuando salió del dormitorio encontró a Mary sentada en un sillón que había frente a una chimenea de piedra en donde había encendido un agradable fuego.

—Trae toda la ropa que quieras lavar, excepto el traje. Calculo que es mejor que lo lleves a una tintorería, no creo que quede muy bien tras pasar por una simple lavadora. También hay una secadora así que enseguida lo tendrás todo listo, —le dijo mientras se levantaba y se dirigía hacia él con los brazos tendidos para que le entregara toda la ropa incluida la toalla. Le entregó sus bóxer y la indumentaria con la que había dormido debido a que al estar tan tapado había sudado bastante.

—Sí, bueno, lo del traje no es importante —comentó a la vez que se pasaba la mano por el cabello.

Mary caminó hacia la puerta situada al lado del cuarto de baño, fue tras ella y vio que en la pequeña estancia estaban los aparatos y la mesa para planchar preparada.

Se sentía un poco incómodo al no poder ayudarla. Podía preparar alguna comida sencilla, pero

en lo referente a las tareas domésticas nunca había tenido que hacerlas.

Dedicaba tanto tiempo a su trabajo que todo el tema casero se lo había dejado a Rose y el personal doméstico. Ya que no tenía nada que hacer, sintió curiosidad sobre cómo funcionaba la lavadora y le preguntó a ella que le dio toda una clase de tiempos, temperaturas y mezclas que se podían hacer o no.

Cuando terminaron volvieron al salón, ella le ofreció algún libro. Se sentó en el sillón y él en el sofá que quedaba al otro lado de la chimenea. John negó con la cabeza. Estaba muy cansado tras hacer algo tan cotidiano como desayunar y ducharse, pese a todo los golpes recibidos el día anterior todavía le pasaban factura. Ella se encogió de hombros y abrió la novela depositada sobre una mesita frente al sillón y que quedaba entre ellos.

Había apagado la música y no se escuchaba más que la leña quemándose y la tormenta externa, sin darse cuenta cerró los ojos y en pocos instantes se quedó dormido.

No estaba segura de en qué momento John se quedó en los brazos de Morfeo, estaba leyendo y de vez en cuando levantaba la vista para ver qué hacía, pero entre mirada y mirada se había quedado dormido tal y como estaba sentado, con la cabeza recostada contra el sofá y la boca ligeramente abierta. No roncaba, aunque emitía un pequeño sonido un poco más fuerte que la respiración.

Sus facciones relajadas eran muy bellas a pesar del moretón sobre la sien. No podía dejar de mirarle los labios. No se había afeitado y una ligera sombra cubría un mentón cuadrado, característica típica de alguien obstinado. Tenía el cabello oscuro, que tras haberlo lavado, le caía sobre los hombros. Alguna que otra hebra plateada rompía la oscura monotonía. La nariz recta y proporcionada a su físico. Era un hombre muy alto. Cuando hablaba el sonido de su voz era grave. No sabía a qué se debía este escrutinio sobre su inesperado huésped, debía ser la soledad. «Sí, eso era», se dijo así misma autoconvenciéndose de que no estaba perdiendo la cabeza.

La habitación permanecía caldeada gracias a la chimenea. La leña que tenía dentro se consumía rápido, por lo que debería salir fuera en busca de más. No lo quería retrasar mucho. Seguía nevando y, aunque estaban en las horas centrales del día no había demasiada luz. Era necesario traer más troncos si querían pasar la noche con tranquilidad.

Miró hacia la chimenea y durante unos segundos se perdió en la belleza de las llamas. El olor que emanaba le encantaba. No le apetecía nada pasar frío, pensó mientras arrugaba un poco la nariz, gesto que hacía muchas veces cuando tenía que hacer algo que no quería.

Él continuaba en la misma posición. Observó que llevaba los calcetines grises que le había colocado el día anterior. Pobre hombre, no podía facilitarle unas zapatillas, todas eran de su tamaño y ella tenía un pie muy pequeño.

Se notaba que se trataba de un hombre con poder adquisitivo, la calidad de la ropa y de los zapatos, el detalle de la avioneta y que contase con un pequeño aeródromo en su casa, lo delataban. Además su comportamiento era exquisitamente educado.

Observó su pequeña cabaña y se sintió orgullosa de ella. No era muy grande, pero había valido la pena y era lo que valoraba más que cualquier otra cosa en el mundo. Un lugar en medio de la nada para poder perderse y recuperar fuerzas para continuar luchando por su negocio.

Dejó el libro sobre la mesita y se incorporó. Buscó una manta para taparlo mientras ella estaba fuera. No creía que fuera a pasar frío, por si acaso, no estaba de más.



La colocó sobre él y no pudo evitar retirarle los mechones que habían caído sobre su frente. Al tacto su cabello era muy suave.

Retiró la mano deprisa. No quería que la sorprendiera haciendo un gesto tan íntimo. No podía imaginar qué reacción tendría.

Se abrigó antes de salir, cogió las llaves de la leñera y las metió en el bolsillo de su abrigo. Detrás de la puerta había una pala y pensó que tendría que hacer un poco de camino de una puerta hasta la otra, ya que si no, sería muy complicado caminar sobre la nieve con los troncos en los brazos. Le llevaría al menos tres viajes.

Abrió la puerta y se sorprendió de la cantidad de nieve acumulada, por lo menos había tres palmos. Sí, era hora del ejercicio. Agarró con fuerza la pala y comenzó a retirar de la entrada toda la que pudo antes de volver a cerrar la puerta, que John no se despertara y la casa se enfriara.

Durante unos veinte minutos estuvo retirando la nieve, era un poco frustrante porque seguía cayendo y sabía que al día siguiente estarían en la misma tesitura, pero al menos no dejaría que se acumulara más de la ya tenían y que los aislaba.

Sudaba por el esfuerzo cuando finalmente llegó hasta la puerta y una vez despejada, sacó las llaves del bolsillo y la abrió. Comprobó que todo estaba en orden y no había ningún desperfecto producido por el peso de la nieve sobre el tejado.

Olía a la madera húmeda y a invierno. Cogió una primera remesa de troncos y caminó de vuelta a la casa, los dejó en la entrada y volvió de nuevo sobre sus pasos para una segunda tanda.

—¡Mary! ¡Mary! —John la llamaba, lo escuchó cuando se aproximaba a la puerta que se abrió de golpe.

—¡Estoy aquí fuera! —contestó ella gritando también. John apareció en el marco de la puerta con la cara seria y el ceño fruncido.

—¡No te encontraba! —exclamó con sequedad.

Ella estaba un poco alucinada de verlo así. Había sido tan suave siempre que la impresionó conocer ese matiz del hombre.

—He salido a despejar un poco el camino y traer leña para la chimenea —contestó con cierta sequedad en el tono después de reponerse con rapidez.

Durante unos segundos se quedaron mirándose el uno al otro como si enfrentaran una batalla de voluntades. Mary no entendía a qué venía esta actitud.

Entonces John vio los troncos junto a la puerta y se agachó para recogerlos y entrarlos. Ella lo siguió y dejó los que llevaba dentro para hacer un último viaje y cerrar la puerta. El hombre no debería cargar nada tras lo sucedido el día anterior, pero no sería ella quien le dijera nada. Era mayor y debía saber hasta dónde podía llegar y qué esfuerzos hacer.

De todas formas aún quería cerciorarse que el techo del garaje también estaba bien en el otro lado de la casa. Una vez depositó la tercera carga al lado de la chimenea junto con las recogidas por John, volvió a salir fuera y se hizo con la pala de nuevo para abrirse camino.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le cuestionó con un tono un poco más suave.

—Voy a despejar un poco el camino hasta la entrada del garaje para comprobar que todo está bien, si dejamos que se acumule demasiada nieve no habrá manera de salir en días —contestó. No entendía por qué se había puesto antes así.

—Lo haré yo —decretó sin dejar de seguirla.

—No.

—¿No? —preguntó él con un gesto de incredulidad en la cara.

—No, por qué no tienes ropa ni calzado adecuados y además te estás recuperando del accidente

de ayer, ¿o es que acaso no lo recuerdas? —le preguntó ella con cierto retintín y las manos apoyadas en las caderas, elevando ligeramente el mentón para poder mirarlo desde su baja estatura.

Mary vio como John se miraba los pies en donde continuaban los calcetines y de nuevo su ceño estaba fruncido, seguro que concentrado en buscar una solución que no tenía.

—Déjame terminar y cierra la puerta para que no se enfríe la casa —concluyó mientras se giraba con la pala.

Escuchó un sonoro bufido y cómo cerraba la puerta. Concentrada en tarea pensó que se había comportado como un macho alfa eso la hizo sonreír, había ganado un round. A ver si eso lo mantenía tranquilo.

Estaba agotada, pero feliz también de poder moverse fuera de la casa. Aunque le gustaba estar encerrada el olor de la nieve y el bosque le encantaban.

Una vez revisó todo volvió a la casa. Tras entrar dejó la pala en su lugar y comenzó a quitarse la ropa de abrigo y las botas. Estaba sedienta y algo hambrienta, ya había pasado la hora del almuerzo así que prepararía algo rápido para que no se les juntara con la cena.

John permanecía sentado muy tieso en el sofá contemplando las llamas. No sabía si decirle algo o no, lo veía de un humor diferente. Al final decidió acercarse.

—Voy a preparar algo de comer, se ha hecho tarde, creo que unos bocadillos estarían bien—le comentó para romper un poco ese extraño silencio.

La miró y asintió con la cabeza. Mary rodó los ojos poniéndolos en blanco. «Vaya», había vuelto a la mínima comunicación gesticular.

Fueron a la cocina y mientras ella preparaba la comida él puso la mesa. Se sentaron y comieron en silencio.

—Me he despertado y no te veía —dijo John al final.

—Bueno, estabas dormido y he pensado que había que traer la leña para mantener la chimenea encendida hasta mañana, así también aprovechaba a despejar el camino y revisarlo todo —comentó en tono pausado. Colocó las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Yo debería haber efectuado ese trabajo.

—¿Por qué? ¿Por qué eres un hombre y yo una simple mujer? —preguntó disgustada, pensó que era un machista—, ¿eres un macho alfa?

Parpadeó como si fuera una damisela de una novela antigua.

—¿Macho alfa? —El hombre levantó las cejas a la vez que la miraba con cierto recelo.

—Sí, un macho alfa, ya sabes... «Yo soy el hombre de las cavernas y tú la mujer que tiene que obedecer y no hacer trabajos de hombres...» —imitó la voz grave de él. Tras hacerlo no pudo evitarlo y se echó a reír, no sabía por qué la cara de John era de lo más divertida. Seguro que muy poca gente le cuestionaba cualquier cosa.

Cuando terminó tenía lágrimas en los ojos, y él no parecía muy divertido. De todas formas no se arrepentía de haberlo dicho.

—No soy un macho alfa —dijo al final con cierto tono indignado—, pero creo que es un gran esfuerzo el que has hecho y yo estaba aquí sin hacer nada. Me siento un inútil y no estoy acostumbrado.

—Piensa que estoy aquí sola y hago todas estas cosas por mí misma, si no las hago yo, no las hace nadie. No eres un inútil, solo que no tienes la ropa adecuada y estoy segura de que estás magullado por todas partes. Debes recuperarte —le explicó en un intento de quitarle importancia a lo sucedido.

—No me gusta sentirme así. Y no sé si me gusta que estés tan aislada, puede pasarte algo y no podrías contactar con nadie.

—Ese es uno de los riesgos por querer estar en este maravilloso bosque sola, además no sé de qué te quejas, ¿tú no vives en una casa a las fueras de Boonville? —contraatacó para que se percatara de que su actitud rozaba ese matiz machista.

—Sí, pero no estoy aislado. Hay mucha gente a mi alrededor y allí funcionan los teléfonos e internet —dijo mientras sus manos jugaban con la servilleta —casi somos vecinos y no entiendo por qué aquí no hay cobertura.

—¿Vecinos?

—Sí, si caminas en línea recta desde donde aterricé no debe haber más de unas diez millas a través del bosque. En coche es más complicado porque la carretera se desvía por el borde del bosque y atraviesa el pueblo. Para llegar a Boonville, al menos desde aquí, debe haber unas cincuenta millas.

—Eso no lo había pensado, sí que sería mejor tener cobertura, sin embargo eso depende de las compañías y parece que a nadie le ha interesado instalar nada en esta zona a pesar de estar tan cerca del pueblo.

—Compré el terreno hace algunos años. Cuando era pequeño vivíamos en Boonville —comenzó a explicarle John—, entonces los negocios de mi padre emergieron y tuvimos que trasladarnos a Nueva York. Con las nuevas tecnologías he descubierto que puedo trabajar desde donde quiera. Construí Rose Hall para que definitivamente fuera mi hogar.

—¿Por eso el aeropuerto y la avioneta? —preguntó con la cabeza un poco ladeada.

—Sí, me da la libertad de poder ir y venir cuando lo necesito. En Rose Hall está mi gente, además soy propietario de un gran apartamento en Nueva York para cuando lo necesito.

—¿Toda tu familia vive allí?

—Bueno, no tengo familia directa —entonces le explicó los sucesos del accidente de sus padres y del asesinato de su hermano, cosa que la entristeció cosa que le hizo saber con un gesto—, pero están Rose, que es mi ama de llaves y segunda madre, Bob, el jardinero jefe, Michael, mi amigo y jefe de seguridad y no hace muchos años se incorporó Paul, que pertenece al negocio de la seguridad y se encarga de que todo funcione cuando alguno de nosotros no puede hacerlo —le explicó con un tono de voz que tenía matices de nostalgia.

—Te gusta tenerlo todo controlado, ¿verdad? —siguió con las preguntas ya que parecía que el hombre se había abierto un poco.

—Por supuesto —corroboró a la vez que inclinaba la cabeza hacia adelante— y a ti ¿te gusta el control?

Se levantó para llevar los platos al fregadero.

—Eso depende de qué tipo de control —respondió imitando sus movimientos hasta que ambos quedaron frente a frente ante el lavavajillas— si es control sobre mi negocio, por supuesto, porque lo que lo hace especial es que sea personalizado, si lo dices porque estoy aislada del mundo en esta cabaña, no quiero que nadie me controle, aquí cada día puede ser una aventura y si está todo planificado no hay sorpresas —terminó con una sonrisa en los labios.

Cuando se dio cuenta de que John miraba fijamente su boca supo que el rubor apareció en sus mejillas como un rayo. No pudo evitar hacer lo mismo que él, esa boca era pecaminosa. La tentación que suponía el hombre estaba fuera de lugar.

Decidió que no había nada que pudiera haber entre ellos dos. Era la situación de aislamiento que estaba provocando que se sintiera atraída por él y el calor de la pequeña discusión sobre el

control. No lo conocía y no esperaba volver a verlo cuando se marchara.

—Creo que voy a leer un rato —dijo para romper el hechizo en el que se habían visto atrapados.

Se giró para encaminarse al salón. John no la siguió, se fijó en cómo se dirigía al dormitorio y después trajo el maletín de dónde sacó un ordenador. Se quedó en la zona de la cocina mientras que ella volvía estar sentada en el sillón orejero con la novela sobre sus manos.

Mary soltó un pequeño suspiro casi sin darse cuenta.

## Capítulo 3

*J*ohn intentó concentrarse mientras trabajaba con el ordenador. No podía conectarse a internet, pero sí revisar algunos de los documentos atrasados.

Pensó en cómo había reaccionado tras no encontrar a Mary dentro de la casa. Su mente le había traicionado dejándose llevar por sus malas experiencias. Estaba acostumbrado a controlar cada uno de los aspectos de su vida y, aunque temporalmente, ella también entraba en ese círculo de mando.

Mary había estado trabajando para mantenerlos calientes y que la nieve no los dejara más aislados de lo que ya se encontraban, por lo tanto había descubierto la puerta de la casa, de la leñera y del garaje. Al no implicarse en tareas caseras, no había pensado en que alguien tenía que hacerlo, y en este caso, era Mary.

Habían pasado casi veinticuatro horas desde el accidente. Era extraño que nadie hubiera aparecido todavía por la zona. Se impacientaba por volver a su casa. Seguro que Michael lo estaba buscando y a esas alturas ya debían haber encontrado dónde se estrelló la avioneta. La nevada seguía siendo intensa y suponía que era eso lo que les impedía desplazarse hasta aquel lugar en mitad del bosque.

Dejó de divagar y revisó el documento de su último e inminente proyecto de adquisición. Su momentánea desaparición no alteraba el acuerdo al que habían llegado, en su lugar estaba la junta directiva que preservaba que todo funcionara como un reloj.

Querría ponerse en contacto con ellos para apuntalar la confianza, sin embargo no podía hacer nada de momento. No le gustaba que alguien pudiera aprovecharse y decir que había falta de interés poniendo en duda su profesionalidad. Pese a que su influencia era de gran peso en las empresas dedicadas a las nuevas tecnologías, los rumores negativos nunca resultaban buenos y no era de los que se dedicaba a difundirlos. Ni buenos, ni malos.

A John siempre le había gustado la informática. Logistic I.C. pertenecía al conjunto de sus empresas. Iba a suponer una gran revolución en lo que a microchips se refería, un coste más barato con materiales biodegradables que dejarían de contaminar el planeta. Era una gran apuesta que estaba muy seguro lograría éxito y le reportaría grandes beneficios.

Max Lowell se podía considerar su máximo competidor. Parecía un sabueso siempre detrás de sus negocios. No le había gustado la mirada que había captado durante el almuerzo de recaudación de fondos para la investigación del SIDA del día anterior a la que habían acudido ambos por ser patrocinadores.

Sus caminos no solían coincidir y en este caso no había podido evitarlo. No había sido buena idea. No le gustaba estar cerca de él ni de sus negocios. Siempre había una nota de oscuridad en ellos.

Una mirada de suficiencia, así la definiría, como si supiera algo que él desconocía. Siempre iba acompañado de una mujer espectacular, si bien estaba seguro de que estaba con Max por el

dinero. No le gustaba cómo trataba a las mujeres en público, así que sospechaba que en privado sería peor.

John tenía cuarenta y cinco años y Max unos cinco más. Físicamente no podían ser más distintos. Tenía el pelo corto rubio encanecido, muy delgado, quizás demasiado para contar con buena salud, ojos marrones un poco juntos dándole aspecto de un pequeño roedor. En algunos ámbitos lo llamaban «el rata». Lo que notaba que más lo acomplejaba era su baja estatura y cojera permanente debido a la poliomielitis que sufrió siendo un niño. Si bien no se consideraba fan de los cotilleos sí sabía que debía estudiar con atención a sus competidores.

Max se había hecho a sí mismo. Provenía de una familia muy humilde y había conseguido grandes logros, algo que John sabía apreciar, pero lo que no le gustaban eran sus métodos para obtenerlos, que se hallaban no siempre dentro de la ley o rozando ciertas irregularidades. También había averiguado que estaba divorciado y que no mantenía relación con ningún familiar directo.

Había escuchado de gente que había trabajado a su lado que era un tirano y que sufría ataques de ira cuando no conseguía lo que quería. Tenía una denuncia por haberle propinado un puñetazo a uno de sus asesores en plena reunión de directivos por no haber entregado los informes que le había solicitado a tiempo. Todo se saldó con una multa millonaria, pero el subalterno no se lo calló y estuvo en boca de todo Wall Street una buena temporada.

Regresó a la realidad, Max Lowell no era su problema más inmediato: lo primero contactar con Michael para comunicarle que estaba bien, y lo segundo salir de allí. Aunque le estaba muy agradecido a Mary por haberlo salvado, sentía que su tiempo allí resultaba inútil. No le gustaba la inactividad y allí no había muchas cosas que hacer. Era una pérdida de tiempo y dinero.

Quizás por eso mismo pasaba largos ratos observándola. Cómo se movía por la casa, la cara de concentración cuando leía, cómo había defendido su independencia, aunque no quisiera, debía reconocer que había una cierta atracción que casi había terminado con un beso cuando ese medio día estaban recogiendo la cocina. Y no era su tipo de mujer, bajita y con el pelo corto, no obstante sí le había gustado su bondad y sinceridad. Lo había llamado «macho alfa», nadie le había dicho nunca algo así. Estaba entre perplejo y divertido.

Debería haberla besado y quitarse de encima la maldita sensación de que algo tendría que suceder entre los dos, pero no era el momento ni quería iniciar algo que estaba seguro no conduciría a ninguna parte.

Levantó la vista del ordenador y la miró. Permanecía sentada en su sillón con la tenue luz de la lámpara de mesa que iluminaba su oscuro cabello corto. Concentrada en la lectura tenía una arruga en el entrecejo. Parecía dulce y tranquila. No lo agobiaba con una verborrea continua para llenar los silencios.

No quería involucrarse sentimentalmente con nadie, esa situación conllevaba el descontrol y le gustaba mucho su vida tal y como era.

Volvió a su trabajo y pasaron dos horas sumergidos cada uno en sus cosas.

Estaba cansado. Estiró los brazos para relajar la musculatura, entonces ella levantó la vista de su libro y se ofreció a preparar algo de cenar. Como habían almorzado tarde le contestó que no tenía mucho apetito. Si le parecía bien a ella y disponía de un poco de sopa además de fruta ya tendría suficiente.

Ella asintió, dejó el libro sobre la mesita y se dirigió a la cocina. Él guardó el ordenador. Sabía que no volvería a concentrarse lo suficiente para revisar documentos y propuestas. Todavía sufría las secuelas del accidente del día anterior.

Llevó el ordenador al dormitorio y pasó por el cuarto de baño para lavarse las manos. Una vez



en la cocina puso la mesa. Mary tostaba un poco de pan y calentaba la sopa. Se encontraba de espaldas a él, así que podía admirar ese trasero respingón. Movi6 la cabeza en un intento de deshacerse del pensamiento de cogerlo con ambas manos mientras al alzaba colocándola sobre sus caderas.

Mary se gir6 en ese momento y 6l levant6 la vista de golpe, gracias a un férreo control, puso cara de circunstancias.

—¿Puedo hacer algo más? —pregunt6 con un ligero carraspeo.

Ella neg6 con la cabeza y le pareci6 que un atisbo de sonrisa elevaba una de las comisuras de su boca. «Mierda, ahora estaba mirando sus labios».

Baj6 la mirada y se sent6. Durante la cena comentaron libros que el uno o el otro habían leído. Fue agradable. Recogieron todo como despu6s del desayuno y regres6 a su mente la idea de besarla cuando estaba secando platos a su lado. Le había rozado la espalda con la mano al ayudarla a bajar tras dejar los platos en la alacena. Ella se irgui6 de golpe así que se disculp6. La situaci6n cada vez se encontraba más enredada por lo que decidi6 que lo mejor era irse a descansar.

Mary camin6 hacia el sof6 cama y empez6 a retirar los cojines.

—Puedes utilizar tú primero el cuarto de baño mientras preparo el sof6 para dormir. No le hizo caso. Fue hacia la chimenea para enfrentarse a ella.

—Oh, no. Yo dormiré en el sal6n y tú en tu habitaci6n. —El tono autocrático de su voz no daba opci6n a que se negase. Ya estaba bien de que ella estuviera inc6moda en su propia casa.

Mary se incorpor6 y dej6 de moverse para plantarse frente a 6l con las manos apoyadas en las caderas negando con la cabeza.

—Ni hablar, tú te vas al dormitorio porque la cama es más grande y necesitas descansar y no estar inc6modo por qué aqu6 se te saldrán los pies y te quedarán colgando —dijo ella sin dejar de observarlo.

John tens6 la mandíbula tanto que parecí a punto de quebrarla por la fuerza con la que la apretaba. Ella le daba órdenes de nuevo y aunque sabía que tenía raz6n, 6l era un caballero y quería que ella estuviera c6moda en su cama y no ese pequeño sof6.

Era pequeña, pero tenía una fuerte personalidad que le ofrecía el coraje suficiente para enfrentarse a 6l, como había sucedido desde que lo encontr6 en el bosque.

Neg6 con la cabeza y se rindi6 a lo evidente. Ella no aceptaría el cambio de cama. Estaba cansado de esas escaramuzas hogareñas, casi era como si discutiera con Rose que llevaba todas sus casas con mano de hierro sin dejarle casi meter baza. Menos en el diseño y decoraci6n de Rose Hall, ah6 sí se había implicado.

Levant6 las manos en seña de rendici6n y fue al cuarto de baño. Lo mejor en aquella situaci6n era abandonar y dejar que hiciera lo que quisiera. Su casa, sus normas.

Cuando sali6 de la estancia observ6 que ella ya lo tenía todo acondicionado. Le dese6 buenas noches y entr6 en la habitaci6n. Se dej6 caer sobre el colch6n todavía vestido. Pens6 en levantarse enseguida, sin embargo el sueño y el cansancio lo vencieron antes de que pudiera volver a pensar en quitarse la ropa.

Mary se sentía totalmente agotada. No había querido que intuyera el cansancio debido a todo lo que había hecho desde que lo había encontrado. No quería reconocer que estaba recuperándose de

un episodio de anemia que sufrió por no comer correctamente debido al estrés. No tenía la fuerza de otras épocas, además estaba a punto de cumplir los cuarenta años y todo eso tampoco ayudaba.

Cargar los troncos y sacar la nieve de los caminos con la pala, habían hecho que casi cayera redonda, pero se había recuperado tras la pequeña ingesta y el resto de la tarde no había hecho nada más que permanecer sentada y leer. En esos instantes quería abandonarse en el sueño.

Al día siguiente tendría que volver a hacer lo mismo, así que esperaba que esa noche la nieve les diera una tregua y cesara. Fue al cuarto de baño y observó que estaba immaculado, John no era un tipo desorganizado, la verdad es que le facilitaba la impuesta convivencia.

Una vez duchada se aplicó crema hidratante por todo su cuerpo. Se puso el pijama y volvió al salón. Había apagado las luces y el resplandor de las llamas en la chimenea proporcionaba un ambiente relajante y cálido que tanto le gustaba.

Por eso estaba allí, para disfrutar de la cabaña y recuperarse. Sus libros y sus pequeñas excursiones por el bosque le recargaban las pilas que tanta falta le hacían para seguir adelante y prepararse para la inminente temporada navideña.

Sophie, su amiga y ayudante era maravillosa, pese a que en ocasiones se impacientaba con los clientes. Ella, en cambio, tenía una paciencia infinita. Reconocía que a veces la gente podía ser un poquito irritante, ella lo interpretaba como la indecisión del cliente de no saber si el libro que estaban comprando cumpliría las expectativas que se habían marcado o si sería un buen regalo.

Se acercaban las Navidades y en esa época había mucho trabajo, consideraba contratar a alguien más aunque fuera a tiempo parcial. Siempre había estudiantes que durante esas épocas aprovechaban para sacarse un dinero extra con trabajos eventuales.

Su única familia viva eran unos tíos lejanos con los que no tenía mucha relación, vivían lejos y aunque hablaban por teléfono no era lo mismo que el contacto directo. Sus padres se habían separado siendo una adolescente. La situación siempre fue tensa por lo que al final se quedó con su abuela materna. En la actualidad ninguno de ellos vivía: la abuela murió hacía un par de años por la edad, su padre había sufrido un accidente mortal cuando ella tenía dieciséis años y su madre no había superado un cáncer de páncreas que solo la mantuvo con vida seis meses. Ella aún no había cumplido los dieciocho.

Echaba mucho de menos a la mujer mayor, porque en realidad era quien la había criado y amado. La añoranza de haberla perdido era la que la inducía a querer estar sola consigo misma. Además sus relaciones fallidas le habían demostrado que quizás era incapaz de levantar alguna pasión entre los hombres, considerada una amiga más que una amante.

Siempre acudían a ella como si fuera su salvación. Al principio pensó que era lo correcto, primero ser amiga de tu novio y después llegaría el resto, pero al descubrir que en su tercera relación el *modus operandi* se repetía, creyó que algo no estaba bien.

Una relación se construía con confianza, amor y amistad, sin embargo esa ecuación parecía no cuajar con ella. Parecía que se quedaban solo con la amistad sin llegar a la pasión y al amor. Algo que ella pensaba debía ser muy especial entre dos seres. Sabía que estaba enamorada del amor romántico, eso no significaba que no fuera consciente de que las relaciones tenían muchos más aspectos.

La atracción que sentía por John era debido a la proximidad. Estaba segura de que si se hubieran encontrado en la ciudad ni se habrían mirado dos veces. No parecía ser el tipo que tenía amigas, parecía más bien un hombre que satisfacía sus necesidades de sexo.

No había estado tan distraída para no darse cuenta de que le había mirado el culo, ni podía ignorar la respuesta de su cuerpo al rozarla con su mano, tras dejar los platos en la alacena, había

sido como una pequeña descarga eléctrica.

No debería estar pensando en todo esto. Pronto desaparecería de su vida. Ahora solo era un huésped forzoso.

Si el tiempo mejoraba en un par de días podrían sacar el coche e ir en busca de cobertura para decirles a sus parientes que estaba vivo y que lo fueran a buscar.

De todas formas tenía que bajar al pueblo a comprar productos frescos y a reponer la comida, todavía contaba con dos semanas por delante para quedarse en la cabaña de vacaciones.

Pensar en las Navidades hizo que valorara llamar a sus tíos. No le costaba nada y así se mantendría en contacto, aunque solo fuera una vez al año. Gracias a todo el trabajo durante las fiestas no pensaría en que iba a pasarlas sola. Sus amigos siempre la invitaban, pero no quería celebrarlas con ellos. Tenían sus propias familias y se sentía como una intrusa, a pesar de que la invitaran de corazón.

Contempló su salón de nuevo desde el sofá cama y pensó en lo orgullosa que estaba de todo lo que había conseguido, aun cuando no pudiera compartirlo con nadie. Su independencia era muy importante, ella decidía y priorizaba sobre lo que quería en esta vida.

Era verdad que a veces echaba de menos mantener alguna relación con un hombre. Si recordaba sus fracasos reprimía sus sentimientos, tanto, que a veces creía incapaz de volver a querer o a tener un vínculo para fracasar de nuevo.

Las brasas comenzaban a escasear se levantó y puso un nuevo tronco que esperaba durara el resto de la noche. Se tumbó de nuevo y mantuvo la vista fija en el fuego era como imán y la relajaba.

Quería volver a redistribuir todos sus libros en las diferentes estanterías distribuidas por toda la casa y además empezaría a arreglar la habitación pequeña para hacerla más habitable. Bueno, eso lo solventaría otro día.

Cerró los ojos y sin pretenderlo la imagen de John apareció de nuevo en su cabeza. No tuvo fuerzas para desecharla, se sumió en un agradable sueño en el que su invitado era el protagonista.

Al encontrarse mejor John la ayudó tras el desayuno a despejar las puertas de la nieve acumulada e incluso trabajaron un rato para hacer camino hacia la salida del garaje para sacar el coche. Al día siguiente no nevó y juntos se instalaron en una agradable rutina.

Trasladaron los troncos al interior de la casa y la limpiaron de forma metódica sin prisas.

La rutina se estableció entre ellos de una forma cómoda, cuando él se dedicaba a revisar sus documentos, ella se enfrascaba en la lectura.

En el transcurso de los siguientes dos días, en los que no nevó, John tuvo que hacer un acopio de toda su voluntad para no dejarse llevar por aquella extraña normalidad y reprimir las ganas locas de tocarla a cualquier momento. Como cuando le sonreía mientras preparaban la comida o cuando pasaba por su lado y su ligero perfume lo rozaba... y gracias a su férreo control pudo dominarse. Estaba deseando poder salir de allí, porque se sentía embriagado por esa deliciosa locura y no sabía cuánto más podría reprimirse.

La tercera mañana el sol apareció y decidieron ir en busca de cobertura para contactar con Rose Hall y sus habitantes.

Iba a ser complicado, pero John creía que lo conseguirían. Tendrían que conducir despacio, y en algún momento, descubrirían cobertura. Lo único que quería es que supieran que estaba vivo, que se encontraba bien.

Colocó las cadenas en el coche de Mary, mientras lo hacía pensó que ella debería poseer un todoterreno para permanecer allí. Por otra parte no sabía mucho sobre su economía y a lo mejor era un gran gasto disponer de ese tipo de vehículo.

El coche era un pequeño utilitario para la ciudad que les serviría para sus propósitos. Cuando le dijo que él conduciría por una vez ella no opuso resistencia. Al parecer no tenía costumbre de conducir en esas circunstancias y prefería que lo hiciera él si estaba más familiarizado.

John había pilotado sobre la nieve por diversión en varias ocasiones con una moto de nieve y con el todoterreno, pero en esos momentos se lo tomó muy en serio porque no era un vehículo adecuado y podía dejarlos tirados en medio de la nada.

Con habilidad y muy despacio se dirigió a lo que parecía una carretera con las indicaciones que le dio ella. No podía recrearse en el paisaje que era espectacular. Todo un manto blanco cubría tanto los grandes árboles como el suelo.

Rose Hall estaba ubicada bordeando el bosque, aunque desde sus ventanas se veía. Mary tenía la cabaña en la zona interior.

Entendía por qué le gustaba a la mujer ese trocito de mundo. Casi nadie pasaba por allí y la naturaleza se mantenía tal y como debía ser. Sorprendía que ese reducto del mundo fuera tan puro y la mano del hombre no lo hubiera mancillado con sus ansias de expansión, de destrozar las cosas intentando adaptarlas a la globalización.

Se había planteado contactar con alguna de las empresas de comunicaciones para que se extendiera la cobertura telefónica hasta allí, después valoró que mejor no lo haría. Destrozaría esa bella y salvaje zona con la llegada de más gente.

Mary, sentada en el asiento del copiloto, probaba a ver si con su teléfono cogía cobertura. La había visto confeccionar la lista de la compra antes de salir de la casa, eso era que debía confiar en que llegarían hasta el pueblo. Esperaba por el bien de ambos no defraudarla.

También había preparado una bolsa en la que llevaba algo de comida y un termo con café y otro con té. Cuando le preguntó por qué lo hacía, le contestó que nunca se sabía qué podía suceder y si se quedaban atrapados, al menos, dispondrían de algo de comer y líquidos en los termos.

Era muy previsor y eso lo sorprendió muy gratamente. Él ni siquiera se lo había planteado tan excitado como estaba por al menos poderse mover e intentar contactar con su familia.

Tardaron casi dos horas en encontrar una zona con cobertura. No es que hubiera mucha distancia al pueblo, lo cierto era que se desplazaban tan despacio que no les cundía el tiempo. En cuanto Mary se lo dijo, paró el coche y con su propio teléfono llamó.

—¡Rose! ¡Rose! Soy John —dijo en cuanto reconoció la voz que contestó al otro lado del teléfono. La emoción lo inundó. Sintió cómo se le humedecían los ojos. No le importó que Mary, una desconocida en cierta manera, lo viera en ese estado de vulnerabilidad. Había sobrevivido a un grave accidente.

Su querida ama de llaves gritó y escuchó cómo llamaba de inmediato a los demás que no debían encontrarse muy lejos de ella.

Todos querían hablar con él, pero intentó que la llamada fuera lo más práctica posible. Una vez Rose se calmó y le dijo cuánto lo quería y lo que habían sufrido, Michael cogió el teléfono y le explicó que la torre de control había recibido la señal de socorro y dónde había desaparecido. Lo llamaron para comunicárselo.

No habían podido salir en su busca por el mal tiempo. El día que dejó de nevar, él mismo había pilotado un helicóptero que junto con un equipo de rescate habían sobrevolado la zona, viendo los desperfectos.

En esos momentos las carreteras todavía estaban cortadas y no podían desplazarse desde Boonville hasta el pueblo, sin embargo, las previsiones eran que al día siguiente todas las comunicaciones estuvieran abiertas. No iba a volver a nevar por lo menos en tres o cuatro días.

John les contó brevemente lo sucedido y que estaban en camino de ir al pueblo en busca de alimentos. Les ofreció explicaciones de cómo llegar hasta la casa de Mary desde el desvío de la carretera general por la que se llegaba hasta el pueblo. Decidieron que irían a buscarlo al día siguiente en las horas centrales del día.

Eso les daría más tiempo por si las previsiones no se cumplían. Ahora sabían que estaba bien solo era cuestión de horas llegar hasta él y que regresara a casa.

Cuando la conversación terminó estaba tan contento que al mirar a Mary no pudo evitar sonreír y cedió al impulso de abrazarla dentro del coche que para su tamaño era pequeño.

Fue un abrazo de alegría por sentirse vivo y haber podido hablar con su familia. Estaba en verdad muy contento y recordó su despedida mental mientras pensaba que iba a morir.

Notó que ella lo rodeaba con sus brazos y le daba palmadas en la espalda. Al separarse también sonreía y pudo observar que estaba emocionada al escuchar toda la conversación.

—¿Continuamos? —le preguntó John una vez se quedaron mirándose el uno al otro tras el abrazo, lo había alargado un poco y la incomodidad se apoderó de la situación. En el fondo la soltó a regañadientes.

—Sí, vamos a intentarlo. Creo que más o menos hemos recorrido la mitad del trayecto. No muy lejos de aquí está el desvío que lleva a la carretera principal —contestó, animándolo a seguir hasta el pueblo.

Una hora más tarde llegaban a la entrada del pueblo. Ambos suspiraron con alivio porque a pesar de que todo había ido bien, la tensión y los nervios por el viaje les había drenado parte de su energía.

Lo primero que hicieron fue acercarse a un restaurante. Les apetecía comer algo caliente, a pesar de que llevaban comida en el coche, ya la tomarían esa noche. Era un lugar sencillo, pero ver a otras personas les animó. Parecía una eternidad todo el tiempo que habían permanecido incomunicados y eso que solo habían sido cuatro días.

El sol continuaba caldeando el ambiente. Había movimiento en las calles, gente caminando y coches circulando por las carreteras del pueblo que observaban a través de las vidrieras que envolvían el local y que permitían a los comensales ver el exterior.

El olor a café recién hecho y huevos con bacón invitaba a tomarlos y eso fue lo que hicieron. Cuando terminaron él no la dejó pagar a pesar de sus protestas. Después de haberlo salvado, cobijado y alimentarlo, no podía permitir que ella pagara nada más.

Una vez terminaron fueron a comprar ropa y calzado adecuado para él, no podía continuar con los zapatos de vestir deformados tras la humedad. Y los tejanos con la camiseta eran insuficientes bajo el abrigo.

Una vez estuvo bien equipado se trasladaron al supermercado donde se abastecieron de lo que Mary dijo que era imprescindible, dándose algún que otro capricho. Compraron la prensa y mientras Mary hablaba con su amiga Sophie, se conectó para revisar algunos de sus correos electrónicos. Había demasiados para ser leídos en un rato. Solo abrió los que le parecieron más importantes y descargó el resto para revisarlos en la cabaña más tarde.

Lo hicieron todo con agilidad debido a que la vuelta sería larga a pesar de que el sol estaba derritiendo parte de la nieve. En la zona del bosque se mantendría más tiempo y por lo tanto la conducción sería de nuevo compleja.

Decidieron entrar en la última cafetería que había a la salida del pueblo para ir al servicio, tomar algo caliente y rellenar los termos con café y té recién hecho.

Mientras esperaba sentado a Mary tomando un café vio que en la televisión emitían la noticia de su desaparición. El reportero hablaba desde el aeropuerto de Boonville, explicaba que el magnate John Petersen se había estrellado con su avioneta durante el temporal. Aparecían unas imágenes aéreas donde se veía el aparato colisionado y parcialmente cubierto de nieve. Comentaba que su cuerpo no había sido hallado y que el equipo de rescate todavía no había podido acceder a la zona, pero que se esperaba que al día siguiente llegaran hasta la zona cero. Por unos segundos un sudor frío lo cubrió.

—¿Estás bien? Te ves un poco pálido —dijo Mary que se sentó en la silla de enfrente. Ella no podía ver las imágenes ya que estaba de espaldas a ellas.

—Sí. Lo siento. Acaban de sacar unas imágenes de la avioneta estrellada que me han impresionado.

—Vaya, lo siento.

Ella se giró justo cuando hablaba Michael. A la vez emitían imágenes suyas de archivo y de las afueras de Rose Hall.

—¿Es familiar tuyo?

—Mi amigo Michael. Debieron de hacer esta entrevista ayer ya que todavía hablan de mi desaparición. Y esas imágenes aéreas las han tomado recientemente.

Mary se giró de nuevo hacia él y le cogió la mano.

—Lo siento. Supongo que debe ser terrible ver desde fuera cómo quedó la avioneta y lo que podía haber sucedido.

—Sí, sin embargo estoy vivo y eso es lo que importa. —Apretó la mano de ella y después la soltó, no quería demorar el contacto con su suave piel. Tenía unas manos pequeñas y delgadas, pero sabía que eran fuertes. Se lo había demostrado en el día a día.

Su equipo de comunicación tendría que actualizar las noticias. Llamó a Michael sin moverse del sitio y le dijo que estaban a punto de volver a la cabaña y lo que había visto en el noticiero. Decidieron hacer pública la noticia por la noche en todas las cadenas nacionales al mismo tiempo.

No quería ni le interesaba que nadie pensara que había muerto. Los negocios continuaban adelante y necesitaba que las aguas estuvieran calmadas. No permitiría que sus contrincantes lo avanzaran.

Observó a Mary que tomaba otro café y de vez en cuando se giraba para ver la televisión apacible, envidió un poco esa calma que parecía poseer. Debería solventar muchos frentes una vez volviera a Rose Hall. Por eso pensó que las horas que le quedaban en la cabaña las aprovecharía para intentar desconectar. Después ya no tendría tiempo.

Regresaron al coche e iniciaron el camino de vuelta que esa vez se le hizo más corto. Quizás la tranquilidad de saber que todo estaba en su sitio y que al día siguiente recuperaría su vida normal lo incitaba a verlo de ese modo. También ayudaba que el sol hubiese derretido parte de la nieve y que debido a las horas todavía no hubiera hielo en las carreteras por el descenso de temperaturas.

No hablaron mucho. Mientras conducía pensó en que dejaría a Mary en pocas horas, ambos seguirían sus caminos y probablemente nunca volverían a verse. No quería despedirse con un simple intercambio de teléfonos y una frase vacía, en el fondo reconocía que era simple palabrería. Mary le había salvado la vida, le debía más que eso. Eso le hizo sentir algo desagradable que no supo muy bien definir. Percibió un ligero malestar en el estómago que estaba seguro no era hambre.

Mary apreció el paisaje durante el viaje de vuelta a la cabaña. Había estado demasiado nerviosa a la ida como para fijarse. Cuando él contactó con su familia fue un momento emocionante. Era un tipo duro, pero observó cierto brillo en sus hermosos ojos verdes junto con una sonrisa realmente cálida y devastadora, algo que hasta ese momento no le había visto. Se sintió un poco intrusa en esos segundos tan íntimos.

No era de extrañar que su familia pensara que había muerto en el accidente tras no haber podido dar señales de vida y que, por culpa del mal tiempo, los equipos de rescate no pudieran acceder a la zona. Ni se le había pasado por la cabeza que apareciera en los noticieros de las cadenas nacionales.

Debía de ser un hombre mucho más importante de lo que había supuesto.

Había salido el sol y aunque empezaba a declinar valoró el bonito paisaje que había quedado tras la nevada. El silencio dentro del coche era cómodo y la radio emitía antiguas canciones de blues. Cuando perdieran la frecuencia de emisión al entrar en el bosque pondría en el reproductor del coche algo de música *country*. Le gustaba cantar, aunque desafinaba estrepitosamente la gracia era que siempre estaba sola cuando lo hacía. Durante la ida al pueblo había sido incapaz de conectar la música y él tampoco lo había solicitado.

Para evadirse un poco pensó en la decoración del escaparate y el diseño del papel que ya habían encargado que utilizarían para envolver los libros y los objetos de papelería que vendía en la tienda. Antes Sophia le comentó que las ventas iban muy bien. En el próximo viaje al pueblo concretarían los detalles para las Navidades y su vuelta a Nueva York.

Pensó que John ya no conduciría ni estaría con ella. Volvería a su rutina sola.

Iba a ser un tiempo para no pensar mucho y trabajar con desesperación y ya planeaba otra escapada a su pequeña cabaña en enero. Estaba más que mentalizada para emprender la campaña navideña sabiendo que le esperaba la recompensa después.

Llegaron a la casa y descargaron el coche antes de meterlo en el garaje. Aprovecharon que ya estaban abrigados y volvieron a reponer la leña, de este modo ya no tendrían que salir de la casa hasta el día siguiente. El frío empezaba a ser intenso de nuevo a pesar de que no nevaba. Llegaba un viento del norte que incrementaba la sensación y estaba segura que esa noche helaría.

—Aquí tienes tu ropa prestada, muy agradecido. —John llevaba el jersey y los pantalones deportivos junto con los calcetines grises en las manos hechos un ovillo.

Mary preparaba la ensalada para la cena.

—Me alegro de que por lo menos te ayudara a permanecer caliente. —En cuanto soltó la palabra notó que enrojecía como una adolescente. Carraspeó y continuó hablando como si nada—. Puedes dejar la ropa sobre la lavadora, mañana me encargaré de ella.

John sonrió y fue a hacer lo que le había ordenado.

Debía admitir que la ropa que se había comprado le sentaba muy bien. El jersey negro de cuello alto junto con los pantalones de abrigo del mismo color y las botas hacían destacar más sus ojos verdes. Lucía mejor aspecto y la herida en la sien curaba bien a pesar del gran moretón que empezaba a tornarse en varios colores. Sin embargo continuaba siendo muy guapo.

Cuando John volvió sin ni siquiera preguntar preparó la mesa y después fue a avivar el fuego de la chimenea. Lo veía cómodo y más tranquilo tras haber podido solucionar las cosas.

Al día siguiente vendrían a buscarlo y creía que el equipo de investigación para evaluar el accidente tampoco tardaría mucho en ir a la zona cero.

Con toda probabilidad atravesarían el bosque por la zona frente a la cabaña. Debido al hielo utilizarían coches cuatro por cuatro con cadenas, desconocía qué tipo de vehículo emplearían para retirar todo el fuselaje. Era muy posible que antes despejaran el camino, retirando algunos árboles. Quizás ni llegaría a coincidir con ellos.

Tenía la intención de regresar al pueblo antes de que otra nevada la dejara incomunicada y tras ver las noticias contaba con una tregua de una semana. Podría despejar con tranquilidad las entradas a la casa y dejar todo arreglado para cuando volviera.

—Debes estar contento, mañana regresarás a tu casa —comentó Mary mientras servía la ensalada en unos cuencos para llevarlos a la mesa. John ya se había sentado y la esperaba.

—Sí, volver a conectar con la civilización me ha dado muchas energías y hablar con mi familia ha sido liberador. Estaba muy preocupado por ellos y no poder enviarles noticias. Ya has visto cómo han ofrecido la noticia los periodistas. Me han dado por muerto sin pensar en las posibles consecuencias y cómo podía afectar a mi familia.

—Supongo que se desplazarán hasta la zona a retirar los restos de la avioneta —dijo una vez sentada y comenzó a comer.

John la miró y asintió con la cabeza.

—Se efectúa un procedimiento estándar, aunque en este caso también me gustaría que lo investigue mi equipo de seguridad. Quiero creer que todo ha sido un fallo por culpa de la explosión del motor, no obstante no está de más investigarlo. La avioneta quedó destrozada y no se podrá aprovechar nada y no se puede abandonar en medio del bosque.

—Tienes razón, la zona es preciosa y hay que preservarla.

—Mi amigo Michael se ocupará de todo. Gracias a que quedó registrado en el aeropuerto los horarios de las transmisiones que efectué y si no, en la caja negra de la avioneta estará toda la información. Por lo que mi seguro se hará responsable y se ocupará de limpiar el claro.

No tuvo ninguna duda de que a ambos les gustaba ese lugar. Mary pensó que en el fondo eran bastante parecidos: controladores y trabajadores, les gustaba la relativa soledad e intentaban sobrevivir a las circunstancias. Nunca hubiera imaginado el primer día que lo conoció que pensaría en esas cosas. Además que cada vez le parecía más atractivo y desde que sus facciones estaban relajadas incluso era un tipo sexi.

Tenía que dejar de pensar de nuevo en todas esas tonterías. Al día siguiente se iría y desaparecería de su vida.

Como todavía era pronto tras cenar ambos se instalaron tal y como acostumbraban: ella en el sillón y él en la mesa de la cocina con el ordenador. Se concentró en la lectura, pero de vez en cuando no podía evitar levantar la cabeza y observarlo, unos oscuros mechones le caían sobre su frente mientras trabajaba. Le hubiera gustado retirárselos, sonrió al aceptar que no iba a hacerlo nunca. Contuvo un suspiro y continuó leyendo.

John despertó pronto y escuchó que Mary ya trasteaba por la cocina. Se quedó echado unos minutos en la hermosa cama y pensó en la conversación sobre el accidente. Era verdad que creía que se debía a un fallo del motor, ¿y si no lo había sido?

Nadie más que Paul conocía sus intenciones de adelantar unas horas el vuelo y la avioneta había pasado todas las revisiones pertinentes, por eso dudaba sobre la explosión del motor. Pensó que ya que Michael no llegaría hasta el mediodía le diría a Mary si no le importaba volver al lugar del



accidente. No estaba tan lejos. Aquel día les costó llegar a la cabaña porque él no se encontraba bien. Era ya casi de noche y nevaba.

Cuando salió al pasillo para dirigirse hacia el cuarto de baño el olor a tortitas y chocolate impregnaba el ambiente. Inmediatamente se le hizo la boca agua.

—Buenos días —la saludó. Observó cómo se movía por la cocina, ya se había arreglado y recogido el sofá cama.

—Buenos días, he pensado que para despedirnos podía hacer un desayuno especial —dijo ella a la vez que dejaba un plato con fruta cortada sobre la mesa.

—Me parece muy buena idea y huele que resucita. Dame unos minutos para pasar por la ducha.

Tras asearse y vestirse recogió las pocas pertenencias que llevaba y las sacó al comedor para depositarlas al lado de la puerta. Allí ya había llevado su ordenador junto con la mochila. John pensó que la cabaña en conjunto era muy hogareña y agradable.

—He pensado que es pronto y que hasta que no venga Michael a buscarme, si puedes, me gustaría ir, dando un paseo hasta donde están los restos. Ahora es de día y con el sol creo que nos será más sencillo llegar y poder verlo a luz del día —comentó mientras desayunaban.

—¿Vas a hacer como una especie de terapia? —le preguntó Mary con una leve inclinación de cabeza como si lo estudiara.

—No sé si tomarlo como una terapia. Quiero ver los restos. No entiendo de exámenes tras accidentes, creo que puede ser interesante una visión diferente de la que tuve ese día. La terapia real será cuando vuelva a pilotar otra avioneta —contestó. La miró a los ojos, imprimiendo una sinceridad en la conversación que le daba sensación de ser algo más íntima de lo que había resultado en otras ocasiones.

Pese a todo estaba decidido a que en cuanto pudiera volaría otra vez y puesto que necesitaba otra avioneta, sería un estupendo regalo para Navidad. De esa manera no dependía de los vuelos comerciales y podría desplazarse cuando quisiera desde la ciudad hasta su casa y viceversa.

—Es un buen planteamiento, sí, te acompañaré. También me vendrá bien el ejercicio y la zona es increíblemente preciosa. Quizás veamos algún ciervo.

Se levantó de la mesa cuando terminó el desayuno y le dedicó otra sonrisa que a John le pareció la más bonita que había visto en una mujer desde hacía mucho tiempo porque reconocía que era real y sincera.

Recogieron todo y se abrigaron. Salieron de la casa, entonces comprobaron que el trabajo que habían realizado el día anterior se mantenía y, a pesar del hielo y la nieve, Michael podría llegar hasta la puerta de la casa sin problemas.

Antes de marchar ya había decidido que la ayudaría de nuevo a cargar la leña así no haría nada hasta el día siguiente.

Le rondaba una extraña sensación en el estómago al pensar que esa noche no estaría con ella en la cabaña acompañándola, ni compartirían el silencio, ni escucharía el crepitar de la leña al quemarse, ni levantar la mirada de la pantalla para poder verla allí sentada, con las piernas recogidas, iluminada por la luz de la pequeña lámpara y la lumbre del fuego que caldeaba la casa.

Sabía que debía continuar con su vida y tenerlo todo controlado, pero una voz en su cabeza lo instigaba a pensar en que algo escapaba a su famoso dominio.

## Capítulo 4

Mientras caminaban por el sendero que habían recorrido la tarde del accidente, Mary le preguntó a John si quería explicarle lo sucedido una vez el motor falló. Él inició la historia desde cuando había decidido adelantar su viaje tras el almuerzo benéfico, cómo recordaba el claro y la decisión de intentar aterrizar allí. También le explicó el mal momento antes de caer y cómo al comprobar que había sobrevivido empezó a moverse para intentar encontrar un camino hacia su casa. Al final se perdió ya que se hallaba desorientado, por lo que decidió sentarse un poco para descansar y recobrar el aliento.

Reconoció que si ella no lo hubiera encontrado, con toda seguridad hubiera muerto congelado, ya que se había quedado dormido.

Mary no pudo evitar que un pellizco en el estómago le sobresaltara al escuchar esas últimas palabras, él podría no estar allí con ella si no lo hubiese encontrado, iba delante e intentaba pasar por los mismos lugares por donde habían recorrido el camino aquella dura noche. No había señales de que nadie hubiera pasado por allí. John ya le había contado que Michael había hecho un reconocimiento aéreo sin la posibilidad de acceder de otra manera por el mal estado de las carreteras.

Llegaron hasta el claro en poco tiempo. A la luz del día resultó mucho más sencillo a pesar de la cantidad de nieve acumulada. Ambos se pararon a unos metros donde vieron los restos medio calcinados cubiertos por un manto blanco.

Miró a John y observó que en su cara aparecía una pequeña arruga en el entrecejo además de la mandíbula tensa. Con toda seguridad estaba concentrado, a lo mejor recordándolo de nuevo todo. No era lo mismo recordar que habías estado a punto de morir al pasar los días que encontrarte con los restos que evidenciaban lo sucedido.

Esperó a que él diera una vuelta alrededor del aparato. No tocó nada, lo observó todo con la mirada concentrada. Seguro que por su mente pasaban muchos sentimientos encontrados y también acciones prácticas.

Por lo poco que lo conocía no creía que fuera un hombre que cambiara con facilidad sus rutinas y si le gustaba volar, ya que su casa estaba en Boonville, volvería a desplazarse a la ciudad con la avioneta siempre que le hiciera falta. Se trataba de un medio de transporte rápido y, en circunstancias normales, muy seguro. No dudaba de sus capacidades como piloto, al contrario, pensaba que no solo se debía a un milagro que sobreviviera, sino a su pericia y control sobre el aparato.

La temperatura no era muy baja, pero a pesar de toda la ropa que llevaba tenía frío. Pensó en que cuando volviera a casa lo primero que haría sería tomarse un té bien caliente. Podía observar algunas aves volando y junto con los sonidos habituales solo escuchaba los pasos sobre la nieve de John.

—Ya está. Espero que la policía y el equipo inicie la investigación con la mayor celeridad y la zona quede limpia pronto —confirmó una vez terminó su recorrido y estuvo delante de ella. Mary asintió con la cabeza. —Si te diriges en dirección recta hacia el norte —señaló con la mano izquierda—, a unas pocas millas está mi casa. Tan cerca y tan lejos a la vez. En verano a lo mejor podrías ir de excursión, prometo darte alojamiento y comida si algún día te apetece venir —dijo con media sonrisa en la boca.

—Lo tendré en cuenta y prometo que si me animo voy a ir a ver esa famosa casa, seguro que es espectacular —comentó con un asentimiento mientras lo miraba y valoraba su propuesta; levantó un par de dedos de la mano derecha y los puso sobre el corazón.

John parecía sincero.

—Tú también puedes volver a la cabaña recorriendo el mismo camino. —Una sonrisa apareció en el rostro de ambos —añadió Mary.

No sabía muy bien a qué atenerse con la conversación que mantenían. Se preguntaba si se trataba de algún tipo de mensaje o de un camino para volver a verla. De todas formas el verano quedaba muy lejano. Desechó al instante la idea segura de que él solo estaba siendo cortés. Ambos regresarían a sus vidas ese mismo día. Lo que pudiera suceder en el futuro el destino lo sabría.

Entonces John levantó la mano y le acarició la mejilla sorprendiéndola. Al contacto notó su mano caliente como si fuera fuego.

Él bajó un poco la cabeza y la atravesó con la mirada encendida. Mary estaba segura de que quería besarla y esperaba su aprobación. Mantuvo la vista fija en sus preciosos ojos con los latidos de su corazón desbocados y fue a encontrarse con sus labios.

Se dieron un breve beso. Suave como una caricia mientras él acunaba sus mejillas frías con ambas manos.

No podría decir cuánto tiempo pasó desde que empezaron a besarse hasta que todo terminó de repente. El sonido de un chasquido desde el bosque los separó de golpe como si fueran unos adolescentes sorprendidos en una situación comprometida.

John levantó la cabeza y miró hacia donde se había producido el ruido. Mary siguió su mirada, giró ligeramente el cuerpo, y vio un pequeño destello al lado de uno de los árboles que quedaban al borde del sendero que habían recorrido.

No pensó, actuó por instinto. Empujó a John hacia atrás desestabilizándolo. Al no esperárselo él echó un paso hacia atrás y se ladeó. Entonces Mary sintió un golpe seco en la parte posterior del hombro izquierdo que la dejó sin aliento y que la hizo inclinarse hacia delante a la vez que apoyaba las manos sobre el cuerpo de John que había recuperado el equilibrio.

Transcurrieron unos segundos confusos en los que solo veía el abrigo de John. El inicio de un intenso y ardiente dolor le nubló la vista. Cayó arrodillada sobre la nieve a la vez que sus manos resbalaban sobre el cuerpo del hombre de forma inevitable. Él intentó sujetarla por los hombros, pero al apretarle el izquierdo gimió por lo que él retiró rápido la mano.

Mary perdió ligeramente la conciencia. Cuando volvió en sí intentó comprender qué le sucedía, pero el dolor intenso no la dejaba pensar más allá de ver a John arrodillado junto a ella con la cara desencajada.

—¡Estás sangrando! —exclamó John.

—¿Qué? —Logró pronunciar con un hilo de voz.

—Tu abrigo, tienes una mancha oscura sobre el anorak verde. ¡Es sangre!

«¿Estoy sangrando?», en su mente se formó la pregunta. Su mirada vidriosa desdibujaba el

rostro preocupado de John.

Escuchaba la respiración de John y sus propios jadeos lejanos. Intentaba mantener la conciencia, aunque apenas lo lograba vencida por el mareo. Sintió náuseas a causa del daño agudo y se concentró en no vomitar. Las malas sensaciones aumentaron cuando él intentó quitarle el abrigo y el jersey para ver por qué estaba sangrando.

Al final no pudo más. El malestar resultaba tan intenso con los movimientos que cedió a lo que la naturaleza la impulsaba.

Perdió el conocimiento.

Todo era muy confuso. Había pasado de estar besándose a que lo empujara sin saber muy qué sucedía. Cuando se quedó apoyada sobre él y recuperó el equilibrio ella acabó resbalando y cayó de rodillas sobre el suelo. Algo que lo dejó fuera de juego ya que desconocía qué la había llevado a actuar así.

Intentó ayudarla a incorporarse y fue en el momento exacto que al tocarla y ella jadeó —incluso pensó que iba a gritar—, que supo que algo no iba nada bien. Cuando reconoció en su espalda una mancha oscura que se extendía y empapaba la ropa adivinó qué ocurría: estaba herida.

Le sacaba el abrigo para ver si estaba en lo cierto cuando ella perdió el conocimiento.

No sabía qué hacer. Estaba aterrorizado. Observó el sendero del bosque, pero no había nada ni nadie. Cuando le quitó la ropa superior se confirmaron sus sospechas: era sangre. Se le revolvió el estómago alguien había disparado y la habían alcanzado.

La levantó aún inconsciente y comenzó a caminar con su peso muerto sobre sus brazos. El lugar parecía desierto, tenía que llevarla a la cabaña cuanto antes. Allí no llegaba la cobertura de los móviles por lo que esperaba con todas las fuerzas de su ser que Michael hubiera llegado, si no tendría que conducir él mismo hasta el pueblo. El tiempo en esos casos era crucial. Sabía que podía desangrarse e intentó ir lo más rápido que pudo. Comenzó a maldecir mentalmente la mala suerte que estaba teniendo. No entendía qué sucedía.

Guiándose por las huellas que habían dejado sobre el sendero caminó tan aprisa como le permitía la nieve y el peso de Mary. Ella seguía inconsciente, quizás fuera lo mejor porque con el movimiento estaba seguro de que padecería mucho más dolor.

Llegó en lo que le pareció un tiempo récord a la cabaña, sudando profusamente por el esfuerzo. Ella sangraba mucho, su abrigo estaba empapado tanto por delante como por detrás. Intentaba hacer presión con su torso mientras la llevaba en brazos, pero no era suficiente.

No había ningún coche delante de la cabaña. Michael no había llegado. Entró en la casa y lo primero fue valorar la herida. La colocó sobre el sofá y empujó la ropa para retirársela lo más rápido posible dejando su pecho desnudo. Era una mujer delgada de piel muy clara. Aunque sabía que no era el momento más adecuado para fijarse en sus pechos no pudo evitar dar una ojeada y se recriminó mentalmente por ello.

La sangre manchaba el hombro, tanto por la parte de la espalda como en la del pecho.

No podía ver con claridad cómo de grande era la herida. Fue en busca de una toalla que humedeció con un poco de agua, tras limpiarla vio que había un agujero delante y otro detrás. No sabía si tendría la bala dentro.

En ese instante pensó que a él también podían haberlo herido. Ella lo evitó al empujarlo ya que lo desestabilizó con un giro de su cuerpo. La bala debía estar en el suelo del claro si había salido.

No era momento de pensar en ello. Cogió dos toallas más y las colocó sobre las heridas mientras intentaba hacer presión al colocar una bufanda sobre la ropa anudándola.

No había tiempo para ponerle ropa. Fue hacia la entrada, cogió otro abrigo que le colocó directamente sobre la piel desnuda. Sin esperar más buscó en sus bolsillos las llaves de la casa y después en la entrada las del coche y del garaje que había visto como las había dejado allí el día anterior.

Una vez sacó el coche volvió a la casa para recogerla y colocarla con suavidad sobre el asiento trasero. Le colocó un cojín del sofá debajo de la cabeza y la tapó con una manta que había cogido a toda prisa del salón. Cogió sus cosas junto con el bolso de ella en donde pensó tendría toda su documentación y cerró la casa.

Condujo con lo más rápido que pudo. No quería tener un accidente, sin embargo no podía perder el tiempo. Ella no había recobrado todavía el conocimiento y su palidez aumentaba. No era nada bueno.

Estaba nervioso y seguía sudando. Intentó centrarse en la carretera y mientras lo hacía valoró lo sucedido de nuevo. Alguien había disparado, eso estaba claro, pero si había sido un tiro perdido por algún cazador, este debería haberse acercado, porque, estaba seguro de que eran bastante visibles. Nadie había dado la cara y quien fuera había desaparecido de la misma manera que había aparecido: sin hacer casi ningún ruido.

Nada concordaba, no era lógico. Tendrían que dar parte a las autoridades, hablar con la policía y enviaría a Michael personalmente a inspeccionar la zona, tanto la del accidente de la avioneta como la de los alrededores. Esperaba que no volviera a nevar, eso borraría cualquier huella que pudiera haber y quería recuperar el casquillo que les aportaría alguna información.

No contaba con grandes conocimientos sobre armas, era un tema que nunca le había interesado, pese a ello no era tan inculto como para no saber que la herida estaba hecha por un calibre pequeño y no por una escopeta.

Dejó de pensar en ello cuando estuvo a punto de entrar en la carretera que los conduciría al pueblo entonces Mary gimió.

—¡No te muevas estás herida. Ya casi estamos llegando! —exclamó con la voz un poco más elevada de lo que pretendía sin mirar hacia atrás.

—Me duele mucho —susurró.

Intentó verla a través del retrovisor, aunque no tenía buen ángulo. Escuchaba su respiración agitada. Estaba despierta, eso en parte lo tranquilizó. Lo importante era llegar cuanto antes al hospital. Esperaba que en un pueblo no muy grande al menos hubiese un centro de salud.

Al llegar a la entrada del pueblo preguntó al primer viandante que encontró. Había un pequeño hospital al otro lado del pueblo. La podrían atender enseguida.

Una vez allí, aparcó en la puerta y sacó a Mary a la que cogió en brazos de nuevo. Su palidez iba en aumento. Entró y solicitó ayuda urgente, su amiga sangraba por una herida de bala en el hombro. El personal acudió con una camilla y tras ponerla sobre ella, la llevaron a un área restringida. Se quedó allí mientras miraba las puertas abatibles que todavía se movían por el impulso al traspasarlas.

Salió para aparcar mejor el coche. Cuando lo hizo se llevó el bolso de ella para poder dar sus datos, se acercó a la recepción y entregó la documentación. Añadió que era su novio. Conocía la confidencialidad de datos sabía que si no se personaba como pariente o estaba autorizado no lo informarían.

—¿Dónde estás? —le preguntó a través del móvil a Michael.

—A punto de llegar al pueblo.

—Pues no lo atraveses, en la entrada hay un hospital, acude aquí, lo verás enseguida, no tiene pérdida.

—¿Qué ha pasado?

—Ya te contaré. Estoy bien, es Mary. —Sin dar más explicaciones terminó la llamada.

Le indicaron dónde podía esperar y se sentó. Apoyó los codos en sus rodillas para reposar la cabeza sobre sus manos. Todo aquello era de locos. Su accidente, la incomunicación, darlo por muerto, un disparo que había atravesado el hombro de Mary. Todo resultaba un cúmulo de sucesos extraños que de momento no tenían ni pies ni cabeza. Observó entonces sus manos manchadas de sangre. Fue al cuarto de baño y se las lavó. Aprovecho el momento para relajarse un mínimo ya que estaba pálido y con toda su musculatura en tensión. Se mojó la cara antes de salir.

«¿Qué significaba todo este descontrol? ¿Cómo había llegado a un cambio tan radical en su vida en esos cinco días?». No tenía las respuestas y eso todavía le molestaba más.

Se fijó en que su chaqueta también estaba impregnada de la sangre de Mary, pero ese era un mal menor. Solo un recuerdo persistente de que la vida de la mujer estaba en el aire.

Caminó de nuevo hacia la sala de espera y entonces Michael entró por la puerta. Ambos amigos se fundieron en un abrazo. Aunque habían hablado por teléfono no era lo mismo que estar el uno frente al otro. Pensó en lo que debía haber sufrido durante aquellos angustiosos días en los que no pudieron comunicarse intuyendo que estaba muerto.

Con la cabeza señaló la puerta de salida. No quería que nadie escuchara su conversación. Él no le había preguntado nada todavía, lo conocía lo suficiente como para saber que lo que iban a comentar sería importante.

En el exterior seguía haciendo frío, se alejaron hacia el aparcamiento donde encontraron a un par de personas fumando un cigarrillo.

Con detalles concretos y concisos le explicó en voz baja todo lo sucedido desde que el motor de la avioneta había estallado hasta que había llevado a Mary dentro de aquella sala a la que no le habían permitido el acceso.

Michael lo escuchó con atención y vio cómo los engranajes de la mente de su amigo ya estaban en funcionamiento en el momento en que nombró el problema del motor.

—Vamos a esperar a ver qué nos dicen y como todavía es pronto y el camino está bien para ir con el todoterreno, quiero que vayas e inspecciones la zona antes de que nadie se nos adelante. Hay que dar parte de lo sucedido a la policía y de todas maneras hay que investigar qué le sucedió a la avioneta —dijo John mientras caminaban por el aparcamiento.

—Sí, creo que es lo mejor. Todo lo que me explicas no suena nada bien y habrá que ser muy cuidadosos con la información que obtenemos y la que nos puede llegar de la policía cuando inicien su investigación. Ayer emitieron en todas las cadenas nacionales lo de tu accidente y que habías sobrevivido a él a última hora de la tarde. El teléfono ha estado echando humo, tanto para las malas noticias como para las buenas —le comentó y John pensó en todos los fuegos que tendría que apagar cuando se reincorporara al trabajo. Aunque en ese instante lo importante era la salud de Mary. Debía tener en cuenta qué era lo que les había llevado a ese punto.

—Por eso debemos adelantarnos a los acontecimientos. No podemos quedarnos parados. Quiero que todo esté lo más claro posible cuanto antes para poder tomar medidas. Esto no va a quedar sin consecuencias. —John no quería que volviera a pasar nada parecido y que no se supiera que estaba más que preparado para tomar las decisiones que fueran necesarias.

Volvieron a entrar juntos y unos quince minutos más tarde salió el médico para comunicarles que

tenían que trasladarla al hospital de Boonville. Mary permanecía estable y le habían administrado antibióticos y analgésicos, pero necesitaba ser trasladada a un centro mayor con una unidad de cirugía reconstructiva por el tipo de herida.

—¿Puedo verla? —preguntó John.

—Sí, está despierta y tardarán un tiempo en llevársela ya que tienen que venir desde Boonville para el traslado—contestó el médico.

Cuando entró en el box y la vio sobre la camilla le pareció todavía más pequeña y delgada de lo que era en realidad.

—¿Cómo estás? —Al acercarse no pudo evitar el pensamiento de que probablemente era culpa suya que estuviera en ese estado. Lo bloqueó de momento en espera de obtener más información. Observó que ella llevaba una vía canalizada en el brazo derecho que conectaba con varias bolsas de suero.

—Creo que no voy a poder ir a nadar en una temporada —contestó con un tono de humor junto con una ligera sonrisa.

—Van a trasladarte al hospital de Boonville, parece ser que necesitas un tipo de cirugía que aquí no puede realizarse. ¿Te lo ha explicado el médico?—le preguntó.

—Sí, ya me lo han dicho. No te preocupes, estaré bien. Tendrás que llamar a tu amigo para que acuda aquí a buscarte.

—Mi amigo ya está aquí y voy a seguirte con el coche hasta el hospital. No voy a dejarte sola. —le dijo medio enfadado. ¿Había pensado que iba a dejarla sola? ¿Qué clase de hombre pensaba que era? Quiso creer que se debía a la medicación y a las circunstancias. No debía molestarse con ella.

—Pero tienes que ir a tu casa y...

—Y nada, de momento al hospital y después ya veremos —le contestó con severidad y le cogió la mano que llevaba el suero.

—Bueno, vale. No quiero ocasionarte ninguna molestia.

—¿Molestia? —preguntó, pasando del enfado a la estupefacción. Estaba seguro que su cara era un poema, no podía levantar las cejas más sobre su frente y su expresión de incredulidad no daba a engaño sobre lo que sentía. Creía que nunca había movido tanto los músculos faciales como lo había hecho desde que conocía a Mary. No, no estaba bien y no pensaba con coherencia.

—Hablamos de que has recibido un tiro y que si no llegas a empujarme, con total seguridad, me hubiera dado. No es cuestión de si eres una molestia o no —expresó con un tono de voz que indicaba que empezaba a enfadarse de nuevo.

—No es culpa tuya. Probablemente ha sido algún tiro perdido de alguna cacería—comentó ella sin dejar de mirarlo a los ojos con una sinceridad que hizo que su estómago se tensara. Era mejor que de momento pensara eso. No obstante que creyera que era una molestia era algo inconcebible.

—Si no te hubiera pedido que fuéramos a ver el aparato no habría pasado —insistió él.

—Vamos, John, eso es algo que no podíamos ni imaginar. Se trataba de un simple paseo.

—Todo ha sido un desastre desde que salí de Nueva York. No era mi intención complicarte la vida. —Negó con la cabeza. Mary estaba muy pálida y sus ojos parecían más grandes enmarcados por las oscuras ojeras que le habían aparecido tras toda la situación.

—Por favor, no le des más vueltas. Ahora lo único que quiero es no sufrir dolor y poder recuperarme lo antes posible. La campaña navideña está a la vuelta de la esquina y no puedo dejar a Sophie sola en la tienda. —Una pequeña arruga había aparecido en su entrecejo como cuando se concentraba en la lectura.

Sí, en esos momentos lo importante era que solventaran su estado de salud y si hacía falta él se encargaría de controlar y ayudar para que no estuviera preocupada por su trabajo. Sabía lo difícil de sobrevivir a las multinacionales en una gran ciudad con un pequeño negocio.

Mantuvo en su mano una ligera presión para consolarla.

—Bueno, eso ya lo arreglaremos si hace falta. Solo quiero que estés bien.

—No quiero parecer insensible, pero debido a la crisis hemos trabajado muy duro para seguir adelante y uno de los atractivos de la tienda es el trato personalizado, sé que ahora no debería pensar en ello. Todo ha sido muy complicado durante demasiado tiempo. Lo siento, tú preocupándote por mi salud, y yo te suelto el rollo del trabajo. Me siento fatal y una materialista —le explicó mientras cerraba los ojos y suspiraba.

—¿Materialista? Imposible con todo lo que has hecho por mí. —Entendía que ella estuviera preocupada por su futuro. Él se encargaría de todo.

—¿Tienes dolor? —le preguntó al ver que finalizó la conversación cuando intentó mover el hombro herido y su cara, hasta entonces tranquila, se había desfigurado.

—Sí, ¿puedes avisar para que me pongan más calmantes por favor?

Salió del box disparado y a la primera persona que vio le transmitió el mensaje. Volvió junto a ella y ya no hablaron. Le volvió a coger la mano, le dio la sensación de que estaba muy fría.

Pocos minutos después entró una enfermera y colgó otro suero. Al cabo de poco tiempo pareció relajarse y se quedó dormida.

Aprovechó para salir y explicarle lo sucedido a Michael. En un principio había pensado presentárselo, ya no le parecía una buena idea. Ella no estaba para esas historias así que hasta que fueron a buscarla se dedicó a ir de la sala de espera al box y viceversa.

Estaba nervioso y no sabía muy bien cómo gestionar esos sentimientos. Los pocos minutos que estaba con Michael conversaban sobre cosas del negocio para distraerse. Cuando entraba en el box la observaba mientras continuaba dormida.

Aprovechó a llamar a Rose e informarla de lo sucedido y para que consiguiera enseres de aseo y ropa para Mary. Quería que cuando llegaran al hospital tuviera lo necesario. Paul se encargaría de llevar a Rose a la ciudad y los esperarían en el hospital. Todos querían verlo y abrazarlo. Lo habían pasado muy mal.

Llegó el personal del traslado y antes de que la cambiaran a la camilla la despertó para despedirse y comentarle de nuevo que conduciría su coche tras ellos. Seguro que al moverla volvería el dolor.

Una vez colocada le apretó la mano y le dio un suave beso en la frente. No pudo evitar ese gesto cariñoso. Él no era así, ella hacía que sus sentimientos solo dedicados a su pequeña familia se externalizaran de una manera alarmante y más desde que pensó que iba a dejarla y cuando casi la había perdido.

Una vez en el exterior miró a Michael y sin comunicarse subieron a sus respectivos coches, tomando direcciones opuestas. Era el momento de que su jefe de seguridad iniciara la investigación.

Mientras la trasladaban en la ambulancia Mary pensó en cómo había cambiado su vida en pocos días. Desde que encontró a John debajo de aquel árbol, medio congelado, hasta recibir un tiro y verse en este vehículo. Gracias a los analgésicos controlaba el insoportable dolor.



Solo recordaba que se había desmayado y John la había llevado a la cabaña y desde allí al pueblo en el coche en donde despertó. El dolor había sido insoportable, pero no quería volver a perder el conocimiento por lo que cada pequeño movimiento suponía un sufrimiento infinito. Le costaba incluso respirar.

Sus fuerzas ya habían permanecido al límite tras la anemia sufrida por lo que su cuerpo aún se recuperaba y se hallaba bastante debilitada a causa de aquello.

Cuando llegaron al hospital una ligera sensación de alivio la inundó, aunque también se sintió más vulnerable. Nunca había ingresado en un hospital, las pocas enfermedades que había padecido no lo habían requerido.

Muchas personas se colocaron a su alrededor. La desnudaron dejándola solo en bragas. John le había quitado toda la ropa superior y el resto en el centro.

Cada vez que la movían el dolor aumentaba, gemía y ellos le decían que enseguida acabarían y entonces podrían administrarle medicación. La sensación de depender de los demás hacía que su inseguridad aumentara y pese a que todo el mundo era muy amable, la situación le parecía un poco surrealista y creía que estaba indefensa ante lo que le hacían aun por su propio bien.

Le canalizaron una vía en el brazo derecho y efectuaron una extracción de sangre para unos análisis. También le hicieron una radiografía para comprobar que no había nada roto y no tenía la bala dentro.

Pasaron los minutos y empezó a encontrarse mejor. El dolor había disminuido, no el cansancio y ni el adormecimiento. Escuchaba cómo John entraba y salía del box. Tenía los ojos cerrados, pero era consciente de lo que sucedía a su alrededor, no tenía ganas de hablar.

Los analgésicos la atontaban. La conversación que había mantenido con John la había agotado. Él pensaba que era culpa suya. Ella pensaba que la bala perdida de un cazador podía haber sido la causa de su herida.

Había perdido el control de su vida. Ahora estaba en manos de extraños y de John, un conocido reciente, que lo consideraba como su bote salvavidas. Estaba confusa por todo: lo que sentía por el hombre y lo sucedido.

Se encontraba desbordada anímicamente. Era una mujer fuerte, se había hecho a sí misma y era una superviviente de los negocios. Sin duda saldría de esta, el costo podía ser elevado.

John le gustaba, tenía que reconocerlo, aunque reconocía que permanecía fuera de su liga. Cuando la besó sintió algo diferente a lo que en otras ocasiones tras ser besada por sus antiguos novios, de eso no cabía duda. Fue muy suave y notó cómo las mariposas en su estómago empezaron a revolotear. Algo maravilloso que terminó de golpe tras escuchar aquel atenuado sonido. Llegó desde la zona que quedaba a su espalda y al girarse observó un pequeño destello que hizo que actuara sin pensar empujando a John. Cuánto dolor había sentido tras el impacto. No quería recordarlo, pero allí estaba. Tenía miedo. No le importaba reconocerlo.

A él se le veía preocupado. Solo podía pensar en que estaba con ella y no iba a reunirse con su familia tal y como tenía planeado. Lo sentía por él. Quería que se fuera con su familia y a la vez no quería quedarse sola. Estaba hecha un lío.

Quizás si pudiera quedarse dormida del todo al despertarse vería las cosas con más claridad. De vez en cuando, el sanitario que la acompañaba le preguntaba cómo se encontraba. Vigilaba sus sueros y le tomaba las constantes vitales.

El recorrido hasta Boonville no era muy largo y John le había asegurado que los seguiría con su coche hasta el hospital, algo que le dio cierta tranquilidad, cuando le dieran el alta podría desplazarse sin depender de nadie.

Necesitaba saber cuánto tiempo estaría allí y también llamar a Sophie. Menos mal que la tenía a ella, si no todo sería mucho peor. Quería recuperarse pronto. El sentimiento materialista volvió a su mente: la campaña Navideña era muy importante. Era casi su regalo de Navidad. Las ventas elevadas les permitían sobrevivir durante las épocas de las duras. Además le encantaba ayudar a sus clientes a encontrar el libro perfecto para regalar a sus seres queridos. Era como si también participara siendo la catalizadora de un sentimiento positivo.

La ambulancia frenó y en poco tiempo la sacaron. El sol la deslumbró un poco al salir del vehículo, solo fueron unos segundos. En el corto trayecto hasta entrar en el hospital sintió frío. Enseguida estaba dentro del hospital. Iban muy deprisa y desde su posición lo único que veía al pasar eran las luces ubicadas en el techo blanco del centro.

No se atrevía a moverse para no sentir de nuevo dolor. No vio a John. No sabía si lo dejarían pasar. Al no ser familiar quizás tuviera problemas. «Ojalá no tuviese problemas para entrar», no quería encontrarse allí sola.

Llegaron a una sala en dónde había varias personas que intercambiaron información sobre lo sucedido y el traslado. Cuando el personal de la ambulancia se fue, después de despedirse de ella, de nuevo las personas que la atendían le efectuaron un interrogatorio muy parecido al que ya le habían realizado en el centro del pueblo.

Pasaban los minutos y seguía sola. Entraban y salían, le tomaban las constantes, ponían pequeños sueros con medicación y le preguntaban continuamente cómo estaba. Preguntó por John y una enfermera le dijo que saldría hasta la admisión a ver si alguien había preguntado por ella. Mary le dijo que por favor si estaba lo dejaran entrar. Se sentía muy sensible y al menos una cara conocida le daría fuerzas para seguir.

Todo lo sucedido comenzaba a pasarle factura. Tenía ganas de llorar, aunque sabía que era afortunada. Estaba viva. «¿Era eso lo que sintió John tras el accidente de la avioneta?». Desde entonces no se había planteado cómo el hombre había gestionado sus emociones. Ella se encontraba muy asustada. «¿Y si la tenían que operar? ¿Y si moría en la intervención?». Múltiples preguntas, ninguna de ellas positivas, aparecieron en su mente. Su respiración se hizo más rápida y algo debió cambiar en sus constantes vitales porque los aparatos que la controlaban comenzaron a sonar.

Enseguida acudió un médico. Estaba rodeada por unas cortinas que le daban cierta intimidad ante los demás pacientes que suponía debía haber en aquella sala ya que escuchaba hablar o quejarse a otras personas. No sabía dónde se hallaba, ya que nunca antes había ingresado en un hospital, pensó en los libros que había leído y en las series de televisión para hacerse una idea. Su imaginación desbordada iba por su cuenta.

No preguntaba por no hacerse pesada, pero ahora quería saber qué pensaban hacer con ella.

—¿Ha sucedido algo? —pronunció sin apenas voz.

—Han saltado las alarmas porque su ritmo cardiaco ha aumentado y también la tensión arterial. ¿Tiene dolor? ¿Ha sentido algo diferente durante estos minutos? —le preguntó el médico.

Tardó un poco en contestarle se había puesto nerviosa por no saber qué iba a suceder y que tal vez moriría. No quiso explicarle todo eso.

—No, no tengo más dolor. Quizás me he puesto un poco nerviosa. ¿Qué va a suceder? ¿Me van a operar? ¿Debo permanecer aquí mucho tiempo?

Al final preguntó por aquello a lo que más temía: la intervención. Lo hizo deprisa con una verborrea atropellada debido a los nervios.

—El cirujano que tiene que valorarla no tardará en venir y entonces decidirá si hay que

intervenirla. Sobre cuánto tiempo estará ingresada no sabría decirle, todo dependerá de si hay intervención o no, pero ya puede contar que se quedará aquí al menos una semana. Hay que administrarle antibióticos para evitar una posible infección y ver cómo evolucionan sus heridas — explicó el médico. Lo reconoció porque llevaba una placa identificativa donde lo indicaba junto con su nombre. Parecía un hombre amable de unos cincuenta años.

—John es mi acompañante, ¿puede pasar? —aprovechó a preguntarle al hombre—, una enfermera me ha dicho que iría a interesarse por si había llegado.

—¿Es familiar suyo? —le cuestionó.

Sabía que si decía que no, no lo dejarían entrar.

—Es mi novio —dijo en un intento desesperado para que pudiera entrar a verla. Ya se lo explicaría a él.

—Un momento que voy a preguntar —dijo antes de irse y anotar algo en su carpeta de lo que aparecía en los monitores instalados en la pared que quedaban detrás de su cabeza.

Con las cortinas corridas estaba como aislada, miró hacia el suelo y al menos veía los pies de la gente que pasaba por los laterales.

Transcurrieron los minutos y no venía nadie. ¿Qué hora sería? Estaba desorientada, aún debía ser de día. De todas formas daba igual, no podía salir de allí. Autocompadeciéndose no conseguiría nada. Sus ojos se humedecieron, no pudo evitarlo y una pequeña lágrima rodó por su mejilla. Con la mano buena se la quitó del rostro. Debía ser fuerte. Estaba segura de que todo se solucionaría. Iba a ser positiva, a veces, aunque intentara convencerse los nervios le jugaban malas pasadas.

—¿Cómo estás? —le preguntó John. Había entrado y no lo había oído concentrada en sus pensamientos.

—Te han dejado entrar —dijo en un susurro. Casi se echó a llorar por el alivio que sintió al verlo.

—Sí, al principio todo fueron problemas. Pero salió un médico y cuando vio que preguntaba por ti, dijo que era tu novio y que me dejaran pasar—le explicó muy serio.

—Bueno... es que... no se me ocurrió otra cosa para que pudieras pasar —balbuceó al ver su expresión pensando que quizás lo había molestado.

John la miraba fijamente y casi se echó a llorar al ver su cara tan seria. ¿Había hecho mal? Entonces la sorprendió con una suave sonrisa mientras le cogía la mano.

—Una idea muy buena, la utilicé también en el centro para que me dejaran pasar e informaran. No me has contestado, ¿cómo te encuentras? ¿Qué te han dicho?

—Están esperando a que venga el cirujano, él decidirá si me van a operar —contestó con una mueca—, no es que tenga muchas ganas. Es la primera vez que me ingresan en un hospital.

—Lo importante es que te recuperes —comentó con esa voz grave y que tanto le gustaba.

La cortina se abrió de golpe y un hombre entró junto con el médico y la enfermera.

—Salga, por favor, debo reconocer a la paciente —dijo el desconocido, aunque Mary pensó que era el famoso cirujano al que estaban esperando. Era también un hombre de mediana edad, bajito, que hablaba con autoridad.

John apretó de nuevo su mano para infundirle ánimos y salió.

El cirujano se presentó como el Dr. Johanson y le explicó que valoraría las heridas y decidirían si precisaba cirugía.

Al moverla para observar la herida posterior jadeó por el dolor agudo que volvió a sentir. Le quitó el apósito. Parecía que la hemorragia había cedido y no sangró cuando la levantó un poco

para verlo. Tras dejarla de nuevo en su posición inicial, retiró el apósito delantero y éste estaba un poco manchado de sangre. Observó al hombre y vio que tenía el entrecejo fruncido, no era buena señal.

—Las heridas que le han producido la bala tienen buen aspecto, pero precisará reparación quirúrgica. Necesitamos saber si hay algún daño colateral, como si ha tocado algún hueso o si hay algún resto del proyectil —comentó el cirujano.

Sus peores pensamientos iban a cumplirse, iba a pasar por el quirófano. Tenía miedo, no le importaba reconocerlo. Quizás no despertaría y moriría.

—Le traerán los consentimientos para que los firme. Dentro de una hora la operaremos—le indicó a la enfermera mientras sonreía y palmeaba su mano en un intento de reconfortarla, tras ellos salieron todos.

John volvió a entrar. Quería sentirse arropada. El miedo y la desesperación aparecieron.

—No te preocupes, todo va a ir bien —dijo John serio y determinado. Volvió a apretarle la mano. Mary no pudo evitar apretarla más fuerte. Como si fuera su ancla.

—Sí, confío en ellos, pero no puedo evitar sentir miedo. Nunca me han operado —susurró sin apartar la mirada.

—Voy a estar aquí esperándote.

—¿No tendrías que ir a tu casa? Tu familia te espera.

—He hablado con ellos y van a venir aquí, así que no pienses que vas a esta sola. Todos estaremos a tu salida tras la operación.

—Siento interrumpir vuestro encuentro de esta manera.

—No interrumpes nada. Ahora lo más importante es que te recuperes y la familia va a ayudarte. ¿Quieres llamar a alguien para que venga?

—Sophie es la única amiga que tengo. Ahora estará liada con la tienda y decírselo lo único que hará es preocuparla cuando de momento no puede hacer nada —dijo, negando con la cabeza.

Al cabo de unos minutos una enfermera entró con los papeles y les comunicó que iban a prepararla para el quirófano. John volvió a salir.

La sanitaria la terminó de desnudar y cambió los apósitos que había retirado el cirujano. Le puso un camión limpio y le colocó un gorro verde en la cabeza con el que recogía su corto cabello.

John entró y esperaron en silencio. En la sala se escuchaban los pitidos de los aparatos y el trasego de la gente que pasaba por el pasillo.

Un poco antes de la hora que le había dicho el médico apareció un celador que retiró las cortinas.

Mary inspiró con fuerza y dejó salir el aire despacio mientras intentaba mantener la respiración para no iniciar un ataque de ansiedad. Miró a John y buscó su mano, la apretó y la soltó. Él se inclinó un poco y le dio la sensación de que iba a besarla, pero solo volvió a cogerle la mano, la acarició hasta que el celador movió la camilla y se la llevó.

Las luces del techo volvieron a hacer aparición. Seguía asustada. El recorrido no fue muy largo. Entraron en varias salas más pequeñas, en la última pasaron la parte superior de la camilla a otro enganche. Llegaron al quirófano y la cambiaron a la mesa quirúrgica.

Le dolió el hombro al movimiento. El anestesista estaba en la cabecera y le explicó con una voz muy dulce que iban a dormirla y no sentiría nada. Por el suero que llevaba en el brazo derecho le administraría una medicación que le daría sueño. Le dijo que pensara en cosas agradables.

Mary se aferró a ello y en su traicionera mente apareció la imagen de John sentado en su cabaña

trabajando con su ordenador.

En segundos estaba adormilada y en pocos minutos sintió como si estuviera flotando, con ello desaparecieron sus ansiedades.

## Capítulo 5

*M*ax Lowell era el competidor directo de John. Una sombra que no desaparecía en sus negocios. Un tipo sin escrúpulos y envidioso que lo único que quería era tener todo lo que le pertenecía a John por derecho propio. Su antipatía por él había comenzado cuando hace algunos años, John se había adelantado en un negocio con una oferta que en aquellos momentos no podía igualar o incluso superar, ya que sus empresas empezaban a despuntar.

Desde entonces intentaba adelantársele. En algunas ocasiones había podido y en otras no. Permanecían muy igualados, ambos eran ambiciosos y en los negocios tecnológicos eran los dos principales empresarios en Estados Unidos.

Era un hombre pequeño, acomplejado por su cojera debida a que sufrió poliomielitis cuando era pequeño. Suplía sus problemas físicos con su inteligencia. Se había hecho así mismo y ahora contaba con los medios económicos necesarios para competir con él.

Rubio con poco cabello encanecido, había copatrocinado junto con John el almuerzo benéfico que se había celebrado el día del accidente.

Durante unas horas pensó que ya no existía su competidor. Lo había celebrado por todo lo alto. Comentaba a los de su alrededor que había tenido suerte en uno de sus negocios, para que nadie sospechara que su alegría se debía a la muerte de John.

No le importaba lo que pensara la gente, eran todos unos lameculos. Estaban a su lado por lo que podían obtener, y él lo sabía muy bien. No tenía amigos, solo conocidos y la compañía femenina la conseguía mediante pago. Las modelos que hacían trabajitos «extra» eran sus favoritas, pagaba una fortuna para que no se fueran de la lengua cuando su parte sádica aparecía y quería satisfacerla.

Era miope y su cara alargada no le hacía parecer un adonis, además, a pesar de que siempre llevaba trajes confeccionados a medida, nunca le daban la imagen de elegancia a la que aspiraba.

Todo cambió cuando al cabo de cuatro días el noticiero nocturno nacional explicó que milagrosamente el multimillonario había sobrevivido al accidente en su avioneta. No aportaban muchos detalles de cómo había sucedido.

Entonces su humor cambió para elevarse hasta un gran cabreo. No lo esperaba de ninguna de las maneras. Menos mal que se encontraba solo en su casa. Arrasó con todo lo que apareció a su paso.

El comedor de su ático fue el que recibió lo peor. Todos los objetos delicados acabaron rotos en el suelo, los muebles y los sofás destrozados. Había cogido un cuchillo de la cocina y los había apuñalado y rajado a la vez que imaginaba que se trataban de su competidor.

La rabia que sentía lo había cegado y no pensaba racionalmente. Tardó bastante en tranquilizarse. Sabía que con los buenos sueldos que pagaba a su personal doméstico nadie se iría de la lengua y en un par de días todo estaría en su sitio, «incluso cambiaría algunas cosas», pensó cuando ya estuvo más calmado.

Caminó hacia su despacho, dentro de uno de los cajones de la espectacular mesa de color caoba encontró un móvil de prepago con un solo número, lo cogió y llamó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz tranquila, incluso se sorprendió a sí mismo de poder hacerlo. En el fondo era un gran actor. A pesar que no le importaban los demás, sí, su imagen a él mismo. Sentado en su sillón de despacho ergonómico, recostado mientras miraba hacia la ciudad de Nueva York. Su ático contaba con una de las mejores vistas de la Gran Manzana.

—El accidente fue un completo éxito, el motor estalló, sin embargo una mujer lo encontró cerca tras un aterrizaje forzoso —contestaron al otro lado de la línea.

—¿Ha vuelto a la casa?

—No, mañana van a ir a buscarlo al lugar donde ha permanecido, una cabaña cercana a la zona donde se estrelló.

—Bien. Observa y espera órdenes.

—De acuerdo.

Terminó la llamada y suspiró. No había salido bien. Habría sido tan sencillo que muriera en el accidente de avioneta, pero no, tenía que sobrevivir. Las investigaciones habrían dicho que uno de los motores había estallado y el aparato se había estrellado, por lo que el ocupante había muerto en un desdichado accidente.

Ahora sería más complicado, aunque no imposible. En su mente apareció una palabra: determinación. «Sin riesgo no hay éxito». Era una de las letanías que aplicaba en su trabajo. Había llegado el momento de utilizarla.

Sacó un nuevo teléfono prepago de otro de los cajones de su maravillosa mesa de estilo antiguo. Igual que con el anterior —solo había un único número—, deslizó el dedo e inició la llamada.

—Tu objetivo es un hombre moreno, alto, de unos cuarenta años. Se aloja en una cabaña cerca del claro del bosque de Elkin y la desviación hacia la zona boscosa antes de Boonville. Mátalo. Y si es necesario, no dejes testigos —dijo con voz autoritaria—, pagaré el doble de lo convenido si tienes éxito. Cuando termines envía un mensaje.

—Sin problemas. —La comunicación terminó.

Guardó los móviles, cada uno en su sitio y volvió a girarse para mirar de nuevo la ciudad, que pronto sería suya. Muchos de los edificios que veía desde su despacho ya eran suyos y los demás los compraría conforme sus negocios tecnológicos aumentaran su ya abundante fortuna.

No iba a esperar más. John Petersen iba a morir. No más retrasos.

John esperaba en la sala del hospital mientras caminaba de un lado para el otro nervioso. Estaba preocupado por Mary, había visto el miedo en sus ojos. ¿Y qué había hecho él? Nada, ofrecerle un leve apretón en la mano y añadir bonitas palabras que siempre se decían en situaciones como aquellas, en vez de tener en cuenta que la joven iba a entrar a quirófano y estaba atemorizada.

Había estado a punto de besarla, pero se había frenado en el último segundo. Quizás un abrazo hubiera sido lo mejor y lo más correcto. Hacía tanto tiempo que no sentía algo por una mujer, que no sabía ni cómo actuar. Debería haber actuado con naturalidad, podía haber hecho como si se tratara de uno de sus familiares. Sin embargo, había sido frío en sus gestos con ella.

En ese angustioso momento lo estaba pagando, solo quería que saliera bien de la intervención y cuidarla. Tras todo aquello la llevaría a Rose Hill, allí la tendría vigilada y podría controlar su recuperación. Junto a su familia se encontraría segura. Debían averiguar qué había sucedido para mantenerla a salvo.

Rose entró junto con Bob en la sala, lo primero que hizo fue abrazarlo y sollozar contra su torso. Era una mujer bajita, pero con mucha energía a sus sesenta años. Llevaba el cabello rubio largo recogido en su eterno moño. Era su segunda madre y le emocionaba verla tan conmovida.

No hablaron, solo se abrazaron. No había palabras para expresar lo mucho que se querían desde hacía tantos años. Ellos creyeron que había muerto y él no podía comunicarse con ellos para decirles que estaba vivo. Todos habían sufrido por el maldito accidente.

Levantó la mirada y vio que Bob se había quedado unos pasos atrás, con la mano le hizo un gesto para que se acercara. Cuando estuvo a su lado le tendió la mano, mientras continuaba con Rose en sus brazos.

Bob era el jardinero jefe, exmilitar que también hacía trabajos para su equipo de seguridad, y además, era el amante de Rose desde hacía bastantes años, aunque nunca lo hubieran aireado y pensarán que nadie sospechaba nada. Un hombre alto que llevaba el pelo corto estilo militar y le asomaban algunas canas entre el cabello color canela, era fornido y a su edad estaba muy en forma, tenía cincuenta y nueve años y llevaba veinte años trabajando para él.

En sus ojos apareció cierta emoción y apreció lo mucho que lo querían. Quizás el accidente había servido para sacar sus emociones a flote. Siempre había sabido que su pequeña familia lo amaba y ahora lo percibía con total claridad.

—Estábamos tan preocupados, pensábamos lo peor durante estos días. Verte sano y salvo hace que crea en los milagros —dijo Rose a la vez que se separaba un poco de él con lágrimas en los ojos y le acogía la cara entre sus manos.

—Estaba ansioso por contactar con vosotros. Sabía que estaríais preocupados. La incomunicación ha sido una tortura. —La miró y pudo apreciar que los años habían hecho cierta mella en ella, pequeñas arrugas aparecían alrededor de sus ojos y en la frente. Hasta ahora no se había fijado.

Entonces pasó a contarles lo sucedido en un lugar más discreto, allí esperarían a Michael quien acudiría tal y como habían quedado en el hospital de Boonville.

—Ahora está en el quirófano y cuando la suban a la habitación necesitará lo que te he pedido que compraras. Hemos tenido que pasar por novios para que me dejaran entrar a verla y nos den la información sobre cómo evoluciona —comentó para que ambos supieran cómo estaban las cosas.

—Por eso no te preocupes, lo he traído todo —dijo Rose.

Tras palmear su torso, giró la cabeza hacia la entrada. Parecía esperar que Michael entrara por la puerta en cualquier momento. John sabía que también lo quería mucho y cuidaba de sus polluelos como un águila.

—No creo que tarde mucho en llegar —comentó para tranquilizarla mientras acariciaba sus brazos. No podía evitar el contacto con su ama de llaves.

—¿Vas a quedarte con ella? —preguntó entonces Bob.

—Sí, si lo permiten y no la dejan en reanimación. En ese caso iría a casa. —Y ahí fue cuando apreció que la palabra «casa» adquiría un significado más profundo.

Se sentaron a la espera de que les dijeran algo. Tres horas más tarde entró el cirujano y les comunicó que todo había ido muy bien, que no había lesiones internas ni restos del proyectil.

—En una media hora la trasladarán a la habitación. Pregunten en admisiones y les dirán cual es. Allí pueden esperarla —les comunicó y después se marchó.

John suspiró aliviado. Le envió un mensaje a Michael conforme iban a la habitación, ya le indicaría el número y planta. Cuando en pocos segundos le contestó que ya estaba llegando,



respiró mucho más tranquilo. Todos se encontraban bien.

Mary despertó de la anestesia con una sensación como si flotara. En realidad era agradable, como si flotara en una nube con un ligero vaivén. Tenía sed, fue lo primero que pensó, hacía muchas horas que no bebía nada, notaba la boca y la garganta secas.

Seguro que su aliento era desagradable. Pidió agua en cuanto pudo articular palabra, pero le dijeron que no podía tomar nada en unas horas. Estaba conectada a aparatos que emitían unas señales acústicas en una sala parecida a la primera en la que había permanecido.

Conforme la anestesia se eliminaba de su organismo, el dolor reapareció y empezó a ponerla nerviosa. Lo comunicó y en pocos minutos le administraron un analgésico.

No desapareció del todo, aunque era mucho más tolerable. Había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto había pasado desde que la operaran. Ya debía ser de noche.

Estaba cansada y los ojos se le cerraban. No luchaba contra ello, se dejaba llevar. En uno de los momentos que se quedó medio dormida, alguien comenzó a quitarle todos los aparatos que llevaba colocados y movieron la camilla.

Volvió a ver las luces del techo de los pasillos. Era curioso que se fijara en ellas. Quizás lo hacía porque no había nada más que ver. Entraron en un ascensor bastante grande que los trasladó hasta una zona diferente.

Salieron de nuevo a otro pasillo, cuando giró la cabeza vio que había puertas, dedujo que la llevaban a una habitación. Entonces pensó en John, en si se habría quedado o al final se habría ido para reunirse con su familia.

Una vez entraron en la habitación encontró a tres personas desconocidas y pensó que el celador se había equivocado, pero entonces apareció el rostro de John en su campo visual y notó cómo una pequeña sonrisa de alivio asomó en su boca.

La colocaron sobre una cama articulada y le elevaron un poco la cabecera. El dolor, que apareció como un rayo, se moderó en cuanto dejaron de moverla. Todavía no le dejaban beber. Se resignó de nuevo a pasar sed hasta que le diesen permiso para beber. Seguía con la boca y la garganta muy secas, no podía hablar. Intentó comunicarse con la mirada y gesticuló con la mano buena. Preguntó quiénes eran aquellas personas que estaban en la habitación, aunque podía imaginárselo.

—No te preocupes, nos ha dicho el cirujano que todo ha ido muy bien. Te presento a mi familia —le dijo mientras con la mano señalaba a sus componentes y decía sus nombres.

Mary solo pudo asentir con la cabeza.

—Rose ha traído enseres para tu aseo personal y ropa cómoda —comentó.

Rodeó la cama para sentarse a su derecha y cogerle la mano. Todo aquello la incomodaba, pero asintió. Sabía que era imposible discutir con él en esos momentos. Primero porque no podía hablar y segundo porque él era testarudo y controlador.

Suspiró con resignación y miró a Rose, quiso agradecersele e intentó que en su cara se reflejara ese sentimiento con una tímida sonrisa a la vez inclinaba ligeramente la cabeza.

Todo era muy nuevo para ella y sentía emociones que no sabía cómo gestionar. Parecía que John no podía separarse de ella, reconocía que se trataba de una situación límite, en el momento en que volvieran a sus vidas cotidianas todo desaparecería. Él desaparecería de su mundo y ella no quería sufrir. Por lo que procuró mantenerse distante sobre la situación; separó la mano con unos

golpecitos a la suya, con la intención de manifestarle que permaneciese tranquilo y la colocó sobre su abdomen.

Seguía cansada. Cerró los ojos. Así se aislaba de aquellas personas que estaban en su habitación. Debía levantar un pequeño muro para mantener a salvo sus sentimientos.

Max no podía creer lo que el francotirador le comunicaba por teléfono. Había fallado, John no estaba muerto y había resultado herida una mujer. Increíble. No podía expresar toda su rabia en esos momentos ya que celebraba una reunión muy importante en su despacho, por eso había escuchado sonar el móvil y había contestado a la llamada. Solo usó monosílabos, y finalizó la conversación con un escueto: «nos pondremos en contacto».

Sus planes no estaban funcionando, tendría que tomar cartas en el asunto. Contactaría en cuanto pudiera con su topo infiltrado para que le informara de qué estaba sucediendo. Era la única manera de poder adelantarse a los acontecimientos.

Terminó la reunión en cuanto pudo. Se levantó del sillón ergonómico de su despacho y comenzó a caminar con su más que evidente cojera por toda la estancia, debía concentrarse y reprimir su enfado. No era ocasión de destrozar la estancia, aunque era lo que en realidad quería.

No soportaba que sus planes no salieran bien. John tendría que estar ya muerto desde hacía días. Introdujo los dedos en los cortos cabellos y los peinó en un intento de serenarse. Debía poner en práctica toda su inteligencia. No podía ser tan difícil matar a alguien. Lo importante era que no lo relacionaran con nada de lo que le sucedería a John.

Respiró hondo y se acercó a la ventana mientras pensaba en su siguiente paso. Con total seguridad estarían sobre aviso, no podían ser tan tontos para pensar que las dos acciones habían sido accidentes fortuitos. De momento lo dejaban todo paralizado. Pensó con frialdad que tanto John como su personal cambiarían sus rutinas, así que, llamaría al infiltrado y que le informara de lo que sucedía.

Pasados unos días, de nuevo, se establecería una rutina que podría servirle para asestar el golpe final. «A la tercera va la vencida». Estaba seguro de que no fallaría esta vez, él mismo lo haría, había aprendido que no podía confiar en nadie. Valoró la satisfacción de ver la cara de su contrincante cuando lo matara.

Esbozó una sonrisa que debía reflejar maldad pura, determinación y gran satisfacción.

Fue hacia la mesa y sacó el móvil.

—¿Puedes hablar? —preguntó mientras miraba el ordenador y buscaba un plano de la zona en dónde estaba construida Rose Hall.

—Sí —contestaron al otro lado de línea.

—¡Explícame qué está pasando esta vez! —exclamó con la voz más alta de lo que pretendía en un principio.

—John y la mujer que lo recogió exploraban la zona del accidente. Un tiro le atravesó el hombro a la mujer y la llevó a Boonville. Ahora están todos en el hospital de Elkin, la trasladaron porque necesitaba un tipo de cirugía que en el pueblo no podían practicarle. Van a trasladar la información a la policía y a presentar la denuncia. En un principio piensan que ha sido una bala extraviada.

—Eso es bueno, que piensen que era culpa de algún cazador —razonó un poco más tranquilo—, supongo que estáis en alerta máxima.

—Sí, todo el equipo de seguridad está trabajando en modo completo y buscando información. Acabo de enterarme que Michael ha estado en la zona cero. Me imagino que ahora todo el mundo permanecerá mucho más alerta y los sistemas de seguridad funcionaran a plena capacidad. Rose Hall es una fortaleza en estos momentos.

—Bien. Quiero que observes las nuevas rutinas. Dentro de unos días te llamaré. Mientras tanto, todo igual —le ordenó y finalizó la llamada.

Valoró lo que le había contado. Con las rutinas alteradas tendría que esperar unos días para trazar un nuevo plan. La mujer se había inmiscuido en dos ocasiones. Quizás sería un nuevo objetivo o incluso un cebo. Por lo que sabía, él no mantenía relaciones duraderas con mujeres, era del tipo de «una sola noche» y tampoco es que lo hiciera con demasiada frecuencia. Parecía que solo vivía para sus negocios.

De todas formas, lo sucedido había ido en su favor. Al no estar John de por medio, uno de sus negocios se lo había quedado él. Había sido bastante rápido, la gente tenía miedo de perder en bolsa y que sus planes no se llevaran a cabo. Se había beneficiado, pero no había conseguido que la gente de Tecnologic L.T. dejara atrás la oferta de John y, ahora que sabían que estaba vivo, menos.

Le costaría ponerse en marcha otra vez, contaría con mucho trabajo acumulado. Sabía que su gente era muy eficiente y eficaz, aunque al final él lo controlaba todo. Y eso le haría perder un tiempo precioso que aprovecharía para sacarle partido y firmar un par de contratos que se hallaban en el aire. Lanzaría ofertas rápidas, difíciles de rechazar e intentaría ganarle la partida durante el tiempo que John utilizara para ponerse al día con todo.

Era consciente de que habría una investigación sobre lo sucedido, sin embargo nada lo conducía hacia él. Como mucho empezaban a sospechar que alguien de dentro les espiaba y quizás cargara con la culpa de la manipulación de la avioneta, eso estaba por ver.

No le complacía pensar que la policía podía entrar en el juego. No era tan inocente como para no creer que un tiro, aun siendo de una bala extraviada no se investigaría y más cuando era muy posible que el C.S.I. indagara en el accidente de la avioneta y, a la vez, sobre el disparo. No le inquietaba demasiado, ya que permanecería informado.

Quizás empezaría a valorar cargarse a su topo también. En el momento que asesinara a John, no le servía de nada y no quería dejar cabos sueltos. Le excitaba recrearse en esas muertes. Como el francotirador, vaya inútil. Había estado convencido de que se trataba de una muy buena opción ya que se consideraba uno de los mejores en su campo, pero había resultado un desastre. Otro cabo suelto que tendría que atar antes de que se fuera de la lengua.

Contactaría con él, con la premisa de que iba a pagarle, quedarían en un lugar aislado y lo mataría. No era la primera vez que lo hacía. Cuando era joven había perpetrado muchas cosas desagradables para poder sobrevivir y ese recuerdo le provocó de nuevo una dulce sensación que esperaba poder revivir.

Se había hecho a sí mismo y parte de su dinero provenía de negocios turbios, algo que intentaba solucionar. Al final, su dinero sería legal y ya no tendría que recurrir a empresas fantasma para blanquearlo.

Se encontraba de humor para una buena sesión de sexo. Quizás valdría la pena llamar a aquella modelo con la que estuvo en el almuerzo benéfico. Era una sumisa y le gustaba jugar a ser el dominante.

Sí, esa noche la pasaría con la modelo, concertaría una cita con el francotirador para liquidarlo. Contaba con el título de piloto de avioneta y había un pequeño aeropuerto cerca de Boonville. De

todas maneras utilizaría un nombre falso. Alquilaría también un coche.

Una vez tuvo todo organizado en su mente, sonrió y se dijo que: «pronto obtendría todo lo que quería y con lo que había soñado. El lugar de mejor empresario de la ciudad de Nueva York y parte del país». De momento debía ser paciente.

Cuando Mary se quedó tranquila y dormida, John envió a Bob y Rose a casa. Retuvo unos minutos a Michael para que le explicara qué era lo que había podido investigar.

—Hemos tenido suerte de que no haya nevado de nuevo. Pude seguir unas huellas de botas en la zona donde supones que os dispararon. Creo que pertenecen a un hombre por lo grandes que son y porque debía pesar bastante ya que eran profundas. El problema es que las huellas desaparecen y aparecen las de un coche, posiblemente un todoterreno. Las seguí, pero una vez en la carretera principal se superponían con las demás —explicó a la vez que negaba con la cabeza.

John identificó su impotencia al no poder obtener más información. De todas formas quedaba claro que no había sido algo fortuito, si no, intencionado.

—En el lugar donde la alcanzaron había restos de sangre, vuestras huellas y el casquillo. El tipo ha sido descuidado, no regresó allí para eliminar posibles pruebas. Tendría prisa por escapar. Ya he identificado el arma, es un Rifle Gamo Whisper 4'5mm con mira telescópica y silenciador, dispara unas balas muy concretas —continuó Michael con la explicación.

—Con toda la información de que disponemos y el casquillo, acercarte a la comisaría y presenta una denuncia en mi nombre. Me quedaré con Mary. Llama a los abogados e informales del accidente y del tiro, para evitar problemas con los negocios, en cuanto pueda me pondré a trabajar. Aquí ya tengo cobertura y la velaré mientras aprovecho el tiempo —dijo John recostado sobre la pared al lado de la habitación de Mary con los brazos cruzados.

—Sí, hay que dar parte a la policía. Lo que me extraña es que todavía no te estén buscando para que expliques lo sucedido, aunque el accidente con la avioneta ya está siendo investigado tras las llamadas de socorro que enviaste a la torre de control, por el incidente con Mary, el centro debería haber cursado la denuncia correspondiente —dijo Michael que permanecía a su lado. Hablaban en voz baja ya que había mucha gente que pasaba cerca de ellos y los podía escuchar.

—No creo en las casualidades. Hay alguien detrás de estos «accidentes». Lo mantendremos en secreto entre tú y yo. Los demás, de momento, quiero que piensen que han sido situaciones eventuales.

—Estamos en alerta máxima y todos los equipos funcionando. Rose Hall es el lugar más seguro ahora mismo. He programado al personal de seguridad para que tengas apoyo veinticuatro horas aquí fuera. Si necesitas ayuda inmediata solo tienes que apretar el número que voy a añadir en tu móvil —dijo Michael. Se incorporó y esperó a que le pasara el teléfono.

—Creo que tenemos alguien de dentro que pasa información. Muy poca gente sabía que había adelantado el vuelo y que estaba en la cabaña de Mary —susurró para que Michael pudiera escucharlo mientras mantenía su cuerpo como si no sucediera nada en una posición descuidada. Arrugó el ceño y tensó la mandíbula. No le gustaba nada lo que estaba pensando.

—Lo que estás diciendo es muy serio —comentó preocupado Michael. Le devolvió el teléfono y se pasó las manos por el cabello. Ambos se conocían muy bien y la comunicación no verbal también funcionaba entre ellos.

—Esta mujer es diferente a las demás, ¿verdad? —le preguntó Michael frente a él. John esperaba que algún miembro de la familia hiciera esa pregunta. Bueno, creía que todos le

preguntarían.

—Sí. Me ha salvado la vida dos veces y ahora está herida por mi culpa. Voy a cuidar de ella como lo ha hecho conmigo —explicó John.

—Déjame investigarla. ¿Cómo se llama y qué hace para ganarse la vida? Por qué eso sí lo sabrás, ¿no? —le preguntó con la certeza de que accedería a que husmeara en la vida de Mary.

—Su nombre es Mary Roberts. Cuando tuve que rellenar los papeles en el hospital de Boonville vi sus tarjetas identificativas que parecían estar en regla. Tiene treinta y nueve años y es la dueña de Sueños de papel una pequeña librería en el corazón de Manhattan. Está muy orgullosa de haber sobrevivido a la crisis y a las grandes superficies. No cuenta familiares directos que yo sepa y en la tienda trabaja una mujer que se llama Sophie que es amiga suya. Posee la cabaña desde no hace mucho tiempo y muy bien cuidada, por cierto, llena de estanterías repletas de libros. Es una lectora compulsiva. Le gusta el chocolate y tiene buena mano en la cocina —le resumió.

Su amigo escuchaba más allá de lo que le comentaba.

—Vale, con toda esta información será fácil investigarla. Aunque me parece que es de lo más inofensiva. De todas formas, no está de más ver qué conseguimos averiguar de ella —comentó Michael con un asentimiento.

—Bien, pues ponte en marcha y descansa un poco. El día ha sido largo y nos va a pasar factura a todos —concluyó. Él, por su parte, trabajaría lo que pudiera, pero también necesitaba dormir algo.

—Mañana volveré a primera hora. Llámame si hay algún problema o si Mary empeora. Al menos te haremos compañía, no estés solo en esa situación —le indicó mientras levantaba el brazo derecho y lo posaba sobre su hombro apretándolo ligeramente.

—Gracias. No te preocupes, os llamaré si hay cualquier cambio —contestó con cierta emoción en su voz. Sabía que no se trataba de meras palabras, lo que le había dicho era de corazón. Volvía a pensar en que el accidente lo había cambiado y había hecho que viera a su gente de una manera más emotiva.

Tras mirarse unos segundos, Michael asintió y entró en la habitación, John lo siguió y vio cómo cogía su abrigo. Pasó por su lado y con un gesto con la cabeza se despidió y salió de tan silenciosamente como había entrado.

John miró hacia la cama y observó que Mary continuaba dormida. Todo había sido muy estresante. Debían esperar a ver cómo evolucionaban sus heridas y, en cuanto fuera posible, la trasladaría a Rose Hall. Allí se encontrarían seguros a pesar de sus sospechas de que alguien del equipo pasaba información a quien fuera. Se preocupaba por todos. Al volver a su casa podría controlar mucho mejor la situación.

Al pasar los días veía con más claridad que el motor de la avioneta había explotado porque alguien lo había manipulado. Podía ser cualquiera, hacía varios días que no la utilizaba así que no solo sospechaba del personal de mantenimiento, también incluía al personal de seguridad.

Cuando estuvieran en casa tanto Michael como él irían armados. No quería alarmar a los demás, sería por seguridad. No le gustaba llegar a esos extremos y no era un gran tirador, pero al menos tendría con qué proteger a los suyos y a sí mismo. No había hablado todavía con Paul, que desde hacía cinco años ayudaba a Michael con la seguridad directa de los miembros de la familia; se había convertido en uno más y convivía con ellos allí dónde estuvieran.

Frunció el ceño cuando pensó que era extraño que no lo hubiese llamado ahora que sabía que estaba vivo y podían hablar por teléfono. Dejó de pensar en ello cuando Mary intentó moverse y emitió un pequeño gemido.

—No te muevas, Mary, todavía está muy reciente la intervención y te va a doler —susurró mientras se acercaba a su cama y le sujetó la mano. Al hacerlo se quedó más tranquila, seguía medio dormida.

La soltó unos segundos para ir en busca de la silla que había en una de las esquinas de la habitación, la acercó a la cama y se sentó. Le tomó la mano de nuevo, parecía que no podía evitar cogérsela siempre que tenía ocasión.

Unas manos pequeñas con dedos delgados y uñas cortas, con algunas durezas debidas al trabajo que realizaba en la cabaña. Suponía que era duro estar allí sola con situaciones meteorológicas adversas. Y en verano seguro que cuidaba del terreno alrededor de la casa. Sus manos le encantaban. Las había observado cuando cocinaba y leía. También se había fijado en que trataba los libros con verdadera adoración. Le buscaría algunos títulos para que se entretuviera. En Rose Hall disponía de una biblioteca muy completa. Le preguntaría qué tipo de libros querría leer. Creía que le gustaba la novela policíaca y de suspense romántico por los autores y las sinopsis que revisó un día de los que permaneció allí encerrado mientras ella se arreglaba.

Mary seguía pálida, pero en casa Rose se ocuparía de que recuperara el color en sus mejillas y el peso con sus ricas y abundantes comidas. Sonrió al pensar en ella, seguro que estaría cocinando para cuando regresaran a la casa. Menos mal que todos pasaban a diario por el gimnasio y se mantenían en forma. Tenía cuarenta y cinco años y le gustaba cuidarse.

Cuando la respiración de Mary fue rítmica y relajada, acercó la silla hasta donde había una pequeña mesa y colocó sobre ella el portátil. Comenzó a trabajar e intentó concentrarse en ello, aunque de vez en cuando la miraba.

Era guapa, y sexi como el demonio.

## Capítulo 6

*T*ras varios días con tratamiento intravenoso de antibióticos y analgésicos a Mary le dieron el alta y a pesar de sus protestas, la convalecencia la haría en su casa. John no le había ofrecido otras opciones. Habían ido turnándose durante el día y la noche entre todos para que nunca se quedara sola. Aunque ella había insistido en lo contrario, sobre todo por las noches. John impuso su voluntad, nunca se había quedado sola y no porque ella le hubiera salvado la vida en dos ocasiones, si no porque pensaba en su seguridad.

John ya no se fiaba de nada ni de nadie.

Efectuaron el trayecto desde el centro hospitalario hasta su casa en el coche de Mary, que iba en el asiento posterior junto con Rose. Ella había sucumbido al cansancio y estaba dormida. El viaje resultó lento, ya que su intención era minimizar el movimiento todo lo posible. Michael los seguía en su todoterreno y sabía que otros agentes del equipo de seguridad también controlaban el viaje.

Llegaron a la entrada del recinto y desde la distancia admiró de nuevo su casa. Este término había cambiado claramente de significado.

A pesar de que había ido y venido de Rose Hall durante la estancia de Mary en el hospital, cuándo John atravesó las puertas de hierro forjado de la entrada de su casa la sensación de alivio y satisfacción fue más que evidente. Ahora ya estaban todos en casa. Más que nunca sentía a su familia cerca de él. Movi6 la cabeza para despejarse un poco, se estaba convirtiendo en un blando y parecía que iba a emocionarse.

La puerta ornamentada con detalles de forja daba paso a un camino cementado que llevaba hasta la puerta de la casa, y que se extendía a la parte posterior de su nuevo hogar. Al lado quedaba el gran garaje y la zona delimitada para el personal externo. Habían construido dos naves habilitadas para que pernoctaran allí, junto con un gimnasio y un sector para descansar durante las largas guardias.

La casa construida en dos plantas de cuatrocientos metros cuadrados cada una de ellas. En el sótano estaba ubicada una zona habilitada con el aparataje que necesitaban para mantener la casa caliente, varias lavadoras y secadoras. Habían establecido el centro de seguridad también en esa zona subterránea.

Rose contaba con ayuda en el mantenimiento de la casa y su funcionamiento, ella se encargaba de supervisar al personal, igual que lo hacía Bob para la extensa parte que ocupaba el invernadero, el jardín y parte de la zona boscosa que estaban adheridos a la propiedad de la casa. Todo el personal se investigaba exhaustivamente. No dejaban nada al azar. La seguridad de todos era prioritaria para él. A veces se quejaban de que era excesivo, pero lo creía necesario para su tranquilidad.

En la parte superior de la casa se encontraban las habitaciones de todos y en la planta baja las estancias comunes, además de su despacho.

Estacionó en la entrada de la casa, salió del coche y que Paul bajaba las escaleras, una vez estuvieron uno frente al otro, se abrazaron.

Hacía cinco años que trabajaba con ellos y se había convertido en parte de la familia. Exmilitar, con un currículum intachable y había coincidido con Michael en algunas reuniones de los veteranos en las que ayudaban en las terapias de grupo. Como no sabía qué trabajo realizar, le ofrecieron la oportunidad de entrar el mundo de la seguridad privada. Aceptó inmediatamente. El sueldo era elevado y, aunque al principio tuvo que alquilarse su propio apartamento, tras el periodo de prueba decidieron añadirlo a la familia y que viviera con ellos, ya que cuando Michael se ausentaba, él ocupaba su lugar.

—Colega, todo ha sido como estar en un tiovivo desde que nos avisaron del accidente. Siento no haber acudido al hospital, pero con la alerta máxima me quedé en el lugar de Michael —dijo mientras ponía la mano sobre el hombro tras el abrazo —fueron muy duros y complicados los primeros días hasta que diste señales de vida.

Pese a haber efectuado visitas relámpago a la casa no había coincidido con Paul. Le embargó cierta emoción escuchar sus palabras, sabía que todos habían sufrido. Sin embargo, no dejaba de escuchar una voz en su cabeza que le señalaba alguna que otra duda sobre él.

—Ha sido todo muy complejo. No puedo decir que no haya tenido suerte, a pesar de la incomunicación. —John no dejó entrever su desconfianza.

—Te hemos extrañado mucho. No te preocupes, es comprensible lo sucedido. Lo importante es que estás bien y has vuelto a casa —dijo Paul mientras volvía a abrazarlo y le daba unas palmadas en la espalda.

Una vez se separaron vio que Rose ya había salido del coche y Mary estaba despierta intentando salir por sí misma.

—No te preocupes, ya la ayudo para que salga y entre en la casa, así también me presentaré —dijo Paul.

Se dirigió hacia la puerta del coche que intentaba abrir Mary con la mano buena. John fue más rápido. No pensaba dejar que nadie más que él la ayudara y si era necesario la entraría en casa llevándola en brazos. Abrió la puerta y dejó que saliera. Apartó ligeramente a Paul hacia un lado para que pudiese.

Mary mantenía la palidez, sin embargo tenía en la mirada la determinación de caminar. Le picaban las manos por tocarla, algo que no había reprimido durante las noches de vigilia a su lado. Cuando estaba dormida, con mucho cuidado, retiraba algunos mechones de su corto cabello oscuro. No hacía falta decir que no se despertó nunca y lo cogió con las manos en la masa. Había podido observar las pequeñas arrugas que aparecían en su cara durante el sueño. Era guapa y sexi.

En esos momentos lo importante era que se recuperara. Una vez de pie perdió un poco el equilibrio, por lo que se colocó a su derecha y la cogió en brazos.

—No hace falta que cargues conmigo. Peso mucho y todavía no debes haberte recuperado del todo. No puede ser bueno.

Mary protestó, pero John no se dejó amilanar.

—Aún tienes que recuperarte y descansar. No debes hacer ningún esfuerzo, ya sabes lo que dijo el médico, te daba el alta si prometías no hacer nada más que estar en reposo y tomarte toda la medicación —contestó mientras la llevaba.

—Hola, soy Paul. También vivo con ellos, siento conocerte en estas circunstancias —dijo Paul que le sonreía a la vez que caminaba detrás de John y Mary asomaba sobre su hombro.

Rose ya estaba dentro de la casa y mantenía la puerta abierta.



—Gracias —agradeció él.

—De nada, John. Tenemos que cuidar de nuestra heroína —comentó Rose con una gran sonrisa en su cara y la alegría en su voz.

—Por favor, no digáis eso. Solo hice lo que cualquier persona en aquellas circunstancias —dijo Mary sonrojada por toda la situación, supuso John—. Hola, Paul, soy Mary. —Se presentó ella también.

—La habitación ya está preparada —avisó Rose cuando todos subían las escaleras. A medio camino John se paró, no quería una maldita comitiva mientras la llevaba y la colocaba sobre la cama. Se giró y le habló a Paul.

—¿Podrías llevar el coche al garaje y recoger la maleta con las cosas de Mary? —Paul asintió con la cabeza y fue hacia la puerta de nuevo para hacer lo que le había solicitado John. Asintió con la cabeza y su humor mejoró.

—Peso demasiado y de verdad que no es necesario que me lleves en brazos —protestó Mary todavía sonrojada.

—Eres un peso pluma, tendrías que comer más. —Y sin decir nada más continuó subiendo las escaleras a la vez que Mary giraba los ojos poniéndolos en blanco. Seguro que lo daba por imposible. Eso le hizo sonreír.

Una vez llegaron a la habitación, la puso de pie y como vio que no se tambaleaba, decidió que no tenía que colocarla sobre la cama.

—Rose te ayudará a ponerte ropa más cómoda en cuanto Paul suba tus cosas. —Él sabía que estaba incómoda por todas las cosas que le habían comprado, pero eran necesarias y no había tenido otra opción más que aceptarlo.

Ambos se miraron y John le dio un toque en la nariz con el dedo índice. Mary lo miró concentrada en sus ojos y con un ligero mohín en su boca. Le pareció tan deliciosa que posó un suave y rápido beso sobre sus labios.

Sin darle alternativas de réplica salió de la habitación con una sonrisa tonta en la boca debido a que había conseguido lo que quería. Que ella no hiciera esfuerzos y además de recompensa un beso.

Escuchó a través de la puerta que ella le decía a Rose que era un hombre imposible y controlador. Rose se rio tras el comentario y aseveró que sí, que era así desde hacía muchos años. Al final la conversación evolucionó a un murmullo entre ambas mujeres. No estaba bien que las espicara así que comenzó a alejarse camino a las escaleras.

Paul llegó con las cosas de Mary. Michael también acudió tras aparcar el todoterreno. No había previsiones de más nevadas fuertes, pese a ello le gustaba que todos estuvieran en casa tras todo lo sucedido.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí, los chicos están controlando todo. Incluidos los coches que se dirigen al bosque y circulan cerca del terreno —contestó con un asentimiento de cabeza—. ¿Mary ha llegado bien?

—Está un poco molesta porque no la he dejado caminar y la he subido en brazos hasta la habitación, pero sí, ha llegado bien. En el trayecto se echó un sueñecito —dijo sonriente mientras cruzaba los brazos y se apoyaba en la barandilla de la escalera en un gesto cómodo.

Michael sonrió y enarcó una ceja, como lo conocía tan bien, sabía lo que estaba pensando. Pensaba que sentía algo más que agradecimiento por ella y así era, cuando la había sostenido, su corazón se había acelerado y la había sentido perfecta entre sus brazos.

En el momento en el que percibió su sonrojo, intuyó que él no le era indiferente, y tras el beso

que habían compartido, seguro que escondía algo más.

En el tiempo que convivieron en la cabaña había estado convencido de que no quería una relación con ella, tras pasar por este mal trago sin duda había cambiado de opinión.

Anhelaba estar con ella, tenía un cuerpo pequeño, que estaba seguro sería perfecto para él. Ella le despertaba un sentimiento de protección que no había sentido por ninguna otra mujer. Era inteligente y trabajadora. Humilde y sencilla.

Sí, creía que algo nuevo, a lo que no quería poner nombre, estaba despertando. Para dar un paso hacia adelante, necesitaba asegurarse de que estaban en la misma sintonía.

Le preocupaba que tanto Michael como Paul, que contaban con varias conquistas en su haber, la rondaran. No quería ser territorial, pero estaba claro que tampoco iba a dejar que la confundieran y se acercaran con las intenciones equivocadas. Mary era su invitada, así que los mantendría ocupados.

Rose abrió la puerta de la habitación y les indicó que ya podían entrar. Cogió las bolsas con los enseres de Mary de las manos de Paul para dejarlas en la habitación.

—¿Estás cómoda? —le preguntó, mientras volvía a entrar en la habitación, sin dejar en el beso compartido. Recostada sobre varios almohadones grandes en la cama volvía a parecer más pequeña.

—Sí —afirmó ella de nuevo sonrojada—. Rose me guardaba un nuevo camisón. De verdad, no hacía falta comprar más.

Medio protestó con las manos sobre el regazo. Estaba encantadora. Una camisola de seda color marfil con manga corta le cubría la parte superior, donde se podía apreciar el vendaje que llevaba sobre su hombro izquierdo, ya que no había terminado de curarse del todo la herida quirúrgica.

—Te vamos a dejar tranquila. Cualquier cosa que necesites tienes el móvil con los números de todos. Sobre todo intenta descansar y no levantarte sola —dijo entre tanto le enseñaba el teléfono de última generación que había sobre la mesita de noche. No quería que fuera al cuarto de baño sin ser acompañada, ya que podía marearse, caer al suelo y producirse más daño del que ya padecía.

Mary lo siguió con la mirada y asintió. La vio inflar a las mejillas y soltar el aire de golpe bastante molesta por lo que tuvo que contener las ganas de soltar una carcajada para no enfadarla más. Todos estaban en la puerta esperando a que saliera. Una vez cerró les dijo.

—Quiero comentaros que estoy muy contento de estar definitivamente en casa y de que todos nos encontremos sanos y salvos.

En sus caras apareció un gesto de sorpresa. Nunca había sido un tipo demasiado emotivo y sus palabras los había impresionado.

—Todos estamos encantados de que por fin también estés en casa —le dijo Rose con una caricia en el brazo izquierdo.

—Bien, ahora ya podemos volver a nuestros respectivos trabajos. Estaré en el despacho intentando ponerme al día —comentó.

Correspondió al afecto de Rose y le colocó la mano sobre la suya con un ligero apretón. Empezaron a moverse y cada uno caminó hacia sus respectivos trabajos. Sabía que Michael y Paul se quedarían en la sala de control junto con los otros compañeros, y Rose hacia la cocina para controlar el almuerzo que pronto se serviría.

Bajaron las escaleras y sin decir nada más, fue a su despacho y tras sentarse en el sillón giratorio empezó a trabajar con su portátil. Ya lo había dejado el día anterior sobre la mesa en previsión del alta de Mary y su llegada a la casa.

Paul controló los movimientos de los recién llegados. Reflexionó sobre su vida con ellos. Lo habían aceptado cuando había dejado el ejército y había sido acogido como uno más.

Desconocían que su ambición era mayor de lo que aparentaba. Se le consideraba un segundón de Michael, pero gracias a su alianza con Max Lowell conseguiría tener su propia empresa de seguridad sin que ellos supieran que ejercía de topo y que ayudaría a que John fuese asesinado. Una vez sucediese se trasladaría a otro estado con mucho dinero en el bolsillo y sin sentimiento de culpa por conseguir todo lo que quería. Era verdad que ganaba mucho dinero, sin embargo todavía ambicionaba más.

Se consideraba más listo que todos ellos. Siempre había dado la impresión de estar un paso por detrás de Michael. Debía de permanecer alerta, seguro que John convocaría una reunión para hablar sobre lo sucedido y establecer más planes de control sobre la seguridad.

Era conocedor del hecho de que había diseminadas por la casa cámaras en la planta con las salas comunes y en todo el recinto externo. No había en las habitaciones, eso sería invasión de la intimidad.

De esta manera, en su habitación, podía guardar lo que necesitaba para conseguir y vender la información. De todas formas contaba con un desinhibidor de frecuencia que conectaba cada vez que realizaba esas llamadas o los posibles mensajes con los que se comunicaba con Max Lowell. No quería que nada lo relacionara con él. Tenía que ir con mucho cuidado.

Muchas veces le hacía recados a Rose y eso le daba la libertad de recoger los paquetes que compraba por internet y de los que nadie se enteraba. Así había conseguido el aparato que le ayudaba a obtener la libertad de hablar con quien quisiera sin que quedara constancia de ello.

Consideró la entrada de la mujer en la vida de todos. Ella alteraba las rutinas, eso seguro, aunque también sucedía con la situación de alerta por el accidente de John. Esas variantes debían tenerse en cuenta. Le parecía curiosa la posesividad que había mostrado su jefe, lo que le ofrecía una ventaja que, quizás, podría ser un punto positivo en algún momento si fuera necesario.

Prepararía una vía de escape por si los planes no salían como esperaba. No se fiaba de nadie, ni de Max. Cuando se encontraron en la ciudad y le propuso que trabajara para él, tuvo la impresión de que mataría a quién fuera para salirse con la suya.

Le pagaba muy bien. Pero no era ningún tonto para saber que Max podría eliminarlo cuando ya no lo necesitara. Para cubrirse las espaldas en ese sentido, poseía un archivo con todas sus comunicaciones en poder de su abogado que saldría a la luz si le pasaba algo inexplicable.

Se centraría en el «aquí y ahora», así que acudió al centro de control junto con Michael, dejó sus reflexiones para más tarde con el fin de concentrarse en la seguridad de momento. Esperaba que John convocara una reunión con ellos tres. Entonces le explicarían en primera persona lo que habían vivido y qué pensaban hacer al respecto. Conociéndolos sabía que serían concienzudos en su investigación.

Dentro del despacho de John no había ni cámaras ni micrófonos, no le interesaba no entrar en la convocatoria, si solo llamaba a Michael, no sería buena noticia para él.

Michael daba las órdenes a los compañeros de guardia ese día. Había sensores en el recinto externo que se disparaban en cuanto detectaban movimiento, entonces se desconectaban desde esa sala cuando en los monitores veían que se trataba de familia o de personal de la casa.

Permanecían de guardia el día completo, así que establecieron los diferentes horarios de los turnos. Contactaron con todos y por el *Smartphone* enviaron las nuevas jornadas.

—Bien, ahora ya está todo organizado, vamos a la cocina que Rose nos matará si llegamos tarde al almuerzo —le comentó Michael con un movimiento de las cejas hacia arriba y hacia abajo. Él levantó las manos en señal de aceptación.

—Sí, es capaz de llevarnos de las orejas si nos encuentra —observó con una sonrisa al imaginarse la situación. Rose tan bajita como era, llevando a dos hombres grandes, cogidos de la oreja uno en cada lado de ella.

Salieron de la habitación para dirigirse a la cocina. Justo entonces John salía de su despacho para unirse a ellos. Seguro que Rose sería feliz de tenerlos a todos en casa.

Mary observaba caer la nieve desde un cómodo sillón situado al lado de las enormes ventanas que había en la habitación. Sabía que John se molestaría por ello, pero estaba cansada de permanecer en cama todo el día.

Una novela de misterio reposaba sobre la mesa que había delante cubierta con un alegre mantel decorado con flores en tonos pastel. Hacía tiempo que había abandonado la lectura no se podía concentrar en ella.

Reflexionaba sobre todo lo sucedido y cómo había intentado sobrevivir a sus propias emociones. Todavía tenía dolores a pesar de los analgésicos y sentía mucho calor, algunas veces temblaba y un sudor frío la empapaba, pese a ello no quería recostarse.

Los acontecimientos habían vuelto su mundo al revés y reconocía que se hallaba desbordada. Al final había llamado a Sophie para explicarle la situación. Su amiga se asustó, aunque cuando le contó que estaba en el hospital acompañada de John y de su familia y que continuaría su recuperación en su casa, mantuvo su tranquilidad. Ella le puso al día de la librería que funcionaba muy bien. Decidió que para la campaña navideña llamaría a una de sus amigas para que la ayudara, así que en ese aspecto todo solucionado. Quedaron en que hablarían por teléfono y que en cuanto pudiera volvería a la ciudad.

Pensar en regresar a Nueva York la entristeció un poco. Eso quería decir que no volvería a ver a John. Como en otras ocasiones, recordó que no estaba en su liga y que lo mejor era desaparecer y continuar con su vida.

Le gustaba y no ayudaba recrearse en el beso de esa mañana que él le había dado, sin embargo las señales que John enviaba eran confusas. Los días que estuvo convaleciente en el hospital pensó mucho en su primer beso antes de todo. Tan dulce que hizo que todo su cuerpo reaccionara a él, excitándola y haciéndola sentirse la mujer más bonita del planeta.

Quizás eran imaginaciones suyas y solo quería agradecerle su ayuda. A veces su mente divagaba sobre ello y entonces su lado responsable lo anulaba y le recordaba que no podía acceder a él. Era guapo y sexi, y con una voz grave que hacía que se le retorrieran los dedos de los pies. Y después del segundo beso ya en la casa, toda su existencia se hallaba patas arriba.

Recordó cómo en su pequeña cocina lo animaba a que le contara cosas, solo por el placer de escucharlo. A veces lo sentía muy próximo a ella y en otras ocasiones frío y distante. Era contradictorio.

Sí, estaba preparada para separarse de él y de su familia que tan bien se habían portado con ella y cuánto la habían cuidado.

Miró a su alrededor y observó la habitación. Era amplia y espaciosa, pintada en color azul con diferentes tonos. Amueblada con elementos modernos de color blanco y un armario empotrado de cuatro cuerpos que quedaba detrás de la puerta. La entrada del cuarto de baño adjunto estaba

pintada igual que las del armario de la ropa. Al lado habían colocado una cómoda con cuatro cajones grandes y sobre ella un espejo enmarcado en blanco también que ocupaba todo el espacio superior que quedaba desde el mueble. Junto a la balconera de salida a la terraza había una mesa tipo escritorio y una silla a conjunto. En la pared de frente a la cama colgaba una televisión de pantalla plana que aparecía y desaparecía desde el techo.

La cama ocupaba casi toda la habitación además de las dos mesitas de noche a cada lado, en las que había lámparas tipo vintage; en la de la derecha habían depositado el móvil con los números de todos además del mando a distancia de la televisión. Un enorme cuadro abstracto con colores vivos rompía la monotonía de los diversos tonos azules pintados sobre las cuatro paredes.

Por lo poco que había podido observar mientras John la llevaba en brazos, toda la casa tenía ese toque de sencillez. Nada de ostentación. Seguro que Rose había escogido el decorado y todo el contenido de la casa. La mano de una mujer parecía presente y creía que la comodidad había tenido mucho que ver en sus decisiones sobre cómo había decorado el hogar.

Notó que se le cerraban los ojos. A pesar de la pequeña siesta que se había echado durante el trayecto en el todoterreno desde el hospital hasta la casa sentía que su cuerpo le solicitaba que durmiera. Había sufrido mucho al enfrentarse a su ingreso e intervención. Asustada era la palabra correcta para definir lo que sintió. Quizás había sido un miedo irracional a lo desconocido, aunque había intentado controlarse.

Cuando el anestesista le había dicho que pensase en algo agradable, su último pensamiento había sido visualizar la cara de John. No recordaba lo que había soñado, pero despertó con la sensación de estar relajada y sin ningún dolor.

Eso duró un tiempo, dormía a ratos hasta que la sacaron de reanimación y la llevaron a su habitación, en donde además de John estaba su familia.

Nunca la dejaban sola. Por las mañanas la acompañaba Rose, que la ayudaba a asearse y a cambiarse de camión. Por las tardes se turnaban entre Bob y Michael. Bob era más silencioso, Michael siempre le contaba anécdotas divertidas. Por las noches John la vigilaba. Hablaban de cosas banales y después se ponía a trabajar con el ordenador. De todas maneras solía aparecer en algún momento durante el día. Era extraño que pasara mucho tiempo sin controlarla durante el día.

Rose le había explicado que desde hacía muchos años tenía ese comportamiento. Tras la muerte de su hermano parecía que el control que ejercía sobre la familia lo considerara un requisito indispensable para su tranquilidad, aunque con los negocios sucedía igual. Por eso, cuando la instaló en la habitación de su casa y la dejó a solas con Rose, ambas no pudieron evitar comentarlo y reírse.

Intentó levantarse de la cama, al menos podía comer sentada, algo que ya hacía en el hospital. Además conforme pasaban los días se encontraba un poco mejor, pese a necesitar los analgésicos porque el dolor no acababa de ceder.

Estaba un poco cansada, pero era muy testaruda cuando quería, por lo que esperaba que le subieran el almuerzo allí sentada. Le encantaba ver cómo la nieve iba cubriendo todo el paisaje que se divisaba desde esa habitación. Desde luego era un lugar privilegiado. El bosque se percibía a lo lejos y un gran jardín muy cuidado acompañaba los lados del camino que conducía hasta la entrada de la casa.

Además de la novela que había empezado, junto con sus enseres había varios libros que le había llevado John, suponía que de su propia biblioteca. Todos trataban la temática policíaca y de suspense. No había ninguno romántico. Como ya disponía de su bolso con la cartera y sus tarjetas quizás realizaría una compra por internet de algunas novelas.

El parte meteorológico se presentaba bastante optimista aunque no descartaban que hubiera alguna que otra tormenta que conllevara todavía más nieve y problemas para desplazarse por las carreteras. Creía que John tenía personal que se ocupaba de que el camino de acceso a la casa permaneciera despejado, ya que los accesos estaban limpios.

De la carretera ya se ocupaba el personal de Elkin.

Llamaron a la puerta y entró John con una bandeja, miró en primer lugar hacia la cama y como no la vio frunció el ceño. Era tan previsible que casi se le escapó la risa, aunque no pudo evitar sonreír. Entonces, John barrió la habitación con la mirada y la encontró sentada en la silla.

—¿No te había dicho que descansarás en la cama? —preguntó entre dientes. Mary supuso que intentaba controlar su genio y eso hizo que su corazón latiera un poco más deprisa.

—Estaba cansada de permanecer en la cama. Ya llevo aquí un rato y al menos tengo otra visión que no son solo las paredes —comentó con voz suave mientras levantaba la mano derecha para señalar la habitación.

Él no parecía muy conforme con sus explicaciones, pero finalmente asintió con la cabeza. Caminó hasta ella y dejó la bandeja sobre la mesita. El olor de los alimentos se mezcló con el aroma que desprendía John. Salvo cuando lo encontró que olía a sangre, su esencia la atraía como las moscas a la miel.

No dijo nada y durante unos segundos se concentró en él y en su fragancia. Quería reconocerla para cuando estuviera sola de nuevo poder recordarlo a través de ese peculiar aroma.

—¿Vas a controlar también lo que como? —preguntó cuándo vio que se sentaba en la cama como esperando a ver qué hacía ella.

—No voy a controlar, solo espero a que comas para después llevarme la bandeja y hacerte compañía. —Se cruzó de brazos y su semblante se relajó un poco.

—¿Tú no almuerzas?

Empezó a tomarse la sopa que ya se había atemperado. Vio que también había un plato con pescado en salsa, y de postre fruta variada, ya pelada y cortada.

—Ya lo hemos hecho. Todos tenemos tareas pendientes —dijo sin moverse y enarcó una ceja. Le encantaba verlo hacer ese gesto. No sabía por qué, pero en su estómago miles de mariposas volaban. Era tan arrogante...

—¿Entonces por qué pierdes el tiempo conmigo?

—No pierdo el tiempo contigo. Te acompaño, forma parte de mi trabajo.

Cuando le dijo que ella era parte de su trabajo, las mariposas dejaron de volar y estaba segura de que en su cara apareció la decepción. No era muy buena actriz. Decidió no conversar más, terminó de comerse todo lo que había en la bandeja con un gran esfuerzo, había perdido el apetito. Fue como un jarro de agua fría. Quizás sería lo mejor. Mantendría las barreras y, en cuanto pudiera, volvería a Nueva York, se olvidaría de él y de todo lo sucedido.

Se levantó y sin comentar nada fue hacia la cama por el lado contrario de donde él todavía estaba sentado y con cuidado se acostó de nuevo. Él hizo un intento por ayudarla y ella negó con la cabeza. John debió darse cuenta de que había metido la pata porque su semblante cambió y ¿quizás sintió algo así como arrepentimiento?

—¿Necesitas algo más? —le preguntó John cuando estaba a punto de salir de la habitación con la bandeja vacía.

Mary negó con la cabeza una vez más y dirigió su mirada hacia la ventana. Antes había recogido las cortinas y podía continuar viendo como nevaba. John salió de la habitación sin añadir nada.

Le había afectado mucho y estaba más sensible de lo habitual ya que no lloraba nunca y en ese

momento unas lágrimas humedecieron sus ojos; una rebelde se escapó y rodó por su mejilla. La apartó con un gesto impaciente con la mano buena y se prometió que debía ser fuerte y olvidarlo. Buscó una pose cómoda e intentó dormir pese a la tristeza. Al cabo de unos minutos estaba fuera de combate.

John pensó que había cometido un error en cuanto las palabras salieron por su boca. La actitud de ella había cambiado y no supo cómo enmendarlo. El silencio fue la tónica, ella comió todo lo que había en la bandeja y después rechazó su ayuda cuando fue a acostarse.

No sabía todavía por qué lo había dicho, se recriminó. Ella se había encerrado en sí misma y ahora tenía un problema. Buscaría una solución. Incluso había barajado besarla de nuevo. Algo complicado por su propia ineptitud. No sabía muy bien cómo llevar una relación.

—Veo que la bandeja está vacía ¿se lo ha comido todo o tú le ayudaste? —le preguntó Rose de buen humor.

—No, lo comió todo ella —contestó con el semblante serio.

Fue hasta la encimera y tras aclarar los platos y el bol de las frutas los colocó en el lavavajillas. La costumbre de la casa era que Rose preparaba las comidas y los demás lo recogían.

Rose colocó una mano sobre su hombro e hizo que se girase para mirarla. Ella lo conocía muy bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la mano en su mejilla. Lo miró fijamente.

No quería que sufriera, pero lo conocía desde que nació y era la única persona en la confiaba plenamente. Además de Michael y de Bob. Aunque ellos nunca se atreverían a inmiscuirse en su vida sentimental. Sabía a qué se refería con esa pregunta.

—Parece que he dicho unas palabras a Mary que no han sido muy afortunadas —contestó con tono sombrío, como su estado de ánimo en esos instantes.

—Sientes algo más que agradecimiento por ella, ¿verdad?

John asintió con la cabeza. Rose bajó la mano y le cogió la suya en un apretón cariñoso.

—¿Qué le has dicho?

Entonces le explicó la conversación y cómo había reaccionado ella.

—Bueno creo que es normal que actuara así. Lo que te facilita admitir que a ella tampoco le eres indiferente —comentó con una sonrisa sincera que le transmitía seguridad.

John pensó que no lo había valorado desde ese punto de vista. Tenía razón. Si ella se había enfadado era porque sus palabras le habían dañado, eso quería decir que sentía algo por él. Reconocerlo le arrancó una sonrisa y asintió con la cabeza convencido. Seguro que en su rostro lucía cierta arrogancia de la que muchas veces hacía gala.

Ahora tenía un objetivo: congraciarse y cuando pudiera seducirla. Iría con pies de plomo, esperaba no decir nada que pudiera contrariarla de nuevo. Esa noche volvería con la bandeja de la cena y después... bueno, ya vería.

Sin decir nada más dejó a Rose en la cocina y caminó hacia su despacho. Concentrarse en el trabajo sería lo mejor. No había estado al cien por cien y no quería quedarse atrás en los negocios, todo podía cambiar en segundos.

Aquellas noches que la había velado pasó muchos ratos mirándola cómo dormía. El cabello corto oscuro sobre la blanca almohada producía el efecto de mayor palidez en su tez. Insistía una y otra vez, cuando hablaba con los médicos, en que ella no padeciera dolores y que cualquier cosa que hiciera falta la conseguiría.

Sabía que había estado un poco pesado sobre el tema, pero es que estaba muy preocupado. Deseaba que se recuperara pronto y fuera la misma mujer que lo había llevado a su cabaña sin conocerlo para que se recuperara.

Cerró la puerta del despacho, no le apetecía que nadie lo molestara, por lo menos hasta la hora de la cena. Sentado en su sillón giratorio llamó a la policía para averiguar cómo evolucionaban las pesquisas sobre los dos incidentes. Le contestaron que todavía no tenían los resultados de la investigación que estaba en marcha sobre la avioneta y después pasaron a contarle lo que ya sabía a través de Michael. Les agradeció su atención e insistió en que, si era posible, cualquier cambio se lo comunicaran.

Aparte de la policía, su gente ya había examinado los restos de la avioneta, que pronto retirarían, en cuanto fuera posible y si nadie ponía ningún impedimento, ya que así lo exigió. El motor había sido manipulado, ya era un hecho y no una suposición.

Se levantó del sillón y comenzó a caminar por su despacho; valoró el hecho de que la avioneta había pasado la revisión pocos días antes de su viaje. Alguien que lo sabía había podido manipularla sin levantar sospechas. Tenía que ser alguien de dentro y eso le dolía, porque quería decir que quien fuera lo había traicionado.

Con esa idea en su mente creyó conveniente hablarlo con Michael allí, en su despacho, donde nadie pudiera espiarlos. Ya no se fiaba de nadie, excepto de Rose, Bob y Michael. En la ecuación no podía entrar Paul, solo hacía cinco años que convivía con ellos y debían descartar uno por uno a todos los que tenían acceso a todas partes sin levantar sospechas.

Iba a ser complicado, aunque necesario. Para no generar incertidumbre convocaría una reunión con Michael y Paul en el despacho, así acabaría de poner toda la información sobre la mesa.

Llamó a Michael primero y le dijo que acudiera a su despacho. Dejó la puerta abierta y esperó unos minutos hasta que su amigo llegó y le indicó que cerrara después de entrar.

—Acabo de hablar con la policía y me confirman que están en ello en los dos hechos. No sé qué opinarás, pero tenemos un traidor. Por lo que a partir de ahora solo tú y yo lo dispondremos todo. Y ya puedes comenzar a investigar a los que tienen acceso al aeropuerto y que no levanten sospechas —le dijo a la vez que se dirigía a su sillón situado tras la gran mesa de caoba que dominaba la estancia. Michael tomó asiento en una de los sillones orejeros que había colocados frente a la mesa y se dejó caer de manera desgarrada, como si estuvieran comentando que iban a montar una fiesta, John sabía que solo era una apariencia. Permanecía tan alerta como él mismo.

—Era de esperar. No hay huellas en los restos de la avioneta ni en el casquillo, eso ya te lo notificarán. Seguramente fue un profesional. Un francotirador. Eso revela que alguien te quiere muerto al precio que sea —comentó mientras se frotaba la barbilla con la mano en actitud reflexiva.

—Que yo sepa no tengo enemigos personales. No he engañado a ninguna mujer y hace tiempo que no mantengo ninguna relación —dijo con media sonrisa en la boca—, así que eso nos conduce a alguien del mundo de los negocios —concluyó casi en un susurro.

Pensó en los posibles candidatos. Reconocía que se podía considerar un tiburón en su trabajo y también que había otros como él, pero no esperaba que intentaran matarlo. Recabarían toda la información posible, sabía que a Max Lowell no le había gustado para nada que la gente de Technologic L. T. firmara con él y aun pensando que estaba muerto, les lanzó una oferta superior que ignoraron. Ya lo había intentado con otros negocios antes, algunos habían firmado y otros no.

Era significativo que supiera tanto de sus transacciones. Hasta ahora no se había dado cuenta y le comunicó a Michael sus sospechas.



—Voy a poner gente a investigar a los cuatro o cinco competidores que tienes, pero después de lo que acabas de descubrir creo que vale la pena centrarnos un poco más en ese pedante, loco y envidioso tipo —dijo Michael inclinado hacia delante, estaba apoyado con los codos sobre sus rodillas y las manos debajo de su barbilla—, ya te dije que esto no era cuestión de coincidencias. Alguien está detrás y no podemos bajar la guardia ni siquiera en casa.

—Continuaré trabajando hasta la hora de la cena, haz lo que sea necesario —dijo John reclinado sobre el sillón. Le dio carta blanca a sus acciones.

—Me voy a Nueva York, intentaré adelantar todo lo que pueda. También hablaré con Bob quiero que esté alerta y que cuide de las dos mujeres en mi ausencia —dijo. Se pasó la mano derecha por la cara con aire ausente como si meditara algo—, de hecho a Rose no le va a hacer ninguna gracia si se entera. Y se enterará, porque no sé cómo lo hace, pero siempre termina por saberlo todo. Intentaré regresar mañana o como muy tarde pasado. Estamos en comunicación.

—Bueno quizás esta vez no se entere, Bob y ella tienen su relación desde hace años, que esté un poco más encima igual no lo nota. Piensan que no lo sabemos, y creo que ya deberían dejar de jugar al ratón y el gato. Solo se escuchan las puertas de sus habitaciones por la noche y de madrugada.

«A lo mejor pasan la noche entera juntos cuando ellos no estaban en casa», pensó.

Michael salió de la habitación y él volvió a centrarse en el ordenador.

No permitiría que nadie le hiciera daño, ni a él, ni a ningún miembro de su familia. Utilizaría todos los medios a su alcance para que las cosas volvieran a la normalidad e intentaría mantener una relación con Mary, la dulce mujer que ahora estaba en una de las habitaciones del segundo piso de su hogar.

## Capítulo 7

Michael había estado muy preocupado por John desde que la torre de control se puso en contacto con ellos. La sensación de impotencia había estado presente hasta que él dio señales de vida pasados los días.

A pesar de que controlaba un gran equipo de seguridad, que contaba con la última tecnología a su alcance, había sido imposible hacer nada. La tormenta y la abundante nevada los había tenido atados de manos.

A los dos días de no tener noticias la cosa se puso peor cuando en los noticieros nacionales empezaron a exponer que el multimillonario había muerto a causa de un accidente de avioneta. No había podido pararlo. Tampoco sabía desde dónde se había filtrado la información. Rose lloraba a todas horas. Todo el mundo tenía un nudo en el estómago y las comidas eran esporádicas, solo lo justo. Había visto que Bob abrazaba a Rose, consolándose el uno al otro en la cocina. Como sabía que no querían que su relación se hiciera pública, nunca les comentó nada.

La llamada a los abogados fue necesaria. Todos los negocios permanecían paralizados hasta nueva orden. En alguna que otra ocasión habían hablado sobre el asunto: si a John le pasara cualquier cosa, los representantes legales sabían lo que debían hacer. Todos habían tramitado sus testamentos desde hacía años. En ese momento, tenía la esperanza de que hubiera sobrevivido y no pudiera comunicarse con ellos, como así había sucedido.

Tomó una buena decisión. Paul también parecía afectado, pero no tanto como los demás. De todas formas él formaba parte de la familia desde hacía relativamente poco tiempo.

Michael conocía a John desde la infancia y había estado con él en lo bueno y en lo malo a lo largo de toda su vida. A sus cuarenta y dos años, era consciente de que en cualquier momento podía sucederles algo, sin embargo la destreza de su amigo era indiscutible. Por eso guardaba la esperanza de que hubiera podido controlar lo suficiente el aparato para poder efectuar un aterrizaje sin que acabara muerto. Después de la llamada que les hizo comunicándoles que había sobrevivido gracias a Mary, sintió que todo volvía más o menos a la normalidad y la felicidad por saber de su amigo era enorme. La actitud emocional de toda la casa cambió drásticamente, de muy mala a una gran alegría.

El júbilo le duró poco. Cuando estaba de camino para recogerlo de la cabaña lo llamó y le explicó que estaban en el pequeño hospital de Boonville ya que habían disparado a Mary.

No le gustó nada, se le erizó la nuca y eso significaba siempre peligro. Era como el sexto sentido de las mujeres.

Aceleró lo que pudo y llegó al centro hospitalario. Lo primero fue abrazar a su amigo. Casi se le escapa alguna que otra lágrima, la emoción los embargaba. Como hombres que eran, se recompusieron enseguida y se dieron unas cuantas palmadas en las espaldas.

Fue entonces cuando expuso los hechos sobre el disparo y mientras atendían a Mary fue a investigar la zona, antes de que nadie más se acercara. John no tuvo que pedírselo dos veces.

Cogió el todoterreno y contó con la suerte de que los caminos estaban bastante transitables.

Llegó la cabaña y, mediante las descripciones que su amigo le había dado, se desplazó hasta la zona donde ocurrieron las dos acciones. Había sangre sobre la nieve, aunque empezaba a parecer una mancha rosada. No había vuelto a nevar y el tiempo había mejorado de tal manera que parte de la nieve comenzaba a deshacerse.

Encontró el casquillo y, como buen agente, llevaba una bolsa de plástico junto con unos guantes de látex. Se los puso y observó la bala, el calibre no era muy grande, después la metió en la bolsa. Quizás pertenecía a un rifle no muy grande y por lo que sospechaba debía llevar silenciador. Los de balística del equipo se ocuparían. Una vez analizada sería entregada a la policía para su propia investigación.

Una vez examinó los restos de la avioneta regresó sobre sus pies y llegó hasta el lugar desde donde se suponía que había disparado un francotirador. Era imposible sospechar que era una bala perdida de algún cazador, pero ya estaba bien que lo creyeran para evitar interferencias.

Siguió las marcas hasta que desaparecían junto con las de un todoterreno con ruedas amplias no portador de cadenas. La carretera estaba cerca. Las huellas indicaban que tenía una de las ruedas con un defecto. Tomó otra imagen.

Después volvió sobre lo andado hacia los restos de la avioneta. La examinó con sumo cuidado y pensó en la suerte que había tenido su amigo. John recordó ese claro e hizo el aterrizaje forzoso; si Mary no hubiera salido de la cabaña en busca de supervivientes, su amigo habría muerto por congelación.

No quería volver a pensar en ello, ahora tenía que centrarse en las pruebas que había recogido. Examinó el motor y en principio no observó nada extraño hasta que entre la nieve y los restos retorcidos del metal aparecieron los vestigios de lo que parecía un pequeño dispositivo que no pertenecía propiamente al motor. Lo fotografió y como allí no había cobertura en cuanto la tuviera enviaría todas las imágenes para su estudio.

Alguien tenía la intención de matar a John y tras la conversación que habían mantenido entre ellos, no había dudas. Alguien de dentro de su círculo más cercano los había traicionado. Solo ellos dos sospechaban que Max Lowell andaba detrás de todo lo sucedido.

La casa se encontraba muy bien vigilada con medios audiovisuales. Antes de salir había hablado con Bob indicándole lo importante que era que estuviera alerta y que, ante cualquier cosa extraña, lo comunicara al centro de control. No hizo falta que le dijera que controlara a Rose y a Mary, aunque estaba seguro que John sería quien lo hiciera.

Tras hablar con Bob fue en busca de Rose para decirle que marchaba a la ciudad y que volvería en cuanto pudiera. Ella se puso en plan maternal advirtiéndolo de que fuera con cuidado. La besó en la frente y salió en busca de su todoterreno.

Su amigo John estaba muy pendiente de Mary y lo estaba pasando mal. En cuanto pudo trasladarla a la casa parecía que se había relajado un poco a pesar de la gravedad de toda la situación. Creía que empezaba a sentir algo por ella. Sonrió al pensarlo. Nunca lo había visto en este estado y viéndolo desde fuera, creía que a ella él tampoco le era indiferente. Aunque iba a ser divertido ver cómo evolucionaba su relación.

Puso música *rock* y se concentró en la carretera. Ya había avisado de su llegada a los compañeros. Lo hacía por prevención, si pasaba algo que supieran qué estaba haciendo y dónde se encontraba. Llevaba un localizador, como todos los coches que había en el garaje. Una cosa que muy poca gente sabía, de la casa solo lo sabían John y él.

Cuando se dio cuenta ya estaba a medio camino. Entró en la autopista y comprobó que podría

llegar antes a la ciudad de lo que sospechaba debido al buen estado de las carreteras.

Rose había enviado al personal de la casa pronto a sus hogares, no quería que el mal tiempo fuera un impedimento para que llegaran a sus casas. Le apetecía cocinar eso la relajaba y podía pensar concentrada.

Preparaba la cena, mientras sopesaba el comentario poco afortunado que John le había hecho a Mary. Confiaba en el encanto de su muchacho para que recuperara la posible incipiente relación con la mujer. En ese tiempo creía que John la cortejaría, o al menos eso esperaba. Lo había visto muy contrito tras darse cuenta de que lo que le había dicho no le había sentado nada bien. Ella le había caído bien desde el principio. Primero porque lo había salvado y segundo porque se había puesto delante de él para que la bala no le diera, aunque en esos momentos no hubieran reconocido muy bien qué había pasado.

Era una mujer de carácter y eso le parecía algo bueno para poder frenar a John cuando se ponía en modo controlador. A veces daban ganas de gritarle y decirle que no eran tan inútiles como para no ir con cuidado en ciertas situaciones.

Si imaginaban que no se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo es que no la conocían muy bien. Dos accidentes en tan poco tiempo eran demasiadas coincidencias.

Sabía que estaban en alerta máxima y el sistema de seguridad en su máxima gestión de trabajo. Bob rondaba por la casa más de lo habitual durante el día. Paseaba por todos los accesos y, como siempre, en la mesa de la cocina por la mañana había un ramo de flores.

Bob entró a trabajar con ellos hacía veinte años y a los pocos días de estar allí empezó a encontrarse el ramo en la encimera. Cada día uno diferente. Aquello los condujo a la relación que mantenían a escondidas de los habitantes de la casa. Era consciente de que lo sabían y no decían nada. Hubiera querido contarlo a los cuatro vientos, pero Bob era muy reservado con su vida privada y no superaba que fuera un año menor que ella, cosa que ella se tomaba a risa y él solía enfadarse, aunque las reconciliaciones eran maravillosas.

Estaba preparando sopa y carne estofada. Creía que la sopa le apetecería a Mary y un poco de carne no le iría nada mal. Se la veía débil y necesitaba recuperarse. Suponía que aún tardaría unos días en encontrarse fuerte.

Apagó el fogón donde cocinaba la sopa y dejó a fuego lento la carne para que terminara de cocerse.

Se lavó las manos y decidió ir a ver a Mary. La veía muy sola. John le había explicado que solo tenía a su amiga Sophie y que era la propietaria de una librería en Nueva York. Él pensaba que era una luchadora y por lo poco que había visto durante su convalecencia coincidía.

Subió las escaleras y se dirigió a la habitación que ocupaba Mary. Esperaba que no estuviera dormida. La estancia quedaba al lado de la de John, pero la chica no lo sabía. Él lo había querido así. La habitación que ocupaba Mary era la única que se utilizaba cuando la persona que se quedaba era muy cercana a la familia. Tenían varias habitaciones vacías ya que a veces acogían a algunos invitados. Todas las estancias de esa ala de la casa eran las de la familia y las de los invitados se ubicaban en la otra ala.

Golpeó con suavidad con los nudillos y no obtuvo respuesta. Decidió entrar sin hacer mucho ruido por si estaba dormida, cuando entró lo que vio era algo que no esperaba: estaba en el suelo al lado de la cama con la cabeza vuelta. Se acercó con rapidez, se arrodilló a su lado y con

cuidado le levantó la cabeza. La miró y vio que estaba sudada y su cara enrojecida. Al tocarle la frente la notó muy caliente.

Tenía fiebre. Cogió uno de los cojines y se lo colocó debajo de la cabeza. Tenía que ir en busca de ayuda, ella sola no podía levantarla y podía hacerle más daño si lo intentaba.

Salió de la habitación y bajó las escaleras deprisa. Se dirigió al despacho de John, llamó y esperó a que abriera la puerta.

—¡Corre, ayúdame, he encontrado a Mary en el suelo! —exclamó para que se diera prisa.

John no dijo nada. Salió a toda prisa, subía los escalones de dos en dos, ella le seguía unos pasos por detrás. Él era más joven y ágil, así que llegó en muy poco tiempo. Cuando entró en la habitación, él ya estaba arrodillado a su lado.

—¡Mary! ¡Mary! —la llamó, pero ella no reaccionaba, incluso le daba unas palmadas en la cara para ver si se despertaba.

—¡Avisa al médico y que venga! —le gritó John sin ni siquiera girarse.

Salió como alma que lleva el diablo en busca de la agenda para encontrar el número del médico de la familia. Cuando contestaron les explicó lo sucedido y los antecedentes de Mary con respecto a la intervención por el disparo.

Le comunicaron que llegarían lo antes posible. Le pautaron realizar el control de la temperatura con un termómetro para saber qué temperatura tenía exactamente y le indicaron que le pusieran paños mojados con agua templada en la frente y en el tórax.

Una vez colgó, regresó a la habitación. Entró en el cuarto de baño del dormitorio donde buscó toallas pequeñas. Una vez las encontró abrió el grifo y esperó a que se atemperara el agua. Las humedeció y las sacó para colocárselas. Todos los cuartos de baños de la casa estaban muy bien provistos. Cuando construyeron Rose Hall, John insistió en cada dormitorio contara con su propio servicio, entonces ella se ocupó que todos estuvieran muy bien surtidos con todo lo necesario.

—Ya he avisado, vendrán enseguida —dijo cuándo entró de nuevo en la habitación. Vio que ya la había levantado y volvía a estar recostada sobre la cama—, han dicho que le pongamos el termómetro y coloquemos paños húmedos. Creo que dejamos un termómetro en la mesita de noche —comentó, mientras abría el cajón.

Allí estaba el termómetro digital que le entregó a John. Observó cómo con cuidado le levantaba el brazo derecho, lo colocaba y en pocos minutos emitió una señal acústica que evidenciaba ya tenía el resultado.

—¡Está a treinta y nueve grados! —exclamó John. La miró con miedo en sus ojos.

—Ponle las toallas en el tórax y la frente, voy abajo en busca de una aspirina —dijo con voz calmada para apaciguar a John.

Volvió a bajar para ir a la cocina donde tenía el botiquín.

—¿Qué sucede? —preguntó Bob que había entrado por la puerta posterior y la veía sacar varios botes de medicamentos de manera rápida y nerviosa.

—Mary tiene fiebre y está inconsciente. He llamado al médico y tenemos que darle una aspirina —dijo.

Le temblaban las manos y buscaba entre los medicamentos que había sacado. Bob se acercó y con su habitual calma buscó la medicación que precisaban y enseguida se la entregó a Rose.

—Gracias —le agradeció y salió corriendo. John ya la esperaba con un vaso de agua en la mano.

—Hay que intentar despertarla para que ingiera el antitérmico —dijo John.

Rose se sentó en la cama y la llamó con la voz más elevada de lo habitual para que se

despertara. Ella gruñó. Ya era un logro, así que insistió a la vez que le tocaba las mejillas y la llamaba. Al final Mary abrió los ojos que estaban enrojecidos y brillantes.

—Tienes que tomar un poco de agua con una pastilla —dijo Rose. John le había pasado las dos cosas, observó que le temblaban un poco las manos como a ella—, es importante, tienes fiebre. Ahora vendrá el médico.

Entonces le introdujo el comprimido en la boca y le acercó el vaso de agua a los labios. Ella tomó unos sorbos y Rose comprobó que la pastilla ya no estaba en su boca. Intentó que tomara unos sorbos más, pero ella negó con la cabeza y cerró la boca.

Bob estaba en la puerta.

—Ahora a esperar —dijo John en un susurro.

John ordenó a Bob que avisara a seguridad sobre la inminente llegada del médico.

Cuando Bob volvió, le acercó una silla para que se sentara en el lado izquierdo de la cama, John permanecía en el lado derecho y le había cogido la mano. Fueron cambiándole los paños conforme se calentaban para ayudar a que la temperatura bajase.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Paul les indicó que un coche estaba en la entrada, John asintió y dio la orden de que abrieran la puerta y los dejaran entrar.

Rose se levantó y fue a recibirlos. Minutos más tarde, el médico y una enfermera entraron y solicitaron les volvieran a explicar lo que había sucedido. John les informó y entregó los papeles del ingreso y alta que estaban en uno de los cajones de la cómoda del dormitorio. Los revisaron y les indicaron que salieran de la habitación para que pudieran examinarla. Rose vio como John se negaba.

—Soy su novio, no voy a dejarla —dijo, cosa que Rose pensó era el recurso que ya habían utilizado en el hospital para obtener información sobre su evolución y le permitieran quedarse con ella.

Al final se salió con la suya. Los demás salieron y esperaron.

«Quizás le habían dado el alta demasiado pronto», pensó Rose, todo ese cansancio y la falta de apetito no eran normales. Habían llegado esa mañana y parecía que llevaran allí días, todo se había complicado.

Miró a Bob y vio que la estaba observando. Mantenían una conexión especial y él sabía que no lo estaba pasando bien, aguantaría como una jabata.

La puerta se abrió y el personal sanitario salió. Todos se acercaron.

—Tiene la herida ligeramente enrojecida, es posible que por eso le haya subido la temperatura. Vamos a esperar un par de días, si no disminuye habrá que volver a ingresarla. Administradle los antibióticos que os voy a recetar y los antitérmicos fijos. Refrescad la habitación tres veces al día y esta noche un baño con agua templada. De todas formas mañana volveremos a verla —pautó el médico y tras ello se fueron.

—Bien, ya sabemos lo que hay que hacer. Volveremos a hacer turnos. La cena está casi lista, así que si me dais una hora, la termino y coméis cuando podáis —explicó Rose y todo el mundo asintió.

—Yo haré el turno de noche como siempre —comentó John—, entre tú y yo la bañaremos— le dijo a Rose.

—Sí, también aprovecharemos a ponerle un camisón más liviano para que no tenga tanto calor.

Bob dijo que se ocuparía de la mañana y Paul quedó en que cuando alguno no pudiera, ocuparía él su lugar.

A Rose le pareció todo correcto. John estaría con ella hasta que pudiera subir. Ya había

decidido que enfriaría la sopa con unos cubitos de hielo e intentaría que tomara un poco. Había que contrarrestar todos los líquidos que perdía a través del sudor con lo que pudiera ingerir por boca.

Bob la acompañó a la cocina y Paul volvió al centro de control.

No hablaron mientras ella comprobaba el guiso, al que todavía le faltaba una media hora para estar en su punto.

Tras la comprobación ambos aprovecharon a sentarse uno al lado del otro en la gran mesa que había en el centro de la enorme cocina, donde habitualmente comían, a no ser que fuera algo especial, que entonces utilizaban el gran salón. Era una estancia amplia y luminosa, con todos los electrodomésticos de última generación.

Bob le cogió la mano y la acarició.

—Seguro que saldrá adelante. Parece ser una luchadora —dijo Bob y Rose asintió con la cabeza con los ojos desbordados de lágrimas no derramadas. Se había encariñado con la mujer en el tiempo que habían pasado juntas en el hospital y pensaba en John, que le gustaba y tendría un gran sentimiento de culpa si ella no se recuperaba.

Paul se encontraba en el centro de control, meditaba sobre lo sucedido, ya que alteraba la recién instalada rutina. Así, no había manera de poder controlarlos. Pronto volvería a llamarle Max en busca de información y se cabrearía porque no podía supervisar a los habitantes de la casa, sobre todo a John, que era su objetivo.

No le gustaba nada lo que ocurría. Empezaba a pensar que necesitaba un plan para escapar indemne de todo e iniciar su nueva vida tal y como había planeado. Eso significaba que todos tendrían que morir y que aquello no pudiera salpicarle.

Guardaba el dinero en un lugar seguro con el objetivo de trasladarse a otro estado lejos de Nueva York e iniciar un nuevo negocio de seguridad. Era muy bueno y su trabajo muy rentable, solo la gente de dinero los contrataba.

Si todos desaparecían, podía incluso llorarlos y aprovechar los contactos de John a los que desde que entró a trabajar conocía. Pensó también en Max Lowell, no podía hacerle nada porque tenía todas las conversaciones grabadas como seguro.

Mientras simulaba que estaba concentrado en los monitores, junto a los otros agentes, intentaba elaborar un plan. Sus compras por internet continuaban a salvo, seguiría haciendo los recados de la familia en la ciudad con seguridad.

Todos los envíos los recogía en el servicio de correos que había en Elkin. Esa noche seguro que John se ocuparía de la mujer y a él no lo requerirían para nada, por lo que continuaría con sus objetivos.

Hasta la fecha no habían dado señales de que sospecharan de él y eso suponía una ventaja que debía aprovechar. Seguro que estaban indagando sobre el personal afín a la casa y al aeropuerto. Tampoco había visto que efectuaran reuniones fuera de lo habitual.

Siempre permanecía alerta, hacía muy pocas horas que estaban en la casa. Michael se había trasladado a Nueva York para efectuar varias investigaciones relacionadas con el avión. No volvería hasta el día siguiente.

El tiempo les había dado una tregua y podría circular por las carreteras. No levantarían sospechas el hecho de buscar algunas cosas a la ciudad durante esos días, ya habían enviado a uno

de los compañeros a comprar las medicaciones para Mary. Si la mujer empeoraba la trasladarían al hospital y de nuevo gozaría de más libertad.

Él no entendía mucho de medicina, pero el aspecto de la mujer no era muy bueno. Con un poco de suerte ellos centrarían su interés en la salud de ella y lo dejarían a su aire.

Sí, ese sería día de compras, intentaría hacerse con paquetes pequeños y fáciles de esconder. Parecía que la suerte estaba de su parte. Tenía que cuidarse a sí mismo y no dejar que nada al azar.

Mary sentía mucho calor. Quería moverse, sin embargo le dolía todo el cuerpo. Tras el mal rato pasado cuando John le había llevado la comida intentó no darle demasiadas vueltas. Para él, ella era un trabajo.

Le había herido mucho escuchar esas palabras. Más de lo que hubiera imaginado nunca. Tumbada sobre la cama su vena rebelde regresó con fuerza, no tenía por qué quedarse allí por mucho que él lo mandara.

Probó a levantarse y aunque sentía la cabeza embotada consiguió ponerse en pie. Quería ir al cuarto de baño que estaba a pocos pasos para refrescarse. No pudo dar ni uno. Un intenso mareo hizo que perdiera el conocimiento.

Volvió en sí cuando notó que le tocaban la cara y la voz de Rose le instaba a tomarse una pastilla. Debía tener mucha fiebre, incapaz de levantar los párpados y notaba un importante dolor de cabeza.

Intentó tomar pequeños sorbos de agua hasta que su estómago comenzó a revolucionarse y ya no quiso beber nada más. No quería vomitar. Y menos cuando carecía de fuerzas para desplazarse hasta el cuarto de baño.

Algunas veces dormitaba y otras soñaba. Escuchaba voces que no podía distinguirlos. Como un murmullo de fondo que aparecía y desaparecía.

No supo cuánto tiempo había pasado y de nuevo intentaron despertarla. Alguien con voz de hombre la estaba tocando. No quería que nadie la tocara, le molestaba. Sintió como le inspeccionaban el hombro herido, el dolor fue tan intenso que se desmayó.

*John la besaba, estaban en la bonita habitación que le habían asignado. De pie, uno frente al otro, cerca de las puertas de la terraza. No sentía dolor alguno, uno de sus brazos rodeaba el cuello del hombre y con la mano libre, acariciaba y pasaba los dedos por los cortos mechones de su cabello. Era muy suave siempre había querido tocarlo y acariciarlo.*

*La boca de John exploraba la suya. Sentía que en su estómago las mariposas volvían a revolotear, como el día del disparo. No quiso volver a pensar en ello, lo dejó a un lado concentrándose en las sensaciones del beso y de las caricias de sus manos sobre la amplia y musculosa espalda de John.*

*Percibía el calor que emanaba de los dos cuerpos, llevaban demasiada ropa puesta. Elevó los brazos, acarició sus hombros, pasó por sus pectorales y se dirigió hacia los ojales de la camisa. Comenzó a desabrochar los botones uno a uno hasta que dejó su torso desnudo. Un ligero bello oscuro poblaba la parte superior y bajaba en una fina línea que desaparecía tras los pantalones.*

*Cuando lo tocó, pasó por sus pezones planos y vagó por su tórax a la vez que jugaba con sus muy definidos abdominales; llegó al cinturón que deshizo junto con el botón de los pantalones.*



*Observó unos bóxers de color negro cuando le bajó la prenda y se quedó de rodillas ante él, que la miraba con deseo. Sus piernas largas y musculosas se movieron para terminar que deshacerse los pantalones. Su polla larga y endurecida sobresalía de la ropa interior. Mientras se levantaba acarició sus extremidades hasta llegar a los bóxers, y repitió la operación para retirárselos. Era excitante verlo desnudo y ella todavía vestida.*

*Continuó tocándolo hasta que alcanzó su pene, primero lo acunó con las manos y después con la mejilla. Notó como palpitaba a su contacto y John siseaba, manteniendo los brazos estirados a lo largo de su cuerpo con los puños cerrados.*

*El líquido preseminal humedecía la punta y la invitaba a lamerla, algo que hizo a la vez la agarraba con la mano y la apretaba ligeramente, entretanto subía y bajaba con un movimiento cadencioso que parecía gustarle a John por los gemidos que emitía. Con la otra mano acarició uno de sus muslos y subió hasta el escroto; jugó con él con suavidad, lamía la polla más endurecida todavía por la excitación. Se recreaba con sus venas y la aterciopelada punta roma.*

*Él puso las manos sobre su cabeza. Acariciaba su corto cabello instándola a moverse al ritmo que marcaba y que parecía gustarle.*

*Continuaba vestida, notaba sus pequeños pechos calientes e hinchados, los pezones duros como diamantes. Sentía que se humedecía y un ligero dolor aparecía en su coño. Su cuerpo ansiaba tenerlo dentro, pero estaba disfrutando mucho del juego iniciado con su polla. Quería que se corriera en su boca.*

*No hacían falta palabras. Sus cuerpos hablaban por sí solos. Parecía estar conforme con sus deseos, porque en escasos segundos su respiración se agitó y su nombre salió de su boca mientras se corría. Ella tragó su semen golosa, su gusto almizclado y ligeramente salado le gustó, y continuó hasta que le exprimió la última gota. Una vez todo terminó lamizó su labio y miró hacia arriba, vio el brillo en sus ojos: hambre sexual. Ella era su objetivo, a pesar de haberse corrido hacía pocos segundos, en su cara observó la determinación de poseerla. La cogió por los hombros y la levantó.*

*La besó y ella supo que se estaba degustando a sí mismo. El sabor mezclado con la humedad. Mordió su labio inferior y jugó con su lengua, a la vez comenzó a quitarle el jersey de cachemir que llevaba, lo levantó y por unos segundos dejó de poseer su boca para quitárselo.*

*Quería que tocara sus pechos, que se los chupara y apretara sus pezones. La excitación que sentía era máxima, estaba segura de que se correría en cuanto le tocara el clítoris. Sabía que encontraría la humedad a través de su tanga y que le debía llegar a sus muslos.*

*Acarició con un dedo los bordes de su sujetador de encaje negro. Ella inconscientemente se movió en un intento de que llegara hasta sus pechos. Los pezones duros se notaban a pesar del sostén. La respiración de ambos volvía a ser rápida y de vez en cuando soltaban algún que otro jadeo.*

*Al final, deslizó las manos por su espalda y liberó sus senos que ansiaban su tacto. Una vez retirada la prenda, puso las manos por debajo de sus pechos como sopesándolos. Ardía, estaba ardiendo por su contacto. John bajó la cabeza y fue directo al inhiesto pezón. Primero lo lamizó y después lo atrapó entre los dientes.*

*Sintió un poco de dolor que la enardeció más. Sus manos acariciaban sus fuertes brazos, se sujetó por no caer en el suelo. Todo le daba vueltas y el calor aumentaba por momentos. Pasó de un pecho al otro y repitió la acción que había emprendido con el primero.*

*Sus manos desabotonaron la falda, le bajó la cremallera y dejó que cayera sola sobre el suelo a sus pies. El pequeño tanga negro era la única ropa que quedaba entre ellos.*

*Después de venerar sus pechos bajó poco a poco por su abdomen. Con pequeños besos y caricias que la hicieron suspirar y con las que sintió cosquillas. Casi saltó hacia atrás e intentó mantenerse en la misma posición a la vez que acariciaba su cabello.*

*Ahora era él quien estaba de rodillas ante ella. Vio como sus fosas nasales se ensanchaban e inspiraba con fuerza. Estaba oliéndola. Sus manos fueron hacia sus muslos y tocó la humedad que resbalaba por ellos. Lamió el líquido que los impregnaba, retiró el tanga y la dejó totalmente expuesta a su escrutinio.*

*Ansiaba que chupara su clítoris, estaba a punto de correrse. No lo hizo, con un dedo jugó con sus labios separándolos, pero evitaba el centro de excitación, la hacía sufrir.*

*—Por favor, por favor —suplicó en un susurro con la respiración acelerada.*

*Él no tenía piedad, seguía jugando con los pliegues de su sexo hasta que introdujo un dedo en su vagina.*

*—Qué húmeda y apretada estás —murmuró sobre su piel. Buscaba su punto más sensible y la estaba volviendo loca.*

*A punto de desmallarse por el placer que le estaba proporcionando y a la vez el martirio de no tocar su clítoris. Sacó el dedo y se lo llevó a la boca, mientras la miraba. Levantó una oscura ceja y a la vez que lo lamía, sonrió.*

*—Mía, eres mía —aseveró y la dejó un poco sorprendida. Había visto en su mirada la posesión, que lo verbalizara la excitó más de lo que ya lo estaba.*

*Se levantó y la tomó de la mano; la llevó hasta la cama, donde la recostó sobre las suaves sábanas de seda roja. No las recordaba así cuando había entrado en la habitación, pronto lo olvidó. En cuanto él se colocó entre sus piernas, su pene ya volvía a estar preparado para introducirse en su interior.*

*—Quiero que te corras conmigo —ordenó él.*

*Ella solo pudo asentir. Sabía que el momento de que ambos se perdieran en la vorágine del orgasmo era inminente. Sus pechos subían y bajaban acompasados a la rápida respiración. Buscaba el roce contra su torso, que no llegaría porque le colocó las piernas sobre los sus hombros y la penetró de una sola embestida. Inició un movimiento rítmico de entrada y salida que la llenaba completamente. Sus pechos se bamboleaban y el sudor resbalaba por los dos cuerpos. Cada vez que entraba rozaba su clítoris con una mano. La excitación estaba en su punto culminante.*

*—¡Voy a correrme! —exclamó Mary en un jadeo.*

*—¡Sí, sí! —afirmó él.*

*John aumentó el ritmo y ella sintió como desde dentro de su útero el orgasmo crecía y avanzaba hasta explotar. Él gritó su nombre otra vez en el mismo momento que se corría en su interior. Derramó todo su semen y su vagina lo exprimía con las contracciones de su propio clímax.*

*Agotado cayó sobre ella. La traspiración de ambos se mezclaba y resbalaba por sus cuerpos; en la habitación solo escuchaban las respiraciones de ambos intentando recobrar regularidad.*

*John giró su cuerpo y lo dejó caer a su lado. La cogió para que apoyara la cabeza sobre su hombro y la envolvió entre sus brazos.*

*—¡Mía! —exclamó él.*

*Estaba muy a gusto en esa posición, sin embargo había algo que no iba bien.*

*Tenía mucho calor, la cabeza parecía que le iba a estallar y el dolor apareció de nuevo. Intentó mirarlo, pero la imagen de su hermosa cara comenzó a desdibujarse.*

*—¡No te vayas! ¡No me dejes! —gritó  
Extendió los brazos cuando vio como él se disolvía y desaparecía.  
Estaba sola en la cama.  
La luz del atardecer que los había envuelto desapareció. Llegó una oscuridad fría que  
luchaba contra el calor interior que generaba su cuerpo.*

Lo llamó a gritos, él no volvía. La negrura la envolvió y la habitación desapareció para aparecer ante su visión unas luces que no le eran desconocidas: las de los pasillos del hospital.

Unos segundos de lucidez le indicaron que volvía a estar en el centro hospitalario. Una gran desilusión pesó sobre ella, todo había sido un sueño. Antes de poder dar crédito a lo vivido perdió la conciencia y regresó a la oscuridad.

## Capítulo 8

John empezaba a impacientarse cuando había pasado toda la noche y parte de la mañana inconsciente y agitada durante horas. No había ingerido ningún líquido. Cambiaban continuamente las pequeñas toallas húmedas sin ningún efecto. Un rictus de incomodidad apareció en su cara desde que había perdido la consciencia. Les costó un mundo que se tomara los antitérmicos y antibióticos.

No había ninguna mejoría, al contrario parecía empeorar. Estaba muy pálida y le resbalaban gotas de sudor sobre sus sienes de forma constante. No era médico, pero la lógica le decía que no podía ser bueno que no bebiera ningún líquido y los perdiera través de la hipersudoración que estaba padeciendo.

La familia comentó que podían hacer turnos para cuidarla, él se negó en rotundo, no iba a dejarla en ningún momento. Nadie había dormido en condiciones y comenzaba a ser patente en todos ellos.

Rose, Bob y Paul habían dormitado a ratos y al amanecer él también descansó durante unos minutos. La misma ansiedad lo mantenía alerta. Habían cambiado las sábanas más de una vez porque las empapaba sin cesar. Una de ellas habían aprovechado para meterla en la bañera del cuarto de baño de la habitación llena de agua templada. Ella continuó igual y no despertó. No podía evitar tocarla, si no le cogía la mano para sostenerla, le acariciaba la cara.

Solo habían estado allí Rose y él. No quería que nadie más la viera desnuda. Fue complicado ya que no quería mojarle los apósitos de las heridas. Le pusieron un camisón corto de algodón. Quería que estuviera lo más cómoda posible, aunque no sabía si funcionaba.

Volvió a ser un mal momento, pese a todo no pudo evitar observarla. Era bajita, delgada y tenía unos pequeños senos con unos pezones rosados que hicieron que se empalmara. Lo cortó de golpe al darse cuenta que era un desgraciado por albergar pensamientos de ese tipo cuando ella no se encontraba bien. Dejó de estar duro como una piedra y volvió a la realidad.

Michael llamó por la noche desde Nueva York para comunicarle que se había reunido con los de balística y que el viaje había transcurrido sin complicaciones. Cuando le explicó lo sucedido con Mary y cómo se encontraba, Michael le dijo que se ponía en camino, de todas formas no podían acelerar las investigaciones.

Eran las tres de la tarde y la situación insostenible. Salió de la habitación y llamó al médico y cuando le relató lo sucedido desde que efectuaron la visita el día anterior, el hombre les urgió a que la llevaran al hospital. Iba a necesitar ser rehidratada y con toda seguridad que le efectuaran un antibiograma para ver qué antibiótico sería el más efectivo, ya que el administrado no le estaba haciendo efecto. Las heridas de fuego a veces podían ser muy complejas de tratar y quizás de nuevo precisaría pasar por el quirófano.

—Nos vamos al hospital —ordenó en el mismo instante que cerraba el móvil y entraba en el dormitorio tras colgar.

—¿Cómo dices? —preguntó Rose desde la posición donde había relevado a John. Se llevó las manos al pecho preocupada.

—El facultativo dice que la llevemos al hospital, aquí no puede hacer nada por ella —explicó. Mientras hablaba buscaba algo que ponerle encima para sacarla hasta el vehículo.

—Bob, trae el todoterreno hasta la puerta. Rose prepara lo que necesitará una vez allí, Paul quédate y controla toda la situación, te llamaremos en cuánto sepamos algo. ¡Ah! y organiza la vigilancia veinticuatro siete en el hospital —ordenó John. Al final encontró una manta pequeña, la envolvió con ella y la cogió en brazos.

Salió con ella de la habitación. Debido a los nervios empezó a sudar. ¿Y si le dieron demasiado pronto el alta del hospital? Durante los últimos días habían insistido mucho al cuadro médico que su recuperación sería mejor y más tranquila en la casa. Y ahora en poco más de veinticuatro horas volvían de nuevo al centro hospitalario porque su vida estaba en peligro.

La culpabilidad le rondaba. No podía dejar de pensar en que no se había disculpado por haberle dicho aquello. No había pretendido ser tan capullo, pero a su favor debía destacar que jamás había mantenido una relación al uso más allá de citas esporádicas, y no sabía que unas simples palabras sacadas de contexto, podían malinterpretarse de tal manera que podían dañar.

No quería perderla. Todos esos sentimientos se agolparon en su mente mientras la llevaba escaleras abajo. La puerta estaba abierta, Rose le seguía con prisas con una bolsa pequeña que debía contener cuatro cosas para ir haciendo una vez estuvieran allí, y Bob ya se encontraba en la puerta con el todoterreno encendido.

Fuera hacía frío. No nevaba, sí que había helado durante la noche. Ni siquiera pensó en coger la chaqueta. Bajó los escalones de la entrada y vio que la puerta de detrás del vehículo ya estaba abierta sujeta por su jardinero y amigo. Entró con ella en brazos y Bob cerró la puerta. Rose subió al asiento del copiloto con la bolsa, Bob cerró también su puerta y una vez en el asiento del conductor inició el camino hacia Elkin.

La miró entretanto la sostenía. Era tan bella y pequeña. La palidez se mantenía, no pudo evitar otra vez acariciar su mejilla y posó un suave beso sobre su frente.

En ese instante le pareció que ella reaccionaba. El rictus desapareció y le dio la impresión de que su semblante se relajaba y estaba más tranquila. Incluso creyó ver un atisbo de sonrisa en su boca. Nunca se había sentido tan protector y cariñoso con una mujer. Miró hacia delante para ver si Rose o Bob lo habían observado, sin embargo ambos estaban centrados en la carretera.

Pasó la mano por su cabello y a pesar de ser tan corto, le sorprendió lo suave que era. Parecía una muñeca en sus brazos.

—He cogido pocos enseres y un pijama —dijo una Rose un tanto conmovida.

—Bien —contestó John sin dejar de mirar a Mary—. Si hace falta ya lo compraremos o volveremos a casa a buscar lo que necesitamos.

—¿Está muy mal, verdad? —preguntó Bob mirándolo a través del espejo retrovisor.

—Creo que sí —aseveró. Bob asintió con la cabeza y aceleró lo que le permitió el estado de la carretera.

—Paul ha sido rápido, tenemos a uno de los chicos en uno de los coches siguiéndonos —comunicó Bob a todos.

Entonces fue John el que asintió. Quería que todos estuvieran seguros y no les pasara nada. Todo lo sucedido en tan poco tiempo le había hecho reflexionar: no aceptaba que atentados contra él pudiera salpicarles como le había pasado a Mary.

No tardaron mucho en llegar. Cuando entraron y lo vieron con la mujer desmayada, el personal

sanitario acudió con una camilla para llevársela.

Se la llevaron y volvió a quedarse de pie ante las puertas batientes. Esperaba que hubiesen llegado a tiempo. Una enfermera salió y le preguntó qué había sucedido. Le explicó que habían salido del hospital el día anterior y que en su historial encontrarían toda la información. Le facilitó el nombre y la enfermera se fue para desaparecer también tras las puertas.

Se pasó las manos por el cabello y suspiró derrotado. Caminó hacia la sala de espera de urgencias. Había muchas personas esperando. Al cabo de un rato entraron Rose y Bob. Buscaron lugares libres para sentarse. Agotado recostó la cabeza contra el hombro de Rose, entonces sintió que le cogía la mano y la apretaba para darle ánimos.

Esperaba esa llamada. Conocía muy bien a Max e intuía que no tardaría mucho para enterarse qué era lo que ocurría en la casa a pesar de lo que le había dicho. Salió del centro de control y se dirigió a su habitación. Mantenía la llamada en espera, Max ya sabía que estaba buscando un lugar seguro para poder hablar.

Una vez llegó a su dormitorio conectó el inhibidor de frecuencias por si acaso y restableció la llamada.

—Ya es seguro hablar —dijo.

—Informa —ordenó.

—Imposible establecer una rutina para un nuevo accidente. Al menos por el momento. Todos hemos estado muy centrados en la mujer. Ayer por la tarde empeoró y acaban de irse al hospital de nuevo. Uno de los chicos ya está allí de guardia. Yo estoy al mando de la casa. Michael sigue en Nueva York y es posible que vuelva esta noche. No sé muy bien qué ha ido a hacer, solo dijo que era para la investigación —explicó sin ninguna emoción en la voz.

—¡Maldita sea! —exclamó Max por el teléfono; Paul separó de su oreja el aparato inconscientemente—. Desde que la mujer apareció todo ha sido un caos, y la mejor característica de John era lo cuadrulado que es para todo, incluso para sus hábitos cotidianos. Ahora no hay manera de controlar la situación y programar algo.

—Eso pienso yo. De momento no sospechan nada. Conmigo han actuado como siempre. Soy uno más de la familia —expresó con una sonrisa un tanto cínica en la boca ya que su interlocutor no podía verla.

—No me gusta nada todo esto. He invertido mucho esfuerzo y dinero en que este malnacido desapareciera. No he podido acceder al contrato de Logitec. L. T. a pesar de que durante esos dos días lo dieron por muerto —resopló, algo que le molestó mucho a Paul.

—Esperaremos a que vuelvan a la normalidad —dijo Paul a expensas de que a Max no le iba a gustar nada.

—En cuanto algo cambie, llámame —ordenó y terminó la llamada.

Paul miró el móvil y pensó que empezaba a cansarse de la situación. Era consciente de que en cualquier momento lo vendería para salvarse. Lo que él no sabía era que ya había puesto en marcha su plan de acción. Seguro que le mandarían hacer alguna cosa en el pueblo, la casa debía continuar en marcha y todos los compañeros del centro de control efectuaban las comidas y las guardias allí.

Sonrió de forma maliciosa. Nunca sabrían que lo que iba a suceder tenía que ver con él.

Volvió a la sala de control, se comportó como siempre e incluso manifestó su preocupación por Mary el muy cínico. Todos estaban alterados en espera de noticias. Menos él, que le importaba

bien poco.

Habían pasado muchas cosas durante su vida desde que llegó a casa de los Petersen y empezó a ocuparse de John y de su hermano, pensó Rose. Contaba con unos veinte años cuando los conoció.

La última vez que había visto a John dejar de trabajar de esa manera y la preocupación en su rostro, fue tras la muerte de sus padres y después la de su hermano.

Seguían sin explicarle lo que sucedía, pero la marcha de Michael a la ciudad y las miradas entre ellos, le decían que había algo que les preocupaba y no querían compartirlo.

No era tan tonta ni estaba tan vieja para no ver lo que pretendían ocultarle: el accidente de la avioneta y el disparo supuestamente perdido no eran meras coincidencias.

Los dejaría que pensarán que permanecía en la inopia mientras lo creyera oportuno, después les sonsacaría toda la información, si no era vía Bob, sería mediante alguno de los chicos. Había observado todos los movimientos extra fuera de la propiedad, como si estuvieran en alerta máxima, y no en los controles habituales.

Llevaban sentados en la sala de espera al menos dos horas. Bob aguantaba estoicamente a su lado, John no hacía más que levantarse, sentarse y acercarse a las puertas batientes para ver si alguien los informaba. Las arrugas de su frente eran más visibles y profundas. Presentaba unas ojeras muy marcadas y los ojos vidriosos y enrojecidos por la falta de descanso.

Había observado a la gente como ellos que esperaban recibir noticias de sus familiares o amigos, algunos contentos y en un par de casos a otros los vio llorar y apoyarse entre ellos.

Esperaba que les dieran buenas noticias sobre la salud de Mary. No era muy creyente y en esos momentos necesita respaldarse en algo y empezó a rogar, no recordaba las plegarias que cuando era pequeña le enseñaron sus padres, eso no impedía pedirle a Dios que la salvara. La pobre no tenía la culpa de nada y no se merecía todo lo que le estaba sucediendo. Un alma buena con muy mala suerte.

Le estaban muy agradecidos por haber salvado y cuidado de John. Además había algo entre ellos, pensó que era bonito y que su muchacho se lo merecía. Estaba demasiado solo a pesar de que todos ellos conviviesen con él en la casa. Había permanecido demasiado tiempo sin sentir algo más que el amor fraternal.

Pasaron dos horas más y seguían sin noticias.

Michael entró y se dirigió hacia ellos cuando los divisó. John se levantó enseguida y lo interceptó a medio camino; mantuvieron una escueta conversación en voz baja. Tras la pequeña charla, caminaron hacia ellos y Michael se agachó, le dio un beso en la mejilla y después le cogió la mano. Miraba significativamente a Bob.

—¿De qué hablabais? ¿Qué está pasando? —le preguntó Rose a Michael. Miró a John seria, no se conformaría con cualquier minucia de información.

—John me explicaba lo sucedido y que no os han dicho nada todavía —contestó Michael mientras ponía cara de póker aunque no la engañaba.

Era muy bueno en su trabajo, pero ella lo conocía desde hacía mucho tiempo y sabía cuándo no le decía toda la verdad. No se daba cuenta y sus orejas tomaban un cierto color más sonrosado de lo habitual. Se veían porque su cabello era lo suficientemente largo para llevarlo recogido en una coleta. Más de una vez había tenido que rapárselo al perder alguna que otra apuesta, aunque estaba segura que lo hacía intencionadamente. Al recordarlo sonrió dentro de su cabeza. Siempre

montaba un pequeño espectáculo como si le afectara muchísimo perder su pelo, aunque estaba claro que cada cierto tiempo aprovechaba.

Estaba perdida en esos pensamientos cuando escuchó que los llamaban. Todos acudieron para saber qué sucedía y cómo seguía Mary.

—Por favor, acompáñenme —les dijo una enfermera y los llevó hasta un pequeño despacho que había en el área de urgencias. No le gustaba aquello, suponía que los llevaban allí para darles malas noticias —en unos minutos vendrá el médico y les informará.

Esperaron en silencio, absortos. Notó que Bob le pasaba el brazo por los hombros. Reconocía que en pocos días había mostrado más contacto físico con ella delante de los demás que en todo el tiempo que llevaban de relación. Siempre con la excusa de que era un año más joven y un pobre jardinero. Más joven que ella sí, pero de pobre no tenía nada. John se había preocupado de que todos tuvieran sus ahorros muy bien invertidos. En el fondo era un esnob y así se lo había hecho saber múltiples veces cuando discutían sobre el tema.

Dos médicos entraron a los pocos minutos. Era un espacio pequeño y sus tres hombres demasiado grandes. Había dos sillas, una mesa de despacho y al otro lado un sillón giratorio. No había ventanas y estaba pintada de un suave color verde manzana. Todos permanecieron de pie aunque los médicos se colocaron tras la mesa.

—¿Son los familiares de la Sra. Roberts? —preguntó el más mayor de los dos. Un hombre de unos cincuenta y tantos. El otro era un poco más joven, quizás cerca de los cuarenta.

—Soy John Petersen, su novio y esta es nuestra familia —contestó John con especial énfasis en las palabras *nuestra* y *familia*. Alargó la mano y saludó mientras se presentaba.

—La buena noticia es que llegaron a tiempo. La mala es que está muy grave. Ha desarrollado un *shock* séptico y la hemos intubado para mantenerla sedada, así observamos su evolución al tratamiento con los antibióticos. Está en la UCI. Seguramente las heridas le han producido una infección grave en la sangre y si no llegan a traerla, quizás ahora estaría muerta —explicó de una manera bastante cruda. Rose no pudo evitar emitir un jadeo ante la gravedad de la situación y taparse la boca con las manos.

Miró a John y vio cómo su cara permanecía sin expresión. Observó que continuaba con los puños apretados y el cuerpo en tensión.

—¿Vivirá? —preguntó Michael.

—Estas primeras veinticuatro horas son cruciales. Una vez hayan pasado y se permanezca estable, le retiraremos el tubo y veremos qué pasa.

—¿Cuándo podré verla? —cuestionó John agobiado y se pasó la mano por la cabeza.

—Podrá entrar en la UCI dentro de unos minutos, una enfermera vendrá a buscarlo y lo llevará a una sala donde se vestirá para poder acceder. Después los horarios establecidos son a las once de la mañana y las siete de la tarde. —Esperaron unos segundos como nadie hizo ninguna pregunta más los médicos asintieron con la cabeza y después salieron del despacho.

Sospechaba que les iban a dar malas noticias. Tuvo que sentarse en una de las sillas para poder asimilarlo. La vida de Mary pendía de un hilo. ¿Cómo iban a sobrellevarlo todo?

No hacía ni tres semanas que vivía tranquila y contenta. Rose Hall ya se encontraba en marcha. Habían terminado las obras y la casa considerada habitable al cien por cien. Era muy grande y las obras habían durado dos años hasta que estuvo tal y como ellos querían, además de que hasta que todo el sistema de seguridad estuviese en marcha era impensable que John ordenara el traslado definitivo.

El día que se mudaron fue el más feliz para todos. Creía que a John le iría bien trabajar desde



allí y no siempre metido en aquellas oficinas que aunque grandes y bonitas, al fin y al cabo, eran cuatro paredes en enormes edificios.

Todo cambió drásticamente cuando les llamaron para comunicarles el accidente, después el disparo y ahora Mary estaba intubada y no sabían si sobreviviría. Su mundo se había vuelto caótico en pocos días. Estaba cansada física y mentalmente.

—Bob, lleva a Rose a casa. Aquí ya no se puede hacer nada. Yo llevaré a John en mi coche cuando termine la visita a Mary —dijo Michael que organizó la situación en un momento.

—No me iré a ningún sitio —contestó John, mirando a su amigo con gesto irritado.

—Sí que irás a casa. No podrás verla de nuevo hasta mañana y necesitáis descansar. Estáis que dais pena. No hay nada que podamos hacer por ella. Estará bien cuidada y los chicos se quedarán de guardia las veinticuatro horas. Mañana volveremos y esperaremos a ver qué pasa, pero hoy nos vamos a Rose Hall —aseveró Michael. Rose observó que Michael no se dejaba intimidar por la mirada furiosa de su amigo, que seguía con los puños apretados desde que les habían comunicado la noticia.

Se levantó y alargó las manos para coger las de él. Durante unos segundos pareció que no iba a abrir los puños, entonces poco a poco se relajó.

—Michael tiene razón y lo sabes. Nosotros nos iremos ahora y tú debes cambiar tu actitud cuando entres allí dentro. Háblale, he leído en alguna parte que pese a estar dormidos, escuchan. Anímalala y dile cosas cariñosas —señaló Rose con un tono suave para que él se relajase un poco. Sabía que sufría por dentro. Al final él asintió y, tras darle un apretón en las manos, salió de la habitación con Bob tras ella.

Cuando llegaran a la casa era posible que no durmieran, al menos intentarían descansar.

John no quería reconocerlo, no obstante ese lugar lo intimidaba. Había seis camas colocadas de manera circular. En el centro el personal sanitario controlaba todos los monitores. La enfermera que lo había ido a buscar lo condujo hasta una habitación donde se tuvo que cambiar para disfrazarse como ellos. Tras vestirse todo de azul, le había hecho ponerse una mascarilla y un gorro de una tela muy frágil.

Armándose de valor siguió a la enfermera que también se preparó para entrar y lo condujo a la cama en la que ella se encontraba.

No reconocería nunca que casi se mareaba al verla llena de tubos colocados por todas partes. Parecía tranquila y aquel color pálido que presentaba cuando llegaron a urgencias había desaparecido para dar paso a una coloración algo más natural.

—Solo podrá estar unos minutos —le susurró la enfermera y lo dejó con ella.

Quería hablarle y no sabía cómo, se sentía un poco ridículo. Había mucha gente allí delante como para decirle ciertas cosas. Se colocó en el lado derecho de ella y le cogió la mano que notó fría al tacto.

—Mary —susurró cerca de su cabeza—, lo siento, de verdad que lo siento. No sé por qué ha sucedido todo esto, pero lo averiguaré. No te dejaré sola. Todo va a salir bien. Te recuperarás y volveremos a Rose Hall. Prometo que compraré novelas románticas para la biblioteca, sé que te gustan mucho y quiero que las disfrutes en casa.

Le habló en voz baja para que nadie lo escuchara. Se irguió y mantuvo la sujeción de su mano. Los dedos eran tan pequeños con las uñas cortas y pulidas. Le encantaban sus manos. No quería

imaginárselas sobre él en un momento íntimo, parecía que lo pensaba en los peores momentos. Se reprendió de nuevo por albergar esa historia. Ella se recuperaría, empezaba a valorar la vida y la salud como nunca antes. Algo que se daba por sentado hasta que faltaba o le faltaba a los seres queridos, y entonces, ni todo el oro del mundo parecía ser suficiente para pagar un problema irreversible de vitalidad.

Diez minutos más tarde fueron a buscarlo para que saliera. Le besó en la sien y se despidió con una ligera caricia a su mejilla.

Su instinto le decía que antes de salir se volviera, al final no lo hizo. La imagen mental que acababa de experimentar de ella tumbada en aquella cama con todos aquellos tubos empañaba los buenos recuerdos de ella en la cabaña sentada en su sillón leyendo. Quería que permanecieran grabados esos últimos en su mente y no lo que acababa de dejar.

Una vez estuvo fuera vio a Michael que lo esperaba en la puerta de la salida de urgencias.

—¿Qué tal? —preguntó Michael que se incorporó tras estar apoyado en la pared.

—No sé qué decirte. Estaba en una cama llena de tubos, uno de ellos le salía por la boca, y conectada a un montón de máquinas que pitan continuamente. Su semblante era tranquilo y parecía que estaba dormida. Me he sentido fatal —le contestó cruzado de brazos.

—Hay que esperar. En unas horas sabremos algo, ahora nos vamos a casa —le dijo con una mano sobre el hombro que lo instaba a salir de allí.

Subió como un autómatas al todoterreno de su amigo. Miraba sin ver por la ventana concentrado en las imágenes que aparecían en su mente de ella. Luchaba por recordar los buenos recuerdos y dejar atrás los malos. Sin embargo una y otra vez la veía en sus brazos medio muerta y en aquella horrible cama de hospital con toda la parafernalia para mantenerla viva.

Se pasó las manos por la cara en un intento de despejarse. El cansancio comenzaba a hacerle mella, quizás tenían razón y necesitaba descansar. Ella estaría allí muy controlada y si sufría cualquier cambio los avisarían, ya habían anotado los teléfonos de contacto.

Quedarse en aquella sala de espera no iba a hacer que Mary pudiera recuperarse antes. Debía centrarse en lo sucedido, pero sus sentimientos por ella estaban alterando su mente lógica.

Llegaron a Rose Hall, Michael aparcó en el inmenso garaje y entraron por una de las puertas que conducían a la casa y quedaba en uno de los laterales, sin alterar la estructura de la casa, solo parecía una puerta más.

—¿Vas a dormir o hablamos del tema? —le preguntó Michael cuando estaban junto a la puerta de su despacho.

—Con lo que me has adelantado creo que dispongo de material suficiente para meditar. Estoy cansado y me voy a estirar un rato —dijo mientras levantaba una mano a modo de despedida de su amigo y se dirigió hacia las escaleras que subió con paso lento.

Empezaba a contar con una edad y todo lo sucedido le afectaba. No podía pensar con claridad.

Pasó por delante de la habitación en donde había estado Mary y no pudo evitar entrar. Todo estaba tal y cómo lo habían dejado. Rose también estaba cansada y suponía que mañana ya la arreglarían. Oía a cerrado y a sudor. Fue hacia la cajonera, abrió una y vio que dentro estaban los camisones que Rose le había comprado para el ingreso anterior.

Eran suaves, algunos de algodón y otros de raso. Los acarició y recordó cuando la veía por las noches con ellos puestos en aquella habitación del hospital. Al final cogió uno y lo levantó hasta su mejilla, ya no estaba impregnado con el olor de ella, el suavizante lo había sustituido.

Dejó la pieza tal y cómo estaba y salió de la habitación. La suya estaba al lado, entró y vio que todo permanecía en orden como a él le gustaba. Dejó encendida la luz tenue que emitía una de las

lámparas de las mesitas del dormitorio tras bajar las persianas. Fue al cuarto de baño y después de despojarse de toda la ropa entró en la ducha y dejó que el agua caliente resbalara sobre su piel durante un buen rato intentando relajarse.

Salió de la ducha y se miró al espejo. Vio reflejada la imagen de un hombre con los ojos enrojecidos y los hombros caídos hacia delante. Las arrugas alrededor de sus ojos se habían acentuado. No se consideraba metrosexual, le gustaba mantenerse en forma y cuidarse de vez en cuando, pero ahora todo lo que le importaba era recuperar a Mary. A lo mejor si dormía conseguiría desconectar y pensar con más claridad.

Sacó el móvil de los pantalones que había dejado en una de las sillas y lo dejó sobre la mesita noche. Si sucedía cualquier cosa lo llamarían a él primero. La temperatura ambiental de la casa era muy cálida. Se tendió sobre la cama desnudo cerró los ojos con la intención de dormir o por lo menos probarlo.

Al cabo de unos minutos se quedó profundamente dormido.

Max Lowell no volvió a cometer el desastre de que la rabia lo superara y volver a destrozar una de las habitaciones de su casa. Estaba aprendiendo que no valía la pena contar con toda esa gente a su alrededor arreglándolo después, le ponía nervioso y de peor humor.

Sentado en uno de sus sillones favoritos ubicado en el salón frente a una enorme pantalla plana y en la mano derecha con un vaso de whisky de malta de la máxima calidad con dos cubitos de hielo, pensaba en cómo había cambiado la manera de canalizar la rabia que le producía no llegar a conseguir sus objetivos: con sexo. Cada día una mujer distinta, con las que practicaba BMSD junto con un ligero toque de sadismo.

No podía dejar de cavilar en cómo podía cargarse a John. El francotirador permanecía escondido en un motel cercano a Boonville y a Paul pasándole información.

Miraba el vaso con el líquido ambarino y tras un sorbo, lo saboreó. No era un hombre de beber mucho alcohol, de vez en cuando una copa lo relajaba y le ayudaba a pensar.

Sabía que ahora era imposible efectuar un ataque ni directo, ni indirecto. Pese a todo su paciencia tenía unos límites. Aquella familia estaba más pendiente de esa mujer que de los negocios y su mundo giraba en torno a ella esos días. Además incluía vigilancia extra. Lo ideal sería que él tuviera que alejarse de ellos y que el francotirador lo siguiera y lo matara. Esa sería una posibilidad.

El problema era que siempre permanecía rodeado de gente y en lugares públicos. Las dos oportunidades que se habían presentado resultaron un fracaso total.

Movió el vaso de whisky escuchando el tintineo de los hielos contra el cristal. No podía ser tan complicado, seguro que surgía una fisura en todo el sistema de vigilancia para poder dispararle.

Imaginó que una vez la mujer regresara a la casa, aunque era pleno invierno, en algún momento saldrían al jardín y le enseñarían el resto del terreno. Ese sería un buen momento para poder matarlo. Cuando volvieran a establecer la rutina y Paul le pasara la información sobre sus movimientos por la parcela, avisaría al francotirador. Esperaba por su propio bien que no fallara en esta ocasión.

Había contratado al mejor y había fracasado porque esa mujer lo apartó y recibió ella la bala. Era frustrante pensar en ello, palpar su triunfo tan cerca y perderlo por el libre albedrío. Todo había sido planeado meticulosamente y una simple mujer había jodido sus planes.

Estaba solo en casa, tendría que haber ido a otra de las galas prenavideñas para recaudar dinero, manipular emocionalmente a la gente, pero al final había decidido no acudir. Ahora no gozaba del aliciente para ello ya que John no estaba y entonces no podía enfrentarse a él, aunque solo fuera con la mirada y retarlo sin ni siquiera hablar.

Odiaba que fuera más alto, más guapo y disfrutara de más éxito con las mujeres y en los negocios que él. Cuando tenían un cara a cara, debía levantar la cabeza y eso era irritante, lo único que le compensaba era saber que a John lo irritaba verlo en esas fiestas. Su cara de póker no le servía, podía ser que al público lo engañara, a él no.

A pesar de que sabía que lo mejor era esperar, le rondaba una idea que iba a poner en marcha ya. Con ello esperaba que él regresara a la ciudad. A su mente acudió el nombre de un tipo discreto y que nunca le había fallado, ¿cómo era posible que no hubiera pensado antes en él? Se reprendió mentalmente, cogió el teléfono y lo llamó. Esperaba que estuviera libre para lo que había pensado. Al final contactó con él y le explicó lo que quería que hiciera. Aceptó inmediatamente y estuvo encantado cuando le comunicó cuánto le iba a pagar.

Satisfecho de que lo que había pensado pudiera efectuarse en tan poco tiempo lo puso de tan buen humor que quiso celebrarlo.

Al lado del sillón había una mesita de caoba y encima una lámpara que era la única luz que iluminaba la habitación sobre ella los diferentes mandos para el control de la televisión, los dispositivos de vídeo y las persianas con control electrónico. Su móvil de última generación estaba al lado de ellos, llamaría a una de las profesionales y terminaría el día disfrutando del mejor sexo. Pagaba muy bien para que aguantaran todo lo que a él lo excitaba.

Tomó un sorbo de whisky y buscó el número de la sumisa y marcó, en su boca apareció una sonrisa torcida que parecía más una mueca.

Ya no tenía ganas de esperar a que el francotirador tuviera alguna oportunidad, lo dejaría en la reserva. Había recibido un sustancioso pago y haría lo que él le mandara. Y Paul, bueno, de momento todavía le era útil. Después, ya vería lo que hacía con él.

## Capítulo 9

A la mañana siguiente Michael entró en la cocina y los encontró a todos ya sentados y desayunando. Los saludó y preguntó cómo habían pasado la noche. En general habían descansado y la verdad es que sus semblantes así lo reflejaban no como el día anterior.

Cogió una de las cápsulas de café favoritas y la puso en la cafetera, en pocos segundos obtuvo la bebida que lo resucitaba por las mañanas. En la mesa había dispuestos huevos revueltos, bacón, salchichas, tostadas, mantequilla y mermelada, además de zumo de naranja.

Normalmente la hora del desayuno y de la cena se consideraban casi sagrada. Algo así como una reunión familiar, a no ser que se encontraran fuera por negocios o de vacaciones. Comentaban las tareas de cada día y organizaban la casa. Era grande y precisaba que todos colaboraran. Rose controlaba la organización, no estaba para ir recogiendo la ropa, ni para estar limpiando los cuartos de baño. Aunque tenían personal externo doméstico, no los había educado para ser un desastre en el orden.

La ropa terminaba en la lavandería que habían establecido en el sótano de la casa. Rose preparaba las comidas, pero ellos tenían que recogerlo después. La organización era fundamental y lo mejor era que a todos les gustaba que fuera así.

Mientras masticaba el crujiente bacón sopesó la noche anterior cuando dejó a John de camino a su habitación. En vez de dormir abrió el portátil y trabajó durante un rato en sus negocios de seguridad y en el informe final que le había enviado balística.

Consideró guardarlo en la nube y comentarlo más tarde solo con John, junto con sus conclusiones tras haber valorado el accidente de la avioneta, la zona cero y el lugar desde donde efectuaron el disparo.

Ya podía asegurar que el aparato había sido manipulado. Por suerte, los restos de la pequeña bomba que estalló incendiando el motor habían quedado intactos y buscaba dónde pudieron conseguirlo.

Balística había identificado el proyectil como un 7'62 \* 51 mm OTAN que los tiradores utilizaban para varios tipos de armas, incluidas pistolas, ametralladoras y rifles. Estaba seguro de que llevaba silenciador y los indicios apuntaban a que podía pertenecer a un rifle M40, aunque también a un M14. Por lo que la lista empezaba a quedar más reducida.

Había dado cuenta de todo ello ya a los abogados y su equipo de investigación buscaba francotiradores que utilizaran este tipo de armas. La verdad era que el boquete que le habían hecho a Mary era impresionante, llamaba la atención la suerte que había tenido de sobrevivir a ello.

Quería explicárselo a John. Cuando unían sus conocimientos y planteaban problemas resultaban muy buenos para solucionarlos.

—¿Has recibido noticias del hospital? —preguntó a John.

Se levantó para recoger los enseres sucios y colocarlos en el lavavajillas.

—No, no han llamado.

—¿Cómo vamos a organizarnos hoy? —cuestionó Paul y hacía lo mismo que Michael.

—Creo que no hace falta que vayamos todos al hospital. Michael y yo acudiremos a la visita de las once y de las siete. Hasta que no esté en la planta no es necesario hacer turnos como la otra vez —comentó, mientras pasaba la mirada por todos ellos.

—Bien, llama por teléfono y nos explicas cómo está —dijo Rose moviendo la cabeza con pesar. Michael suponía que no tenía muchas esperanzas de que saliera de esa.

—¡Ella no morirá! —exclamó John que se levantó y dio un golpe con el puño sobre la mesa.

—Nadie ha dicho eso John —aseveró Michael—, está muy grave y somos conscientes de lo que puede suceder. Es inevitable que nos lo planteemos —dijo en tono calmado, pero firme. No dejaría que su amigo transmitiera su frustración al resto de la familia. Sabía que el sentimiento de culpabilidad le rondaba.

—Lo siento —dijo cuando vio que la situación se le había ido de las manos y respiró varias veces tratando de tranquilizarse—. Ella no debería pasar por todo esto.

Se sentó y apoyó los codos en la mesa mientras pasaba las manos por su rostro.

—No pasa nada, todos hemos estado muy tensos desde hace muchos días por lo sucedido, debemos tener fe y pensar que el equipo médico es el mejor para salvarla. Si hace falta la trasladaremos a Nueva York, puedo preparar un dispositivo médico aéreo —explicó Michael. Se levantó para colocar la mano sobre el hombro de su amigo. A la vez, Rose por el otro lado le acarició el cabello con la otra mano.

—Sí —afirmó John —depende de cómo esté hoy la llevaremos a Nueva York.

John besó a Rose en la sien, creía que sus palabras lo había animado, ya veía los engranajes de su mente funcionando, aunque creía que lo solucionarían en el hospital de Elkin.

—Bien, ahora marchaos e informadnos. Si necesitamos algo os lo diremos, no hará falta que Paul se desplace. A ver si yo por mi parte consigo poner al día la casa. Seguro que Mary se recuperará —dijo Rose al terminar de organizarlos para dar ánimos a todos e incluso a ella misma.

—Ya sabes que no me importa hacer los recados, es una manera de escapar de mi cautiverio —bromeó Paul con exageración mientras señalaba con las manos la estancia.

Una pequeña sonrisa asomó en la boca de todos.

Bob asintió y salió por la puerta de la cocina que daba al jardín.

John y él abandonaron la cocina en busca de sus prendas de abrigo y utilizaron la puerta del garaje. En esta ocasión subieron al coche de John. Michael no dijo nada porque pensó que le iría bien a su amigo estar concentrado en la conducción y en lo que le iba a explicar, no en Mary.

Antes de empezar a hablar pasó la micro radiofrecuencia para asegurarse de que no había colocados ni micrófonos ni cámaras dentro del vehículo. Ya no confiaban en nadie y se mantendrían así hasta que fuese seguro hablar con Rose y Bob. No querían implicarlos de momento.

Cuando salieron a la carretera inició su explicación de las conclusiones a las que habían llegado tanto él como el equipo de investigación.

John no había valorado la posibilidad de que un nuevo equipo médico pudiera ocuparse de Mary en Nueva York, Rose tenía razón, contaban con otra opción por si las cosas no evolucionaban como debían. Conducir le dio cierta tranquilidad. Había dormido gran parte de la

noche, y se notaba más lúcido y sin la sensación de cansancio que hacía un par de días que no lo abandonaba.

Encendió la radio y buscó una emisora de música celta, le encantaba y a la vez lo relajaba. Michael había comenzado a relatarle los informes de los que estaban pendientes. Sabía que sería inútil llamar a la policía para contrastarlos, de todas formas lo haría cuándo regresaran del hospital.

—¿Qué crees que deberíamos hacer ahora? —preguntó Michael.

—Con lo que hemos averiguado se confirman nuestras sospechas: alguien ha intentado matarme. No creo que actúe de nuevo tan pronto. Seguiremos con la investigación de mis competidores en los negocios y buscaremos la información de los francotiradores con el hilo del arma. Además está el tema del topo y hay que atraparlo —señaló con la atención en la carretera; ya estaban a la entrada de Elkin.

—Creo que podríamos tenderle una trampa. Por ejemplo, informar a todo el personal relacionado con la avioneta y la casa de algo secreto vinculado con los negocios y ver cómo nos llega la noticia —comentó Michael pensativo.

—Bien, mientras visito a Mary piensa en algo que sea un poco llamativo. No sé, como que voy a invertir en alguna cadena hotelera o algo así —meditó John a la vez que aparcaba en el estacionamiento del hospital. Antes de salir del todoterreno ambos asintieron.

Entraron por la puerta principal del hospital, por desgracia, ya conocía el recorrido que debía hacer. Observó que aunque no era un centro muy antiguo tampoco era de los más modernos. Entonces pensó en que si Mary se recuperaba, haría una importante donación anónima para que lo modernizaran y pudieran comprar aparataje de última generación y así atender mejor a la población. Quería establecer una muy buena relación con la comunidad del que ahora era su hogar.

Esperaron un poco a que el ascensor bajara, una vez dentro coincidieron con bastantes personas. Empezó a sentirse nervioso, era un hombre frío y calculador, pero en lo referente a Mary perdía el control.

Cuando llegó, ya estaban acompañando a las personas para cambiarse y entrar a ver a sus familiares. John se dirigió hacia ellos y Michael se quedó en la antesala esperándolo.

Una vez dentro fue hacia el mismo lugar de la noche anterior. Albergaba la esperanza de ver sus bonitos ojos abiertos, una vez colocado a su derecha comprobó que continuaba igual.

El médico apareció a su lado.

—Es una luchadora. Los antibióticos han hecho efecto y la fiebre ha bajado —le explicó el doctor en voz baja a la vez que inspeccionaba a su paciente.

—Entonces, ¿por qué permanece todavía dormida y con todos esos tubos?

—Hemos creído conveniente dejarla unas horas más, esta tarde intentaremos retirarles la ventilación asistida, por lo que quizás cuando vuelva a la visita de la tarde esté despierta, aunque le costará hablar. Notará la garganta irritada y no podrá tomar líquidos en unas horas. En general el pronóstico es bueno. Si no vuelve a sufrir fiebre y despierta bien del sueño inducido, es posible que mañana la traslademos a una habitación —le aseguró y después de despedirse fue hacia otros acompañantes.

La esperanza renació en su corazón y sonrió emocionado por las buenas noticias.

—Pronto estarás bien. Eres muy fuerte. Todos estamos esperando poder verte así que despierta. Volveré más tarde y espero que todo vaya bien —le susurró al oído. La besó en la sien y salió del lugar. Antes de retirarse, le cogió la mano y la acarició unos segundos.

Sabía que las visitas eran cortas y no podía hacer nada, le acongojaba verla así. Quizás se

consideraba un poco cobarde, ya que la sensación de culpa aumentaba cuando la veía postrada en aquella cama. Marchó pasados los pocos minutos que les concedían.

Tras quitarse el equipo de protección fue en busca de Michael. No estaba en la antesala, pensó que quizás estaría en el aparcamiento. En esa ocasión bajó por las escaleras y cuando atravesó las puertas del hospital lo vio en un lugar ligeramente apartado de los transeúntes.

—¿Cuándo ha sucedido? ¿Por qué no nos habéis avisado antes? —preguntaba Michael en voz baja con apremio mientras caminaba de un lado para otro.

La urgencia que imprimía en las preguntas lo puso nervioso. Entonces Michael lo vio y cesó sus paseos para colocarse frente a él.

—No, no sé qué vamos a hacer. De momento llama a la policía, al seguro y a los abogados. Manténnos informados. Te comunicaré la decisión que tomemos —finalizó la llamada con cara de preocupación en la cara.

—¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo en casa? —Pensó que en el poco rato que habían estado fuera podría haberle sucedido algo a sus familiares o empleados.

—Ha habido una explosión en el piso de la oficina central esta madrugada —anunció desesperado.

—¿Alguna víctima? —preguntó con temor de que alguno de sus trabajadores se encontrara allí durante la detonación.

—No, gracias a Dios, era demasiado pronto. Solo uno de los guardias de seguridad está un poco magullado —dijo con un suspiro.

John se estremeció al percatarse de que podía haber resultado una masacre si hubiese sucedido a otra hora, allí trabajaba mucha gente. El rascacielos era suyo, pero como empresa solo ocupaban las tres últimas plantas.

—¿Daños estructurales y materiales?

—Dos plantas afectadas y parte de la superior en muy mal estado. Al suelo solo han caído restos de los cristales que estallaron y el incendio que acompañó a la explosión pudo ser controlado casi de inmediato. Al permanecer en alerta máxima los chicos de seguridad ayudaron con los extintores y cuándo llegaron los bomberos terminaron de sofocarlo. Ya les he dicho que avisen al seguro y a los abogados. La policía ya se habrá enterado y esperemos que inicien lo más pronto posible la investigación —concluyó y fue a sentarse en un banco que había próximo.

John estaba estupefacto. No podía ser. ¿Qué le ocurría a su mundo? ¿Qué más iba a sucederles? Miró a su amigo y entonces entendió que se encontraba tan agobiado como él. Llevaban demasiados días intentando salir adelante y ahora solo les faltaba un golpe de este tipo. Al menos no había víctimas.

Sin embargo los someterían a una investigación sumada a la otra que ya había en marcha. Quería saber quién se hallaba tras aquello, porque estaba seguro que no se trataba de simple casualidad. Se enfureció como nunca.

El edificio estaba construido con todas las medidas de seguridad posibles y con regularidad efectuaban los controles de todos los posibles puntos que pudieran producir un incendio e incluso una explosión. Los dispersores funcionaban al cien por cien. No le importaba lo que le costara reconstruirlo, se trataba del daño personal que intentaban infringirle a él y a su familia con todos esos actos.

Inspiró el aire frío y miró hacia el hospital. Valoró que su familia estaba bien y Mary en fase de recuperación. Llegaba la Navidad y por Dios que la iba a celebrar con todos ellos como debía. Prometiéndose a sí mismo que encontraría quién o quiénes estaban tras lo sucedido.



—Vamos, Michael —exclamó. Se sintió crecer ante la adversidad—, iremos a casa y desde allí lo organizaremos todo. Esta tarde vendré a visitar a Mary, que por cierto ya no tiene fiebre y la extuban. Después me desplazaré a Nueva York —anunció parado delante de él. Le tendió la mano para que se levantara.

—Bien —asintió Michael y tras unos segundos cogió la mano y se la apretó.

Durante el viaje su amigo efectuó diversas llamadas al equipo de seguridad. Estaban contrariados por todos los sucesos que escapaban a todos los registros y controles que efectuaban. Habló con la policía de Nueva York y también con la de Boonville por si les interesaba. Ellos estaban convencidos que todo era provocado, esperaba que los agentes que llevaban las investigaciones también llegaran a la misma conclusión.

Cuando llegaron a Rose Hill, convocaron a toda la familia a su despacho incluido el equipo de seguridad interno y a Paul. Una vez explicaron lo que había ocurrido en Nueva York dieron las órdenes pertinentes al grupo que salió de la habitación para llevarlas a cabo y solo quedaron Rose, Bob, Paul y Michael.

Entonces les contó lo que le habían dicho en el hospital y sus planes.

—¿Vas a ir solo? —preguntó Paul apoyado contra la chimenea con los brazos cruzados.

—Uno de los chicos me seguirá en su coche —dijo para que todos estuvieran tranquilos, mientras recogía el ordenador portátil que se llevaría al viaje.

—¿Cuándo volverás? —cuestionó Rose sentada en una de las sillas que había frente a su mesa con las manos juntas sobre el regazo.

—No lo sé. Os turnaréis para quedaros con Mary cuando la trasladen a la habitación. Por lo que ha dicho el médico, quizás mañana ya la subirán a una habitación —explicó con voz firme, consciente de la gravedad de la situación—, cualquier movimiento extraño comunicadlo a seguridad. Espero que la situación permanezca controlada en un par de días en la ciudad. Ya sabéis que decidimos trasladarnos aquí porque podemos trabajar desde cualquier lugar. Intentaré reubicar al personal en otras sedes hasta que las instalaciones funcionen de nuevo —concluyó.

Se colocó delante de la mesa donde se recostó y los miró a todos con los brazos cruzados sobre su torso. Rose negaba con la cabeza, con los ojos enrojecidos y cargados de lágrimas.

—¿Por qué todo esto? —susurró la mujer a la vez que lanzaba la pregunta al aire.

John se arrodilló delante de ella y le cogió las manos.

—Vamos a solucionarlo. Solo es dinero. Nadie está herido y Mary va a recuperarse. Celebraremos la Navidad y festejaremos que estamos todos juntos —dijo.

Le apretó las manos y se las llevó a los labios para posar un suave beso sobre ellas. Rose soltó una de ellas y la pasó por el cabello oscuro de John.

—Tienes razón. Tal vez me he puesto un poco emocional. Lo importante es lo importante, y lo demás, ya lo solucionaremos —comentó con un asentimiento.

John vio como Bob depositaba una mano sobre el hombro de ella, Rose se giró y le guiñó un ojo a su amante. Paul mantenía la posición en la que estaba desde que se habían quedado solos y Michael, que no había dicho nada, seguía sentado en el sillón que había en la pared contraria a la chimenea. Ambos hombres asintieron con la cabeza.

Mary pasó de disfrutar de una agradable sensación de ingravidez a sufrir dolor en todo el cuerpo. Sintió algo en la garganta y en la nariz; le costaba respirar y notaba la boca seca.

Abrió los ojos de golpe y vio a un montón de gente vestida de verde y con mascarillas y gorros que la rodeaban.

—Respira despacio, Mary —le indicó una de las voces—, sabemos que estás incómoda por los tubos, ahora te los retiraremos.

Al principio no entendía lo que le ordenaban, cuando lo repitieron asintió con la cabeza y vio como la persona que había hablado acercó sus manos a la nariz y retiró un esparadrapo pegado allí. Le dolió. Entonces un largo tubo delgado salió de su nariz, lo que le provocó repulsión. La sensación de ahogo empezó a aumentar, suponía que era por el otro tubo que aún permanecía en la boca, notaba cómo la saliva resbalaba por su barbilla y parecía faltarle el aire, que le producía náuseas y ganas de vomitar.

«Volvía a estar ingresada en un hospital», pensó.

Todo era de lo más desagradable. Realizaron algo con el tubo y sin decir nada, lo retiraron. Mary comenzó a toser y a inspirar todo el aire que le permitían sus pulmones. Jadeó, tosió de nuevo, su cuerpo se estremeció al moverse con espasmos, que le produjeron más dolor.

—Todo ha ido muy bien. La fiebre ha bajado y ya no necesitas la respiración asistida. Veremos cómo pasas estas primeras horas y si continuas igual, mañana te trasladaremos a planta —comentó una voz a su derecha.

Mary quería hablar, pero notaba la garganta tan seca que era imposible que emitiera ningún sonido.

—Dentro de un rato que beba un poco de agua a ver qué tal la tolera —ordenó el doctor que llevaba la voz cantante, una enfermera que estaba a su izquierda asintió con la cabeza.

El médico junto con otros desaparecieron de su campo visual y solo la enfermera se quedó allí con ella. Le pasó un paño mojado por la cara, para después secársela.

—Por favor, abra la boca —señaló ella, Mary lo hizo automáticamente. Le introdujo una gasa humedecida con un líquido frío con un sabor extraño que le refrescó la boca.

Todavía persistía una ligera sensación de ahogo que al cabo de unos minutos mejoró. Aunque su garganta continuaba irritada. Intentó abrirse paso entre sus recuerdos, apareció de forma nítida la conversación con John, el mal recuerdo y querer levantarse sola. Después todo quedó oscuro. Suponía que había perdido el conocimiento, solo recordaba una alusión de tomarse una pastilla y después nada.

«Estaba viva».

Cuando esa mala experiencia quedó atrás observó todo a su alrededor. Otra vez una sala llena de sueros y monitores que pitaban. Intentó levantar la cabeza a pesar del dolor; creyó que se trataba de la sala de intensivos. Había pocas camas ocupadas y todo el personal iba enfundado en trajes verdes tal como había visto a los que la habían asistido hacía unos minutos.

Cansancio, esa era la palabra que definía su estado en ese momento.

Solo quería recuperarse y no volver a pisar un centro sanitario en su vida. ¿Estaba sola? ¿La habían dejado ellos allí? No obtuvo respuestas ya que lo desconocía, observó entonces que los otros pacientes también lo estaban.

Cerró los ojos un minuto y se quedó de nuevo dormida.

—Mary —escuchó una suave voz de hombre—. ¿Soñaba? Parecía la voz de John.

Abrió los ojos y vio a otro personaje disfrazado, aunque sus ojos eran como los de él. Intentaba concentrarse porque se notaba atontada por la medicación, o al menos, eso suponía.

—¿John? —preguntó con una intensa ronquera por la garganta seca.

—Mary, oh Dios, no sé cómo decirte lo feliz que me hace ver que te encuentras mejor. Nos diste

a todos un buen susto —dijo él inclinado sobre ella. Hablaba en voz baja cerca de su oído mientras le cogía la mano.

Ella asintió y notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, las cuales resbalaron por sus mejillas. John las apartó con la mano enguatada y acarició su rostro. Mary creyó ver sus ojos húmedos, aunque no estaba segura de observarlo bien a través de sus lloros.

—Lo siento, no me cansaré de decírtelo. No eres ningún trabajo para mí, ni para la familia. No sabes lo que necesitaba hablar contigo y poder disculparme por ello —aseveró el hombre.

Mary no podía creer lo que escuchaba. Estaba tan contenta de verlo que, en esos momentos, no había pensado en ello. Podía apreciar su malestar, parecía compungido y le transmitía la sensación de arrepentirse de verdad. Tras todo lo sucedido no podía más que perdonarlo. Sus sentimientos hacia él pesaban demasiado como para no hacerlo. Asintió y él la besó en la frente. Ella buscó su mano, le dio un apretón con el que esperaba lo entendiera y asentía con la cabeza.

Ambos estuvieron unos minutos sin despegar la mirada, como si grabaran sus rostros en un momento de reconocimiento mutuo, a la vez que aceptaban unos sentimientos que no acababan de salir a flote.

—Me ha dicho el médico que ya han hablado contigo, mañana si no pasa nada te subirán a la planta. Han sucedido ciertas cosas que requieren mi presencia en la ciudad. No te quedarás sola, Rose y Bob te esperarán allí. Yo regresaré en cuanto pueda. Cuando te encuentres mejor mantendremos esa conversación pendiente —explicó en voz baja, así creaba un ambiente íntimo en un lugar atestado de gente y pitidos de máquinas, o al menos ella lo interpretó así.

Mary asintió y le correspondió con un nuevo apretón en la mano. John la acarició y después la levantó, posó sus labios todavía cubiertos con la mascarilla sobre ella. Pensó que, a pesar de todo, era el momento más feliz de su vida y los ojos se le humedecieron.

—No llores, ya verás como todo va bien. Esta vez no saldremos de aquí hasta que contemos con la seguridad de que todo está correcto. Se te ve tan delgada que Rose necesitará esmerarse con esos guisos tan buenos para que pronto te recuperes —bromeó y ella sonrió un poco.

—Vamos a celebrar las mejores Navidades en Rose Hall, ya verás que para entonces todo se habrá solucionado —continuó él, entonces ella observó cierto cambio en su mirada. Como si fuera algo que debía conseguir a toda costa, determinación, eso era lo que estaba viendo.

Había hablado de las Navidades como si ella fuera parte de la familia. No quería adelantarse a los acontecimientos. Era consciente de que no podría trabajar durante algún tiempo, pero ahora se veía incapaz de separarse de él. Como le había dicho, mantendrían esa conversación pendiente y no intuía qué sucedería.

«Mejor no pensarlo», se recriminó por dejarse llevar con aquello.

Escuchó que había movimiento en la sala. Levantó la cabeza un poco y vio que los acompañantes empezaban a desaparecer. Eso la llenó de desazón. No quería que la abandonara. Su mirada regresó a la de él. Suponía que reflejaba su miedo a estar sola y apretó su mano.

—Ha llegado el momento de marcharme, ha terminado el tiempo de las visitas. Recuerda que solo serán unas horas hasta mañana. Todos tienen muchas ganas de verte. Volveré en cuanto pueda —dijo con apremio. Mary observó como él giraba la cabeza y se daba cuenta de que tenía que irse.

No pudo hacer nada más que conformarse. Estaba segura de que para entrar a visitarla había vuelto a mentir. No le importaba, si no, habría permanecido allí sola desde que la hirieron.

Finalmente asintió y él la volvió a besar en la frente con la mascarilla puesta. Caminó hacia la salida y Mary lo siguió con la mirada.

«Otra vez sola», pensó que las horas serían eternas. La enfermera que antes le había limpiado la boca regresó, en esta ocasión le dio un poco de agua. Nunca un sorbo de algo tan habitual la hizo sentir tan bien. La apreció como nunca lo había hecho. Había pasado mucha sed y en ese momento le pareció estar en el cielo. Cada vez que bebiera agua recordaría ese instante. Cuando pudiera tomaría litros y litros de ella.

Tras unos sorbos, la mujer controló sus monitores y la dejó de nuevo. Creía que era imposible quedarse dormida. No sabía si era de día o de noche, cuándo él dijo mañana, creyó que quizás era tarde.

No le gustaba estar allí, ahora que estaba consciente le parecía un lugar deprimente. La falta de luz natural y el constante ruido, producían en ella un sentimiento irritante. No, no le gustaba nada.

Estaba contenta porque el agua le había caído bien en el estómago, esperaba que pronto le dieran algo de comer. No es que tuviera mucho apetito, pero algo fresco como una gelatina sería bienvenido. Notaba la sensación de no haberse lavado en siglos y eso la molestó todavía más. El día que pudiera tomar una ducha sola, se quedaría horas bajo el agua caliente.

Al final el aburrimiento hizo mella en ella y volvió a dormirse.

Max supo que era el momento de llamar a Paul. La bomba había estallado más o menos cuando lo esperaba y llegaba el momento de reaccionar. Era inevitable que él se desplazara a la ciudad, como propietario del edificio debería reunirse tanto con la policía como con los del seguro. Necesitaba saber cuándo acudiría y qué medio de transporte utilizaría, así que la llamada era necesaria. Además, su topo tenía que ganarse el sueldo tras haber fracasado con lo de la avioneta. Bueno, en realidad, lo había hecho bien. Habían intervenido factores aleatorios, como esa mujer, que entorpecieron el final que deseaba.

Cogió el teléfono de la mesita y pulsó la tecla de llamada. Era por la tarde y estaba seguro de que a esas horas ya sabrían lo sucedido y tomado las decisiones pertinentes.

—Bonita función la que has montado —contestó Paul desde el otro lado de la línea.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —aseveró Max con cierta satisfacción en la voz, mientras se reclinaba sobre el mullido sillón giratorio de su despacho y pasaba la mano por la mesa, limpiando un polvo inexistente.

—Están todos revolucionados. Hubo reunión «familiar» y comunicaron la explosión —contestó, y Max creyó que el tipo pronunciaba la palabra «familia» con cierta sorna. Parecía que empezaba a estar harto de permanecer allí encerrado, pese a todo era una apreciación suya.

Paul se consideraba un hombre de acción y por lo que contaba, allí no era más que un simple peón y un controlador de monitores. No tomaba ninguna decisión y lo mantenían siempre en la casa. Fue difícil presenciarlo en persona sin levantar las sospechas de nadie. Viviendo en Nueva York creía que sería sencillo, pronto descubrió que se equivocaba, fue muy complicado.

—Hazme un resumen de lo sucedido —ordenó y Paul le explicó todo lo que habían dicho delante suyo y además una conversación con Michael en privado en la que le manifestó que no entendía cómo a pesar de contar con los mejores sistemas de seguridad y hombres controlando, habían sucedido todas esas situaciones.

—También tienen la intención de comprar una cadena hotelera en Miami, lo digo por si te interesa.

—Suena bien esa inversión, ordenaré que efectúen un estudio de viabilidad y si es productiva la compraré solo para añadirla a mi colección de adquisiciones en las que John ha mostrado interés

y me las quedo yo al final. Tal y como ha sido vuestra conversación, si las visitas son a las siete, eso quiere decir que nuestro amigo saldrá más o menos de Elkin en coche hacia las ocho de la noche, e irá solo acompañado de uno de vuestros hombres siguiéndolo en otro coche.

—Sí, así lo han acordado hace un rato y de momento no hay contraorden —aseguró sin ninguna duda en su voz.

—Espero que te hayas despedido de él —añadió con tono de sabiondo.

—Claro y le he deseado un buen viaje, como siempre —inquirió Paul.

—Volveremos a hablar —informó y tras ello cortó la comunicación. Ya le había explicado lo que necesitaba.

Cogió el otro teléfono de uno de los cajones de la mesa y tras dos tonos contestaron. Fue directo al grano ordenándole qué hacer y cuándo, con una advertencia al final de que esa vez no fallara.

Estaba cansado de tanto inepto. El asesino se hallaba más cerca de Elkin que el hombre que había colocado la bomba, en el fondo había sido el más efectivo y si contaran con más tiempo lo habría enviado a él seguro de que cumpliría su misión.

Si fallaba, el francotirador tenía las horas contadas. Hacía mucho tiempo que no utilizaba su magnum. Un capricho que poseía desde hacía unos cuantos años, siempre había sido un fan de Clint Eastwood y de su serie *Harry el sucio*, le encantaba esa frase tan característica del personaje, «alégrame el día», mientras apuntaba a su víctima con la pistola.

Quizás valía la pena que el hombre fallara, solo para *alegrarse él el día*.

La ciudad parecía postrada a sus pies, dejó los teléfonos en sus lugares correspondientes. Se levantó y contempló Nueva York con la expectación de sentirse ganador. Lo que fuera que ocurriera, él ganaría algo. Una estruendosa y malévolas risa salió de su boca; sabía que estaba solo y nadie lo escucharía.

Ahora solo esperaba. Organizaría todo para estar visible a última hora de la tarde, las coartadas eran muy importantes. «Podía ser una noche muy larga», pensó con satisfacción.

## Capítulo 10

John conducía dirección a Nueva York con su todoterreno tras haber salido del hospital y visitar a Mary en la UCI. Sentía que las cosas iban a mejorar a pesar de lo sucedido en la ciudad. Ella había despertado y la culpabilidad que lo carcomía desde que le había soltado aquellas malditas palabras, había desaparecido cuando le pidió disculpas.

Con la conversación pendiente albergaba la esperanza de que los sentimientos de ambos saldrían a flote y podrían iniciar una relación. Más que nunca lo tenía claro y más si cabía al volverla a ver. La alegría al salir de aquel horrible lugar había inundado su ser, hasta que había hablado con Michael y la explosión en la sede de su empresa lo había dejado descolocado.

Rose había querido hacerle la maleta, pero se había negado. En la bolsa metió sus cosas de aseo y un par de mudas, tejanos y un jersey. En la casa de la ciudad tenía ropa suficiente y necesitaría vestirse con traje para lo que se le venía encima.

Gracias a Dios no nevaba. Antes de salir de casa, Michael y él, habían consultado el estado de las carreteras y cómo iba a evolucionar la meteorología. De momento, el tiempo les daba una tregua.

Conducía despacio, a pesar de que el firme estaba seco, había empezado a oscurecer y sabía que tardaría alrededor de unas tres horas en llegar. Lo seguía uno de sus escoltas en otro de los coches pertenecientes a la flota empresarial, aunque no le gustaba mucho, reconocía que en este caso Michael llevaba razón, no estaba demás una ayuda y más tras todas sus sospechas.

Michael y él habían iniciado la caza del topo. Mientras su amigo había transmitido «confidencialmente» a algunos de los miembros del equipo de seguridad la noticia de su intención de comprar una cadena hotelera de Miami, él lo haría con el personal del hangar.

Esperaban obtener resultados antes de su vuelta a casa. La policía había contactado con él y solicitaban si era posible acudiera a la ciudad porque debía declarar y querían que les explicara todo lo relacionado con los últimos sucesos, para poder aunar las diferentes investigaciones que permanecían abiertas.

Pensó que al menos había una buena cabeza pensante. Sus chicos también seguían con las investigaciones.

Alguno de los responsables de seguridad comentó con Michael que no encontraban explicación posible del descontrol sucedido tras el accidente del avión. Ya empezaban a hablar de intento de asesinato con más propiedad, ya que las pruebas que al final Michael había compartido con ellos eran claras.

Los noticieros nacionales habían rectificado la noticia de su muerte y hasta el momento habían contado con mucha suerte de que no lo hubieran seguido por todas partes y tuvieran conocimiento sobre Mary. Entonces, no solo serían los periodistas en general, si no, también los del corazón, inventando historias. Ya en el pasado le adjudicaron romances inexistentes y quería que lo suyo con Mary pasara lo más desapercibido posible.

De todas maneras, con toda seguridad el tema de la explosión saldría a la luz, era imposible que ningún periodista lo pasara por alto y pudiera relacionarlo con el accidente de avioneta. No sabía cómo podría lidiar con ello, decidió sobre la marcha que hablaría con su gabinete de prensa por la mañana para permanecer prevenido.

Había oscurecido y avanzaba a buen ritmo, llegaría antes de lo que pensaba. El escolta mantenía la distancia, miraba de vez en cuando por el retrovisor para cerciorarse. No había mucho tránsito a esas horas.

La tensión sufrida por todo lo sucedido comenzaba a ceder. Estaba convencido que una vez dieran con quién se hallaba detrás de todos los sucesos podrían retomar la normalidad.

Mary se encontraba mejor, su familia a salvo en casa, los sucesos en proceso de investigación y sus negocios más o menos manteniéndose a buen ritmo gracias a sus muy competentes colaboradores y trabajadores.

Rose acudiría por la mañana al hospital y, en cuanto tuviera noticias lo llamaría para transmitírselas. Esperaba hablar por teléfono con Mary, aunque era consciente de que su voz estaba afectada por el tubo ese que le habían puesto para que pudiera respirar.

Cuando llegara a su casa tomaría una ducha bien caliente e intentaría dormir, la jornada del día siguiente preveía que sería intensa y complicada. Debía permanecer lo más despejado posible y aplicar todos sus sentidos en lo que sucedía.

En el reproductor del coche sonaba música clásica no muy alta, le gustaba y lo relajaba, algo que ya no recordaba desde el maldito día del accidente. El único momento que recordaba con cariño de esos aciagos días fue cuando la besó antes de que la dispararan. Ternura y excitación, algo que no creía haber sentido con una mujer en su vida. Había mantenido sexo, claro, era un hombre con necesidades, pero conforme los años pasaban sus preferencias habían cambiado, valoraba más la compañía, que pensar solo en foliar.

Eran las nueve y media de la noche. Tamborileaba sobre el volante al ritmo de la música. La conducción también le ayudaba a pensar con claridad.

Todo sucedió muy deprisa. Escuchó un sonido extraño, miró por el retrovisor y vio cómo el coche de su escolta perdía el control y terminaba en la cuneta. El vehículo que supuso iba detrás de ellos comenzó a acelerar acercándose al suyo, un SUV de color oscuro muy parecido al que conducía.

Instintivamente quería parar a ver qué le había sucedido a su guardaespaldas, no obstante la lógica ganó y aceleró, mientras con la marcación rápida llamaba a Michael con el manos libres.

—¡Ron está en la cuneta! Controla con el GPS su posición. No sé qué le ha sucedido y a mí me sigue un todoterreno oscuro, no distingo la matrícula, creo que la ha ocultado —exclamó en cuanto su amigo contestó.

—Voy a la sala de control a la vez que hablamos, dime si ves algún lugar donde parar que haya gente —comentó y John escuchó cómo su respiración se agitaba, suponía que corría para llegar lo más pronto posible a la habitación donde le indicaría exactamente su posición.

—¡No, estoy en ese espacio del trayecto de diez millas que no hay ni pueblos ni gasolineras! —gritó. Comprobó por el retrovisor que tenía el coche encima y el conductor llevaba un pasamontañas que le cubría el rostro.

—Si no hay circulación contraria, zigzaguea —le indicó su amigo—, ya te tengo y a Ron también. Mantén el ritmo y si hace falta acelera más, ya está saliendo de Nueva York Carl para ayudarte. Estoy contactando también con la policía.

—No llegarán a tiempo, lo tengo encima. —Entretanto lo decía el todoterreno lo envistió por

detrás intentando sacarlo de la carretera.

—¿Qué ha sido ese sonido?

—¡Me ha golpeado! —gritó mientras empezaba a mover el coche de un lado al otro en un intento de esquivarlo.

Controlaba la carretera a la vez que por el espejo retrovisor trataba de adelantarse a los movimientos del otro coche. La adrenalina comenzó a fluir por su cuerpo y un sudor frío le corría. Notó la respiración acelerada y las manos tensas sobre el volante que agarraba con fuerza con los brazos extendidos.

«No podía ser. No podía morir ahora. No lo iba a permitir», y con gran determinación, aceleró de nuevo el todoterreno.

—¡Tiene una pistola! —bramó— acaba de sacarla por la ventana.

—¡Haz lo que te he dicho! —gritó Michael al otro lado del teléfono—. Recuerda que tu coche es blindado, lo importante es que no te saque de la carretera o que dispare a las ruedas.

Procuró mantener la sangre fría y hacer todo lo que le indicaba Michael. Escuchó el sonido de una bala chocar contra el cristal trasero, pero no lo atravesó. Mantuvo la velocidad y vio cómo el tipo apuntaba a las ruedas, giró el volante y con el freno de mano dio la vuelta completa y quedó detrás del otro vehículo. Entonces pasó de ser el perseguido a el perseguidor.

—¿Qué sucede? Escuché chirriar las ruedas —preguntó Michael exaltado.

—He hecho una maniobra y ahora voy tras el tipo. —No le dio tiempo a frenar, el todoterreno se detuvo de golpe y John evitó no chocar contra él con un giro brusco y se colocó en el carril contrario, pese a todo le dio en un lateral. El coche de su perseguidor giró y se salió de la carretera. Al final se empotró contra un árbol.

—La policía ya está avisada, no pueden tardar mucho. Carl se encuentra a las fueras de la ciudad. Oí un nuevo choque, ¿qué ha sucedido? —cuestionó su amigo muy nervioso.

—Lo he sacado de la carretera, se ha empotrado contra un árbol —gritó a la vez que desaceleraba el coche e intentaba tranquilizarse—. ¿Qué hago?

—Continúa hasta que te cruces con la policía, hazles cambio de luces para avisarles de que eres tú. Ahora les comunico más o menos dónde está el coche. No des la vuelta. Ron me ha llamado. Le ha disparado a la rueda. Él está bien y ya que la policía va en camino, el más cercano para llegar hasta ti es Carl, si te parece bien, quédate con la policía y él acudirá. George se encargará de recoger a Ron. La grúa ya está en marcha. Ron dice que ha chocado contra una roca y ha aplastado la carrocería. El airbag ha saltado y no se nota más que contusiones. Nada grave —explicó Michael ahora un poco más tranquilo.

John miró por el retrovisor y no había nadie en la carretera. Vio que sus nudillos estaban blancos de tanto apretar el volante. Procuró relajarlos y concentrarse en la conducción en espera de cruzarse con la policía.

Vio las luces de los patrulleros a lo lejos y volvió a respirar con normalidad tras el susto vivido. Accionó las largas y les hizo señales. Redujo la velocidad hasta pararse en el arcén con los cuatro intermitentes.

En dirección contraria venían dos coches de policía, uno frenó cerca de él y el otro continuó, supuso que en busca del acosador.

Apoyó la cabeza sobre el volante durante unos segundos y suspiró para recobrase.

—Estoy parado en el arcén. Un coche de la policía ha parado en el lado contrario y otro ha seguido recto —comunicó a Michael, también en un tono menos exaltado.

—Bien, ahora cuéntales lo sucedido y ves a la comisaría más próxima a presentar una denuncia.



Una vez allí dime dónde estás y enviaré otro coche con dos de los chicos para que te sigan a todas partes, permanecerás a «veinticuatro de siete» hasta nueva orden. Ahora aviso a Carl de que ya te encuentras a salvo.

—Esta vez no voy a protestar. Te llamo en cuanto haya terminado en la comisaría —le dijo y después cortó la comunicación, salió del coche para dirigirse a los dos agentes y explicarles todo lo sucedido.

Michael estaba como loco. Nadie esperaba que eso sucediera, en caso contrario jamás habrían decidido enviar un solo escolta con John. Todo el mundo en el centro de control vivió con ellos la tensa situación, incluso los chicos de Nueva York permanecían conectados.

«Aquello no podía estar sucediendo», pensó. Se pasó los dedos entre el cabello nervioso y caminó de un lado para el otro a lo largo de la habitación como un poseso.

Cuando John le aseguró que ya se había personado la policía, empezó a respirar con más tranquilidad y cogió una de las sillas que había en una esquina para sentarse en ella, mientras apoyaba los codos sobre las rodillas y pasaba las manos por su rostro, que seguro todavía no había recompuesto su aspecto normal.

El GPS de los dos coches indicaba que el ataque había sido premeditado, transitaban a mitad de trayecto y era la zona con menos circulación donde no había lugares públicos ni privados. Parecía muy bien orquestado. Pero lo que le venía a la cabeza una y otra vez era que una persona muy cercana a ellos era el topo.

Por supuesto no lo dijo en voz alta. Conocía muy bien a su equipo, hacía muchos años que trabajaban juntos y algunos eran exmilitares como él. Habían estudiado todos los expedientes de los integrantes de la empresa de seguridad.

Lo único que ocupaba su mente desde entonces: ¿cómo podía ser que una de las empresas del sector de la protección más competente había fallado de una manera tan importante? No solo John era cliente suyo, muchas empresas y gente con dinero los contrataba por sus excelentes resultados.

Y en esos momentos pensaba en John como su amigo, que había estado a punto de morir de nuevo. En este caso sí que intervenían como empresa. El topo provenía de la casa y no lo iban descubrir mediante el falso rumor, sino que, la acción de intentar matarlo en la carretera había hecho que saliese a la luz antes de tiempo. De todas formas pronto verificarían quién estaba detrás de todo, porque estaba seguro de que el topo había transmitido la noticia a la vez que el itinerario que habían acordado.

La casa estaba totalmente controlada por lo que el topo se encontraba entre los ocho hombres que había en la casa desde la mañana. Los turnos no habían cambiado, y los hombres que los relevarían no obtendrían la información del día hasta que llegaran.

Los conocía a todos desde hacía años, habían compartido múltiples misiones borracheras y fiestas con ellos. No podía creer lo que ocurría. Levantó la cabeza y los observó. En ese momento todos los sospechosos trabajaban allí dentro, incluso Paul. Igual estaba equivocado, sin embargo contaba con muchos números para ser su principal sospechoso. Con acceso a toda la información además de la libertad de ir y venir de la casa, aunque llevara como todos en sus coches el GPS para localizarlos en cualquier momento. No había detectado ningún movimiento extraño en él, al contrario. Siempre dispuesto a ayudar y a hacer las diligencias que Rose necesitaba, o cualquiera de la casa.

Lo hablaría con John en cuanto volviera a comunicarse con él.

En la sala el ambiente se percibía como tenso. Habían hablado con Ron y en un principio no precisaba acudir al hospital y, junto con George, no tardarían en llegar. Entonces presentarían su informe. Quería reunirse con ellos y sobre todo con Ron, ¿cómo era posible que con su experiencia lo sacaran de la carretera con la mala suerte de chocar después contra una roca?

Observó a cada uno de los compañeros. Necesitaba alejarse de allí. Esperaría a los hombres fuera.

—Ya sé que estamos en alerta máxima, pero os ruego que permanezcáis con todos los sentidos centrados en la seguridad al cien por cien —dijo y salió de la habitación camino a la cocina.

Le dio la sensación de que al salir de allí podía respirar mejor. El sentimiento de culpa desde que Ron había dejado de escoltar a John no lo abandonaba. Se sentía como si le hubiera fallado, más bien, les había fallado a los dos.

No debían haberse confiado tanto. Se consideraba un hombre frío cuando se trataba del trabajo; en la actualidad reconocía que estaba implicado emocionalmente y eso nunca le había sucedido.

Caminaba con la cabeza baja. Entró en la cocina y fue directo a la nevera. Le apetecía beber algo fresco y Rose siempre dejaba té frío en el refrigerador. Sacó la jarra y vertió el líquido en un vaso. Volvió a guardarla en su sitio, se sentó frente a la mesa y bebió poco a poco. No hacía mucho que estaban instalados en Rose Hall y en la casa de Nueva York había una mesa muy similar que era el centro neurálgico de la familia.

Si tenía razón, Paul había estado allí escuchando todas sus conversaciones, muchas de ellas personales. Recordó que no era un hombre muy comunicativo, más bien servicial y agradable, sin embargo nunca hablaba de su vida personal. Por el informe que había elaborado cuando se incorporó, sabía que era ambicioso. Su hoja de servicio era impecable.

Nunca había hablado con ellos de si ambicionaba más metas, o de no quedarse en el lugar que ocupaba en la organización. Por eso, si era codicioso, lo extraño sería que se conformara con sus asignaciones habituales.

Registraría su habitación sin que se diera cuenta, suponía que si era el topo, habría dejado pequeñas trampas para saber si alguien había entrado y tocado sus cosas. Invadiría su intimidad, la seguridad de todos y sobre todo la de John provocaba tomar esa decisión. En cuanto se diese la oportunidad, lo haría. Paul era un tipo muy listo y sabía todo lo que necesitaba sobre seguridad y control. Aunque no contaba con que él mismo había inventado muchos de los trucos y sin querer ser pretencioso, era el mejor en su trabajo.

—Me he encontrado con Paul en el vestíbulo y parecía muy agitado. No ha querido decirme qué pasa —comentó Rose cuando entró en la cocina y lo vio allí sentado.

En el fondo había ido allí porque pensaba que encontraría a Rose en la estancia. Necesitaban privacidad, así que hizo una señal con la cabeza, indicándole que no dijera nada más.

Se levantó, fue hacia ella y le cogió la mano con suavidad, entonces la condujo a las escaleras y de allí a su habitación. Sabía que los habrían visto, no importaba, muchas veces hablaban de sus cosas en sus propias estancias.

Notaba un nudo en la garganta. Le iba a hablar del topo, pero no le haría participe de sus sospechas con lo referente a Paul. Quería que permaneciera alerta y más durante los días que acudieran al hospital. Les acababan de demostrar que podían atacar en cualquier momento. Por lo que pensaba ponerle dos escoltas de encubierto y que Bob la acompañara en todo momento. Después hablaría con él.

—Han intentado matar a John cuando se dirigía a la ciudad —susurró mientras cerraba la puerta. Antes de continuar revisó su habitación con el detector de frecuencias para estar seguro.

—¿Qué dices! ¿Está bien? —preguntó Rose que caminaba hacia una de las butacas que había cerca de las ventanas. Observó cómo se sentaba, juntaba las manos apretándolas y las colocaba sobre el regazo. Su rostro había empalidecido y parecía mucho más frágil. Ojalá no tuviera que explicárselo. Ya había sufrido bastante cuando creyeron que John había muerto y esa tarde, habían intentado matarlo de nuevo.

—Sí, al final no ha sucedido nada grave. Ron y George vienen de camino. —Entonces le relató todo lo sucedido y las sospechas de que había un topo infiltrado.

Rose se mantuvo en silencio en tanto él daba pasos sobre la alfombra que ocupaba casi todo el suelo del dormitorio. Era una estancia amplia y decorada con el mismo estilo que el resto de la casa.

—¿Cuándo va a terminar todo esto? —preguntó. Se había levantado y miraba por la ventana, aunque había oscurecido. La observó con los brazos cruzados sobre su pecho. Suponía que estaba reconfortándose.

—No lo sé. Te prometo que vamos a descubrir quién o quiénes están detrás de todo esto —le aseguró. Acortó la distancia que los separaba y la consoló con un abrazo. Ambos lo necesitaban. Se conocían desde hacía mucho tiempo y ella era como una madre para todos. Lo que estaba pasando la afectaba por qué ellos «eran sus muchachos», como decía ella, y los quería más que a nada en el mundo. Bueno, a ellos y a Bob.

—John llamará desde Nueva York esta noche en cuanto llegue a casa y ahora esperaré a que vengan Ron y George para informarnos. No creo que podamos cenar todos juntos —explicó a la vez que se separaba un poco de ella y mantenía las manos sobre sus frágiles hombros.

—Prepararé unos bocadillos y los dejaré en la mesa de la cocina para cuando tengáis hambre —murmuró Rose, retirando de su mejilla una lágrima traicionera. Michael estaba seguro de que no le gustaba que la viera así, los sucesos habían hecho mella en todos. Demasiadas emociones para gestionar en poco tiempo.

Creía que le iría bien distraerse con los preparativos de la cena improvisada. Sacó el móvil del bolsillo de sus tejanos y llamó a Bob que debía estar fuera revisando el perímetro. Lo puso al día y cuando terminó supo que no hacía falta pedirle que vigilara más a Rose.

Observó su habitación, querría poder tumbarse en la cama tamaño *King size*, dormir y olvidarse de todo lo ocurrido. Sin embargo, tenía un trabajo que hacer y una familia que cuidar.

Paul salió de la casa con la excusa de dar una vuelta de control por el recinto. Una vez supo que se hallaba fuera del alcance de posibles escuchas humanas y artificiales llamó a Max.

—Buen lío has montado —aseveró en cuanto este contestó a la llamada.

—Sí, no ha salido como yo esperaba. —En su voz había un ligero tono de rabia contenida. Imaginaba que estaría muy cabreado porque su nuevo plan no había obtenido el resultado esperado. Esta vez él no tenía nada que ver, si no, estaba seguro de que su pellejo tenía las horas contadas.

De momento le era muy útil. Controlar los movimientos de todos podía considerarse una información muy valiosa para Max.

—Ahora todos estamos más controlados, incluso yo, y la policía va a unir todas las investigaciones relacionadas con los últimos sucesos ocurridos alrededor de la figura de nuestro querido amigo —explicó cerca de la zona boscosa perteneciente a la propiedad. Caminaba sobre la nieve que todavía permanecía en gran parte del suelo gracias al frío que continuaba haciendo a

pesar de que el sol había hecho acto de presencia desde hacía días y de momento no esperaban nuevas nevadas.

—Asegúrate de que no te pillan. Llámame solo si hay algo de verdad importante.

Con esa frase terminó la conversación. Le dio la sensación de que hablaba desde un manos libres y que iba en un vehículo. Era extraño que él llevara el coche, por lo que sabía un chofer lo llevaba a todas partes. Si hubiera habido gente a su alrededor no hubiera hablado de esa manera, así que sospechaba que preparaba algo que no quería que nadie supiera.

Al menos estaba seguro que no iba por él, pero el pobre desgraciado que había fallado en este intento, albergaba un futuro bastante oscuro. Max no se consideraba de los hombres que perdonara ciertos fallos y en esta ocasión había llegado a implicar directamente a la policía.

Le constaba que el equipo de Nueva York estaba investigando el accidente de avión y el disparo que recibió Mary. La policía de Boonville y de Nueva York también efectuaban sus pesquisas. El cerco estaba a punto de cerrarse. Creía que Max había cometido un grave error con lo de la explosión y el intento de asesinato en la carretera con tan poco tiempo entre los dos sucesos.

No estaba dispuesto a que eso le salpicara. Caminó durante un rato para aclararse bien las ideas y concentrarse en el plan que había trazado como vía de escape. Creía que no tardaría mucho en ponerlo en marcha.

Todo se había descontrolado, si John hubiera muerto en el famoso accidente, ahora gozaría de libertad, con una gran cantidad de dinero en el bolsillo con el que organizaría su nueva empresa y a su vez representaría el papel de compungido por la muerte de su empleador y amigo.

Con cada paso escuchaba el sonido de la nieve crujir. Era una sensación que le daba calma para pensar, el frío le calaba en sus huesos, y era bienvenido, hacía que estuviera más espabilado. Había zonas del bosque que estaban heladas. Era un lugar precioso, por una parte le daba pena abandonarlo, por otra, estaba harto de ser un simple empleado, a pesar de que ellos lo hubieran incluido en la famosa «familia».

Había bordeado toda la zona cuando dirigió sus pasos de nuevo hacia la casa por el camino principal, saludó a los compañeros que vigilaban el exterior y subió los escalones que llevaban a la puerta. Una vez dentro, se quitó toda la ropa de abrigo y la dejó colgada en el gran perchero que había en instalado en la pared posterior a la entrada.

Volvió a la sala de control y observó que todavía no habían cambiado el turno de guardia. Quizás la orden era esperar a que llegaran los dos agentes para explicar lo sucedido y realizar un informe conjunto, no sería la primera vez que Michael lo hacía.

Decía que era la manera de no perder detalles que tal vez después resultaran importantes, pequeños detalles que podrían llegar a dar luz sobre los sucesos.

La noche iba a ser larga.

Rose preparaba los bocadillos para los chicos en la cocina, era una manera de no volverse loca, pensando en que habían intentado matar a John de nuevo, aunque Michael había pretendido suavizarlo, no era tan estúpida para no sumar dos y dos. El avión, el disparo y ahora el descarado amago de asesinarlo en la carretera. Contaban más seguridad que nunca y parecía que no era suficiente. Estaba de acuerdo con Michael en que alguien pasaba información sobre sus movimientos.

John hacía muchos años que se consideraba un empresario de prestigio y atesoraba un patrimonio de valor incalculable, por eso le llamaba la atención que precisamente ahora intentarían

asesinarlo. Nunca habían sufrido problemas de este tipo, algún conato de robo en la casa de Nueva York y *hackers*, tocando las narices al equipo informático.

No hacía ostentación de su riqueza, ni siquiera poseía una bonita casa al lado del mar en New Port como toda la gente bien.

Cuando querían estar allí, alquilaban una casa y no debían preocuparse de su mantenimiento. Su gran ilusión era Rose Hall, estructurada y decorada al milímetro. Por supuesto que les gustaba la ciudad, pero habían llegado a un punto en que podían controlarlo todo desde aquella zona tan tranquila y hermosa, por lo que Nueva York había quedado en un segundo plano.

Miró a su alrededor y pensó que la cocina era el corazón de la casa. Cuando habían estipulado la organización de las comidas, era para estar al menos dos veces juntos al día. Ya en la ciudad era una norma y para ella era un orgullo verlos allí a todos juntos.

No lo había hablado con John, tendrían que replantearse qué hacer con aquella enorme vivienda, ahora mantenida al mínimo. Tal vez valdría la pena venderla y disponer de un apartamento amplio en uno de los edificios que poseía para cuando fuera necesario.

«Sí, era algo que sería interesante tratar».

Recogía los embutidos en la nevera tamaño industrial cuando las manos le empezaron a temblar y los ojos se le humedecieron de lágrimas, al pensar en cuándo hablaba con él o le proponía cosas, o incluso discutían por situaciones que ahora le parecían bastante banales al estar tan cerca de perderlo.

Casi tres semanas atrás lo habían dado por muerto y hasta que no pudieran acceder a los restos del avión y ver su cadáver no habían querido aceptarlo. Los noticieros bombardeaban las emisiones con falsas noticias que los abogados ya estaban recopilando para hacer las denuncias pertinentes.

Solo esperaba que lo de hoy no tuviera ninguna repercusión informativa. No podría soportarlo. De todas formas, había dejado de ver la televisión.

Ensimismada en sus pensamientos no notó que Bob había entrado por la puerta que daba al jardín hasta que sus manos se posaron sobre sus hombros sobresaltándola.

—¿Es interesante lo que sucede dentro del frigorífico? Porque hace un rato que lo estás mirando —preguntó Bob a su espalda y la sobresaltó. Se giró y lo vio allí plantado con una sonrisa tierna.

—Bueno, tiene una vista interesantes, aunque ahora es mucho mejor —contestó y lo abrazó. Necesitaba su contacto. Seguro que estaba al tanto de todo lo sucedido por eso había acudido a verla. Lo conocía muy bien, más de lo que él pensaba. Levantó la cabeza tras unos segundos y compuso una sonrisa en su boca que no en realidad no sentía.

—Estás preocupada —afirmó Bob con esa voz grave que siempre le producía un ligero cosquilleo en el estómago a pesar de todos los años que llevaban juntos.

Una de sus manos se posó sobre su frente y la acarició; intentó borrar esas arrugas que habían aparecido desde hacía un tiempo, o al menos, eso le pareció a ella.

Se apartó un poco para cerrar la nevera y cogió la taza de té caliente, que había preparado antes, colocada sobre la encimera para llevarla hasta la mesa y sentarse.

Bob la imitó y se colocó frente a ella. Buscó su contacto y le cogió una mano.

—Vamos a salir de esta mala racha —aseveró él mientras la acariciaba.

—Lo sé, pero las cosas no estarán bien hasta que encuentren a quién sea que quiere matar a John —afirmó con sinceridad a la vez que le apretaba la mano y Bob asentía con la cabeza.

—Mañana te acompañaré al hospital —dijo Bob como si fuera una orden, él tenía esa manera de hablar que parecía que siempre daba órdenes. Rose lo amaba en todas sus facetas, las buenas y

las malas, y cuando tendía a ponerse mandón como ahora le paraba los pies. En esta ocasión no lo haría, sabía que era necesario que al menos dos personas estuvieran juntas para evitar posibles problemas.

Esperaba con todo su corazón que los medios no supieran lo de esta noche, ya era suficientemente malo lo de la ciudad como para que ahora quisieran saber sobre el intento de asesinato del millonario.

Creía que John había podido apartarlos del hospital y que no sabían nada del reingreso de Mary. Esperaba fervientemente que nadie lo filtrara a la prensa, sería un machaque continuo por un tema u otro.

Mary era muy buena persona y no quería que se viera inmersa en ese mundo público, que tanto daño podía hacer.

—Estoy cansada, esperaba a que Ron y George llegaran por si necesitaban alguna cosa — comentó con el ceño fruncido—, aunque sé que mañana será un día duro.

—Por eso no te preocupes, Michael y Paul pueden ocuparse de ellos. Además has hecho bocadillos para todo un regimiento —dijo Bob con media sonrisa en la boca—, vamos, te acompaño a tu habitación y cuando estén aquí te avisaré.

Rose asintió y ambos caminaron hacia la habitación de ella en la segunda planta.

Abrió la puerta y una vez estuvo dentro y vio cómo Bob revisaba minuciosamente la estancia. También entró en el cuarto de baño y lo escudriñó controlando que nada estuviera fuera de lugar. Caminó hasta llegar a su lado y le levantó el mentón con suavidad y posó su boca sobre la de ella. La besó delicadamente y se marchó.

Bob era su mayor apoyo. Desde hacía veinte años era su compañero, amante y amigo y a pesar de que estaban haciéndose mayores, el amor que sentían el uno por el otro no había disminuido su intensidad. Nunca pensó que a su edad todavía tendrían unas relaciones sexuales tan intensas. La pasión había cedido, pero las sensaciones y el conocimiento de sus cuerpos y almas era perfecto.

Todas las noches dormían juntos y él se levantaba al alba para que los demás no supieran sobre su relación. Todos eran conocedores, pese a ello nadie lo mencionaba nunca.

Fue al cuarto de baño para retirarse el maquillaje y ponerse el pijama. Se miró en el espejo y vio las arrugas en la frente que Bob le había acariciado, se pasó el índice por ellas; sopesó que ya no desaparecerían. Las vivencias de esos días le estaban haciendo mella.

Intentó no pensar más y prepararse para dormir. No descansaría hasta que Bob volviera, eso la tranquilizaría y quizá entonces dormiría.

Tras tumbarse en la cama pensó en Mary y John, una pareja potencialmente muy feliz si ambos daban sus brazos a torcer. Iba a ser divertido ver cómo se comportaban el uno con el otro cuándo volvieran a estar juntos en la casa.

Encendió la tenue luz de la mesita de noche, se colocó las gafas y, para entretenerse, empezó a leer la novela romántica que guardaba en el cajón. Estaba muy interesante, le encantaban las novelas de Nora Roberts y ésta era la última que había publicado.

Sabía que Mary y ella podrían hacer frente común y contar con un rincón en la gran biblioteca que había en la casa para sus propios libros sobre literatura romántica.

Bueno, si ella y él acababan juntos. Una pequeña sonrisa apareció en su boca: algo bonito en medio de todo lo malo.

Una hora más tarde Bob entró en la habitación sin llamar y la encontró incorporada en la cama, leyendo y perdida en la historia de suspense. Observó que todavía llevaba el cabello húmedo a

pesar de llevarlo tan corto, había pasado por la ducha antes de ir al dormitorio, como tenía costumbre, vestido con un chándal.

Él dormía desnudo siempre y a ella le encantaba acurrucarse junto a su cuerpo grande y duro. Dejó la novela y las gafas sobre la mesita y tendió la mano hacia él.

—¿Todo bien? ¿Ya han llegado Ron y George? No me has dicho nada —preguntó cuándo ambos estuvieron acostados en la cama y con la luz apagada. Por las ranuras de la persiana se filtraba algo de la luz artificial que iluminaba el exterior de la casa. Entraba dentro del protocolo de alerta máxima.

—Sí, ya están con Michael y Paul hablando sobre lo sucedido. Descansa. No te he dicho nada porque pensaba que te habrías quedado dormida —susurró Bob y le dio un beso en la sien.

Era hora de descansar.

## Capítulo 11

Cuándo John llegó a su casa de Nueva York era ya de madrugada. Al final, Carl acudió a buscarlo junto con otro de sus hombres a la estación de policía donde prestó declaración y presentó la denuncia pertinente. Un representante de sus abogados también se desplazó hasta allí y llegaron a la inevitable conclusión de que intentaban asesinarlo.

Tanto la policía de Boonville que se ocupaba de accidente y el disparo, como la de Nueva York, que investigaba la explosión, habían aunado los expedientes y habían decidido que serían los agentes de la Gran Manzana la que sería la encargada de llevarla.

Había sido agotador, pero ahora que ya sabían que tenían un topo con toda claridad, sus esfuerzos iban a centrarse en él. Ya no hacía falta que fuera al hangar a propagar el bulo que habían inventado junto a Michael. Este nuevo intento de acabar con su vida, indicaba que alguien de dentro que conocía su intención de desplazarse a la ciudad además de su horario había facilitado el chivatazo.

Ahora había que esperar a ver quién se interesaba repentinamente en adquirir una cadena hotelera de Miami, una situación bastante llamativa.

Llamó a Michael y le explicó lo que había sucedido tras su llegada a la comisaría y hacerle partícipe de que ya se encontraba en la casa. A su vez Michael le contó que Ron y George habían regresado a casa y explicado su versión de los hechos. Se habían reunido con los hombres de guardia y el cambio de turno se efectuó posterior a las declaraciones, de esa manera el informe sería mucho más completo.

Michael y él hablaron del topo y de la espera a que alguien diera la cara en cuánto a la compra de la cadena hotelera. Todo el mundo estaba muy crispado porque al que se le consideraba el mejor equipo de seguridad del país le sucediera aquello.

John informó a Michael que por la mañana acudiría al edificio y volvería a encontrarse con el equipo de policías que llevaban la investigación e intentaría averiguar qué había producido la explosión y si había sido provocado. Visionarían las cintas de seguridad, esperarían a los análisis de los elementos encontrados *in situ*; la policía científica ya había pasado por la zona cero para las pesquisas.

También se reuniría con recursos humanos para reubicar a todo el personal. Quería hablar directamente con los empleados afectados, así que había enviado a su secretaria personal un correo electrónico instándola a convocarlos en el salón de actos del edificio, que no se había dañado al estar ubicado en la planta calle.

Era un espacio que también alquilaban para convenciones y grupos de diversa índole, por lo que le daban un rendimiento extra, ya que era no era habitual que reuniera a sus trabajadores y colaboradores allí.

Mientras hablaba con Michael iba desnudándose, quería darse una ducha ya que se sentía sucio tras haber sudado a mares durante su lucha por no perder el control del coche. Intentaría descansar



al menos unas tres horas, sabía que no era mucho, ya que necesitaba permanecer al máximo de su capacidad intelectual. Por lo sucedido en su oficina, ya no solo estaba preocupado por su vida, si no que sus empleados ahora también resultaban afectados y se sentía muy responsable.

Alguien quería lo que era suyo. En los negocios siempre había alguien que quería más, lo habitual era que se hiciese de forma legal. Esta situación lo llevaba a pensar que alguien quería machacarlo por las malas, y para él no todo valía. La ética estaba por encima de todo. Le gustaba mantenerlo todo en orden y dentro de la legalidad.

Había testado desde hacía muchos años y eso no le preocupaba. Lo que hacía darle vueltas a la cabeza era qué pasaría con todas las personas que trabajaban para él y que no formaban parte de la familia.

Muchos podrían perder sus empleos, las fusiones de empresas conllevaban ese desagradable asunto y las vidas de muchos de sus trabajadores se verían alteradas. En el subsidio y con las actuales circunstancias, contaban con pocas posibilidades de encontrar trabajo. No era de esos empresarios sin corazón, se consideraba justo y exigía mucho, por eso contrataba a los mejores. Si no se integraban en su logística o no aportaban lo que solicitaba eran amablemente invitados a irse; reconocía que había sucedido en muy pocas ocasiones.

Cuando terminó de ducharse caminó hacia la cocina. Llevaba muchas horas a base de café pese a que no tenía apetito, sí notaba la garganta seca. Echó de menos el té frío que Rose siempre tenía en la nevera, así que se conformó con un zumo.

La casa estaba tan silenciosa que le pareció extraño, pero una vez todos trasladados era normal que fuera así, aunque no lo esperaba. Había personal diurno que la mantenía en marcha para situaciones como la de ahora.

Pese a no ser tan grande como Rose Hall, todos disponían de su propio espacio y del invernadero, y de un jardín que era un pequeño pulmón en medio de la gran manzana. Todo ello en una zona exclusiva y con alto sistema de seguridad, además ahora reforzada por los escoltas. Con esa tranquilidad iba a intentar dormir.

Una vez terminó la bebida dejó el vaso en el fregadero, si lo depositaba en el lavavajillas era posible que nadie lo viera.

Se acostó desnudo entre las suaves sábanas, se pasó las manos por el cabello y las colocó detrás de su cabeza. No pudo evitar pensar en Mary, cada vez valoraba más sus sentimientos hacia ella y la intención de darse una oportunidad de una relación entre ambos si ella quería. No le ofrecían muchas oportunidades de centrarse en ella. Habían pasado pocas horas en la casa y todo había sido agotador.

Era un hombre fuerte mentalmente, sin embargo también le amenazaban sus momentos, sufría por los suyos y ahora por también por Mary. Algún cabrón iba a pagar por lo que le había hecho. Descubrirían quién estaba tras lo que sucedía y aunque creía en el sistema judicial y en la policía, si aparecía la oportunidad no iba a dejar que se fuera sin una buena paliza de él o de los que fueran.

El representante de sus abogados lo había puesto al tanto de las demandas que habían interpuesto a los medios de comunicación que habían tratado la noticia de su supuesta muerte. Al menos, Mary de momento estaba a salvo, desconocía por cuánto tiempo.

Hacía un par de días que había enviado personal a vigilar su librería y sin decirle nada a Mary, había contactado con Sophie para presentarse y prestarse a ayudarla en lo que hiciera falta, alertándola de que podían ir en busca de información sobre lo sucedido.

Cuando se enterara seguro que le echaría la bronca por controlarlo todo, y no podía evitarlo.

Debía mantenerlo todo dominado y aun así, sucedía lo que sucedía.

Apagó las luces y cerró los ojos, iba a ganar esa partida. No dejaría nada al azar. Imaginó que tenía entre sus brazos a la hermosa Mary antes de dormirse con la intención de soñar con ella.

Mary creyó que estaba perdiendo la vergüenza a permanecer desnuda ante otras personas, además de que la tocaran. El día anterior no había tenido conciencia de que la lavaran en la cama ya que estaba dormida, y durante su anterior ingreso era Rose quien la ayudaba. Sabía que la mujer intentaba darle toda la intimidad que podía.

En esos momentos carecía de intimidad, seguro que estaba roja como un tomate. Rezaba para que durara lo menos posible. Cuando estuvo limpia y seca, le cambiaron las sábanas y después le llevaron el desayuno que consistía en un vaso de leche de almendras y una gelatina.

No tenía mucho apetito, pero al final lo comió todo. Debía cuidarse y recuperar las fuerzas. Además su garganta agradecía que fueran líquidos o semilíquidos suaves y frescos.

¿Qué quedaba de aquella mujer que cargaba leña para su hermosa chimenea? En esos momentos sería incapaz de dar dos pasos sin marearse. Quería retomar el control de su vida, mucho se temía que con ese nuevo reingreso retrocedía en vez de avanzar.

John, de nuevo controlaría todos los aspectos de su vida; cuando lo hacía le daba la sensación de volver a tener cuatro años. Era lo suficientemente responsable para saber hasta dónde llegaban sus fuerzas, qué podía hacer o qué comer para recuperarse.

Era un hombre insufrible cuando se ponía en modo controlador, a la vez tenía ese aspecto cariñoso que mostraba pocas veces hacia ella y que la derretía. Recordó el sueño erótico cuándo estuvo tan enferma y meditó si en realidad sería tan pasional en la cama.

No pudo evitar que su vagina se contrajera ligeramente y sus pezones endurecieran. Para que no lo vieran subió las sábanas y se tapó hasta casi la barbilla como si tuviera frío, cuándo era todo lo contrario. Notaba unos calores que esperaba no marcaran un aumento en el termómetro de su temperatura corporal.

Gracias a Dios dejó de pensar en ello cuándo el médico se acercó, le comunicó que iban a subirla a la planta y que esperaba que pronto se recuperara. «Bueno, al fin una buena noticia». Un poco de intimidad no iría nada mal, aunque sabía que John lo habría organizado para que nunca se quedara sola.

Les dio las gracias por todo y esperó a que la trasladaran a la habitación. Atravesó los familiares pasillos en la camilla cuando la condujeron a la planta superior y en su campo de visión aparecieron Rose y Bob en la entrada de la estancia en la que iban a ubicarla. Notó como unas lágrimas de alegría aparecieron en sus ojos. La verdad es que no espera emocionarse al verlos, hacía poco que los conocía, sin embargo todo había sido muy intenso y era maravilloso encontrar caras conocidas después de lo sucedido.

—Nos has dado un buen susto —dijo Rose que se acercó a la cama y la besó en la frente.

—Me alegro de veros —susurró. Todavía no había recuperado la voz tras la intubación.

—Nosotros a ti también. No hables, tranquila, ya lo haré yo por las dos —aseveró la mujer con una sonrisa en la boca. La dio al comentario un deje de humor para salir ambas airosas de la emotividad no esperada de ese momento.

Vio que Bob le hacía un gesto con la mano y supuso que era su saludo. En la habitación vio unas flores silvestres en un jarrón sobre la única mesa que componía el escaso mobiliario de la

estancia. Creía que las había enviado John y de nuevo notó el calor del rubor que debió cubrir su cara.

—Te las ha traído Bob —dijo Rose cuándo observó que su mirada estaba fija en las flores, sacándola de su error. No pudo evitar sentirse ligeramente decepcionada —seguro que John envía más a lo largo de la mañana, pero está muy atareado y no habrá pensado todavía en ello.

Sonaba un poco a disculpa. Sonrió a ambos, como agradecimiento por haberlo hecho, porque estaba segura que había sido idea de la mujer.

De todas formas algo sucedía para que John hubiera tenido que ir a la ciudad, cuándo el día anterior se lo explicó notó cierta urgencia en su voz, pensó que habían sido imaginaciones suyas. Ahora que veía las caras y las miradas entre ambos, mientras Rose emitía el comentario o disculpa, ese pensamiento descartado volvía a tomar forma.

—¿Puedes hablar un poco sin dañarte la garganta? John quería conversar contigo por teléfono en cuanto estuvieras en la habitación. ¿Te parece bien? —le preguntó Rose, a lo que ella asintió. Quería escuchar su voz a pesar de todo. Esperaba que regresara pronto.

Todo era un poco contradictorio. No se entendía ni ella misma.

Vio cómo la mujer sacaba el móvil del bolso y marcaba el contacto de John. Y le dio por pensar en su teléfono, suponía que estaba en su bolso que seguramente estaría en la casa. Con toda probabilidad, descargado. En cuánto pudiera, llamaría a Sophie y le contaría lo sucedido. Aquello retrasaría más su vuelta a la ciudad. Su amiga le había asegurado que lo tenía todo controlado, a pesar de ello estaba preocupada y la echaba de menos.

—Sí, ya está aquí, te la paso —dijo Rose en cuanto supuso John contestó.

Con la mano buena cogió el teléfono. Ahora no llevaba el incordio de la vía canalizada en el brazo, ya le habían explicado que le habían puesto una vía central en el cuello en la yugular para administrarle toda la medicación que precisaba y no estropearle las venas periféricas.

—Hola —murmuró.

—Hola, sé que no puedes hablar mucho, solo quería oír tu voz. Me alegro de que ya estés en la habitación —dijo, haciendo una pausa—. No te preocupes por nada. Rose, Bob y Michael estarán contigo y yo espero retornar esta noche o como mucho mañana durante el día—, le explicó con esa voz grave que le gustaba tanto. Lo imaginaba con la oscura melena veteada de canas y con traje de chaqueta. Vamos, para comérselo. Sin poder evitarlo sonrió ante esa imagen.

—Ya imagino que lo tienes todo controlado —dijo despacio.

—¡Qué bien me conoces! —exclamó él con humor al otro lado del teléfono y pensó que tendría aquella media sonrisa matadora que de vez en cuando aparecía—. He de dejarte, permite que la familia te mime hasta que llegue.

—De acuerdo —contestó sin rechistar. Sabía que era inútil. Devolvió el teléfono y vio como Rose asentía a lo que él le explicaba. Seguro que le ordenaba que no le permitiera levantarse y cosas por el estilo. No pudo evitar poner los ojos en blanco resignada.

Bob la vio y sonrió un poco. Por un momento le dio la sensación que conectaba un algo más con el hombre, quizás de toda la familia, era el más callado y con el que menos se había relacionado.

Cuando estuvo ingresada la otra vez, fue muy educado con ella, solía quedarse callado si ella no le daba conversación. Pocas veces se quedó «de guardia», como decía Rose. Normalmente ella cubría el día, Michael las tardes y John todas las horas que podía y siempre de noche.

Se sentía muy agradecida por estar acompañada, pero había ciertos momentos en los que le hubiera gustado quedarse sola. No estaba acostumbrada a permanecer con gente a su alrededor tanto tiempo.

Cuando Rose terminó la llamada cogió una silla y se sentó a su lado. Le cogió la mano, le dio un suave apretón y vio cómo los ojos se le humedecían.

—Hemos estado muy preocupados. Fueron unas horas muy difíciles cuando no te bajaba la fiebre y continuabas inconsciente.

—La verdad es que no mantengo más que algún vago recuerdo, lo siento. —No podía explicarle que había vivido un maravilloso sueño erótico con John mientras ellos la cuidaban y lo pasaban mal. Notó un calor en su rostro, seguro que se había ruborizado. Esperaba que pensarán que era debido a la situación.

—John te trasladó en brazos y los médicos nos dijeron que menos mal que te trajimos entonces... —explicó con la voz algo entrecortada.

Le acarició la mano y viendo cómo estaba Rose también se emocionó.

—Menos mal que os tenía a vosotros. Puedo quejarme mucho de lo mandón que es John, y es gracias a vuestra ayuda que estoy aquí para contarlo —susurró y ambas sonrieron un poco. Rose carraspeó y vio cómo Bob se acercaba y le colocaba las manos sobre los hombros. Ella puso la mano sobre una de las de él. Mary pensó que era una bonita imagen.

—Esto no le he hablado con John, creo que hay cosas que tienes que saber —advirtió Rose en un tono serio que la asustó un poco.

—Quizás es mala idea —dijo Bob.

—Tiene derecho a estar tan informada como el resto de nosotros, todos vivimos bajo el mismo techo —anunció sin darle opción a que cambiara de idea, girándose para mirarlo durante unos segundos. Tras comunicarse sin hablar él asintió.

Mary creyó que debía ser algo muy serio para que ambos entablaran esta pequeña batalla de voluntades. Frunció el ceño, pensó que algo le había pasado a John y por eso solo había hablado con ella por teléfono.

—¿Le ha pasado algo a John? ¿Está bien? —preguntó con algo de ansiedad en su voz.

Rose no le había soltado la mano y la apretó mientras la miraba.

—No, no, está bien. Ha tenido que ir a Nueva York y por eso no estaba aquí para acompañarte tras tu salida de la UCI —contestó. En su rostro serio apareció cierta determinación en la mirada de la que pensaba no era consciente.

Rose le explicó todo lo sucedido desde su nuevo ingreso, incluso las conclusiones que habían establecido sobre el topo. Ahora entendía por qué ella quería contárselo, estaba casi tan implicada como el resto de la familia. Le pidió que no hablara con nadie más que con ellos cuatro, y dejó a Paul fuera de la ecuación.

—A pesar de todas las investigaciones que están efectuando, tanto la policía como nuestro grupo de seguridad, no sabemos quién anda detrás de todo esto. Para John nuestra seguridad es prioritaria. No te enfades con él por todo lo que hace para intentar ayudarte —dijo en su defensa por ser tan mandón.

—Es su naturaleza controlar todo lo que gira en relación a su vida, eso ya lo comprendí, ahora puedo entender mucho mejor sus actitudes hacia ciertas cosas —contestó Mary con un asentimiento de cabeza—. ¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó con sinceridad y también con determinación en su maltratada voz.

—De momento ponerte buena —contestó Rose con un atisbo de sonrisa en la boca— y después hacer caso a lo que los chicos nos digan. No creas, estoy en el mismo saco que tú —expresó con un mohín mientras ladeaba un poco la cabeza. Eso casi la hizo reír, pero ante la gravedad de la situación solo asintió con la cabeza.

Max regresaba a Nueva York en el coche que había alquilado bajo una identidad falsa para desplazarse hasta Boonville. No quería más cabos sueltos de los que ya tenía. Había sido una noche muy larga y muy satisfactoria. La orden de no molestarlo tras acudir a aquella fiesta para obtener una coartada había ido muy bien. Todo el mundo pensaba que trabajaba concentrado en uno de sus despachos.

La noche anterior, el francotirador había fallado de nuevo y ya estaba harto de él y de su ineptitud. No sabía cómo había regresado al motel, ni qué había pasado con el todoterreno. No le importaba una mierda ya que no podían relacionarlo con él. Seguro que disponían de muestras de su ADN y era posible que si había estado en la cárcel, supieran quién era muy pronto.

Era consciente que cuando tomó la decisión de ir a verlo, con la excusa de pagarle, lo seguían. Su propio equipo de seguridad le había advertido.

Jugaban un poco al gato y al ratón, y él era muy bueno en ello. Disfrazado había alquilado un coche *online* que dejarían en el garaje de su edificio. Conocía al vigilante de la tarde, el tipo nunca hacía preguntas y siempre aceptaba generosos donativos.

Le avisó que traerían un coche con el nombre falso que había elegido y le mandó que los permitiera pasar y lo aparcaran en una de las plazas cercanas al ascensor. A cierta hora tenía que hacer una ronda para no estar en la garita y al día siguiente lo recogerían también por la tarde.

Nadie iba a fijarse en un tipo melenudo con barba en un coche de gama media.

Sintió una gran satisfacción cuando observó que les daba esquinazo y nadie lo seguía. La carretera permanecía tranquila y llegó al motel donde se escondía el francotirador a la hora que más o menos habían quedado.

El lugar, ubicado en la carretera, quedaba alejado del pueblo. No era muy grande y no había más que tres coches aparcados. La verdad es que no le importaba mucho, iba de incógnito y no tenía intención de armar jaleo. Ya se encargaría de que no hubiera sonidos extraños que atrajeran a curiosos.

La habitación era de tamaño mediano. Contaba con dos camas individuales juntas más sus respectivas mesillas, pocos muebles y un televisor colgado en la pared. Tenía cuarto de baño completo. El suelo cubierto de moqueta que ya debía tener varios años y en la que se notaba el paso del tiempo. Olía a cerrado y a los restos de comida rápida escampados por todas partes y alguna que otra botella de whisky.

Todo fue muy fácil. Cuando el tipo abrió la puerta comenzó a darle las cuarenta mil excusas de por qué había fallado, insistiendo en que no se preocupara, que estaba seguro que no volvería a suceder.

Para ser uno de los mejores en su campo, no era el tipo de profesional que esperaba. Debería ser un tipo frío y calculador, inteligente y rápido en tomar decisiones. No obstante, lo que encontró fue un hombre demasiado nervioso, con cierta tendencia a sudar y que le daba múltiples explicaciones, algo que le desagradó profundamente.

Como no lo conocía en persona empezó a pensar que lo habían engañado y no era el profesional que esperaba. Todo lo que había observado de él contrastaba negativamente con la excelente fama que poseía.

Sacó de su maletín un sobre con el dinero dentro y dejó que lo contara mientras le daba la espalda. Eso cada vez le indicaba con más certeza que el tipo no era quién decía ser. Nadie en su

sano juicio hubiera hecho eso en el caso de que te estuvieran pagando por matar a alguien y encima no hacerlo.

Cuando se hallaba concentrado en el dinero, sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña botella de cloroformo y un pañuelo. Tras empaparlo le tapó la nariz y la boca. No era un hombre muy fuerte, más bien enjuto y de poca estatura. Con el aspecto de ser adicto a alguna droga.

Max estaba en muy buena forma y con fuerza suficiente para reducirlo y no dejar que se moviera a pesar de su cojera. Tras unos segundos cesó de forcejear y lo sentó en una silla con la cabeza colgando por la inconsciencia.

El cloroformo era una sustancia antigua, pero muy eficaz para sus fines. Se colocó unos guantes de látex y buscó su cartera, entonces comprobó que no era quién decía ser. Encontró una pistola en un cajón y un rifle apoyado en una esquina del cuarto, por lo menos no había dejado evidencia de las armas en el SUV.

La policía iba a encontrar el cadáver de un hombre, posiblemente drogadicto al que habían asesinado por un posible ajuste de cuentas tras incendiarse su habitación. Ya no lo importaba quién era. Inició el trabajito que tenía pensado para él.

Cuando decidió cargárselo él mismo imaginó cómo lo iba a hacer, nada de disparos, un cuchillo bien afilado era cuánto necesitaba.

No se había quitado en ningún momento el disfraz. Recogió el dinero que ahora estaba en el suelo tras drogar a su víctima y lo puso de nuevo en su maletín, de ahí sacó el cuchillo y una botella con gasolina. Quería ver cómo sufría, su lado sádico estaba totalmente emocionado por ver cómo intentaría gritar sin poder y el dolor que sentiría durante la tortura junto con la mirada aterrorizada.

Lo movió hasta colocarlo sobre la cama, con el cuchillo se deshizo de la ropa, lo dejó desnudo y lo ató con la cuerda que había llevado consigo boca arriba. Le separó tanto los brazos como las piernas. Taparle la boca fue el colofón a la primera parte de su obra. No quería mancharse, desplegó un traje impermeable blanco y gafas de protección.

El tipo era un inepto, tendría que haber visto que no era normal que acudiera con un maletín tan grande a una reunión de negocios. Pagaría por todos los retrasos que llevaba en su idea de matar a Petersen.

Lo que no sabía era por qué ese gilipollas poseía el móvil del francotirador. Un pequeño problema no tener su número de contacto real ya que había descubierto que había sido engañado.

Inició el primer corte sobre el abdomen, quería que despertara, gimió y supo que la cosa iba viento en popa. El segundo corte fue en la ingle y consiguió que abriera los ojos. Entonces su víctima se dio cuenta de lo que sucedía, lo miró y el pánico apareció en su mirada, era muy excitante. Las pupilas dilatadas y los grititos tras la mordaza, la cosa se ponía cada vez mejor.

El siguiente corte lo hizo en la cara, el hombre comenzó a moverse desesperado, pero estaba bien amarrado a la cama.

—Esto te pasa por imbécil. ¿Creías que me engañarías? Ahora me las pagarás todas juntas, vas a morir muy lentamente.

Río a carcajadas y cuando se le pasó volvió a jugar con el cuchillo y la carne del malnacido, le cogió el pene y comenzó a cortarlo. Sangraba copiosamente, sencillamente estupendo y muy satisfactorio, además el gilipollas parecía un animal desangrado, emitiendo unos sonidos agudos amortiguados. Se estaba excitando tan solo de escucharlo.

Tras jugar con él un par de horas, la sangre empapaba la cama y gracias al traje protector el oscuro líquido no había llegado a manchar su disfraz. La agonía y el dolor le provocaban una gran

satisfacción. Incluso pensó que podía hacer lo mismo con John. La idea comenzó a tomar forma en su mente.

Los ojos vidriosos y la palidez predecían que el desgraciado ya estaba a punto para el golpe final, y así lo hizo, colocó el cuchillo manchado de sangre fresca sobre la yugular y lo deslizó lentamente. La poca sangre que le quedaba comenzó a manar por la herida. A los pocos minutos estaba muerto.

Sí, satisfecho y con nuevas ideas en la mente inició el trabajo de destruir todas las pruebas posibles. Se sacó el traje, las gafas protectoras y lo colocó sobre el cadáver. Prendió fuego a las toallas que encontró en el cuarto de baño después de impregnarlas en la gasolina que había llevado, y las dejó también sobre la cama que lentamente comenzó a arder. Vació el resto de la botella alrededor de la cama para que el incendio fuera completo sobre todo con el tipo, así eliminaba las máximas pruebas y retardaba su reconocimiento cuando estuviera calcinado.

Puso el cuchillo en una bolsa de plástico que también había llevado para no dejarlo como posible prueba, además de que le gustaba mucho y podría volverlo a utilizar. Lo limpiaría y afilaría.

Miró por la ventana y no había nadie. Con los guantes todavía puestos abrió la puerta, comprobó que no hubiera nadie y salió. Cuando cerró, se los quitó y los puso dentro de la bolsa junto con el cuchillo que colocó de nuevo en el maletín.

Se subió al coche, arrancó y sin mirar atrás se puso en camino a Nueva York. Continuaría actuando como si nada hubiera sucedido y elaboraría un plan. Nada había salido como había pensado, pese a todo ahora albergaba una meta mucho más satisfactoria.

El retorno a la ciudad fue más corto de lo que pensaba, quizás porque había centrado su mente en cómo poder atrapar a John y tenerlo a su merced. La mujer iba a ser quién le ayudaría sin saberlo, sería su rehén. Seguro que Petersen haría lo que fuera para recuperarla. Ella era ahora su «talón de Aquiles».

A pesar de que quería deshacerse de Paul todavía le iba a ser muy útil. En pocos días podría llevar a cabo su plan. Reconocía que de nuevo tenía que ser paciente, con todo lo sucedido la policía y el equipo de seguridad se encontrarían más alerta que nunca. Lo llamaría y le diría que le pasara toda la información sobre ella y qué tipo de relación mantenía con John.

Sabía que no era un hombre de muchas mujeres y que la acogiera en su casa, lo consideraba algo inusual y quería decir mucho. De todas formas, también era conocedor de que había demandado a varios noticieros y que las informaciones habían cesado de golpe.

Seguro que la persecución de la noche pasada no aparecería en los telediarios, lo de su víctima sí. Ya podía imaginárselo, «desconocido aparece calcinado en una habitación de motel cerca de Boonville».

No pudo evitarlo y una carcajada salió de su garganta, una risa malvada y cargada de sadismo. Puso música y vio que ya se aproximaba a Nueva York, era de madrugada y todavía no encontraría el ajetreo habitual de coches. Llegaría antes de lo que había pensado.

Michael salió de Rose Hall para relevar a Bob y Rose. Durante el trayecto hasta el hospital pensó en la versión de Ron y en lo que él mismo había vivido durante la persecución, aunque hubiera sido a través del teléfono. Alguien había facilitado el itinerario de John con gran precisión y el ataque se había producido justo en la zona menos habitada de la carretera y en un horario con poca circulación.

Casi podía asegurar que el topo de era Paul, pero tenía que encontrar pruebas que de verdad lo incriminaran.

Se quedaría con Mary hasta el día siguiente si John no volvía esa tarde o al iniciar la noche. Esa vez, cuatro escoltas lo acompañarían, no iban a dejar nada al azar. Aprovecharía estar solo con Mary para que le explicara con tranquilidad su versión de los sucesos desde el principio y su punto de vista.

Su gente había seguido a los máximos competidores de John y todos habían actuado con normalidad. Ahora solo esperarían a ver quién hacía la oferta por la cadena hotelera. Cuando lo encontraran, actuarían con gran sigilo para echarle el guante, necesitarían pruebas contundentes, si no, no podrían demostrar nada y nunca volverían a estar tranquilos. Siempre mirando sobre el hombro por si acaso, no, no lo iba a permitir. Haría todo lo necesario para que eso no sucediera.

Tras aparcar entró en el hospital y subió por las escaleras en vez de esperar a alguno de los ascensores que siempre tardaban mucho tiempo hasta que se ponían en marcha.

Cuando llegó a la habitación llamó con cuidado por si Mary estaba dormida, enseguida Bob le abrió la puerta.

—¿Qué tal? —preguntó al entrar.

—Todo bien —contestó Bob.

En la habitación había un ramo de flores silvestres. Encontró a Rose sentada al lado de la ventana y a Mary incorporada en la cama, viendo la televisión. Tenía buen aspecto, a pesar de estar pálida, situación que la acompañaba desde que la había conocido.

Había averiguado muchas cosas de ella, transmitidas vía su equipo y por lo que la propia Mary le había contado durante su anterior ingreso.

—¿Cómo estás? —le preguntó ya en el lado bueno de la cama.

—Mejor, gracias —contestó con una suave sonrisa en la boca mientras le tendía la mano que él cogió y apretó con suavidad.

Después se aproximó a Rose, se inclinó, le dio un beso en la mejilla y le apretó la mano que también le tendió.

—Vengo a relevaros. John ha llamado y espera poder venir esta noche —dijo con tranquilidad.

—Le he contado todo —advirtió Rose y la señalaba con la cabeza.

—¿Todo? —preguntó con una ceja enarcada, a la vez que se giraba hacia Mary.

Ella asintió y su sonrisa desapareció para ser sustituida por la seriedad en su rostro.

—¿Por qué? —cuestionó, mirando de nuevo a Rose.

—Porque de momento formo parte de vuestra familia y tengo derecho a saber, para cuidaros y cuidarme —contestó Mary con la voz ronca, pero firme. En su rostro apareció una determinación que no había visto antes.

Michael pensó que era un poco pronto para darle toda la información recién salida de un coma inducido, creía que sería mejor no informarla hasta pasados unos días. Al final asintió y volvió junto a Mary.

—Bien, ya que lo sabes es importante que no hables de ello con nadie —le advirtió él.

Ella emitió un sonido que se parecía a una risa ronca, negando con la cabeza.

—No voy a comunicarlo a los noticieros. No te preocupes, seré una tumba —dijo de nuevo seria. Supuso que ella quería romper un poco el momento difícil. En el fondo sabía que la mujer no diría nada, además la mantenían vigilada.

—Es muy importante para la seguridad de John y de cualquiera que esté cerca de él. —Notó cómo Rose le rodeaba la cintura con el brazo.



—Ya lo he visto y sentido —dijo Mary que inclinó la cabeza hacia su hombro. Michael asintió. Un disparo que podía haber matado a su amigo y que al final ella había evitado, interponiéndose en la trayectoria de la bala.

—Lo siento, supongo que a lo mejor me he pasado un pelín —comentó un poco contrito por la conversación que no iba a ningún sitio y podía ofender a Mary sin querer. Ella asintió y de nuevo sonrió.

—Bueno, ahora que está todo claro, nosotros nos vamos —les comunicó Rose que se acercó a Mary para besarla en la mejilla. Después la mujer se giró en busca de su bolso y del abrigo, caminó hacia Bob, el cual hizo un gesto de despedida con la cabeza.

Antes de salir Rose le dijo a Mary que estaría allí por la mañana para ayudarla a asearse.

Salieron de la habitación y se quedaron solos.

Michael cogió la silla donde había estado sentada Rose y la acercó para colocarse cerca de Mary.

—Ya sé que tienes la voz muy dañada, pero te agradecería que me explicaras todo lo que recuerdes desde que saliste en busca de John después del accidente e intenta recordar cualquier detalle por insignificante que te parezca. Me gustaría conocer tu versión para añadirla a toda la información que estoy recopilando. Necesito llegar al fondo de todo, descubrir al topo y a quién está tras él —le explicó con el rostro serio. Con su versión obtendría todos los puntos de vista de todos los afectados, dándole una mejor visión de los hechos.

Mary inició el relato despacio y para no forzar la voz susurraba.

Al cabo de un rato terminó de explicárselo y quizás si hubieran hablado antes con tranquilidad todas las piezas hubieran encajado y las deducciones les habrían llevado a conclusiones que ahora ya tenían bastante claras.

Le agradeció el esfuerzo y observó que parecía cansada ya que se le cerraban los ojos.

—Muchas gracias por explicármelo, sé que no ha debido ser fácil. Duerme un rato si te apetece, estaré aquí hasta que llegue John.

Mary movió la cabeza en un leve asentimiento y cerró los ojos. Michael vio cómo en pocos minutos su respiración era rítmica y entraba en un profundo sueño.

Se puso a ver la televisión, que todavía estaba encendida, comentaban la explosión en las oficinas de John. «Otra vez en los noticieros nacionales», pensó.

Había sido incontrolable, no cómo habían hecho con el ingreso de Mary. De nuevo, todos los focos se habían concentrado en su amigo y no podía evitarlo. Solo intentar protegerlo con todos los medios de que disponía y siendo más inteligente y rápido que los malos.

Cuando acabaron las noticias, disminuyó el tono de voz y cambió de canal hasta que encontró una película de vaqueros. Eran sus favoritas y de momento no podía hacer nada más, por lo que se entretendría durante un buen rato hasta que llegara John si es al final que podía.

Fuera había dos guardaespaldas vigilando, todos de incógnito y ubicados en diferentes posiciones. No habría más fallos de seguridad. Esa decisión la había tomado sin que Paul lo supiera, de ahora en adelante, la información que le llegara sería controlada por él. Esperarían hasta que diera un paso en falso, que estaba seguro, en algún momento lo daría. En cuanto pudiera registraría su habitación como había estado pensando por la mañana.

## Capítulo 12

*P*ara John había resultado un día de locos. Pensaba que lo tenía todo organizado, pero los malditos periodistas lo habían complicado. Se los encontraba allá donde fuera.

Reubicaron al personal en otro de sus edificios, podrían seguir trabajando debido a que toda la información quedaba guardada en un servidor externo seguro. Las pérdidas solo resultaron materiales.

La red informática y sus trabajadores eran excelentes y en un par de días volverían a funcionar al cien por cien. No iba a ser un gran retraso en general.

Las acciones de sus empresas en Wall Street habían sido un poco vapuleadas, pese a ello sobrevivirían. Eran muy solventes y esto solo consistía en un pequeño tropiezo en su camino. Creía que el que había provocado la explosión con la intención de atraerlo a la ciudad quedaba claro que para tenderle una emboscada en la carretera.

Todas las suposiciones les llevaban al mismo camino: alguien orquestaba sus actuaciones durante las pasadas tres semanas. Había hablado con la policía, el seguro y los abogados, tal y como tenía previsto. Las primeras impresiones a las que habían llegado: la explosión fue ocasionada intencionalmente; habían descubierto restos del material detonante en pequeñas cantidades y serían analizados. La policía le había interrogado por todos los sucesos desde el accidente de la avioneta. Sus abogados trabajaban en las estrategias de defensa ante la prensa y su acoso.

Quedaba poco tiempo para las fiestas navideñas y quería solucionarlo para entonces. Deseaba un tiempo en familia y sin distracciones externas, disfrutar de su casa con tranquilidad, de su gente y de Mary, si las cosas evolucionaban como suponía.

Su intención había sido salir de la ciudad después del almuerzo, sin embargo se quedó hasta media tarde. Habló con los trabajadores y supervisores, reuniones con algunos directivos y el tema oficial de las diversas denuncias por los ataques recibidos.

Antes de salir de la ciudad envió un WhatsApp a Michael para que supiera que iba en camino y obtener noticias de la evolución de Mary. Su amigo le escribió que estaba dormida y tranquila, no había vuelto a hacer fiebre. También le comunicó que Rose le había explicado todo, porque consideraba que en esos momentos la mujer pertenecía a la familia.

Maldijo mentalmente. No quería involucrarla más de lo que ya lo estaba hasta que se recuperara, y ya era tarde. De alguna forma, saberlo la mantendría más alerta y consciente de la situación a la que estaban enfrentándose.

Michael había dispuesto que cuatro guardaespaldas lo acompañaran, dos iban en un coche por delante del suyo y los otros dos a una distancia prudente detrás de su todoterreno.

Había pasado por casa antes de iniciar el camino a Elkin, había dormido muy poco y decidió que una ducha, junto con un café doble, lo espabilarían lo suficiente hasta llegar a su destino.

Dejó el traje en su habitación para que lo llevaran a la tintorería, optó por vestirse con ropa informal, tejanos, botas reforzadas y un grueso jersey de lana de color negro.

Estaba tan cansado de todo lo que estaba sucediendo... Cuando decidieron irse a vivir fuera de la ciudad, lo que buscaban era tranquilidad. No habían disfrutado mucho de ella. Se trasladaron a finales de septiembre y esto había sucedido a finales de noviembre.

En su primera semana de estancia en Rose Hall comprobó que podía llevar sus negocios desde allí con la misma efectividad de siempre. Internet y los potentes ordenadores instalados en la casa le permitían que el trabajo permaneciera bajo control. Por eso, veía curioso que a tan solo unas millas de allí no hubiera cobertura y Mary viviera en una cabaña como si estuviera en el siglo diecinueve. Totalmente aislada del mundo.

No quería pensar en los peligros que entrañaba. Un ligero sudor frío perló su frente. Desechó esos oscuros pensamientos y regresó a la realidad. Faltaba poco para llegar a Elkin y el viaje había transcurrido tranquilo, incluso mediante el manos libres solventó algunos imprevistos de última hora con la música clásica que emitía uno de sus canales prefijado en tono bajo.

El SUV no había sufrido ningún percance tras lo sucedido la noche anterior. Mientras trabajaba por la mañana uno de los escoltas lo había llevado al taller para revisarlo y estaba todo correcto. Comprobaron que no hubiera ningún receptor de seguimiento más que el GPS que los coches de la empresa incluían.

Tamborileaba con los dedos sobre el volante al ritmo de la música durante el transcurso del trayecto. Se encontraba de un relativo buen humor a pesar de todo lo sucedido.

Entró en la ciudad y no tuvo problemas para aparcar. Al llegar sus guardaespaldas continuaron camino hasta la sede. Era conocedor de que ya se hallaban otros cuatro compañeros en sus posiciones de guardia, y Michael en la habitación de Mary.

Tras aparcar, entró en el centro hospitalario y en vez de subir a la planta con el ascensor, decidió hacerlo por las escaleras; se moría de ganas de ver a Mary. ¿Estaría despierta y podrían hablar? Una ligera sensación de ansiedad se instaló en su estómago. «¿Quizás más que ansiedad se trataba de excitación?», sopesó. No habían gozado de mucho tiempo para pasar solos desde que habían salido de la cabaña el día del disparo.

Caminó con decisión hacia la habitación, observó que otros pacientes y sus acompañantes ocupaban el pasillo; una de las cosas que le habían llamado la atención es que el edificio, tanto por fuera como por dentro, estaba pintado en color gris y blanco. Una combinación que, al menos, no daba esa sensación deprimente que solían ofrecer los hospitales.

La habitación de ella se encontraba al fondo del pasillo. Saludó a uno de los guardaespaldas infiltrados de dentro con un ligero movimiento de cabeza. Se quedó más tranquilo al comprobar que todo el mundo controlaba tal y cómo lo habían establecido. A pesar de ser consciente de que debían atrapar a un topo y a un asesino, que aunque no lo hiciera con sus propias manos, era el instigador. Todo el peso de la ley recaería sobre ellos.

Llamó a la puerta y entró despacio. Mary dormía. Una suave luz iluminaba su rostro, era muy hermosa. El cabello corto empezaba a crecer y algunos mechones de un tono más claro aparecían, algo que no había visto hasta entonces.

Todavía llevaba los sueros conectados. Michael se levantó de la silla en la que estaba sentado al lado de ella en el mismo instante en que entró. Permanecía en estado de alerta, hizo el gesto de llevar su mano a la pistola que llevaba en la sobaquera, debajo de la chaqueta que no se había quitado.

Ambos salieron de la habitación, cerrando con suavidad la puerta. Con un tono de voz casi

convertido en un susurro, Michael le explicó lo que Mary le había contado y lo que había visto y valorado desde que se habían despedido el día anterior. John asentía con la cabeza. Cuando terminó, él mismo tomó el relevo y le contó sus conversaciones con la policía, el seguro y los abogados.

Volvieron a entrar en la habitación cuando terminaron de ponerse al día.

Como hacía calor se quitó el abrigo.

—Ha estado tranquila. Su voz todavía continúa afectada, pero puede hablar en susurros. Algunos ratos dormita, como ahora. Mañana se encontrará mejor, o al menos, eso es lo que nos ha comunicado el médico que ha pasado hace un rato a visitarla. Como sabía que venías no te he informado, a Rose ya le he enviado un WhatsApp. Toma líquidos y alguna comida sencilla, no en gran cantidad, no sé cómo la vamos a engordar. Rose está pensando en traerle alimentos cocinados en casa —le explicó Michael. Ambos la observaban desde los pies de la cama—. ¿Algún rumor sobre nuestro bulo?

—No, de momento nadie ha escuchado nada —dijo John, negando con la cabeza.

—Esperemos que no tarde mucho en caer quien sea —aseveró Michael a la vez que se pasaba las manos por el corto cabello. Suponía que estaba tan ansioso como él por solucionarlo.

John asintió y dio por terminada la conversación. Colgó el abrigo que se había quitado hacía unos minutos en el pequeño armario que poseía la habitación. Allí solo estaban las pocas pertenencias que Rose le había llevado a Mary.

Caminó hasta la silla en la Michael había estado sentado. Se dejó caer y la observó, unos oscuros círculos que rodeaban sus ojos cerrados. Tenía las cejas muy bien delineadas y los labios carnosos ligeramente rosados lo tentaban siempre, quería volver a besarla. Le acarició la mano tras cogérsela con mucho cuidado.

—Ya que estás aquí, me voy a casa. Debo regresar al centro de control —dijo Michael en un murmullo.

—Nos vemos mañana por la mañana. Rose vendrá a primera hora. Esperemos recibir buenas noticias. —John levantó la mirada hacia su amigo que ya abría la puerta para salir de la habitación.

Cuando se quedaron solos, aprovechó para observarla sin ninguna restricción. No había podido hacerlo desde el otro ingreso. Un precioso rostro con un cuerpo ahora demasiado delgado, que cuando la conoció era proporcionado y muy deseable, sobre todo el maravilloso trasero al que tan bien le sentaban los pantalones vaqueros. Sin quererlo, le vino a la mente su cuerpo desnudo cuándo la bañó para que disminuyera la temperatura, y cómo en el momento menos apropiado se había empalmado como un adolescente.

Esperaba que ella no lo recordara. Con toda seguridad, si se enteraba, el rubor que aparecería en su rostro tardaría horas en desaparecer.

Dio rienda suelta a su imaginación, pensó en cómo sus pechos encajarían perfectamente en sus manos. Succionaría sus pezones duros hasta convertirlos en diamantes mientras ella jadeaba y acercaba la cabeza a ellos.

«¡Basta!», se dijo, sintiéndose muy incómodo con su ya más que evidente erección apretando contra los vaqueros. Se removió en la silla incómodo, intentó recolocarse y pensar en duchas frías para dejar de estar empalmado y dolorido por su incapacidad en ese momento tan inoportuno.

«¿Dónde estaba el hombre frío y controlado?», se recriminó. Cuando estaba al lado de ella desaparecía en un segundo.

En la penumbra de la habitación acarició el dorso de la mano, entonces Mary lo sorprendió

apretándole la suya.

Levantó la vista y Mary lo miraba con los ojos ligeramente hinchados por el sueño, pero allí estaban aquellas maravillosas pupilas de color gris plata clavadas en él.

—Agua, por favor —susurró.

Encima de la mesita había una botella de agua y junto a ella un vaso. Lo llenó y la ayudó a incorporarse para que bebiera sin que el líquido se derramase sobre ella.

Mary movió la cabeza cuándo no quiso más y la dejó recostarse de nuevo.

—Tienes cara de cansado —le dijo. Pasó la lengua por sus labios, algo que John encontró muy erótico, pero se reprimió en seguida.

—Han sido unos días muy agitados —comentó con una sonrisa ladeada.

—Cuando pueda, me gustaría salir de aquí —solicitó muy seria.

—Esta vez no nos vamos a arriesgar. Creo que debemos ser cautos —afirmó sin ser demasiado contundente para que ella no lo viera como una orden, no quería volver a pasar por el trago de ella con una fiebre que casi la mata.

Vio que Mary no se tomó muy bien su comentario. No dijo nada, no obstante en su frente aparecieron unas arrugas que le indicaban su malestar.

—Entiende que es lo mejor. Mañana hablaremos con el médico y nos dará una fecha aproximada, de esa manera nos haremos a la idea. Tus heridas deben sanar y permanecer sin infección. Supongo que el médico te explicó lo grave que has estado —dijo para que ella cediera y entendiera.

Mary cerró los ojos y asintió. Le soltó la mano y la colocó sobre el brazo herido. Intentaba moverlo un poco. Un ligero rictus de dolor apareció en su rostro. Era muy cabezota.

—Te harás daño haciendo eso —anunció. Le cogió de nuevo la mano.

—Si no lo muevo será peor y limitará mi movilidad en el futuro. No soy tan ignorante como para no saberlo —dijo en voz bajita, pero decidida.

—Hay que preguntarlo primero y si hace falta contrataré a un profesional para tu rehabilitación.

—No hace falta con que nos enseñen los ejercicios lo haré yo sola. —Estaba empecinada y él sabía que no cambiaría de idea. Libraría esa batalla cuándo llegara el momento.

—Lo primero es que te recuperes y entonces ya hablaremos —zanjó la cuestión.

Ella asintió y apretó la boca en una fina línea. Supuso que el carácter de ambos era fuerte, el problema primordial al que debía atenerse Mary: tenía las de perder durante esos días.

No quiso arriesgarse a mantener una conversación sobre su posible relación como había pensado cuándo estuvieran solos, seguro que lo rechazaría.

Mary sintió la frustración de no ser autónoma al principio. Conforme pasaban las jornadas, ganó una mejor movilidad, habían hablado con el médico e inició una serie de ejercicios para que su hombro mejorara. Una cómoda rutina quedó instaurada durante los días que duró ese segundo ingreso. Las heridas tenían buen aspecto y no había vuelto a padecer fiebre. Le retiraron los antibióticos y los analgésicos. Los tomaba en pastillas y parecía que el efecto era el esperado.

Todos pasaron por la habitación para hacerle compañía. Rose le llevó más ropa cómoda y algunos libros, como se cansaba de mantenerlos abiertos con una sola mano, John le compró un ebook electrónico. Se quejó, aunque fue inútil. Le gustaban más los libros de papel; al final reconoció que le era más fácil de sujetar para poder leer. Además, compraba directamente las novelas románticas que tanto le gustaban y no dependía de la biblioteca de Rose Hall.

Pasó una semana más y ya se establecieron en Rose Hall. Estaba muy contenta con ello. Había hablado con Sophie mientras permanecía ingresada en el hospital. Le hizo partícipe del buen funcionamiento y de las elevadas ventas, además recibía la ayuda del personal que John había enviado.

Dentro de poco sería Navidad y todavía no sabía qué iba a hacer o cómo lo celebraría, si sola o en Rose Hall. Esas eran las dos opciones. Estaba convencida de que ellos no le permitirían volver a la cabaña y pasar las fiestas sola. Su amiga no la necesitaba en la tienda, con la ayuda extra no tenía que volver tan pronto. Quizás requería quedarse a solas para reflexionar. Todo lo sucedido le había dado mucho que pensar.

Con la famosa conversación todavía pendiente y ya que estaban en la casa de nuevo, sabía que no tardarían en mantenerla. Pensó que durante el ingreso al quedarse solos por la noche aprovecharían, pero John no había sacado el tema y ella guardaba cierto resquemor a que no sintiera lo mismo que ella. Con respecto a ciertos aspectos de la situación, era consciente de que permanecía en deuda con él, creía que si le decía algo, se cerraría en banda.

Habían llegado a la casa la tarde antes y como en la anterior ocasión, la llevó en brazos a pesar de que hacía días que caminaba sin ninguna ayuda o control. Le ordenó que descansara y le subieron la cena a la habitación.

Sin embargo, esa mañana Rose le había dicho que desayunarían todos juntos en la cocina. No necesitó la ayuda de nadie para asearse y arreglarse. Tenía apetito y estaba segura de que todo iría bien.

John no había vuelto para controlarla por la noche, algo que la puso triste. A pesar de ser un controlador nato, se había acostumbrado a él. Su imagen y su olor la acunaban a la hora de dormirse. En el hospital la había vigilado y acompañado todas las noches y parte de las mañanas. En muchas ocasiones hablaban de sus vidas, de valores, gustos y trabajo. Estaban conociéndose de verdad, y le gustaba, «oh sí». Era un gran hombre y creía que se había enamorado de él. Tenía pequeños detalles con ella que le encantaban, como la rosa que le llevaba todos los días. La hacía reír y disfrutaba de su compañía. A veces permanecían en silencio y no tenía la sensación de llenarlo con conversaciones inocuas.

Habían mantenido la vigilancia con los guardaespaldas, y gracias a Dios no había sucedido nada durante esos días, o al menos, no se lo habían comunicado. Rose Hall parecía una fortaleza. Había escuchado a gente pasar por delante de su habitación y voces susurradas, creía que eran ellos que salían y entraban de sus habitaciones, ya que todos dormían en la misma ala de la casa.

La noche anterior, una vez instalada, había visto la televisión y cenado lo que le llevó Rose. Se quedó muy satisfecha al ver que se lo había comido todo y así se lo hizo saber la que ahora consideraba su amiga, y se comportaba como una madre. Le dio un beso en la frente de manera muy maternal cuando recogió la bandeja para desearle buenas noches, fue entonces cuando hablaron de que si se veía con ánimos ya podía bajar a la cocina y unirse al resto de la familia.

Estaba muy contenta por no depender de nadie. El poder ir sola al cuarto de baño, había sido el momento estelar en su recuperación. Nunca más quería volver a pasar por una situación así de dependencia total. Había sido frustrante y sentido mucha vergüenza por necesitarlos tanto tiempo.

La movilidad de su brazo no era completa, le aseguraron que si seguía con los ejercicios conseguiría recuperarla como antes del disparo. No necesitaría a nadie para continuar con su vida habitual.

Vestida con tejanos, un jersey de cuello vuelto de color turquesa y zapatillas de deporte, todo patrocinado por John vía Rose, salió de la habitación. Bajó las escaleras despacio y se dirigió

hacia dónde escuchó gente que hablaba, creyendo que estaban en la cocina.

Así fue, apareció en la puerta y pudo observar la maravillosa estancia que pertenecía a los dominios de Rose, o al menos estaba bastante segura de ello. Cuando la vieron le dieron la bienvenida y John hizo que se sentara a su lado. Él ocupaba la cabecera de la mesa y en el otro lado se sentaba Rose que quedaba enfrente de ella.

John lucía muy guapo, siempre lo parecía, pero esa mañana estaba espectacular. Vestía con una camisa negra, que resaltaba su atractivo, con los botones superiores desabrochados, lo que le permitía entrever el inicio del vello que aparecía sobre su torso; además de unos pantalones de pinzas y zapatos negros que complementaban su equipo.

Bob estaba sentado al lado de Rose, Paul frente a John y Michael a su lado. En la mesa había fuentes con tostadas, huevos fritos, tortitas, bacón, cajas de cereales, jarras con leche y zumo de naranja. Todo muy apetecible.

Los hombres llenaban sus platos y la comida desaparecía rápido entre conversaciones divertidas, casi todas, metiéndose con John. Parecía que él también se encontraba de buen humor y participaba en ellas y se hacía el mártir por ser la diana de sus burlas. Un aspecto del hombre que de no haberlo visto, y si se lo hubieran explicado, no lo habría creído.

—¿Quieres café o prefieres té? —le preguntó John y su corazón comenzó a latir un poco más deprisa, él la miraba fijamente con esos preciosos verdes que parecían esmeraldas pulidas.

Había observado que todos se levantaban en busca de esas bebidas. Ella esperó a ver un poco más cómo funcionaba la rutina de las comidas.

—Oh, pues café, ya voy a preparármelo —contestó.

—Yo iré a buscártelo, ¿algún café en especial?

—No hace falta de verdad, yo me lo preparo, ¿es una automática, no? En casa también tengo una —dijo mientras se levantaba de la silla.

No llegó muy lejos pues John le cogió la mano e hizo que volviera a su sitio, negando con la cabeza y la mirada clavada en ella como si cometiera un delito.

Mary sopló y puso los ojos en blanco. Ese hombre era imposible. Cuando lo vieron los demás empezaron a reír y a meterse de nuevo con él.

—Vale, porque es el primer día, los demás soy perfectamente capaz de prepararme el café. *Volluto* si tienes —señaló al final. Otra batalla perdida pensó. John asentía y se levantó hacia la máquina. Vio que había diferentes tipos de cápsulas al lado de la máquina muy bien organizados.

—¿Qué vas a hacer en tu primer día de libertad, Mary? —le preguntó Paul que llenaba su plato de tortitas.

—Pues no sé... yo... —La duda apareció en su tono de voz.

—Hoy le voy a enseñar toda la casa a Mary —comentó Rose que indicó con la cabeza la puerta de salida de la cocina que conducía al exterior—, seguro que se muere de ganas de salir un rato.

—Sí, me parece buena idea, pero bien abrigada —ordenó John mientras dejaba el café recién hecho delante de ella.

—Ya estamos, otra orden. —Resopló. Movié la cabeza porque empezaba a sentir una ligera indignación.

—Vamos, vamos, chicos. Claro que se abrigará, estoy segura de que lo que desea es no permanecer encerrada y ahora Rose Hall luce precioso con toda la nieve que todavía no se ha derretido —advirtió Rose tras haber terminado su té.

Desde que permanecieron incomunicados en la cabaña, no había vuelto a nevar de aquella manera ni habían sufrido una tormenta tan espectacular como la de esos días.

—Me parece un plan estupendo —comunicó Mary que miró con adoración a Rose y le guiñó un ojo sonriente. Después giró la cabeza y le sacó la lengua a John.

Todos estallaron en carcajadas y John mantenía el tipo con cara seria, pero un pequeño tic en la comisura de su boca lo delató y en sus ojos había un cierto brillo que denotaba diversión. Estaba aguantándose la risa. Al final asintió.

Cuando terminaron, los hombres se levantaron para recoger la mesa, ella hizo el amago de ayudarlos, y Rose negó.

—En las comidas que hacemos en la cocina, yo lo preparo o el personal subalterno y ellos recogen —explicó. Observaba cómo limpiaban la mesa y colocaban los utensilios sucios tras aclararlos en el lavavajillas.

Mary asintió y pensó que tendría que acudir más pronto para ayudar en la preparación de las comidas. Le gustó sentirse integrada en la familia John. Prefería que la trataran como a una más, todavía iba a quedarse con ellos unos días.

En el fondo de su corazón reconoció que pasaría las fiestas navideñas con ellos. En esos momentos que había visto cómo se comportaban con ella, había decidido que no le apetecía estar sola, quería formar parte de la familia. Sería un poco tonta si no aceptaba el precioso regalo de compartirlo con gente a la que apreciaba desde hacía poco tiempo. Se había dado cuenta de que no era el tiempo el que contaba, si no la intensidad de lo que sentías.

Además, sospechaba que John no la dejaría marchar hasta que todo se solucionara.

—Vamos a dar una vuelta por la casa y cuando pasemos por nuestras habitaciones cogeremos ropa de abrigo y saldremos al jardín. Podemos caminar por todo el recinto externo —dijo Rose, acercándose a ella con una sonrisa. Mary, se incorporó, asintió y se puso delante de ella, la mujer le cogió la mano para guiarla por Rose Hall.

—Sobre todo que no se canse y que vaya muy abrigada —dijo John que colocaba los platos en el lavavajillas.

—Sí, papá —contestó Mary con cara de niña inocente.

Todos volvieron a reírse y el buen humor se mantuvo en la estancia, los hombres se metían con John y la sobreprotección. Rose sonrió y le dio la sensación de que la mujer ya no seguía tan tensa como en los días pasados.

Le enseñó toda la casa, incluso la zona donde se ubicaba el centro de control de seguridad, allí le presentó a alguno de los chicos que trabajaban en ese momento. Era un edificio precioso, ya había visto algunos detalles cuándo la llevaron la primera vez, pero ahora que la visitaba entera, le parecía maravillosa y a pesar de ser tan grande la encontró muy acogedora.

Rose le explicaba todos los contratiempos que surgieron hasta que estuvo tal y cómo la habían planificado entre John y ella. Las habitaciones comunes eran amplias y luminosas, y las habitaciones privadas eran cálidas y cada uno de ellos había completado personalizándolas a su gusto. Eso le pareció muy bonito, y también sintió un poco de vergüenza al entrar en lugares tan privados, como si descubriera un trocito de alma de cada uno de ellos.

Cuando terminaron el *tour* interno salieron al exterior. Le pareció genial volver a respirar aire puro y escapar de su encierro involuntario. Cada vez apreciaba más las pequeñas cosas de la vida, como caminar sobre la nieve mientras el sol comenzaba a elevar las frías temperaturas.

El invernadero era una preciosidad y estaba muy bien cuidado, se notaba que Bob era un amante de la naturaleza y lo plasmaba en el exquisito mantenimiento de toda la zona exterior de la casa.

—Es bonito, ¿verdad? —pregunto Rose a la vez que la conducía a través del jardín cogida del brazo.



—Sí, es como un pequeño trocito de cielo —contestó.

Inspiró el aire frío que la estimuló a seguir en el exterior a pesar de comenzar a sentir cierto cansancio tras el largo paseo. Llevaban cerca de una hora caminando y no estaba acostumbrada, quería demostrar a los demás, y a sí misma, que se encontraba mejor de lo que aparentaba.

Los alrededores permanecían cubiertos de nieve, observó que había vigilancia en todo el recinto. Todo el perímetro estaba protegido con alambradas. Suponía que electrificadas y con sensores de movimiento para avisar de los posibles intrusos, aunque se tratara de un animal, ya que se hallaban muy cerca del bosque.

Pensó en lo que John le dijo una vez: su cabaña estaba en línea recta a unas diez millas. Tan cerca y tan lejos. El trayecto en carretera era mucho más largo y para llegar debías atravesar dos zonas urbanas.

Un largo suspiro salió de su boca.

—Te estoy aburriendo con mi cháchara —dijo Rose, sacándola de sus pensamientos.

—No, estaba reflexionando sobre lo cerca y lo lejos que está mi cabaña desde aquí —contestó y le señaló el camino que creía en línea recta.

—Lo comentó John tras reunirnos después del accidente, bueno, los dos accidentes. Aunque el segundo no lo sea —advirtió. Se acercó y la tomó de las manos que llevaba resguardadas del frío con unos suaves guantes.

—No ha vuelto a suceder nada extraño, ¿verdad? —preguntó con un poco de ansiedad. No quería que les sucediera nada a ninguno de ellos ni a ella misma. Era consciente del peligro que todos corrían hasta que encontraran a quién fuera.

Había un latente desasosiego que nadie comentaba, pero que se palpaba en el ambiente.

—Gracias a Dios no, todo el mundo está alerta. Por eso te pido que no salgas sola, puedes hacer lo que quieras dentro de la casa, si quieres salir al exterior no lo hagas sola, pide que te acompañe alguno de nosotros —le advirtió Rose.

Mary asintió y le apretó las manos.

—Ya podemos volver si quieres, me encuentro algo cansada y parece que va a nevar —dijo Mary que observó el cielo donde las nubes cubrían todo el espacio que podían ver.

Ambas regresaron a la casa y comenzaron a preparar el almuerzo, intentando dejar de pensar en lo que podría pasarle a John o cualquiera de las personas que había a su alrededor.

Max pensaba que había pasado el tiempo suficiente para que nada hiciera pensar a la policía que estaba involucrado con aquel asesinato ocurrido en una ciudad al norte de Nueva York, ni con nada relacionado con John Petersen.

¡Oh, sí! Había disfrutado mucho con la escaramuza que organizó con aquel imbécil, se lo había ganado por haber suplantado al verdadero francotirador. Ya le extrañaba tanto fallo.

Al final pudo contactar con el genuino y explicarle que había alguien suplantándolo, el asesino le explicó que se trataba de un tipo obsesionado con él desde que una vez coincidieron en un trabajito. Tuvo la osadía de robarle el móvil, pero eso lo había concluido al llamarlo para pedir explicaciones. Max sin extenderse en sus comentarios, le dijo que ya no tenía por qué preocuparse, que el asunto estaba arreglado y que le debía una.

Pensó que era bueno mantenerlo a su favor. Podía utilizarlo en un futuro, esperaba que no muy lejano. Sonrió sentado en su maravilloso despacho. Había gozado de un almuerzo muy productivo

en el sentido económico; nuevas gestiones en el mundo de la tecnología le reportarían grandes cantidades de dinero.

Acomodado en el sillón giratorio decidió llamar a Paul. Llevaba sin hablar con él quince días y creía que ya era hora de iniciar el acto final.

—Creía que ya no estabas interesado —contestó su topo tras varios tonos.

—Esperaba a que las cosas se tranquilizaran un poco —dijo mientras se recostaba y giraba el sillón hacia el gran ventanal para observar la que sería su ciudad poco a poco.

—Has hecho bien. Ha habido mucha vigilancia y están pendientes de cualquier mínimo detalle que no entre dentro de la normalidad. Supongo que no tendrás nada que ver con el cuerpo que encontraron calcinado en un motel cerca de Elkin, ¿verdad? —preguntó y en el tono detectó curiosidad.

—No sé de qué me estás hablando —aseveró manteniendo la modulación de su voz para no dar a conocer lo satisfecho que se hallaba con su labor y con que no lo hubieran descubierto tras volver a Nueva York con el disfraz y el coche alquilado.

—Ya. Bueno, parece que hemos entrado en una especie de rutina que te permitirá elaborar un plan de ataque. Dame un par de días y te aseguro la información. Estamos muy cerca de Navidad y pueden alterarse fácilmente las cosas. La mujer ya está bien y John parece muy interesado en ella. No es ningún secreto. Quizás sea una buena distracción —le indicó.

—De acuerdo. Tengo algo en mente. Sobre aquella información que me pasaste, he estado estudiándola y me parece un negocio muy solvente, la cadena hotelera en Miami ampliará la diversificación de mis negocios. Supongo que todo lo sucedido ha tenido que pasarle factura. Pujaré desde una de mis empresas fantasma, no quiero que me relacionen —continuó explicándole. La empresa era un caramelo muy dulce que no podía desperdiciar.

—Muy bien. Permanecemos en contacto. Ya sabes dónde hacer el ingreso —dijo Paul y cerró la comunicación.

Max pensó en todo el dinero que le estaba costando Paul. Ya había decidido deshacerse de él a la vez que eliminaba a John. Que él cargara con las culpas. Se felicitó por su aguda inteligencia, después dejó el teléfono en su cajón y llamó por el interfono a su secretaria para que iniciara los trámites de la oferta.

Más tarde se reuniría con sus agentes para dirigir con mano de acero sus empresas. Quería acabar pronto, había una de esas estupendas galas benéficas a la que debía acudir. Su imagen de tiburón de los negocios quedaba durante unas horas eclipsada cuándo donaba esas magníficas cantidades de dinero.

Muchos de los periódicos de tirada nacional e informativos se hacían eco. Esa noche John no estaría allí para aguarle la fiesta.

Cuando su secretaria entró, inició las explicaciones pertinentes mientras sonreía interiormente por ser tan listo y por acercarse a su objetivo.

Paul finalizó la llamada con el pleno conocimiento de que el cabrón de Max era el asesino del hombre del motel. Los periódicos locales llevaban quince días publicando páginas y páginas sobre el cruel suceso, el forense había dictaminado que a partir de los pocos restos que quedaron sin calcinar, se hallaban señales de tortura. La policía buscaba información en todas partes.

Incluso habían ido hasta Rose Hall a preguntar, al ser conocedores de que había investigaciones abiertas alrededor de John y compartían la información con los agentes de Nueva York.

La habitación ardió y no se habían encontrado huellas ni indicios de quién era el que lo había realizado. Nadie había visto nada. Investigaban lo que quedaba de la dentadura con la esperanza de averiguar quién era el cadáver.

Pasándose la mano por el cabello empezó a caminar por su habitación. El tiempo se agotaba. Antes de Navidad ejecutaría su plan y desaparecería. Le había dado largas a Max para conseguir un par de días, en cuánto viera que su transferencia se hacía efectiva, actuaría, y eso quería decir al día siguiente.

Ya lo había calculado más o menos todo. Era consciente de que podía haber tardado más, pero quince días solía ser su máximo para ponerse en contacto con él. Esa noche lo dejaría todo preparado. Había quedado con ellos para librar la tarde siguiente y efectuar las compras navideñas.

Nadie sospecharía y él desaparecería. El dinero lo cambiaría *ipso facto* lo ingresara Max. Tenía toda la documentación falsa para iniciar su nueva vida. Nadie lo echaría en falta.

Salió de la habitación y bajó hasta su lugar de trabajo. No quería que nadie imaginara algo que lo relacionara con lo sucedido.

El comentario a Max sobre John y Mary era totalmente cierto. Uno tenía que ser ciego para no ver lo que había entre los dos. Ambos estaban distraídos.

El que más le preocupaba era Michael. Él no estaría distraído, al contrario, parecía obsesionado con saber quién había sido el que había provocado todo. Era como un perro con un hueso en la boca, no lo soltaría.

Entró en la habitación de control y saludó al personal de guardia. Esa noche preguntaría a todo el mundo si necesitaban algo del pueblo porque iba a ir de compras.

Desaparecería después del almuerzo y unas pocas horas después todo habría finalizado. Ni siquiera hacía falta que desconectara el GPS del coche que se llevaría. Ya tenía uno alquilado aparcado al otro lado de la ciudad. Viajaría en autobús. Tenía los tiempos calculados.

Dejó sus pensamientos para otro momento e intentó concentrarse en los monitores y en seguir las conversaciones de los demás.

## Capítulo 13

*M*ichael revisó la información que le había llegado dos veces. Ojalá estuviera equivocado, pero ahora sabía a ciencia cierta quiénes estaban tras todo lo sucedido. En su despacho adjunto a la sala de control. El señuelo había funcionado. Tenía que hablar con John.

Eran las seis de la tarde y le gustaría explicárselo antes de la cena. Debían decidir cómo iban a actuar. Su despacho no era muy grande, sí lo suficiente para trabajar y reunirse con tres o cuatro personas. Tuvo que ser muy insistente para decorarlo a su gusto, más minimalista, que el de Rose. Nada de colores pastel ni cosas de esas. Aunque la quería mucho, no estaba dispuesto a ceder en una historia así. Pasó la mano por la superficie de su mesa, retirando un polvo inexistente.

Tomarían las decisiones que menos afectaran al buen funcionamiento de las empresas y su valor en Wall Street. Los enfrentamientos entre competidores no ayudaban mucho.

Si John estaba de acuerdo, esa misma noche transmitiría la información a todos los grupos de trabajo y al día siguiente, a primera hora, a la policía. Entregaría la documentación que acreditaba quiénes eran los culpables.

Se levantó de la silla giratoria y se acercó a la pared donde tenía instalados todos los monitores que controlaban la casa y el perímetro. Vio que Paul estaba en la sala de control. Sentía ganas de salir y enfrentarlo. Darle una paliza y preguntarle ¿por qué? Pese a que en el fondo sabía la respuesta: dinero.

¿Lo habían aceptado dentro de la familia y así se lo había pagado? Él les devolvía su confianza y cariño de la manera más rastrera del mundo. Los había vendido e intentado asesinar a John, o al menos colaboró con Max para que sucediera.

Tener que explicarlo iba a ser difícil debido a la implicación sentimental. No permitiría que ese detalle los frenara y efectuaría su trabajo de la manera más impoluta posible. No podía haber cabos sueltos con los que escaparse. Sabía que Paul había solicitado librar al día siguiente para hacer las compras de Navidad y algunos recados.

El GPS lo controlaría y Ron lo seguiría mientras permaneciera fuera de la casa. Quedaban pocos días para las fiestas navideñas, era consciente de que para todos iban a ser complicadas. John seguía empeñado en disfrutarlas todos juntos y efectuar una gran celebración.

Entendía que su amigo lo quisiera así. Había estado a punto de morir y en contrapunto se había enamorado de Mary. Las acciones lo delataban y a ambos se les notaba que sentían algo el uno por el otro. Durante el desayuno pudo observarlos, entre los dos saltaban las chispas.

Debía separar los sentimientos, de alegría por su amigo y a la vez de rabia por haber sido traicionados por Paul. En el fondo habían tenido mucha suerte, sobre todo John y Mary. Ambos podrían estar muertos tras todo lo sucedido y el último susto por el intento de sacar a John de la carretera lo había afectado más de lo que creía. Escuchar a su amigo retransmitirlo en directo, había hecho que se sintiera impotente. Todos los agentes habían sido de nuevo revaluados y

contrarrestados sus currículum. No habían descubierto nada que no supieran. Incluso cuando llegó el turno de Paul, todo era transparente.

Frustrado volvió a sentarse en el sillón giratorio tras la mesa del despacho. Sobre la mesa tenía dos ordenadores de última generación, uno de mesa y el otro portátil, para cuándo salía de viaje. Necesita poder acceder a toda la información en cualquier lugar.

Volvió a abrir los dos expedientes, el de Paul y el que había elaborado sobre Max Lowell, al que añadía toda la información que recibía. Menudo pájaro. Había escalado social y económicamente. Un Don Nadie muy listo que llevaba años tras los negocios de John y compitiendo con él. Podía llegar a admirar que el hombre había conseguido alcanzar la cima, pero sus métodos no se consideraban los más claros.

John era un magnate que poseía diversidad de empresas, aunque en los últimos tiempos se había decantado por los negocios tecnológicos, y dejó de banda las empresas inmobiliarias.

Su competidor imitaba a John y sus empresas buscaban también los últimos adelantos futuristas. En su página web constaba que esa noche acudiría a una gala benéfica, como solía hacer John, donando una importante cantidad de dinero para destacar y que se hablara de él durante unos días, como si fuera un gran filántropo.

Su amigo nunca alardeaba sobre las cantidades que donaba a instituciones benéficas ni lo describía en ninguna red social. Ayudaba a estudiantes que destacaban en empresariales y tecnológicas con importantes becas y como donante anónimo había contribuido para ayudar a las personas sin techo. Hacía dos días que había hecho una importante donación anónima al hospital que había atendido a Mary, pensaba que era lo mínimo en agradecimiento.

Sería tarea complicada relacionar a Max Lowell con los intentos de asesinato y con Paul. Su intuición le llevaba a creer que el hombre calcinado del motel de la carretera tenía relación con ellos. Lo comentaría también con la policía tras pasarles la información recopilada.

La explosión en el edificio de las oficinas había sido ejecutada por un profesional. No habían captado ninguna imagen del hombre que entró de madrugada y que esquivó la vigilancia nocturna. Vestía de negro y llevaba un pasamontañas. Lo único que podían asegurar era que se trataba de un tipo atlético y delgado. Había desactivado las cámaras y sensores al entrar y cuándo se dieron cuenta y pudieron volver a reiniciarlas el tipo ya había desaparecido.

En un principio parecía un simple robo. Menos mal que los vigilantes bajaron a la entrada para recibir a los agentes, esa acción les había salvado la vida, ya que entonces, explotó la carga que había colocado en el segundo piso y afectó a las tres plantas.

No hubo daños personales, sí materiales. El seguro se hacía cargo de todo tras el informe de los peritos. Desde que John comenzó a desprenderse de sus empresas, contrataron seguros muy completos que incluían explosiones e incendios.

Observó por los monitores los movimientos de los habitantes de la casa. John salía de la cocina para dirigirse a su despacho. Esa era la oportunidad de hablar con él. No quería ni podía retrasarlo más.

Soltó un largo suspiro, se recompuso y colocó una sonrisa en su cara antes de abrir la puerta.

—¿Qué tal, chicos? ¿Todo bien? —preguntó como hacía habitualmente mientras pasaba la mirada por cada uno de los hombres que había allí, incluido Paul.

—Nada fuera de lo normal, jefe —contestó uno de los agentes que controlaban los monitores del exterior de la casa.

—No te retrases esta noche, hay cena familiar —le dijo a Paul al pasar a su lado, a la vez que contenía las ganas de propinarle una paliza y mantenía la falsa sonrisa en su rostro.

—Sí, lo sé. Enseguida termino, me queda imprimir el último informe. Ya te lo he enviado y dejaré la copia sobre tu mesa —comentó con la familiaridad de siempre.

Michael asintió y salió de la habitación.

Sabía que podían observarlo por los monitores por lo que mantuvo la serenidad y la mueca instalada en su boca hasta que llegó al despacho de John. Llamó y cuando obtuvo el permiso, entró. En ese momento su expresión ya demostraba lo que sentía.

—Tiene que suceder algo muy grave para que solicites la entrada en el despacho de una manera tan formal —comentó John, elevando una de sus oscuras cejas en señal de interrogación. Estaba trabajando con el ordenador que tenía sobre la mesa del despacho.

—No me había dado cuenta. Estoy concentrado en otras cosas —contestó. Sacó de uno de los bolsillos de sus tejanos un desinhibidor de frecuencias. Cuando estuvo seguro de que no había ningún dispositivo de escucha, levantó las manos y se las pasó por el cabello. Caminó hasta una de las sillas situada frente a la elegante mesa y se sentó. Soltó otro suspiro—. La trampa ha funcionado —dijo de golpe, mirando fijamente a su amigo. Sabía que esa conversación sería totalmente privada. Era un obsesivo con la seguridad y más ahora.

—¿Quién? —preguntó John con un tono irritado en la voz.

—Max Lowell —contestó él con desprecio.

—¿Cómo?

—Paul. —Tras contestar a la última pregunta, ambos mantuvieron durante unos minutos el silencio en el despacho. Escuchaban el sonido del crepitar del fuego de la chimenea. Era una habitación insonorizada y no les llegaban los sonidos habituales del movimiento de la gente que andaba por la casa.

—Tenía que ser alguien muy cercano para poder acceder a la información sobre mis movimientos y mi seguridad —señaló John que se levantó como un resorte y dejó entrever la irritación y la decepción que sentía además de la frustración. Comenzó a caminar de un lado al otro por la habitación.

—¿No te han enviado el informe de una empresa interesada también en la cadena hostelera? —preguntó Michael.

—He pasado bastante rato estudiando los planos para la reconstrucción de las oficinas y después he ido a la cocina para estar un rato con Rose y Mary. No he revisado los correos electrónicos enviados desde gerencia —dijo con el ceño fruncido.

—Bueno, supongo que habrías empezado a sospechar si los hubieras abierto. Una de las empresas fantasma de Lowell ha preguntado por qué cantidades se estaban moviendo en la venta. Al investigar a tus competidores más cercanos y sobre todo a Lowell, ha sido sencillo establecer la conexión. Cree que es muy listo, pero yo lo soy más y he accedido a la información de sus chanchullos. Han caído como las moscas en la miel. El grupo de gente que sabía de la trampa era demasiado reducido. Paul supone un problema ahora. ¿Cómo lo vamos a demostrar? Va a ser complicado.

—Es verdad. Le ha debido pagar una cantidad astronómica por traicionarnos —dijo John y volvió a sentarse.

Michael le explicó que seguro que era una cuestión de dinero. Había gente muy ambiciosa que buscaba el camino fácil para ganarlo, pensó con cierta decepción en el hombre que había sido su compañero durante cinco años. El honor, la lealtad y la familia no significaban nada para él. Con sus actos lo había demostrado.

Tendrían que aparentar que no sucedía nada hasta que los pudieran atrapar. Le dijo a John que

debían informar a la policía de Nueva York y dudaba de cómo pasar la información a los grupos, tanto de la casa como de la central. Sabía que si no era algo inminente, Paul sospecharía porque alguien podía cometer algún error.

Sospechaba que la información que les llegó de Lowell cuando estuvo encerrado en una de sus empresas veinticuatro horas, tenía un trasfondo de haberlos burlado. Creía que había alguna posibilidad de que asesinara al hombre del motel. Las fechas coincidían. De momento no podía demostrarlo, sin embargo lo haría.

Si lo habían intentado tres veces, habría una cuarta. No iban a quedarse a medias. John estaba enfadado, pero entendía que debían comportarse con absoluta normalidad para no espantarlos y atraparlos con las manos en la masa. Saberlo y carecer de pruebas no servía de nada.

Todo lo que habían pasado era por culpa de ellos.

Salieron del despacho como si nada hubiera sucedido, dirigiéndose a la cocina en dónde habían empezado a reunirse alrededor de la gran mesa. La función había empezado.

John no podía concentrarse en las conversaciones que estaban llevándose a cabo en la mesa. Comía por inercia y sonreía porque eso era lo que todos esperaban que hiciera. Intentó concentrarse en Mary, y eso también fue un esfuerzo.

Sentado a la mesa y viviendo en su casa tenía a un Judas, eso le revolvía el estómago. Las acciones podían producir con rapidez que los sentimientos cambiaran radicalmente y de sentir cierto cariño y amistad por Paul, ahora sentía rabia e ira. Habían intentado matarlo. De Lowell era algo que podía esperar, porque su mutua aversión era más que evidente, de Paul no. Traicionado por un miembro del núcleo de su familia.

Lo consideraba un tipo listo, seguro que cuando revisaran su habitación al día siguiente no encontrarían nada. Michael no había encontrado el momento para hacerlo durante esos días. Lo único bueno de toda esta situación era que al fin sabían a quiénes se enfrentaban.

Obtener pruebas que a la policía les sirviera para emitir una orden de arresto era fundamental y no tenía muy claro cómo las conseguirían. Esa misma noche quería informar a su gente. Ya había distribuido, junto con Michael, los cuadrantes para poder seguir a Paul. Creía que todos reaccionarían como ellos. Su gente mantendría la farsa hasta que todo hubiera terminado.

—¿Así que mañana vas de compras a Elkin? —le preguntó a Paul, lo señaló con el tenedor mientras intentaba cenar no dejando a entrever nada.

—Sí, voy a aprovechar porque ya estamos encima de la Navidad y después será casi imposible salir de aquí—, contestó mientras llenaba su plato del pollo guisado que habían cocinado entre Rose y Mary aquella tarde—, ¿queréis alguna cosa?

—De momento no, pero si hiciera falta te enviaría un WhatsApp —contestó y los demás asintieron con la cabeza como de acuerdo a ese arreglo.

Michael lo miró entonces y sutilmente movió la cabeza en un leve asentimiento y le hizo entender que estarían libres para acometer el registro con tranquilidad.

Terminaron de cenar y mientras recogían la cocina las bromas surgieron como era habitual. Intentó relajarse y pensó que quería hablar con Mary. Dejaron la mesa preparada para el desayuno del día siguiente.

Cuando terminaron, cada uno se dedicó a sus cosas. Bob daría una vuelta por el recinto y el jardín para controlarlo y después acudiría a la habitación de Rose. Michael solía meterse en su despacho para seguir con la recopilación de la información y la pasaría a los chicos. Paul estaría

en la biblioteca o en su dormitorio. Creía que Rose y Mary permanecerían todavía levantadas, pero cada una en su habitación.

Pasó por su despacho y revisó de nuevo sus correos por si había novedades. No había nada nuevo. Era tarde y a esas horas sería extraño que alguien contestara a la respuesta que habían emitido. Sería a la mañana siguiente cuándo estaba seguro de que responderían.

Cerró el portátil y dejó en funcionamiento el PC. Salió del cálido despacho y subió las escaleras en busca de Mary.

—Mary —la llamó mientras golpeaba suavemente la puerta, solicitando permiso—, ¿puedo pasar?

—Entra —contestó ella desde dentro.

Cuando abrió la puerta la vio sentada con las piernas recogidas en el cómodo sillón que había al lado de la puerta de la terraza; la televisión encendida rompía el silencio y tenía un libro en el regazo, sobre la mesa camilla había un par más. El libro electrónico que le había regalado también estaba allí.

Ya contaba con la suficiente fuerza para sostener un libro físico, eso lo alegró. Esa imagen lo transportó a los días que permanecieron confinados en la cabaña. Recordó mirarle las manos muchas veces, los dedos largos que seguro acariciarían con suavidad.

La calidez de la situación lo invadió, a pesar de encontrarse algo nervioso por la conversación que debían llevar a cabo. Ya no quería más demoras. Creía que ella aceptaría mantener una relación con él, pese a todo las dudas eran malas compañeras y lo instigaban como si una vocecita en el cerebro no fuera nada positiva ante lo que quería.

Cerró la puerta y caminó hasta donde estaba instalada, frente a ella había otro sillón al otro lado de la mesa camilla. Sin solicitar más permisos se sentó en él y la miró. Ella cerró el libro y dejó un bonito punto de lectura con dibujos de flores silvestres para no perder la página. Colocó las manos sobre el regazo y levantó la mirada para fijarla en él. Pensó que tenía unos ojos preciosos ahora estaban concentrados en los suyos.

—¿Estás cómoda en la casa? —le preguntó para iniciar la conversación—, ¿tienes dolores?

—Todo está muy bien. Rose Hall es preciosa y los jardines a pesar de la nieve son maravillosos. Todavía noto molestias, pero lo nuevo bastante bien. —Y para demostrárselo lo levantó y lo hizo girar en la medida de sus posibilidades.

—Han sido unos días muy intensos —comentó, pasándose la mano por el cabello para retirárselo de la frente, aunque siempre había mechones rebeldes que volvían a su posición inicial—, muchas de las cosas que han sucedido han sido en parte culpa mía... —ella iba a decir algo y levantó la mano en señal de que lo dejara continuar—, los intentos de asesinato son reales y tú recibiste un disparo en mi lugar. Eso no me lo puedes negar. Atraparemos a los implicados en el complot, no tengas ninguna duda. —Mary asintió con la cabeza y vio que en sus ojos había un brillo delator de la emoción al recordar lo sucedido.

—Quiero serte sincero. Cuándo estábamos en la cabaña pensé que eras muy guapa, y que no tenía tiempo para mantener una relación. Los días han pasado y lo ocurrido me ha dado qué pensar y replantearme mi vida. No sé lo que tú sientes, sí sé lo que yo siento, y lo que quiero. —Puso los codos sobre las rodillas y juntó las manos, manteniendo la mirada en ella. Necesitaba observar sus reacciones, no le había dicho nunca a ninguna otra mujer lo que iba a explicarle a ella, y joder, estaba más nervioso de lo que pensaba. Sudaba a pesar de la buena temperatura ambiental, volvió a incorporarse en el sillón—. Yo...

—Lo sé, a mí también me ha pasado. —Lo interrumpió mientras un ligero rubor cubría sus



mejillas y recolocaba su posición, con la espalda recta a la vez que una pequeña sonrisa aparecía en su boca—, pensé que eras muy mandón y también muy guapo. No quería saber nada de ti porque estabas en una liga muy diferente a la mía. Al conocerte mejor he podido apreciar que todo tu dinero no es lo que te hace el mejor hombre que he conocido, sino cómo intentas proteger a los tuyos, cómo los cuidas y amas.

—Me gustaría que ambos estuviéramos de acuerdo en iniciar una relación estable y exclusiva —dijo John muy serio y algo confuso cuando ella se rio suavemente durante unos segundos y algunas lágrimas de emoción acumuladas en sus bellos ojos, recorrieron sus mejillas hasta que ella las apartó con la mano derecha.

—Por favor, no te lo tomes a mal, pero es la peor declaración que he oído nunca. Parece que estás cerrando un acuerdo comercial de suma importancia —le explicó cuando estaba seguro de que en su rostro aparecía la incredulidad.

Pensándolo bien, tenía toda la razón. Podía haber sido más cariñoso o incluso haberle llevado unas flores. Algo romántico. No, tenía que hacerlo como si fuera un contrato. Le vio la gracia al asunto y él también empezó a reír, lo hizo a carcajadas, lo que la contagió a ella.

—Si todo va bien y algún día tenemos hijos y nietos, tengo que explicárselo —dijo Mary todavía riéndose.

John solo pudo asentir. Al oír las palabras hijos y nietos sufrió un pequeño ataque de pánico, aunque la vida sin algo de riesgo carecía de emoción, como en los negocios. «Quién no arriesga, no gana». Y él quería ganarse a Mary, a toda ella. Tan sencilla y bonita. Cuidándolo cuándo era él quién debería haberlo hecho. Fuerte y perspicaz. Todo en ella le gustaba, a pesar de sus pequeñas disputas por el control.

—Debo añadir que nunca había estado en esta situación y que tienes toda la razón: ha sido una declaración muy poco romántica, no se debe parecer en nada a las de los protagonistas de las novelas que lees —dijo mientras con la cabeza señalaba los libros que había acumulados en la mesa.

—No te creas, algunos protagonistas son algo torpes, sin embargo allí están ellas para salvarlos —explicó y él pensó que ella había salvado la situación.

—Bien, entonces... ¿cerramos el negocio? —le preguntó a sabiendas que seguía allí el sentido cómico que en el fondo era muy serio.

—Creo que hay algunos capítulos que debemos discutir, sí, podemos cerrar el negocio— contestó ella.

—¿Capítulos? —cuestionó él.

—Sí —asintió ella—, como por ejemplo tu monomanía del control, mi trabajo; un acuerdo en el que quede claro que no quiero nada material tuyo. —Paró unos segundos para continuar—. Solo te quiero a ti.

John ya no pudo contenerse más. Quería tocarla y demostrarle lo mucho que le gustaba y lo que decía. Se levantó y le tendió las manos para que ella también lo hiciera. Iba a besarla, necesitaba su sabor.

—Discutiremos esos capítulos. Cerremos el trato. —Entonces la acercó y abrazándola inclinó la cabeza y la besó. Sintió cómo las manos de ella subían por su torso hacia su cabello que atrapó entre sus dedos e hizo que se acercara más, ahondando en el beso.

El recuerdo de aquel dulce beso que se dieron en la zona cero, quedó eclipsado por la pasión del actual, en el que ambos decían sin palabras lo que querían y necesitaban el uno del otro.

Mordisqueó ligeramente sus labios, jugando con su lengua mientras le acariciaba los costados y

subía hasta llegar a sus pechos. Los apretó y sopesó, buscando con los pulgares e índices los duros pezones a pesar de estar vestidos, y escuchaba los jadeos de ambos.

—Ya no hay más esperas —dijo John cuándo levantó la cabeza. Ella asintió, tenía los labios y la piel sonrosados. Tendría que apurar un poco más el afeitado. No había pensado que podía irritar la suave piel de su rostro.

Volvieron a besarse y a acariciarse. John no pudo calcular cuánto permanecieron así. Quería disfrutar del momento. Que ella pudiera decidir si quería que pasaran esa noche a las siguientes bases. No había prisas y estaba seguro de que contaban con tiempo para todo.

Sus respiraciones se aceleraron, incrementando la pasión entre los dos.

—Deja que me prepare —solicitó y le dio un suave beso en los labios antes de dejarlo allí de pie para dirigirse al cuarto de baño.

Estaba excitado y nervioso, todo a la vez. ¿Qué debía hacer? ¿Desnudarse? ¿Colocarse sobre la cama? ¿Quedarse solo con los tejanos puestos? ¿Cuánto rato tardaría? Todas esas preguntas corrían por su mente. Intentó mantener la calma, inspiró profundamente, dejando salir el aire despacio y se dijo que era un tipo inteligente y controlador, que debía dejar que las cosas fluyeran. No se había sentido tan acelerado desde que era un adolescente en el instituto y mantuvo su primera experiencia con Julie Corvet, la jefa de animadoras.

Al final su ropa desapareció menos los tejanos y se sentó a los pies de la cama, allí esperó a que ella saliera. La televisión continuaba encendida por lo que decidió apagarla.

Miró la puerta del aseo y escuchó como el agua de la ducha caía. La excitación aumentó al pensar que ella estaba duchándose y el agua caía sobre su suave piel desnuda.

Todavía tardaría un poco. Se levantó de nuevo, caminó hacia la puerta de la terraza y miró a través del cristal. No era un mujeriego, pero tampoco un novato. Ella respondía perfectamente a él. Sus besos le hacían perder la cabeza y solo había sucedido un par de veces. Necesitaba más, mucho más.

Perdió el ritmo de sus pensamientos cuando escuchó el sonido de la puerta abriéndose. Un ligero susurro rompió el silencio del dormitorio.

Mary salió del cuarto de baño y caminó hasta el lado de la cama, él acudió a ella. Llevaba un precioso camión corto de tirantes color marfil de seda con un encaje que rodeaba sus pechos que no dejaba nada a la imaginación. Los oscuros pezones destacaban a través de la tela.

No podía apartar la mirada de ellos, sabía que tenía que decir cosas cariñosas y eso, no obstante solo podía observarlos fijamente. Quería chuparlos y penderse en su sabor, con tela o sin tela. El engrosado pene apretaba la cremallera de sus pantalones, queriendo ser liberado.

Carraspeó en un intento de recomponerse. Levantó la mirada para posarla en sus preciosos ojos grises. Avanzó hasta colocarse delante de ella, le tomó la mano buena y la levantó hacia sus labios, posó un suave beso y la ayudó a echarse sobre la cama. Pudo mirar la cicatriz delantera de su hombro y maldijo mentalmente a los hombres que habían hecho que la inmaculada piel de ella tuviera aquella marca imborrable. La adoraba ya solo por el hecho de haber antepuesto su cuerpo al suyo, evitando su muerte. Pero en esos momentos era tiempo de disfrutar, lo demás ya llegaría.

El cuerpo de Mary era un espectáculo precioso, pensó mientras liberaba su pene al quitarse los pantalones y los bóxers. Ella fijó su vista en él, admirando su miembro ensimismada, como le había pasado a él con sus pezones. Parecía que la atracción mutua que sentían ambos estaba en su cénit y contemplaban sus cuerpos, como creía que admiraban sus personalidades.

Al moverse para acostarse a su lado ella levantó la mirada y le tendió la mano, que él cogió. Lo invitaba, un ligero temblor en sus labios lo indujo a pensar que estaba tan nerviosa como él.

Una vez colocado sobre la cama volvió a besarla. Acarició sus pechos y bajó la cabeza hasta la obsesión que tenía desde hacía un tiempo, atrapó el pezón derecho con los dientes a través del encaje. Lo chupó y torturó hasta que estuvo duro e enhiesto. Después se dedicó tal otro, mientras su mano derecha acariciaba la pierna de ella, subiendo hacia la cadera y arrastraba la pequeña pieza de tela que Mary llevaba.

Las manos de ella cogieron su cabeza, entrelazando su cabello con sus largos dedos y apretándolo más contra ella. El pecho de ella estaba tan agitado como el suyo. Líquido preseminal ya emergía de su pene y no lo había casi tocado. Aquello iba a ir deprisa. Le retiró el camisón, la dejó totalmente desnuda para acariciarla y adorarla.

Ella mantenía sus manos sobre sus brazos, no quería hacerle daño. Así que dejaría que asumiera el mando, tenía que aprovechar y volver a adorar esos pezones sin ninguna traba entre su boca y ellos.

La giró para sentarla sobre él, dejó su feminidad abierta para él. Bajó las manos por sus costados y llegó hasta ella. No estaba del todo rasurada, pero poco faltaba, pasó un dedo por entre sus pliegues y lo humedeció. Ambos estaban preparados a pesar de lo poco que habían durado los preliminares.

Hacía tiempo para él, y parecía que para ella también. No habían hablado mucho de ello, pese a todo no pensaba que fuera una mujer muy promiscua. Al contrario, muy, muy selectiva.

—Un preservativo —susurró, recordando ese pequeño detalle en medio de toda la excitación. No había pensado en ello antes y ahora los interrumpía en el peor momento. Quería mantener la excitación hasta que ambos llegaran al final, aunque muchas veces era utópico.

—En la mesita —contestó ella, estirándose hacia ella y abriendo el cajón del que sacó un condón envuelto en un plástico de color rojo chillón.

—¿Cuándo los compraste? —preguntó. Vio como ella mordía el envoltorio para abrirlo.

—Los vi esta mañana allí, cuando recolocaba mis cosas. No sé quién los ha colocado en el cajón —aseveró y una vez desenvuelto lo colocaba a lo largo de su polla con un movimiento ligeramente inseguro.

—Rose —murmuró John entre dientes. No podía hablar, Mary lo tenía sujeto con las dos manos y pensó que iba a derramarse antes de que le colocara el condón.

La miró a la cara para intentar enfriarse un poco y lo que vio no ayudó mucho. Estaba concentrada en ponérselo y estaba mordisqueándose el labio inferior. No pudo evitarlo, la imaginó chupándole el pene. Su boca atrapándolo completamente, succionándolo y lamiéndolo.

Mientras terminaba le acariciaba los pliegues y jugaba con su clítoris. Gracias a Dios acabó, la levantó para sentarla sobre su protegido pene. Inició la invasión lentamente, provocando que sus tejidos se acostumbraran a él.

Cuando estuvo completamente dentro de ella inició el movimiento de sus caderas, a la vez que acariciaba su clítoris. Mary lo montaba al ritmo que él le marcaba, al principio despacio. Intentaba alargarlo, y sintió que era imposible. Los jadeos de ambos inundaban el silencioso dormitorio. Esperaba que nadie pasara por delante de la puerta y los escuchara, aunque en el fondo le importaba muy poco.

Corrigió la posición, se sentó en la cama recostándose sobre el cabecero e hizo que Mary lo aceptara todavía más si era posible. Atrapó sus preciosos pechos, torturándolos tal y como había deseado.

Ella inició movimientos rotatorios con sus caderas, mientras él la investía. Estaba volviéndolo loco. Notaba perfectamente cómo lo atrapaba con sus músculos, resbalaba gracias a la humedad

que había aumentado hasta impregnarlos a ambos.

Aguantó lo que pudo, hasta que al final sintió como el semen recorría todo el trayecto junto con el estallido de placer que notó en el momento que salió y quedó atrapado en el preservativo.

Ella todavía movía sus caderas. Bajó la mano hasta su clítoris y lo acarició unos segundos hasta que fue Mary la que tuvo el orgasmo. Sintió los rítmicos espasmos de su vagina sobre su pene medio erecto todavía.

Cayó sobre su torso con la respiración tan rápida como la suya. Los tendió a ambos sobre la cama y la dejó encima de él, así recuperaban el aliento y le acariciaba la espalda con los dedos de la mano derecha y con la izquierda rozaba los cortos cabellos.

Dios, estaba en el cielo. Quizás demasiado perfecto, no quería analizarlo. Solo sentirlo. Pasados unos minutos y ambos más tranquilos, cogió el preservativo y se levantó de la cama. Fue al cuarto de baño, dejándola estirada sobre la cama.

Una vez dentro, tiró el condón al pequeño cubo de basura que había ubicado al lado del lavabo. Tras lavarse humedeció una toalla, salió y volvió a la cama donde la limpió—. Está fría —susurró ella cuando John pasaba la toalla por su feminidad y después la secaba.

—Lo siento, no he pensado en ello —contestó.

—No, está bien, solo que prefiero el agua templada —aseveró ella y levantaba la mano para acariciarle la cara sonriente.

Giró la cabeza y besó la palma de su mano. Todo era muy íntimo. Le gustaba lo que estaba viviendo. Durante unos minutos dejó de pensar en todos y en todo.

Volvió al aseo, echó la toalla a la cubeta de la ropa sucia y regresó a la habitación. La tenue luz de la lamparilla de la mesa continuaba encendida. Mary permanecía desnuda, quería dormir con ella así. Piel con piel.

Necesitaba hablar sobre el sistema que debían elegir para el control de natalidad, no quería usar preservativos. Estaba limpio y creía que ella también, le propondría hacerse análisis ambos, así se quedaban tranquilos.

Esa noche no iba a abordar ese tema, era demasiado pronto. Lo que sí hizo fue sentarse en la cama y abrir el cajón, allí había al menos unos seis preservativos. Todos con envoltorios de lo más chillón. Sacó uno y se lo enseñó.

—¿Rose? ¿Seguro? —preguntó ella en voz baja—. Al verlos pensé que alucinaba. Creía que a lo mejor era costumbre en vuestra casa dejarlos para los invitados por si acaso —continuó diciendo con el entrecejo un poco fruncido.

—Rose —afirmó él—, solo a ella se le podía ocurrir algo así. Muy maternal y muy controladora. Además de tener muchas expectativas sobre nosotros. Y no, no solemos acostumbrar de dejarlos para los invitados —explicó a la vez que movía las cejas y sonreía.

—Le estoy muy agradecida, ha sido muy oportuna —dijo Mary mientras bostezaba y se estiraba como un gato satisfecho.

—Estás cansada —susurró a la vez que pasaba el dedo índice por la oscuridad que bordeaba sus ojos.

—Ha sido un día largo e intenso —contestó ella.

Atrapó su otra mano y entrelazó sus dedos.

—Vamos a dormir, mañana será una jornada complicada.

—¿Por?

—¿Piensas que no se han enterado o que no lo sospechan?

—Uf, no había pensado en ello.

—Esta es una pequeña familia y todos sabemos lo de todos, aunque no lo digamos. Como lo de Rose y Bob —explicó, recostándose en la cama y colocó la cabeza de ella sobre su hombro izquierdo. Mantuvo los dedos entrelazados sobre su torso.

—Ya he observado las miradas entre ellos y los pequeños gestos de cariño cuando piensan que nadie los ve.

—Pues hasta ahí es lo que hemos visto todos desde hace muchos años. Sabemos que duermen juntos todas las noches. Algunas mañanas si he madrugado algo más de lo habitual, me lo he encontrado en el pasillo cuando salía de la habitación de ella. Nos saludamos con un movimiento de cabeza y cada uno ha continuado a lo suyo —explicó y tras ello le comentó que no sabían por qué sucedía así. Mantenían una relación que todo el mundo conocía, pero que parecía no deseaban que fuera pública, aunque lo era. Al menos para la familia, ahora Michael, Mary y él. Paul había quedado fuera de su mente dentro del conjunto que pertenecía a ese íntimo círculo.

Debían asegurarse de todo antes de lanzar la bomba, porque lo era. Una situación que no esperaba nunca que sucediese. No le extrañaba que su grupo de seguridad estuviera tan frustrado. Ahora ya sabían por qué. Una vez él desapareciera, pensaba que no iba a tener ningún otro interno, no quería arriesgarse a encariñarse con alguien para que después ocurrieran ese tipo de cosas. Poseer riquezas estaba muy bien para vivir con comodidad, y conllevaba la envidia de mucha gente.

—Tendrán sus motivos —dijo Mary que interrumpió el hilo de sus pensamientos, volviendo a Rose y Bob.

—Ambos son solteros y libres de hacer lo que quieran, no encuentro un motivo de peso para que no lo hagan público o incluso que lleguen a casarse.

—Quizás algún día lo explicaran —comentó ella. Bostezó de nuevo.

—Quizás. —Se incorporó y apagó la luz de la lámpara de la mesa camilla, dejándolos totalmente a oscuras. Solo se filtraba la tenue luz que llegaba del exterior. Siempre habían dejado las farolas encendidas, era una zona demasiado apartada como para arriesgarse a estar a oscuras a pesar de todo el sistema de seguridad instalado.

Notó cómo ella respiraba pausadamente y pensó que se había dormido. A él le costaría un poco más. No dormía muchas horas, pero intentaría descansar.

Al día siguiente tenían mucho que hacer. Iba a ser difícil, no por entrar en la habitación sino por registrar la intimidad de una persona que los había traicionado. No podía dejar de pensar en ello, desde que se lo había dicho Michael no encontraba la lógica o no quería encontrarla. ¿Dinero? Solo podía ser por eso.

Le pagaba un muy buen sueldo, tenía acciones en las diferentes empresas que él gestionaba como parte de la familia para que tuvieran una excelente jubilación y al vivir con ellos no debía mantener ninguna casa si no quería.

Traicionado. Intento de asesinato. Era demasiado grave para que saliera impune, él y su amigo.

Tardó una hora en dormirse, pero su último pensamiento al final fue para Mary. Cálida y suave a su lado. Donde debía estar.

¿Cómo había podido pensar en que no quería una relación con ella? Quizás debía dar gracias a que sucediera todo aquello para llegar a estar con ella y sentirse de alguna manera, completo como persona.

## Capítulo 14

Mary había terminado de arreglarse para bajar a desayunar con todos. Estaba un poco nerviosa, John la había avisado que era posible que los habitantes de la casa sospecharan lo sucedido la noche anterior.

No había mantenido muchas relaciones y las pocas veces que había dormido con sus antiguas parejas, no había descansado mucho, dormir con ellos resultaba incómodo, hasta la noche anterior. O estaba muy cansada o realmente relajada tras la sesión de sexo más increíble que había vivido nunca. Descansó hasta la madrugada cuando John empezó a moverse para levantarse.

Le cogió la mano, acercándola a su cuerpo y aún estuvieron juntos un rato más, tumbados en la cama. Susurraron palabras cariñosas y alguna que otra conversación de cosas habituales de sus vidas y de sus trabajos. Cuando habían estado juntos en la cabaña habían sido muy cautos cada uno con sus intimidades, entonces recuperaban todo ese tiempo. Lo mejor fue la siguiente sesión de sexo que mantuvieron antes de levantarse. Muy enérgica.

Tras levantarse John salió hacia su habitación para arreglarse y así le ofrecía tiempo a ella para que también lo hiciera, después pasaría a buscarla para bajar juntos a la cocina. Creía que era un detalle muy bonito no tener que enfrentarse a todos sola, a pesar de que no dirían nada, las miradas y sonrisas serían inevitables.

La noche anterior había sido increíble. El sueño erótico que vivió, mientras estaba con la fiebre alta, no podía compararse a lo que sintió con John desnudos y dándose placer mutuamente. Piel con piel, el sabor, el tacto, los besos eran reales, algo maravilloso de sentir cuándo era tan auténtico. Sexo que no esperaba que fuera tan pleno, él preocupado por no hacerle daño.

Era de esperar, que tal y como actuaba en su vida cotidiana, manteniendo el control, en la cama sería igual. Sin embargo no sucedió así y esperaba que fueran al cincuenta por ciento en su relación también.

Sabía que había enviado ayuda a Sophie en la librería en esos días de tanto trabajo. Al principio se molestó por meterse donde no lo llamaban, pero en el fondo le estaba muy agradecida. De esa manera podía recuperarse con tranquilidad.

A un par de días de la Nochebuena y ya estaba convencida de que iba a pasarlo con ellos. Sentía un lazo más estrecho con todos y sobre todo con John. Rose le había contado que este año John estaba empeñado en que fueran las mejores Navidades de sus vidas.

Había hablado con la mujer para ayudar en la organización de las comidas y la decoración. Habían quedado que esa tarde se ocuparían de todo ello. Frunció el ceño al pensar que no tenía regalos para la familia. Quería que convencer a John de que debía ir de compras. A ver si Rose podía acompañarla al día siguiente.

Salir a hacer esos recados sería innegociable.

Mientras esperaba a que John fuera a buscarla, le dio tiempo de arreglarse. Había escogido unos pantalones pitillo negros y una camisa blanca con un ligero encaje en los puños, junto con

unas bailarinas que encontró entre las cosas que le había comprado Rose por orden de John.

También localizó el día anterior productos de belleza en el cuarto de baño y sintiéndose coqueta acentuó el color de sus ojos con una sombra de color gris claro y un *eye liner* muy fino. En los labios puso un ligero toque de un *gloss* rosado, sin ser chillón, que le daba una imagen suave y juvenil.

Cambió las sábanas de la cama y las dejó en el cubo de la ropa sucia. Sabía que los habitantes se encargaban de bajarlo al sótano donde estaba ubicada toda la maquinaria necesaria para su higiene y planchado. Rose se lo había explicado el día anterior cuando le enseñó la casa. Creía que era algo muy práctico y bien organizado.

Dejó el dormitorio recogido y aireado. No pudo evitar acercarse a la mesita de noche donde estaban los preservativos. Desde luego, Rose debía de haber tenido mucha fe en su posible relación, eran todos de un color chillón que parecía que les estaban llamando. Sonrió al pensar lo poco que les durarían.

—¿Estás lista? —preguntó John al entrar en la habitación tras llamar a la puerta.

—Sí —aseveró escuetamente al pensar que casi la coge, mirando el cajón y enrojeció.

—Creía que ayer estabas muy guapa, hoy pienso que todavía eres más bella —le dijo John mientras se acercaba a ella con una sonrisa en la boca e inclinando la cabeza la besó suavemente en los labios y le cogía las manos.

Su ego empezaba a aumentar a pasos de gigante. John no se quedaba a la zaga. Estaba espectacular con aquellos tejanos negros y una camiseta de manga corta también negra que se adhería a su torso y marcaba toda su musculatura. Pensó que ambos estaban en forma, ella recuperando la suya poco a poco con la rehabilitación que practicaba diariamente.

—Eres un adulator —contestó cuando terminó el beso.

—No, solo digo la verdad —dijo y levantó la mano derecha que le había cogido y le besó el dorso. Sus preciosos ojos verdes brillaban con diversión—, vamos, tenemos que bajar, si no será peor —continuó, advirtiéndola cuando caminaban hacia el pasillo.

Nunca se había planteado el cambio que la gente transmitía tras una noche de satisfacciones, entonces se fijó en que John tenía esa mañana una imagen de alegría y diversión que nunca le había observado. No es que el tiempo que habían pasado juntos hubiera sido el mejor del mundo, pero todo eso le había llevado a pensar que ambos estaban muy contentos y los demás lo iban a percibir.

Bajaron las escaleras deprisa y riéndose. Cuando entraron por la puerta de la cocina se detuvieron y dejaron de sonreír de golpe al ver que todos estaban ya allí. Se volvieron a mirarlos, interrumpiendo sus conversaciones.

Por un momento le entró el pánico, entonces notó un apretón en su mano e hizo que volviera a reírse cuando ambos se miraron.

John también empezó a reír y no les hizo caso a los demás. Cada uno volvió a su desayuno.

—Creía que llegábamos pronto —dijo Mary a la vez que se sentaba y se disculpaba con Rose por no haber ayudado con el desayuno, a lo que la mujer no le dio ninguna importancia con un gesto con la mano.

—Llegábamos pronto, y parece que todo el mundo ha madrugado mucho hoy —dijo John que pasó la mirada por cada uno de ellos, que al verse presionados por el jefe fueron expresando diferentes excusas, a cual más inverosímil.

La comida transcurrió como la mañana anterior y cuándo iba a levantarse para ir a buscar el café de ambos, él no la dejó. Volvió a hacer rodar los ojos y siguió comiendo. No podía luchar

contra él y la verdad es que no tenía ganas. Allá él. Algún día lo conseguiría, pensó con una sonrisa y tomó pequeños sorbos del zumo de naranja.

—¿Alguien necesita alguna cosa? —preguntó Paul cuándo estaban terminando de comer—, voy a la ciudad a recoger el correo.

Los comensales dijeron que no necesitaban nada y pensó que esa era su oportunidad.

—Yo querría ir mañana a Elkin a hacer las compras de Navidad. Rose, ¿te gustaría acompañarme? —preguntó mirando a la mujer que enseguida asintió y le sonrió.

—¿Por la mañana? —cuestionó Michael.

—Sí, si a Rose le va bien —contestó mientras asentía con la cabeza—. ¿Por?

—Para organizar la seguridad —dijo Michael, mirándolas a ambas.

—De acuerdo —señaló ella. Casi le parecía demasiado fácil. Se lo hubiera tragado si no hubiera visto la mirada que John y Michael intercambiaron. Parecía que nadie más se había dado cuenta. La dejó un poco indecisa, pero le había dicho que sí.

No iba a ser una cobarde y a quedarse encerrada hasta que todo se hubiese solucionado. Reconocía para sí misma que no había vuelto a pensar en que John se encontraba en peligro y las personas que permanecían a su alrededor también.

Sintió que John le cogía la mano por encima de la mesa, sacándola de sus cábalas. La sonrisa que aparecía en su rostro era maravillosa.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —le preguntó él.

—No sé, había pensado hacer los ejercicios, ayudar a Rose con la preparación de la Nochebuena, llamar a Sophie y ponerme a revisar el correo con la Tablet —contestó enumerando unas cuantas tareas que no había considerado que estuvieran acumuladas para ese día.

—Cuando te pongas con los *mails* podrías venirte al despacho, así me haces compañía —le dijo con un guiño y sonreía descaradamente.

Mary asintió a la vez que imitaba el gesto de él.

Lo que no esperaba es que él al levantarse para recoger la cocina le diera un beso en público. Escuchó silbidos y aplausos que hicieron que su rostro aumentara su coloración hasta un rojo intenso que notó por el calor en sus pómulos.

Rose le dijo que cuando acabara con lo que tuviera que hacer que la buscara en su habitación. Estaría allí, elaborando los menús de todos esos días y la lista de algunas personas cercanas a la familia con las que celebraban el año nuevo. Tenían que organizar los viajes y la estancia, era John quién se ocupaba de todos esos gastos y más desde que vivían fuera de la ciudad.

Pensó que iban a estar bastante distraídas durante unas cuantas horas. Ya había decidido que acudiría al despacho de John para estar con él. Eso hacía que quisiera poder hacerlo todo con más celeridad.

Paul tras abrigarse en su habitación fue al garaje y subió al todoterreno. Todo iba según lo planeado. Sabía que el GPS estaba conectado y lo iban a monitorear hasta el lugar en dónde aparcara. Ya tenía estipulado cuáles serían sus pasos una vez dejara el vehículo. Después se desplazaría hasta el pequeño aeropuerto en dónde le esperaba la avioneta que había alquilado para volar hasta Saratoga Springs.

Tenía los permisos en regla para poder llegar al otro país con su nueva identidad. Además del dinero ingresado en el banco RBC. Gozaría de una nueva vida sin que nadie lo controlara y sería



su propio jefe. Ya había contactado con una importante empresa que tenía la intención de implantar su modelo de seguridad.

Se había informado sobre el mejor centro de cirugía estética para efectuarse un cambio facial que le ayudaría a sentirse más tranquilo y seguro de que nadie pudiera reconocerlo. El mundo de la seguridad no era tan grande y toda precaución era poca.

Controló los vehículos que iban en su dirección por si alguien lo seguía, pero no. Pensaba que ellos eran tan soberbios que creían que con el control del vehículo y del móvil controlarían cada uno de sus movimientos. Estúpidos. Él era mucho más listo.

La carretera estaba en muy buen estado y la verdad es que el día lucía tan despejado que el vuelo sería un placer. No había puesto la radio, estaba más contento con sus propios pensamientos sobre el futuro que le esperaba.

Tras esa tarde, todos creerían que había muerto junto con los demás. Max Lowell no sería tampoco ninguna amenaza. Poseía todas las conversaciones grabadas y si quería hacerle algo, lo guardaba todo en una caja de seguridad con una advertencia a su abogado de apertura si él no aparecía para renovarlo de nuevo cada pocos días.

No iba a dejar que quedara impune por todo lo que había hecho o al menos había maquinado con esa mente cínica y sangrienta. Estaba seguro de que su escalada a la riqueza no tenía un inicio demasiado legal, pese a todo no lo podía demostrar. Había estado investigándolo y todo rozaba la ilegalidad, sin llegar a serlo.

El trayecto fue rápido. Aparcó a la entrada de la ciudad y fue hasta el servicio de correos como hacía habitualmente, recogió todo lo que necesitaba en el apartado de correos que tenía contratado desde hacía mucho tiempo y salió de la oficina, dirigiéndose al bar que había al lado.

La estancia estaba caldeada y llena de gente. El olor a café y humanidad le llenó las fosas nasales. Algo tan cotidiano calmaba los nervios que empezaban a hacer aparición a pesar de ser un hombre frío; en cierto modo estaba excitado.

Disfrutaría de una nueva vida. Quizás, incluso buscaría una novia, mientras lo pensaba caminó hacia la barra en donde se sentó y saludó al camarero con un gesto con la cabeza como tantas veces había hecho en el tiempo que llevaba allí viviendo.

No hizo falta que le pidiera nada, al cabo de unos minutos un café apareció delante de él. Miró a su alrededor y reconoció a varios de los clientes habituales, como él, empezando la jornada.

Tomó su bebida con tranquilidad, una vez terminó fue al cuarto de baño, que para ser de un local público estaba bastante decente. Observó que había un hombre en los urinarios, entró en uno de los cubículos y esperó a que el tipo saliera. Cuando estuvo solo, se subió al váter y dejó el móvil encima de cisterna, de tal manera que no se viera a no ser que te fijaras expresamente.

Contaba con el tiempo justo para trasladarse hasta el otro lado de la ciudad mediante el transporte público. Confiaban en él y si tenían sospechas no las había sentido. Y lo mejor de todo era que se desharía de Max Lowell. Con cada minuto que pasaba estaba más convencido de que en el momento que no le sirviera se desharía de él.

Salió despacio del servicio. Se acercó a la barra, sonrió al camarero cuando le pagó y le dejó una buena propina.

Observó que nadie lo siguiera. Caminó hacia la parada del autobús y esperó hasta que llegó. Subió y se sentó al lado de la ventanilla, observó por última vez aquel pueblo. Los restos de nieve se acumulaban en los bordes de las calles. La gente caminaba despacio y con grandes cantidades de ropa encima para combatir el aire helado.

Ya había previsto la agencia nacional del tiempo que en Navidad volvería a nevar. En Saratoga

Springs tendrían un tiempo parecido.

Cuándo llegó a la última parada buscó el coche que había elegido para trasladarse hasta el pequeño aeropuerto en donde se encontraba la avioneta que había alquilado. Un vehículo de tipo urbano que no llamaba la atención.

Él mismo había elegido pasar desapercibido con una ropa anodina, un anorak de color negro conjuntaba con sus pantalones del mismo color. Al ser un día soleado utilizaba gafas oscuras. El cabello castaño cortado corto sin llegar a ser del tipo militar, le hacía parecer uno más de los habitantes del pueblo o los alrededores.

Seguía controlando que no lo siguieran. Hasta que no estuviera en el aire no respiraría con tranquilidad. Lowell ya no lo localizaría tampoco con el teléfono, lo había destruido y deshecho por piezas que había dejado en los contenedores electrónicos que había en la casa. A primera hora, había confirmado que estaba en Nueva York.

No era tan ingenuo como para no pensar que podía enviar a alguien a vigilarlo, por eso permanecía alerta.

Condujo por la despejada carretera unas millas hasta su destino. John tenía su pequeño campo de aterrizaje, pero había más lugares para poder alquilar o aprender a volar con pequeñas avionetas. Había hecho un curso y completado sus horas de vuelo durante dos años, tanto allí como en la Gran Manzana. No había escondido a nadie su formación aérea.

Max Lowell lo abordó solo hacía unos meses, tentándolo con el dinero. Lo valoró durante unos días. Al final aceptó aliarse con el diablo, su ambición había podido con él.

Aparcó en un lugar que no llamara la atención. Ya había concretado con la agencia de alquiler que recogerían el vehículo allí, no quería cabos sueltos.

Entró en la reducida oficina y la simpática secretaria le presentó los papeles que debía firmar, confirmando su identidad y el plan de vuelo. Todo funcionó como la seda.

Salió de allí para dirigirse al hangar donde había tres avionetas. Una era la suya, la que lo llevaría a la libertad. La alquiló hacía tiempo, primero para sus prácticas y después para salir de allí de la manera más rápida, dirigiéndose al otro país cruzando la frontera.

Ya olía la libertad, a pesar de que en realidad solo el olor de gasolina y a grasa inundaban el ambiente. Una estúpida sonrisa apareció en su rostro cuando saludó a los mecánicos que conocía desde hacía tiempo y lo relacionaban con su identidad falsa.

Se sentía feliz de que todos sus planes funcionaran de una manera tan eficaz. Ya estaba montado en la avioneta cuándo le dieron el beneplácito desde la torre de control para iniciar el vuelo. Se adentró en la pequeña pista y se preparó para iniciar el ascenso.

Aceleró y todo el aparato vibró mientras cogía velocidad, una vez estuvo a punto inclinó los mandos hacia él y poco a poco elevó el aparato. Gritó de alegría, sabía que nadie lo estaba escuchando.

Desde que había empezado a trabajar para John había reprimido parte de su naturaleza para adaptarse a una labor que le reportaba importantes beneficios, pero quería más y esa parte avariciosa la había estado reteniendo demasiado tiempo.

Las coordenadas para cruzar la frontera eran las correctas, estaba en camino a su nueva vida.

Sobrevolaba uno de los parques más importantes y frondosos que se dilataba a través de los dos países. Volaba a media altura maravillándose del paisaje que se extendía por debajo en la tierra.

La melodía de Tina Turner *The Best* comenzó a sonar, provenía de su móvil. Era extraño que alguien lo llamara a ese número en esos momentos. Lo miró y vio que era un número oculto, la curiosidad innata pudo más que no contestar y no saber de quién era ese número.

—Sí —contestó sin más.

—¿Creías que no te encontraría? —La voz de Max Lowell estaba al otro lado de la línea.

—No era una cuestión de encontrar. Mi trabajo ya ha terminado y me largo. Nuestros negocios juntos han finalizado —explicó. Pensó que no era buena señal que lo hubiera llamado en esos momentos. Su ritmo cardíaco aumentó y un cierto nerviosismo lo acompañó.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —preguntó Max en un susurro con un tono monótono en su voz.

—Pienso que eres muy inteligente y sabes que ya no podía hacer más por ti para ayudarte con la muerte de John. Tienes toda la información posible. Ahora es tu problema lo que hagas con ella —contestó. Sopesó lo que sucedería esa tarde y lo libraría de todos. No se lo explicaría a Max. Esa victoria sería suya.

—Muy bien. Tú mismo. Hemos terminado nuestra asociación. Espero que todo te vaya muy bien —dijo Max y cerró la comunicación, dejando a Paul incómodo. No era habitual que ese hombre lo dejara marchar con tanta facilidad.

No tuvo mucho tiempo para pensar en ello. El motor derecho estalló por lo que el ala empezó a arder y descompensó al aparato, ejecutando un vuelo errático.

Agarró los mandos con fuerza en un intento de nivelarla y planear para un aterrizaje forzoso. En su mente apareció la imagen de John y pensó en que había pasado por lo mismo, así que si había sobrevivido, él también lo haría.

No quería morir, Max debía haber pagado una gran suma de dinero a quien fuera para hacerlo. Los mandos dejaron de responder cuando el motor izquierdo también explotó.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas a la vez que procuraba elevar el aparato que caía en picado a punto de estrellarse.

Tenía la mente en blanco cuando el aparato chocó contra los árboles, quedando malherido. Unos segundos más tarde la avioneta explotó y Paul dejó de existir.

«Una mañana movida», pensó John mientras revisaba sus correos electrónicos sentado en el sillón giratorio del despacho. Mary leía sentada en el tresillo de la estancia colocada en esa pose que tanto le gustaba, con las piernas recogidas sobre sí misma.

Tan concentrada como estaba no le hacía ningún caso. Se sentía un poco celoso de ver que un libro podía ser más atrayente que él mismo.

La noche anterior habían hecho el amor, pero la picazón seguía instigándolo y quería más. Deseaba volver a estar con ella, mantener sexo salvaje sobre la mesa de su despacho. Comenzó a sudar un poco, la habitación estaba caldeada, la chimenea encendida y los troncos crepitaban mientras ardían.

Notó su pene endureciéndose al imaginarla completamente desnuda y abierta para él, como una ofrenda. Pensó en su sabor, en cómo la lamía y encontraba su centro de placer. Jugar con él y llevarla hasta el orgasmo a la vez que introducía sus largos dedos en su vagina y rozaba la entrada del fruncido ano que seguro temblaría al ritmo de su orgasmo. La imaginaba, jadeando y pidiéndole más. Sus manos en su cabeza estiraban sus cabellos para acercarlo más.

Y después la penetraría con rudeza, estaría muy húmeda y resbalaría por su vagina y jugaría de nuevo con su clítoris para llevarla a un segundo y potente orgasmo. Su placer era el placer de ella. Estallarían ambos quedándose desmadejados sobre su preciosa mesa de madera del despacho. Sería un recuerdo imborrable.

Sacudió la cabeza para apartar todos esos pensamientos, estaba dolorido y excitado. No era el momento. Se concentró en lo sucedido esa mañana y en las conjeturas tanto de Michael como las de él mismo.

Miró hacia el fuego y recordó el registro que habían llevado a cabo tras la marcha del topo. El GPS lo controlaría y también la señal instalada en el móvil.

Eran conocedores de que había llegado al pueblo y la señal indicaba que había ido al servicio de correos y después a un bar. Allí la señal había dejado de moverse y tras más de una hora sin desplazarse, enviaron a dos agentes. Encontraron el teléfono en el aseo de hombres, escondido sobre una cisterna.

Fue entonces cuando dieron la alarma y tanto a los agentes como a la policía para que emitieran una orden de búsqueda con intención de interrogarlo e investigarlo.

En su habitación no habían encontrado nada sospechoso, no sabía qué pensar sobre ello. Todos sus enseres personales continuaban allí. No había dejado dinero en efectivo y el registro de su ordenador no había servido de nada ya que lo había formateado.

Habían comentado con Michael la sospecha de que esa mañana era el día de su huida, señalando por completo su culpabilidad. Habían decidido no alterar los movimientos de los demás agentes por integridad física. No valía la pena ponerlos en peligro ya que no sabían cómo iba a reaccionar.

Lo complicado ahora sería llegar a Lowell a no ser que atraparan a Paul y lo delatara. Esa era una de sus esperanzas.

Michael entró entonces en el despacho e hizo que ambos dirigieran sus miradas hacia él. Caminó con tranquilidad hasta una de las sillas que tenía frente a la mesa y dejó caer su cuerpo enorme, sentándose.

—No hay señales de él por ninguna parte. Debe de haber tenido una identidad falsa con la que ha desaparecido. La policía lo busca por todo el estado. No le ha dado tiempo a salir del país —comentó su amigo con una tranquilidad que él sabía no sentía. Quería cogerlo tanto como él y enfrentarlo, diciéndole que era un traidor y que los había vendido como un vulgar Judas.

—Sí, debía tenerlo todo muy preparado y ha borrado cualquier huella que nos llevara hasta él —dijo. Se levantó del sillón y miró a Mary que había dejado de leer y había cambiado su posición sentada con los pies de nuevo en el suelo. Parecía tan alerta como ellos mismos. Ya no escondían sus conversaciones sobre lo sucedido ante los demás habitantes de la casa. Necesitaban que todos estuvieran informados y preparados por cualquier suceso tras su accidente de avión, el disparo de Mary, la explosión en la oficina y el intento de sacarlo de la carretera.

Demasiados actos para matarlo y al que estuviera cerca suyo. Debía protegerlos.

—Hace poco han informado que ha habido un accidente con una avioneta cerca de la frontera con Canadá. Al parecer estalló al hacer un aterrizaje forzoso. No hubo ninguna señal solicitando ayuda. Esperan a llegar a los restos para recuperar el cuerpo y la caja negra. El acceso será complicado —explicó Michael—, me lo ha comunicado la policía debido a que les ha parecido interesante y curioso. Lo están investigando.

No se equivocaba, todos pensaban lo mismo. Podía ser Paul. Demasiada casualidad.

—Supongo que hasta que no puedan efectuar la autopsia del cadáver no sabremos nada. Una noticia muy interesante, pero que nos deja de momento en el mismo punto en donde nos encontrábamos —dijo John que se dirigió hacia Mary y se sentó a su lado, le cogió la mano y la besó mientras la miraba.

—Si la policía nos lo ha hecho saber es porque piensa que es él —murmuró Mary, pasando la

mirada de Michael a él.

—Creo que Paul debía sospechar algo. Es muy astuto como para dejar evidencias claras. Lo que me tiene un poco preocupado es que todo esto está resultando demasiado sencillo. Han confabulado sus fuerzas para matarte en tres ocasiones y si yo fuera Lowell no dejaría que se me escapara alguien que puede delatarme —comentó Michael.

John asintió y frunció el ceño. Tras no encontrar nada en sus habitaciones revisaron todas las grabaciones de la casa para observar si había algún movimiento sospechoso en los alrededores, desde el día anterior, más de veinticuatro horas de grabaciones no había nada que llamara la atención.

—He estado pensando en las grabaciones. Por la noche bajó con el saco de la ropa sucia al sótano. Pasó por el centro de seguridad y después desapareció en su habitación hasta esta mañana que desayunó con nosotros —comentó Michael.

Era algo desesperante tener que esperar a futuros acontecimientos, sin conseguir alguna respuesta que les llevara a tomar decisiones más firmes que los protegiera, pensaba John.

Se levantó del sillón y caminó hacia las puertas de la terraza. Miró a través de ellas y vio que empezaba a oscurecer. Las previsiones meteorológicas anunciaban próximas nevadas de nuevo. Quizás debían dejar de pensar tanto y buscar la manera de llevar a Paul, si estaba vivo, y a Lowell ante la justicia.

La Navidad sería celebrada en familia y en la casa que había construido para todos ellos. Mary había irrumpido en sus vidas y para él era el mejor regalo que la vida podía haberle dado.

Se giró hacia Mary y Michael con los brazos cruzados sobre el torso y los miró. Estaba preocupado por si pasaban algo por alto que tuvieran ante las narices. Una especie de pensamiento en la cabeza que no lo abandonaba.

Max Lowell abandonó pronto la sede de una de sus empresas y decidió irse a casa en vez de acercarse a uno de los restaurantes de moda para dejarse ver. Eso requería llamar a una de sus chicas y no se encontraba de humor para ello. Quería estar a solas con sus pensamientos y con las ideas que quería madurar.

Tenía que dar el golpe definitivo a su enemigo y esta vez había decidido hacerlo él mismo. Iba a disfrutarlo mucho y ya había decidido que la mujer sería su objetivo tras conocer el interés que John mantenía en ella.

Ambos acabarían con la misma suerte. Ahora lo que debía decidir era de qué manera quería que los descubrieran. Quizás los quemaría como había hecho con aquel individuo. Así evitaba que se conocieran ciertas torturas, como si hubiera sido un accidente.

El lugar ideal sería la famosa cabaña, tan aislada que le permitiría utilizarla el tiempo que quisiera. No sería muy complicado organizarlo y deseaba que fuera pronto. A primeros de año tenía que estar ya hecho.

Sus propias empresas subirían como la espuma tras la muerte de Petersen y estaba seguro de que podría ir ejecutando opas a sus negocios. La inestabilidad por la falta de timón e inseguridad le permitiría presentarse como el más fuerte y seguro empresario por el que apostar.

Poco a poco se apropiaría de ellos, dejando el Minister's Enterprises, la joya de la corona, para el final, y ya que estaba se apropiaría de la casa de Elkin. Seguro que a sus herederos les daría mucha pena conservarla tras su muerte.

Tendría que vigilar a Michael Price, seguro que metía las narices donde no le importaba. Si investigaba, acercándose demasiado a él, también moriría, ya idearía algo.

Sentía que empezaba a cerrar esas carpetas mentales que le daban dolor de cabeza y eso no le gustaba. Matar al imbécil que se hizo pasar por el francotirador había sido muy satisfactorio, pero haberse avanzado a que Paul se escapara había sido el éxtasis.

Debía de estar muy contento cuando pensó que iba a poder irse de rositas, dejándolo sin dar ni siquiera una explicación. Había muerto: el camino correcto a un mal topo.

Lo vigilaba desde el principio y descubrió que acumulaba su dinero fuera del país, no en un paraíso fiscal, si no, en Canadá. Vamos al lado de casa. Una vez descubrió eso, indagó dentro del gremio de falsificadores y con una pequeña recompensa, descubrió las tres nuevas identidades que había conseguido. Al obtener los nombres, pudo controlar sus prácticas de vuelo. Con un poco de generosidad, tenía en nómina a uno de los mecánicos que le avisaría en el momento que hubiera un vuelo con una de sus identidades falsas.

El hombre que hizo el impoluto trabajo de la explosión de las oficinas se había encargado de instalar las cargas detonadoras en los motores. Un muy buen trabajo.

Cuando había hablado con Paul vía telefónica fue muy placentero escucharle intentando aguantar el tipo. Sabía que unos minutos más tarde ya no existiría. Utilizó un móvil desechable que ya había destruido. Su equipo de seguridad había estado controlando cualquier noticia que coincidiera con un accidente aéreo cerca de la frontera con Canadá. Ya le habían comunicado el hecho.

No podían relacionarlo con él, además de que había huido con una identidad falsa. Debía esperar a ver cómo reaccionaban ante la ausencia de Paul en Rose Hall. Le gustaba el nombre, seguramente lo mantendría.

Había resultado un día muy productivo. Los estudios de mercado eran favorables de cara al complejo hotelero, primero porque se consideraba rentable y segundo por qué era uno de los intereses de Petersen.

Había madurado la idea de que el tiempo en que había estado desaparecido, sus negocios se habían resentido, la bolsa fluctuaba bastante y muchas de sus acciones habían perdido parte de su precio de mercado. Albergaba la esperanza de que necesitara vender para inyectar dinero líquido en otras inversiones.

Ya que no existía el topo, había contratado a un agente *freelance* para que lo mantuviera informado sobre los movimientos de los habitantes de la casa.

Sentado sobre el cómodo sofá de cuero negro de su habitación. Llamó al mayordomo y solicitó un Dry Martini para celebrar en la intimidad todos sus triunfos. Cuando se lo llevó despidió al hombre con la cabeza y brindó por sí mismo.

No quería que nadie viera la felicidad en su rostro. Su fuerza mental aumentaba. La victoria era suya, solo suya y cada vez estaba más cerca.

## Capítulo 15

Michael sospechó que obviaban algo. Paul había desaparecido. Revisó los trabajos cotidianos que efectuaba. Por ejemplo, muchas veces se trasladaba a la ciudad en busca del correo y para comprar los encargos que Rose o la gente de la casa necesitaba.

Una vez a la semana efectuaban la compra casera, comida y productos de limpieza que les llevaban a la casa en la que estuvieran, antes era en Nueva York y ahora en Rose Hall. Una costumbre que había establecido hacía muchos años Rose para poder organizarse. Pegada a la puerta de la nevera había un bolígrafo y una libreta en dónde apuntaban los productos que necesitaban más personales o algún que otro capricho.

Hasta cierto punto, su desaparición no era algo que hubieran descartado. No habían dado ninguna señal de que sospecharan de él, además la policía estaba tras todo lo sucedido y lo que pensaban sobre su participación.

John, Mary y él discutían en el despacho sobre la situación. Su amigo intentaba ser lógico y seguía empeñado en que, a pesar de todo, las Navidades fueran las mejores que hubieran organizado.

Repasaba mentalmente los acontecimientos. Desde aquella llamada en la que les comunicaron el accidente de John hasta la conversación de esa mañana en la mesa del desayuno y el posterior registro de la habitación de Paul.

—Hemos revisado todas las grabaciones y hay algo que no me cuadra —comenzó a explicarles.

—No hay nada que indique que actuase fuera de lo habitual —dijo John que cabeceaba pensativo, mientras caminaba por la estancia. Desde hacía un rato no paraba. Él y Mary lo observaban y escuchaban.

—El equipo ha buscado micros y cámaras y no ha encontrado nada. Ha sido una búsqueda exhaustiva.

—Lo sé. Supongo que era lógico que en algún momento desapareciera, y con la excusa de las gestiones habituales ha aprovechado para largarse. Solo espero que la policía lo encuentre y pague por lo que ha hecho. Bueno, él y Max Lowell.

—Ya he ordenado a los chicos que dejen de buscarlo y se concentren en la seguridad de todas las propiedades —explicó Michael que se incorporó hacia delante en el sillón en el que permanecía sentado.

Mary no decía nada, pero observó cómo apretaba contra su pecho el libro que había estado leyendo. Quizás un gesto involuntario de protección ante lo que comentaban. No era agradable la conversación que implicaba los intentos de asesinato y los daños colaterales sucedidos.

Faltaban treinta minutos para las seis de la tarde y la oscuridad ya había aparecido. John había encendido la lámpara que había sobre su mesa y la de pie situada al lado del sillón donde descansaba Mary.

La chimenea encendida caldeaba el ambiente y aunque no había empezado a nevar, el frío polar los envolvía desde hacía días. Rose Hall estaba muy bien diseñada y provista tanto de calefacción como de aire acondicionado. Era un lugar estupendo para vivir y trabajar. Gozaban de comodidades y de espacio libre para practicar diversos deportes y aficiones.

Nueva York también estaba muy bien, con todo no era lo mismo. Rose Hall se consideraba un lugar privilegiado para vivir. Eran muy afortunados.

Su móvil comenzó a sonar.

—Sí, claro —contestó después de escuchar la conversación que le transmitían desde el otro lado de la línea.

Cuando finalizó la llamada los miró a ambos y permaneció callado unos segundos hasta que decidió hablar tras ver sus caras interrogantes.

—Era la policía. Ha habido un accidente con una avioneta cerca de la frontera con Canadá. Todavía no han podido acceder al lugar, pero sospechan que podría tratarse de Paul con una identidad falsa.

Comenzó a deambular y a pasarse las manos por el cabello, un raro gesto de agitación en él.

Nadie esperaba eso. Que huyera se consideraba algo lógico; si había muerto en ese accidente, sonaba a jugada repetida y con seguridad había alguien detrás que conocían muy bien. La investigación se ampliaría y si la policía los habían llamado era porque habían encontrado la conexión.

—La avioneta ha salido esta mañana desde un aeródromo cerca de Elkin, y aunque su nombre no aparecía, los empleados han descrito físicamente a Paul.

—No sé qué pensar, la verdad. Incluso qué sentir —dijo John apoyado en el marco de la ventana, mirando hacia fuera.

Observó cómo Mary dejaba el libro sobre la mesita y se levantó. Caminó hasta John y lo abrazó por detrás mientras recostaba la cabeza sobre su espalda.

—Lo siento —susurró ella a la vez que lo miraba y abrazaba más fuerte, quien había bajado las manos hasta juntarlas con las de ella.

Michael no tenía tampoco palabras y seguía con las emociones revueltas por el comportamiento de Paul y su falta de visión ante lo sucedido.

Volvió a la silla, dejó que su mirada vagara por la habitación, así les ofrecía cierta intimidad a John y a Mary, que se habían fundido en un abrazo.

Cierta envidia apareció entre sus tumultuosos sentimientos, en el fondo solo quería lo mejor para ellos. Quizás él también en algún momento conocería a una mujer que revolucionara todo su mundo como le había sucedido a su amigo.

El crepitar de los troncos era el único sonido ambiental. Pensó en que tendría que decírselo en algún momento a Rose y a Bob. Se incorporó con esa idea en mente cuando le sobrevino a la cabeza algo que había relegado durante un rato en su repaso mental de las últimas veinticuatro horas: la estancia de Paul demasiado tiempo en el sótano seguía llamándole la atención.

Todos bajaban la ropa sucia para que al día siguiente el personal externo de la casa la lavara y planchara, dejándoles todo en sus respectivas habitaciones. Eso solo requería unos pocos minutos. Él había estado más tiempo de lo habitual.

—Tengo que ir a decírselo a Rose y a Bob. Antes bajaré a la lavandería, creo que ayer permaneció allí más tiempo de lo habitual —les explicó desde la puerta.

—Te acompañamos —dijo John.

—Quizás sea mejor comentarles que vengan aquí y explicárselo juntos. Si os parece bien, voy a



buscarlos. —Se ofreció Mary cuando Michael ya estaba abriendo la puerta.

—Está bien, Rose lo lleva ya bastante mal, solo faltaba esto. Le había cogido cariño a ese bastardo, como todos nosotros —dijo entre dientes con rabia al pensar en que Rose era como una madre para todos ellos y aunque no lo fuera, sufría si ellos lo hacían.

Todos salieron de la habitación y Mary subió las escaleras a buscar a Rose a su habitación, ellos abrían la puerta que conducía al sótano y bajaron.

Era una estancia amplia y bien iluminada. Las máquinas de tamaño industrial estaban paradas a esas horas y se veía todo recogido. Ambos empezaron a revisar el lugar, mirando en todos los rincones, uno por cada lado para no dejarse nada. Incluso buscaron detrás las máquinas de tamaño suficiente para ser movidas. Albergaba un extraño pálpito que lo mantenía intranquilo.

—Nada, aquí no hay nada —dijo John.

—Quizás estamos un poco paranoicos —comentó Michael no del todo convencido.

Ambos pusieron en su rostro una sonrisa algo falsa para tranquilizarse el uno al otro.

—Salgamos de aquí y hablemos con Rose y Bob. Tal vez, después podemos pedirle a Rose que nos cuente sobre las comidas de Navidad y qué invitados tendremos para fin de año. —John empezó a alejarse y subió las escaleras mientras hablaba.

Casualidad, fue por pura casualidad que al pensar en las fiestas navideñas moviera la cabeza girándola en un gesto de desesperación y al hacerlo vio en el techo un aparato allí colocado en la encrucijada de las vigas.

—¡Espera! —exclamó Michael. John se giró y siguió la mirada hacia donde él la tenía puesta.

Había una escalera apoyada en una de las paredes laterales, la cogió y colocándola bajo el aparato se subió y vio con horror que era una carga con un detonador que indicaba en el marcador digital que iba descontando, estaba en quince minutos.

—¡Oh, Dios! ¡Es una bomba! —gritó.

Bajó de la escalera e instó a John a subir las escaleras a toda prisa. Llamando por teléfono a los chicos del centro de control para que salieran de la casa a toda prisa.

—Corre y ve a buscar a las mujeres y a Bob. Solo coged ropa de abrigo, voy a por el coche, estaré en la entrada esperándoos —salió rápido a por su abrigo y las llaves de uno de los todoterrenos aparcados en el garaje. Conectó con los agentes externos que vigilaban la zona y les gritó también que desaparecieran alejándose todo lo posible y lo más deprisa que pudieran. Les dio la orden de que avisaran a la policía. Sabía que era algo inútil ante lo que sucedería, pero debían hacerlo. Contactarían con los bomberos ya que sin duda a la posterior explosión habría un incendio a pesar del moderno sistema instalado.

Su corazón retumbaba en sus oídos y golpeaba su torso. Solo pensaba en que no había tiempo para nada más. No había querido ponerse a manipular la bomba y perder los pocos minutos que restaban.

El muy cabrón de Paul les había dejado un regalito. Ahora todo encajaba. Una explosión, varios muertos y seguro que pensaba que podía pasar como desaparecido. Algo imposible porque su gente sabía que había salido de la casa y no había vuelto. La policía estaba tras él.

Vio a los chicos subir en un coche rojo que pertenecía a uno de ellos, encenderlo y conducir por el camino que llevaba a la salida de la casa entre tanto él sacaba el todoterreno del garaje y se dirigía hacia la entrada misma de la casa.

Al ver que no salían hizo sonar el claxon. Segundos después la puerta de la entrada se abrió y todos salieron a toda prisa. Bob abrió la puerta de detrás e hizo pasar a las mujeres, que gracias a Dios, parecían bastante controladas. John entró y se sentó en el asiento del copiloto en el mismo

momento que también subía Bob detrás. Aceleró, atravesando a toda velocidad el camino hacia la carretera mientras miraba por el espejo retrovisor. Todavía tenían unos segundos para alejarse del lugar.

Cuando llegaron a la carretera eligió la dirección hacia Elkin. Las respiraciones rápidas y medio ahogadas de todos resonaban dentro del vehículo.

No habían recorrido ni una milla cuando una gran explosión se desató a sus espaldas. La onda expansiva hizo que el coche se bamboleara un poco. Al menos no había circulación en la carretera.

Ambas mujeres jadearon a la vez. Vio a través del espejo cómo unas lágrimas aparecieron en sus rostros. Él mismo casi también estaba a punto de emocionarse. Habían salvado sus vidas por segundos y por una gran casualidad.

Miró a John sentado a su lado y percibió el horror en sus ojos. Sabía lo que pensaba. Por su culpa casi los habían matado a todos.

—¡John, no! —gritó Michael al volante. Quería llegar a la ciudad para explicar a la policía lo sucedido. Debían ponerse en contacto con los abogados y por desgracia llevar a cabo una serie papeleos que no apetecían a nadie.

—¿Cómo qué no? —dijo John—. Han estado a punto de matarnos. Lo han intentado varias veces y ahora estábamos todos juntos —explicó entre gritos entrecortados. La rabia y el descontrol dominaban a su amigo.

—No te sientas culpable. Son ellos los que no tienen escrúpulos en intentar algo tan macabro. Es inhumano —comentó Mary medio llorando a la vez que apoyaba su mano en el hombro de John.

Bob no decía nada con el semblante serio y algo pálido tenía a una Rose llorosa apoyada en su hombro y la abrazaba.

—Lo atraparemos, te lo juro. —Michael no hacía juramentos en vano. Todo tenía un límite y ya lo habían sobrepasado con ganas.

Condujo un poco más despacio e intentó calmarse, debía transmitir a los demás esa sensación. Llamó con el manos libres a los chicos y gracias a Dios, todos estaban bien. Les ordenó que se fueran a sus casas y que ya los convocaría cuando las cosas estuvieran más calmadas.

Tras la reunión con la policía decidirían dónde se alojarían. Ya no tenían casa allí. Rose Hall había desaparecido.

Mary pensó que no podía ocurrir de nuevo. La sensación de pánico había hecho mella en ella desde que John subió las escaleras en su busca y gritaba sus nombres.

Había encontrado a Bob y a Rose en su habitación cuando fue en su busca para reunirse todos en el despacho y hablar de lo sucedido. Ellos tenían curiosidad por saber y le preguntaron.

Les contestó con evasivas, era mejor que John o Michael lo explicaran. No lo consideraba una situación nada agradable y, en cierta, manera se sentía un poco intrusa.

Caminaban por el pasillo de los dormitorios y los gritos los sorprendieron. John subía los escalones de dos en dos mientras los llamaba.

—¡Corred! ¡Coged los abrigos y salgamos de aquí! —exclamó una vez estuvo a su altura.

Durante unos segundos su cuerpo pareció que no iba a reaccionar, cuando detectó la crispación y urgencia en su amado rostro, corrió hacia su dormitorio. El abrigo estaba sobre el sillón, lo agarró y su bolso que permanecía debajo.

Cuando salió de nuevo al pasillo, Bob y Rose ya bajaban las escales y John la alcanzó. La cogió de la mano y la instó a bajar todo lo deprisa que pudiera.

Su mente era un caos. No debía ser nada bueno lo que sucedía o iba a suceder. Le apretó la mano un poco más de lo normal, descolgó su abrigo del perchero y salieron por la puerta.

El corazón bombeaba contra su pecho rápido. Intentó mantener la serenidad que pudo. Vio que Michael los esperaba en uno de los todoterrenos en marcha a los pies de la pequeña escalinata.

Bob abrió la puerta de detrás y las hizo pasar con prisas, él fue el último en subir. John ya estaba en el asiento del copiloto.

El vehículo derrapó al iniciar la marcha y escuchó a Michael dar órdenes con el manos libres. Salieron a la carretera y gracias al cielo no circulaba ningún coche en esos momentos en ninguna dirección. A lo lejos vio las luces rojas de posición del que debía ser el coche que había salido delante de ellos con el personal de seguridad.

Un gran estallido los zarandó en el asfalto desviándolos casi hacia la cuneta. Rose lloraba en silencio. Los jadeos inundaron el pequeño espacio y sintió como sus propias lágrimas rodaban por sus mejillas.

No cabían muchas dudas: se trataba de una bomba. Rose Hall había explotado. Encogiéndose de hombros pensó en lo que les podía haber sucedido. La mujer sentada a su lado temblaba incontrolada. La intentó abrazar, pero estaba situada a su izquierda y le era imposible, lo que hizo fue cogerle la mano y apretarla. Ella también tiritaba de la misma manera. Vio que no era la única que había cogido el bolso, ambos estaban a sus pies colocados de cualquier manera igual que sus ropas. No era momento para preocuparse por si iban mal arropadas.

Observó a Bob pálido y callado. En su boca había dibujada una línea fina que indicaba que también sufría. Tenía las manos en el regazo juntas y pudo observar los nudillos blancos por la fuerza que ejercía, intentando controlarse como parecía que trataban de hacer los demás.

Michael hablaba y en un momento dado se giró hacia John, le dijo que no debía culparse por aquello. Pudo ver cómo su rostro entre sombras mostraba furia y pesar. Moviò la cabeza y no dijo nada. Colocó su mano derecha sobre el hombro de John para intentar transmitir calma, algo que en realidad nadie podía sentir tras lo sucedido.

Mil pensamientos acudieron a su cabeza. Había perdido su casa y casi los perdía a ellos. Todo por la ambición de un hombre sin alma. Hallarse al borde de la muerte conllevaba una serie de sentimientos contradictorios. Ella misma lo sabía de primera mano.

Pensó que iba a apartarse de su caricia, sin embargo se giró un poco para mirarla mientras apoyaba su mano sobre la de ella. Sus pieles estaban heladas al tacto. La mirada que ambos se transmitieron era de amor y de alivio. Hizo un barrido y los observó a los tres, después la soltó con suavidad y regresó su atención al frente.

No era momento de dejarse llevar por malos pensamientos, entendía que había perdido algo muy importante. No solo se trataba de un edificio, si no su casa, su hogar. Recordaba con un nudo en la garganta el recorrido que había hecho con Rose hacía unos días en los que ella le explicaba todos esos detalles que hacían que no fuese un lugar más donde permanecer. Un hogar planificado al milímetro para satisfacer a todos, un proyecto de familia. Algo que había desaparecido en minutos. No quería mirar atrás, ya estaban bastante alejados y suponía que no vería nada, al final la curiosidad pudo con ella y, a lo lejos, vislumbró una columna de humo y un resplandor rojizo producido por el fuego.

En breve llegarían a Elkin. A partir de entonces no sabía lo que sucedería. Solo podía pensar que en ese momento estaban todos vivos y daba gracias por ello. El pensamiento entró con fuerza

en su corazón y supuso un pequeño momento de alivio.

Rose y ella temblaban sin control. Suponía que esa reacción física les duraría un buen rato, quizás algunas horas. Las respiraciones en un principio jadeantes comenzaron a ser más lentas mientras se normalizaban.

Notaba la boca seca y el sudor se mezclaba con las lágrimas en su rostro. El cuerpo frío no acababa de reaccionar a pesar de que vio cómo Michael encendía la calefacción.

Desde el teléfono móvil contactaron con la policía y con los bomberos de la ciudad. Creía que no llegarían a tiempo de poder salvar nada, pero estaba segura que harían lo correcto.

Cuando sus sentimientos se asentaron, sus brillantes mentes iniciarían el plan necesario para solucionar toda esa locura. Era consciente de que no podían seguir así. Era inhumano estar siempre pendiente de que pudieran asesinarlos.

El famoso Max tenía que ser capturado. Había demostrado que no le importaba si mataba a una o a varias personas en su cruzada contra John. Entonces, intentó ponerse en su lugar y no le extrañó la mirada que había disparado sobre Michael en el instante que hizo el comentario sobre la culpa. Claro que se atribuía todo lo sucedido. Él era la diana y los demás permanecían a su alrededor. Cualquier cosa podía suceder y era complicado que no pensara en ello.

—¿A dónde vamos? —preguntó entre susurros indecisa.

—A la estación de policía —contestó Michael, mirándola a través del espejo retrovisor—, hay que presentar la denuncia y explicarles lo sucedido. Con la llamada telefónica solo hemos avisado de la destrucción de la casa. Ahora hay que explicar cómo hemos sabido que iba a suceder y cómo hemos salvado el pellejo.

Otro escalofrío la atravesó al deducir que reviviría otra vez su huida y creía que no sería la última vez que lo tuvieran que narrar. Después sería el turno de los abogados, de los agentes de seguros y de los bomberos. Lo sabía porque a los padres de Sophie se les incendió el restaurante de su propiedad hacía años y pasaron por todo aquello para salir adelante.

Con más razón, a ellos los machacarían a preguntas al tratarse de una explosión conocida, posiblemente, producida por una bomba que el mal nacido de Paul había dejado tras su marcha. Esperaba con todas sus fuerzas que si estaba muerto su maldita alma permaneciera en el infierno para toda la eternidad.

Conmocionados y estresados los cinco entraron en la estación de policía. No hubo demoras y enseguida los atendieron. Se pusieron en contacto con los agentes de Nueva York que les aseguraron que acudirían esa misma noche al lugar de los hechos para continuar con la investigación que ya llevaban en curso, a pesar de que una de las patrullas de Elkin ya estaba de camino a Rose Hall.

La comisaría estaba bastante limpia, pero era deprimente. Rose y ella se encontraban sentadas en uno de los bancos de la entrada junto con otras personas que también esperaban. Mientras permanecieron allí el movimiento fue decayendo conforme avanzaba la tarde. La verdad era que no había estado nunca en ninguna. Había contado con mucha suerte en su negocio; de vez en cuando desaparecía algún libro, sin embargo nunca habían entrado a robarle, por lo que nunca tuvo que presentar ninguna denuncia. Había sido una privilegiada y ahora se daba cuenta.

Sabía que pronto los medios de comunicación se harían eco de la noticia. Buscarían la manera de que no los asediaran o los incordiaran con sus impertinentes preguntas.

Rose se apoyaba contra su hombro derecho, permanecía callada y había dejado de llorar. Lucía pálida y sin fuerzas, parecía haber envejecido diez años de golpe.

Los hombres les habían llevado café de una de las máquinas que había en una esquina que no

habían podido terminar porque era horrible.

John había tomado la voz cantante, suponía que la rabia empezaba a dejarse entrever. Era lo que le hacía seguir adelante. Todos ofrecieron su versión de los hechos. Ya era noche cerrada cuando terminaron y acordaron volver al día siguiente a la casa para observar cómo había quedado. Entonces tomarían las decisiones pertinentes sobre el lugar.

Los bomberos informaron que el fuego fue controlado sin dar más explicaciones. Los informes eran desoladores de todas formas, la patrulla había regresado y todas las explicaciones la horrorizaron.

No podía imaginar la magnitud sobre los sentimientos de ellos al perder su hogar. Suponía que en la casa de Nueva York dispondrían de lo necesario, pero muchos de sus recuerdos y pertenencias más personales se hallaban en Rose Hall.

—Vamos, aquí ya no podemos hacer nada más —dijo John.

Se colocó frente a ellas y les cogió las manos.

—¿Dónde vamos a ir? —preguntó Rose.

—Esta noche no podemos ir a Nueva York, nos quedaremos en un hotel y mañana decidiremos qué hacer. Estamos agotados —comentó, frunciendo ligeramente el ceño mientras pasaba la mirada de la una a la otra—, necesitamos descansar. Compraremos ropa y utensilios de aseo para un par de días.

Bob cogió la mano de Rose y John la suya. Michael los precedía cuando salieron de la estación. Subieron al coche de nuevo, se dirigieron a uno de los hoteles de la ciudad, ella intentó pensar en lo único positivo: todos estaban vivos y bien. Lo demás ya se solucionaría.

## Capítulo 16

*H*abían pasado tres días desde que se habían instalado de nuevo en New York. John meditaba sentado en el sillón del despacho de la sede central de sus empresas en pleno corazón de Manhattan.

Tras pasar una noche en el hotel después de la explosión en Rose Hall, decidieron que lo mejor era volver a la ciudad. La sensación de pérdida tardaría mucho tiempo en desaparecer. Habían sido unas horas agotadoras. No había gozado de paz desde la tarde del accidente en avioneta, algo así como una sensación acumulada.

La alegría de haberse reencontrado con su familia no había durado lo suficiente para que dejara de pensar en todos los problemas que tenían y la preocupación por Mary en aquellos momentos en el hospital.

Todos estaban a salvo. Mary y él habían pasado la noche juntos. No habían descansado mucho, al menos hablaron de lo sucedido y se consolaron. Hicieron el amor, primero con rapidez, casi rozando la desesperación con la adrenalina en todo su auge. El segundo asalto fue suave, podía decirse que sanador.

Una vez llegaron a la casa, la sensación familiar produjo varios suspiros de alivio generalizados. Tanto Mary como él podrían acudir a sus respectivos trabajos, lo que los ayudaría a normalizar sus vidas. Rose y Bob se encargarían de la casa y Michael trabajaría al cien por cien junto con los compañeros para restablecer la seguridad completa de todos ellos.

Su amigo había sido muy duro consigo mismo debido a que «les había fallado», según repetía. Pese a contar con todos los recursos de última generación, y obviando a Paul, con un equipo de personal muy profesional.

Ambos habían recalcado que no debían sentirse culpables, cada uno por su lado, ya que habían sido engañados y conducidos a circunstancias que escapaban a sus controles.

Debido a todo ello, concluyeron y sin haber discusión, que Mary se instalaría con ellos. La casa quedaba muy cerca de los trabajos de ambos y eso ayudaría a poder controlar la seguridad de la familia. Además, la quería con él ya que ambos habían sido honestos con respecto a sus mutuos sentimientos. Dentro de toda esa oscuridad era maravilloso sentirse enamorado y disfrutar de cada segundo que pasaban juntos.

Rose Hall podría ser reconstruido una vez todas las investigaciones finalizaran. Lo decidirían por consenso, no tenía muy claro todavía qué es lo que en realidad quería.

En esos instantes un único objetivo rondaba su mente: Max Lowell y hacerle pagar lo que había hecho. Si pudiera lo mataría con sus propias manos, pero era un hombre consciente de sus deberes para con mucha gente y no un asesino como él.

La policía todavía no poseía pruebas contundentes. Lo consideraban el sospechoso principal y, al menos, lo mantenían controlado a la espera de que diera un paso en falso.

La reconstrucción de las oficinas estaba en marcha. El seguro había pagado, aunque no era algo que le preocupara, sus finanzas seguían viento en popa a pesar de rumores y las «malas artes» de alguno de sus contrincantes.

Había retomado el mando de las empresas al cien por cien. No sentía miedo. Estaba furioso por todo lo sucedido y a la vez agradecido. Sí, por haber encontrado a Mary y darse cuenta de lo importante que era su familia.

No se consideraba un tipo de demasiadas muestras de afecto, no obstante en esos dos días no había parado de besar a Rose o a Mary, de cogerles las manos o cualquier gesto que demostrara cuánto le importaban. Con Michael y Bob había mantenido más charlas y ofrecido palmadas en la espalda muy a su estilo, en ese corto espacio de tiempo que quizás en muchos años.

Para demostrar algo de indiferencia por lo sucedido y lo fuerte que se encontraba física y mentalmente, había decidido retomar su agenda social y acudir a uno de los muchos bailes de caridad para recoger fondos contra el cáncer. No le apetecía nada, pero una imagen valía más que mil palabras.

Mary también estaba invitada y había aceptado, haciéndolo muy feliz. Sabía que tenía que acudir a su casa para ir trasladando sus pertenencias. Ella quería hacerlo poco a poco, por él, hubiera contratado un equipo que se hubiera ocupado de realizarlo todo en un solo día. Mary no había dado su brazo a torcer, decía que ese gasto lo debía asumir ella y se haría según sus normas.

Estaba muy orgulloso de ver cómo no se dejaba amilanar ni siquiera por el carácter controlador de él.

También pensaba que Rose se había demostrado una gran fortaleza mental. Era la que estaba más afectada, su hogar había sido destruido. Había sufrido el adiós a todos los pequeños recuerdos de casi toda una vida.

Aunque la casa de Nueva York poseía muchos objetos personales de la familia, los más apegados a ellos habían ido a parar a Rose Hall y ya no los tenían, él no hacía más que repetirse que estaban vivos y podían contarlos.

Entró su secretaria con más documentos para firmar y durante un rato dejó de pensar en ello y se concentró en el trabajo. La mañana fue productiva, durante todas aquellas semanas anteriores había vivido de una manera más libre y no esclavo de la oficina. La gestión se llevó con eficiencia, con lo que cada vez estaba más convencido de que quería que su hogar estuviera fuera de la ciudad, estableciendo rutinas que le permitieran disfrutar de la vida y de su gente, y mucho más entonces que tenía a Mary.

Almorzó con Michael y Bob en la sala adjunta al despacho, poseía una zona acomodada para comer cuando no quería salir del edificio o que les trajeran la comida ya preparada. Ellos tres establecieron la nueva seguridad para todos. Comentaron lo que les había explicado la policía sobre el accidente de avioneta y la desaparición de Paul y su implicación en su intento de asesinato. También hablaron de la explosión de la casa.

Tras haberle efectuado la autopsia a la víctima del accidente aéreo y comparado sus huellas dentales, habían confirmado que se trataba de Paul. Asesinado, muy probablemente, por Max Lowell.

—¿Creéis que volverá a intentarlo? —preguntó Bob en referencia a Max Lowell. Mientras observaba la copa con vino que se había servido durante el almuerzo.

—Sí —asintió Michael—, nos ha demostrado que no va a parar hasta que lo consiga. Considéralo como un él o un nosotros. No va a haber término medio.

—Es muy probable, además creo que debemos esperar muy pronto su próxima tentativa. Seguro

que acudirá al baile de mañana por la noche como nosotros e interpretará el papel de alegrarse de que nada nos sucediera. ¡Cínico! —John no pensaba dejar a Mary en ningún momento de la noche sola—. Tendríamos que elaborar un plan para atraparlo. Puedo hacer de cebo. Lo quiero en nuestro terreno y bajo control.

—No sé, es muy peligroso. Ya eres un señuelo andante. —Michael siempre era muy claro y, en parte, tenía toda la razón, en esos días en la ciudad había sido una tortura permanecer siempre pendiente de que pudiera sucederle algo.

—Nuestra seguridad está triplicada y al vivir en la ciudad resulta más fácil para ellos. La policía lo está investigando y siguiendo y él lo sabe. No lo considero ningún tonto, que sea un hijo de mala madre no impide que sea muy inteligente. —John estaba seguro de que el bastardo ya barajaba otro plan en mente y eso hacía que la incertidumbre —la espada de Damocles— colgara siempre sobre sus cabezas.

Tras las investigaciones, la policía les comunicó que Max tenía coartada en los momentos en que habían ocurrido los sucesos clave. Tampoco habían encontrado ninguna comunicación o mensajes con Paul u otro personaje que indicara acciones delictivas.

—¿Cómo está hoy Rose? —le preguntó John a Bob, cambiando de tema.

—Es fuerte, ya la conocéis, a veces la encuentro en su habitación sentada en su sillón favorito con la mirada perdida y la tez pálida. Le pregunto y me contesta que no pasa nada, que piensa en tonterías materiales. Después me sonrío, se levanta y sale del dormitorio. Ya no he vuelto a preguntarle más. Desde la explosión tengo la impresión que actúa como una autómatas —contestó Bob con una verborrea no habitual en él.

—Por eso te preguntaba. La observo cómo trabaja y desempeña las cosas de siempre, como antes del traslado a Rose Hall, pero cuando sonrío no le llega a los ojos. Me da la impresión de que es una mueca preparada. El otro día me dijo que le llevara los planos de la casa, que hablaría con el arquitecto para unas modificaciones y que cuándo las tuviera hechas, si me parecían bien, iniciarían la reconstrucción, una vez esclarecido a nivel policial. Le di mi consentimiento porque me pareció que la hacía feliz. Quizás es lo que necesita, trabajar de nuevo en el proyecto a pesar de que todavía no he decidido lo que quiero hacer. —John estaba convencido de que la mujer había envejecido de golpe y a lo mejor reconstruir la casa sería una válvula de escape para ella.

—Me parece bien, estará ocupada y además puedes incluir a Mary. ¿También será su hogar, no? —preguntó Michael con una sonrisa ladeada en la boca mientras subía y bajaba las cejas.

Los tres hombres sonrieron. Mary era el soplo de aire fresco que había entrado en la familia. Una mujer que había demostrado su fortaleza con creces. Sí, debían involucrarla en el proyecto.

Había ido a ver a Sophie a la librería y se había quedado a trabajar. Le sucedía un poco como a Rose, tras el *shock* por lo sucedido, necesitaba ocupar su mente con algo diferente, era una buena terapia. La campaña navideña en plena época la mantendría muy distraída. Estaban a un suspiro de las fiestas y los planes de celebraciones seguían. Rose había vuelto a reenviar las invitaciones instando a los participantes a acudir a la casa de la ciudad.

—Sí —contestó John—, aunque, conociéndola me costará todo mi encanto personal convencerla de que no participe económicamente, solo implicarse a nivel del diseño y con sus gustos. —Todos rieron cuando John gesticuló y se señalaba de arriba abajo como si se presentara como un regalo.

Fue bueno que pudieran terminar el almuerzo con una sonrisa. Tras ello cada uno volvió a su trabajo.

John acudió a ver las obras que llevaban a cabo en las oficinas. Por una parte era un engorro todo patas arriba, por otra, le iba bien porque consistía en una manera de efectuar unas



modificaciones que había pensado desde hacía tiempo. Al final, si era sincero consigo mismo, le habían hecho un favor. Habían aprovechado a incrementar los niveles de seguridad tanto tecnológicos como personales.

Con el negocio que había cerrado con Tecnologic. L. T. le rondaban una serie de ideas para informatizar de forma puntera a todas sus empresas. Una pequeña inversión que le reportaría a la larga muchísimos más beneficios.

Regresó después satisfecho a su despacho con los progresos efectuados y siguió trabajando hasta que fue la hora de marchar a casa para ponerse el esmoquin e ir a buscar a Mary. Acudirían a la cena que habían elegido para hacerse ver y no dejar que nadie consiguiera hacerles quedarse encerrados en casa.

Mientras los hombres permanecían reunidos en las oficinas de John, Rose acompañó a Mary a comprar un vestido para la gala de esa noche. Había acudido a buscarla a la librería para almorzar y después ir a una de las tiendas más exclusivas de Manhattan. John había decretado que pagaría el vestido, tras una pequeña discusión, estaba segura que Mary le había dejado ganar. Ella le había explicado más tarde que tenía mucha ropa en casa y no le hacía falta. No era una persona relevante y nadie notaría si se vestía con un traje que ya había llevado en otras ocasiones, pero reconocía que la situación se consideraba bastante especial.

Cuando entró en la tienda de Mary la invadió una calidez que no esperaba. En las largas charlas que habían mantenido durante su ingreso, comentaron aspectos de su trabajo que había malinterpretado. Imaginaba el lugar algo oscuro, lleno de polvo y libros apilados por todas partes, en cambio, encontró un local lleno de luz, de colores vivos y todo muy ordenado con grandes estanterías repletas de libros.

Era un negocio precioso y acogedor. Con un espacio con sillones y cojines, en el suelo una gran alfombra; estaba lleno de niños estirados en el suelo y varios adultos sentados. Todos llevaban un libro en las manos y leían.

Conoció a la famosa Sophie y a uno de los agentes de John que la ayudaba en la tienda. La actividad era frenética, con las fiestas a pocos días parecía que mucha gente iba a recibir una historia impresa.

Charlaron animadamente durante la comida, aunque ambas eran conscientes de que no todo eran alegrías. Rose le explicó cómo quería rehacer Rose Hall y que esperaba que participara en su nuevo diseño. Sabía que se resistiría ya que su relación con John era demasiado reciente, sin embargo no iban a dejarla de lado ni que ella no considerara apropiado participar.

Verlos juntos le producía buenos sentimientos. Todo había sido difícil, pese a ello la expresión de John al mirarla no tenía precio. Estaba enamorado y ella no se quedaba atrás.

Desde que vivían en la ciudad intentaban llevar una vida normal, no olvidaban que les habían asignado escolta veinte cuatro sobre siete. A veces, se sentía un poco paranoica y que ya no solo les seguían por seguridad, si no, que alguien más las controlaba. Miraba demasiado por encima del hombro si iba por la calle. No podía evitarlo. Había sido un gran mazazo los intentos de asesinato de John, las consecuencias sobre Mary y la explosión de Rose Hall.

Sabía que Bob era su sombra y también estaba preocupado por ella, y, a pesar de sus preguntas no había querido hablar sobre lo sucedido con él.

Tenía suficiente consigo misma para aceptarlo todo, como para compartirlo con la persona que más quería. Quizás necesitaban algo de espacio como individuos para estabilizarse. Había

momentos en que no sabía lo que quería.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó a Mary en un intento de ver si alguien más coincidía con ella, mientras estaban en la tienda de ropa y les enseñaban diversos modelos para el evento de la noche.

—No sabría decirte. Todo parece como un sueño —contestó ella con un ligero encogimiento de hombros y se giraba a mirarla.

Cuando sus miradas se cruzaron supo que ambas estaban en el mismo barco. La incredulidad todavía flotaba en el ambiente.

—A veces pienso que no es verdad. Que no salimos corriendo de la casa y que no explotó cuando la dejamos atrás. Echo de menos pequeños detalles tontos como las fotografías. Tenía varios álbumes con imágenes de todos nosotros a lo largo de los más de cuarenta años que hemos permanecido juntos. Pero luego pienso en que estamos vivos y eso es lo importante. —Rose revisaba los vestidos a la vez que lo explicaba. Sentía que Mary lo entendería.

—Yo no tenía nada allí más que las ropas que vosotros me comprasteis. Intento ponerme en vuestro lugar y me da mucha pena que perdierais vuestro hogar.

—No es que no tenga cosas aquí. Allí me llevé lo que más apreciaba. Y lo que me da más rabia es que fuera provocado. Podría asimilarlo si se hubiese debido a causas naturales o incluso a un fallo en la electricidad, que intentaran matarnos a todos no tiene excusa y esa sensación de impotencia y la ira que siento no me abandonan. —Siguió revisando las diferentes ropas que les mostraban las dependientas.

—Todos estamos preocupados. No he podido concentrarme en la librería desde que volvimos. Menos mal de Sophie y el escolta. Mi cabeza es un caos de sentimientos. Creo que ha sido el peor momento para enamorarme —le dijo mientras le cogía las manos y se sinceraba con ella. Rose observó que un ligero rubor recubría sus mejillas.

—Digamos que no ha sido el momento más bonito, aunque al final lo que cuenta es lo que ambos sentís. No había visto a John tan vital y comunicativo desde que sus padres y su hermano estaban vivos. —Una sincera sonrisa apareció en su rostro y pensó que desde hacía días no sentía algo positivo hasta que le vinieron a la cabeza esos recuerdos.

Mary la imitó y supo que ambas estaban conectadas en lo referente a su amor por John. Eso la dejaba más tranquila si a ella le sucediera algo. También pensó en Bob y en que su relación parecía más abierta cara a la familia de lo que había sido nunca. Empezaba a darse cuenta de que era una tontería toda esa farsa del día y después compartir la habitación durante la noche. Ya no le pondría más excusas por lo de la edad. No se lo iba a permitir.

Tras la conversación se concentraron en buscar el vestido. La discusión sobre el pago ya la habían superado y por lo menos no montarían un espectáculo a la hora de pagar.

Conociendo a Mary sabía que el vestido no sería nada pomposo, la sencillez marcaba el estilo de la mujer. Al final eligieron uno de cóctel entallado hasta la rodilla con un drapeado que rodeaba sus caderas y escote cuadrado de color bronce de manga larga. El escote era perfecto para el collar que John quería regalarle. Una gargantilla de oro blanco con diminutos diamantes. Una pieza que John le había comentado que en cuanto la vio supo que su lugar pertenecía al cuello de Mary.

Eso sería cuándo estuvieran en casa. Habían quedado que ambas se arreglarían allí. Las peinarían y maquillarían. Antes de salir de la casa, John le colocaría el collar. Lo planearon para que fuera un momento íntimo entre ellos dos.

Sentía que esta pequeña escapada la había distraído lo suficiente como para disfrutar de las

compras y salir de casa. Casi, casi, había olvidado que llevaban escolta y que todavía estaban en peligro.

En vez de gozar de que a sus sesenta años estaba estupenda, creía que parecía una abuelita de más de ochenta. No dormía bien. No había querido decirlo. Bob descansaba a su lado y ella pasaba horas y horas, reviviendo una y otra vez la salida de la casa y el viaje a la ciudad, preguntándose qué hubiera sucedido si ellos no hubieran bajado al lavadero y por casualidad encontraran la bomba.

Conocía la respuesta: todos muertos. Unos minutos arriba o abajo habían determinado su futuro. Todo había cambiado. Desde entonces cuando abrazaba a Bob o a uno de los chicos lo hacía con un sentimiento mucho más profundo.

El accidente de John había marcado un antes y un después en sus vidas. Intentaba ser como siempre para con la familia, pero cada día parecía un teatro, con falsas sonrisas para no preocuparlos más de lo ya lo estaban. Hasta que no atraparan al famoso Max Lowell supondría una tortura el día a día. Miedo a salir a la calle y miedo de quedarse en casa a pesar de toda la seguridad. El hombre había demostrado poder atravesar todas las barreras que imponían los agentes. Los sensores y cámaras le parecían inútiles.

Cuando terminaron las compras caminaron hacia la casa, no estaba muy lejos y el aire frío del invierno le gustaba. Todavía no nevaba y habían anunciado de nuevo importantes nevadas en un par de días. Con un poco de suerte, serían unas fiestas con un bonito manto blanco sobre la ciudad.

Seguían con la idea de celebrar por todo lo alto las Navidades y no había tenido coraje de decirles que era lo que menos le apetecía en esos momentos. Compraría los regalos y haría un esfuerzo sobrehumano para transmitir una alegría que no sentía. Ya se había encargado de cambiar la ubicación de la fiesta y de comunicarlo a los invitados.

Bob la seguía a todas partes como un perrito faldero y eso empezaba a irritarla. Necesitaba soledad hasta que pudiera poner en orden sus sentimientos.

—¿Te apetece que mañana salgamos a comprar los regalos de Navidad? —le preguntó mientras estaban paradas delante de una cafetería de estilo europeo, parecía que Mary tenía ganas de tomar un café y el frío que hacía invitaba a ello. Podían retrasar un poco la vuelta a casa.

—Claro, cuando estábamos en Rose Hall... —contestó Mary y se quedó a mitad de la frase al darse cuenta de que nombraba el hogar destruido, o al menos eso pensó Rose—, lo siento.

—No te preocupes —comentó Rose con un gesto con la mano para restarle importancia—, hemos de acostumbrarnos a nombrarla. De todas formas, cuando esté reconstruida se llamará igual.

Una sonrisa comprensiva apareció en su rostro así evitó que Mary no se sintiera mal por haberlo nombrado.

—Tomemos un café que hace mucho frío a ver si entramos en calor antes de ponernos en manos de los torturadores. —Rose pensó que en cierta manera tenía razón, en un rato estarían en manos de maquilladores y peluqueros. Una pequeña tortura para lucir maravillosas para una noche benéfica.

Mary asintió y la siguió hasta dentro de la cafetería.

—Bueno, barajo algunas ideas para los regalos. Todavía no he decidido el de John. Creo que tiene de todo y me gustaría que fuera algo especial —comentó Mary una vez estuvieron sentadas en una bonita mesa de mármol con pies de forja y unos humeantes capuchinos delante de ellas.

—Es una persona sencilla, seguro que cualquier cosa que le regales le va a encantar. Le gusta mucho la música *rock* y Queen es uno de sus grupos favoritos. Creo que le falta el último

recopilatorio edición especial. —Le guiñó un ojo con una media sonrisa en su rostro.

—Vaya, eso no lo sabía. No hemos gozado de mucho tiempo para hablar de nuestros gustos en general —dijo Mary, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Me parece un regalo estupendo, a mí también me gusta el grupo. —Su rostro volvió a suavizarse.

—Ya habrá tiempo para ello. —Palmeó ligeramente la mano de la mujer en un intento de darle ánimos.

—Me parece muy buena idea lo de salir de compras. Sí, mañana sería un día perfecto. El tuyo no lo puedes ver —le explicó con una sonrisa conspiradora.

Rose asintió mientras soplabla sobre el capuchino para que se enfriara.

El día estaba resultando muy entretenido e incluso en algunos momentos había olvidado los malos recuerdos. Tal vez sería agradable salir de compras de nuevo.

Siempre había estado muy ocupada con las cosas de la casa y Rose Hall le había consumido mucho de su tiempo. No había pensado que a lo mejor había permanecido algo aislada al dedicarse a que Rose Hall fuera un hogar perfecto.

Tampoco había tenido una amiga como Mary. Tenía muchas conocidas ninguna de la confianza con la que hablaba con ella. Todos los sucesos las habían unido de alguna manera, además de que pensaba que era la mujer ideal para su chico.

La noche no sería muy larga. La gala comenzaría a última hora de la tarde y no solían quedarse demasiado tiempo. Socializaban un poco, donaban el dinero y desaparecían.

Bob nunca la acompañaba. Habían discutido una vez por ello hacía mucho tiempo. Aunque había sido una niñera reconvertida en ama de llaves, John nunca la había dejado en casa por ello. La consideraba una madre y así la trataba en todos los sentidos. Michael, John y ella solían acompañarse mutuamente, pero a la hora de irse cada uno tenía libertad para elegir cuando y con quién. Sus chicos eran mayores e independientes como para hacer su vida sin que ella se entrometiera.

Llegaron a la casa y todo el mundo ya estaba allí para prepararse. Encontraron a los hombres sentados en el amplio sofá del comedor tomando una copa, dijeron que para relajarse. No le extrañaba, iba a ser una dura prueba aguantar al imbécil de Max Lowell y compartir espacio con un asesino.

Rose acompañó a Mary a una de las habitaciones de invitados que habían habilitado esa tarde para arreglarse. No dejarían a los chicos verlas hasta que estuvieran estupendas. John se había levantado del sofá y caminó hacia ellas, protestó porque no entendía que Mary no pudiese cambiarse en su habitación. Sabía que no quería alejarse, así que tuvo que explicarle que solo sería por esa tarde. Parecía un chico pequeño con un juguete nuevo que no quería perder de vista. Era divertido verlo enfurruñado por una tontería como esa.

Estaba claro que la velada sería estresante. Los hombres no las abandonarían en ningún momento y su sorpresa fue máxima cuando Bob dijo que iría con ellos. Por una parte estaba encantada, por otra, seguía preocupada por la seguridad de todos.

Mary tenía los nervios a flor de piel aunque intentara disimularlo. Sentía que protagonizaba una de las novelas que tanto le gustaban en una preciosa habitación de invitados que había elegido Rose para arreglarse antes de acudir a la gala benéfica. Desde que había hecho el amor por primera vez con John no habían dejado de compartir cama y eso no había cambiado al volver a

New York. Para darle una sorpresa no habían coincidido desde que Rose y ella volvieron de las compras.

Toda la situación parecía de ensueño. Había sido agradable la sesión de maquillaje y de peluquería, les habían hecho la manicura y la pedicura. Pensaba que ambas se habían relajado lo suficiente para disfrutarlo.

Solo esperaba que a John le gustara. Lo hacía por él. Ella no era una mujer de socializar, sin embargo entendía que ir a la cena era una declaración de intenciones. No iban a dejar que nadie pensara que estaban acobardados por la situación.

Se miraba en el espejo y casi no se reconocía. Le habían peinado el cabello corto de tal manera que parecía un recogido. Pasaba las manos sobre la tela drapeada de la cintura y se miraba las manos que, tras arreglárselas, parecían las de una modelo. El maquillaje suavizaba sus facciones y sus ojos brillaban como nunca, aunque pensaba que no se debía al color, si no, debido a que estaba enamorada. Se había puesto unos pendientes en forma de lágrima que eran de fantasía. Como no tenía muchas joyas había decidido completarlo con una fina pulsera de oro blanco junto con un anillo en la misma mano. No sabía cuánta agua había bebido por la sequedad de boca, quizás una copa de vino la tranquilizaría.

John le comentó que vestiría un esmoquin, seguro que estaría muy guapo. Tenía muchas ganas de verlo. Iba a intentar disfrutar la noche. Había sido un día intenso, creía que a Rose y a ella les había sentado muy bien salir a la calle y dedicarse un tiempo para sí mismas. Se habían distraído parcialmente de la peligrosa situación en la que todavía estaban inmersos.

Volvió a mirarse en el espejo por enésima vez. Seguía sin reconocerse.

—¿Ya estás preparada? —preguntó John desde el otro lado de la puerta tras llamar con un par de suaves golpes sobre la madera.

Había llegado el momento. Suspiró y tomó aire en un intento de serenarse. ¿Y si no le gustaba? ¿Y si hacía el ridículo en la gala? Se sentía insegura ante toda esa gente con tanto dinero y poder, pero John había pasado del mandato a la súplica cuando le pidió que lo acompañara.

Al principio se había negado, entonces él la miró con aquella cara de chico malo, la sonrisa ladeada y en el contexto de la frase apareció el «por favor», no pudo negarse. Ya no había vuelta atrás.

Abrió la puerta y observó a John igual que él la observaba a ella. Estaba muy guapo, ya lo era de por sí, con el esmoquin todavía lo estaba más. Sexi, esa era la palabra que lo describía. Una corbata color azul cobalto realzaba sus ojos y al llevar el cabello retirado hacia atrás marcaba más sus hermosas facciones.

—¡Estás preciosa! —exclamó sinceramente y en sus ojos observó admiración y ternura.

—Tú estás muy guapo y sexi —le dijo mientras hacía una ligera reverencia en plan de broma. John la siguió e inclinándose le tomó la mano para ayudarla a incorporarse. Después la levantó hasta que sus labios rozaron el dorso, besándolo sin dejar de mirarla a los ojos.

No podía parar de sonreír, algo que también hizo él. Sin soltarla la encaminó hacia el salón en donde les esperaban Michael y Rose. Un ligero rubor cubrió sus mejillas cuando se giraron para mirarla.

—El vestido te queda perfecto —dijo Rose que se acercó a ella y la besó en la mejilla mientras le cogía ambas manos y la separaba un poco para apreciarla mejor.

—Me siento como en un sueño. —Se sinceró ella—. Estoy muy nerviosa.

—No te preocupes, permaneceremos a tu lado y nos lo pasaremos bien a pesar de todo. —Una ligera sombra oscureció el ánimo durante unos segundos.

Volvieron a la jovialidad cuando Bob apareció por la puerta del salón vestido también para la cena. Parecía que no era la única nerviosa. Un ligero rubor cubrió sus orejas mientras mantenía las manos cerradas a los lados de su cuerpo, tieso como una estaca sin moverse del sitio. Mary miró a John y solo vio que una gran sonrisa aparecía en su preciosa boca.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo Michael medio burlándose del hombre que lo fulminó con la mirada.

—Estás muy atractivo Bob —comentó Rose, acercándose a él e hizo el mismo gesto que antes con ella al cogerle las manos. Pero el brillo que había en sus ojos transmitía una tierna emoción. Por lo que sabía era la primera vez que acompañaría a Rose en un acto público.

Una preciosa declaración de lo que sentía el hombre por ella. Ambos se perdieron mirándose. Durante unos segundos solo se escuchó sus respiraciones. La magia se rompió cuando Michael carraspeó. Bob besó a Rose en la frente, al final también en sus labios apareció una bonita sonrisa.

—Bien, ya que estamos tan guapos y me he quedado sin pareja, creo que debemos irnos o llegaremos tarde —dijo Michael, que miró a Rose y puso las manos sobre su corazón de mofa.

—¡Oh, calla! Estoy de suerte, hoy tendré dos acompañantes. No te quejes —le dijo a Michael —, que seguro que la noche no la terminarás solo, a mí no me engañas. —Los colocó uno a cada lado, cogiéndolos del brazo y se dirigieron hacia la salida. El traje de chaqueta pantalón de seda salvaje color zafiro destacaba entre los dos esmoquin oscuros.

Cuando cogió la mano de John para seguirlos, él la detuvo.

—Espera un momento. Creo que te falta algo. —Mary repasó todo lo que llevaba y creía que todo estaba bien. La confusión apareció en su rostro.

John hizo que se girara, quedando de espaldas a él. A través de los cristales que llevaban a la terraza vio el reflejo de ambos y cómo John se le acercaba. Sintió algo frío alrededor del cuello y una vez colocado, posó un suave beso sobre su hombro.

Se dirigió hacia uno de los espejos de la estancia y vio que una hermosa gargantilla de oro blanco adornaba su cuello.

—¿Por qué? —preguntó a la vez que se giraba hacia él con la mano sobre la pieza.

—Por qué eres muy hermosa y te quiero —contestó él, acercándose para abrazarla y besarle la sien.

Era un regalo muy caro. Sabía que discutir con él en esas circunstancias no serviría de nada. Era una pieza de joyería muy fina y bonita.

—Yo también te quiero —susurró tímida.

—Quiero que esta sea tu casa. Quiero que ayudes en la reconstrucción de Rose Hall y quiero que seas mi amiga, mi amante y cuando nos decidamos, seas mi esposa.

Una expresión de asombro apareció en su rostro. Estaba mareándose. No podía ser. Nunca le habían dicho nada tan hermoso. Sentía lágrimas de emoción llenar sus ojos y como se le aceleraba la respiración.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? ¿En realidad me quieres? —No podía procesar el momento con la celeridad que requería.

—Sí. Eres todo lo que quiero. ¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres?

—A ti. Nunca imaginé que cuando te encontré adormilado apoyado en aquel árbol del bosque en plena nevada serías la parte más importante de mi vida en tan poco tiempo. —Pensó que ese fue un punto de inflexión en la vida de ambos.

—Fui el más afortunado de los dos. Me salvaste la vida. Eres la mujer más buena y generosa

que conozco.

—No me digas esas cosas. Tú también lo habrías hecho. Además has cuidado de mí en los peores momentos y cuando más falta me hacía. Estaba muy asustada y tú me diste fuerza.

—No sabes lo mal que lo pasé y el sentimiento de culpa que soporté cada vez que te veía en aquella cama de hospital —dijo John con gran seriedad.

—Bueno, no pensemos en ello. Mejor nos vamos antes de que nos vengán a buscar, ¿te parece? Podemos hablar más tarde.

—No sé si me conformaré solo con hablar. —John sonrió como el chico malo que era.

Ambos se echaron a reír a sabiendas de que la excitación solo aumentaría conforme la noche avanzara.

—¿Nos vamos? —le preguntó al final Mary.

Cogidos de la mano salieron de la estancia y se reunieron con el resto que los esperaban en el garaje junto a la limusina que los llevaría al evento. Rose le sonrió y reconoció a instante que era conocedora de lo que él había hecho y posiblemente dicho.

Todo era muy emocionante y aterrador a la vez. Sabía que se encontrarían con el tipo que había orquestado todos los males que les habían sucedido.

Durante el trayecto disfrutaron de la conversación e incluso abrieron una botella de champán para brindar y beber una copa antes de llegar al evento.

Cuando el coche paró, salieron primero los hombres para después ayudar a las mujeres. Una alfombra roja cubría la acera hasta la entrada del restaurante.

Había muchos fotógrafos y periodistas que esperaban hablar con John y saber qué había sucedido y cómo le había afectado. También querían averiguar quién era ella. Pasaron de largo, no querían hacer declaraciones, desde la oficina ya se habían emitido comunicados oficiales hablando de lo sucedido, solo trataban de los hechos y no de las suposiciones.

Sabía que había agentes infiltrados para su seguridad y que pasarían por un detector de metales como en los aeropuertos antes de entrar en la fiesta.

Aparte de la gente de John, la organización de la gala también había añadido más seguridad. Gente adinerada y con joyas muy caras acudía a la cena para mostrarse a los demás y alardeaban de su riqueza, y otros, como John, para contribuir en la lucha contra el cáncer.

John y la familia no la dejaban sola en ningún momento y fue presentada a una cantidad de gente de los que ya no recordaba sus nombres. No le preocupaba en exceso ya que seguramente no volvería a coincidir con muchos de ellos y con los que sí, ya los aprendería.

En ese tiempo pudo observar a John en su hábitat, siendo amable, cortés y muy educado. La estancia decorada con mucho gusto, con detalles navideños que aparecían por todas partes. El verde y el dorado junto con el rojo conformaban los ornamentos en las lámparas, árboles y con detalles sobre las mesas.

La suya estaba colocada cerca del estrado donde uno de los científicos más importantes en la batalla contra el cáncer explicaría los últimos avances. Después nombrarían a los asistentes y la donación que aportaba cada uno.

La cena estaba compuesta por platos de alta cocina, en la que podían elegir entre varios de ellos, por lo que fue todavía más agradable si cabía.

Los hombres se quejaron de la falta de un buen entrecot o un chuletón, pero al final se conformaron con lo que había, reconociendo a lo que venían.

Una vez terminaron los discursos oficiales, una orquesta comenzó a amenizar la velada, bailaron música suave, actuando como los demás. Incluso Bob y Michael la arrastraron a la pista de baile.

Rose también danzó con todos los hombres de la familia, aunque se le notó que con Bob era más íntimo. Fueron momentos agradables pese a ser consciente de que esperaban encontrarse con Lowell. Les habían informado que había llegado justo al inicio de la cena y que estaba ubicado en la otra punta del salón.

El ambiente medio agradable terminó cuándo se inició la recaudación y John aportó una importante suma de dinero que fue igualada por Max Lowell.

De ese nombre y ese físico no se olvidaría nunca. Rabia y enfado aparecieron de golpe. El tipo tuvo la osadía de girarse hacia ellos cuándo hizo su donación y encima les sonrió.

John mantenía los puños apretados sobre la mesa con el rostro imperturbable, así como Michael y Bob. Rose estaba tan seria como ella. No podían ni querían que en sus rostros apareciera una hipócrita sonrisa que no sentían, querían que vieran la gravedad de lo sucedido. Se concentraron en escuchar otras donaciones, la verdad es que resultó una muy buena recaudación. Los organizadores parecían bastante satisfechos.

Una vez se cumplió con el tiempo adecuado para poder marcharse sin que fuera de mala educación su desaparición, iniciaron el camino hacia la salida, que como a la entrada, estuvo llena de saludos y despedidas.

Tenía la esperanza de no encontrarse con el tipejo y casi lo habían conseguido. Cuando ya estaban en la calle, esperando la limusina una voz desconocida para ella los detuvo.

—Vaya, vaya... veo que gozas de muy buena salud a pesar de todo lo sucedido —Sentía a John tan tenso que Mary pensó que iba a romperse. Iban cogidos de la mano y supuso que debió tomarle toda su voluntad no apretársela demasiado. La musculatura de su bello rostro tensa y la mirada fija en Max Lowell.

—Sí, gracias, estoy muy bien. Todos estamos muy bien —explicó John con voz fría, manteniendo la mirada en la de él. Mary sintió como él la colocaba detrás de su cuerpo, protegiéndola. Rose junto a ella, mientras Bob y Michael se colocaban a los lados en una clara advertencia de custodia.

—Estoy contento de verte. Seguro que pronto nos volveremos a encontrar. —Max Lowell tenía en la boca una sonrisa malvada y a Mary no le gustó ni el tono en que habló, ni el brillo malicioso en sus ojos cuando paseó su mirada por todos ellos y se paró específicamente en ella.

John no le contestó ni hizo ningún gesto. Apretó su mano y la instó a caminar haciendo que Max quedara a un lado. Bob cogió la mano de Rose y Michael quedó en la retaguardia.

Seguro que sería la comidilla de algunos círculos. Observó que había algunas personas, que también esperaban sus coches, pendientes del encuentro. Todos sabían de la animadversión entre ambos y su competitividad en los negocios.

Nadie dijo nada hasta que estuvieron sentados con el vehículo en marcha.

Para aliviar la tensión Mary comenzó a hablar.

—Tengo unos pequeños detalles en mi casa que quiero trasladar y el resto de la ropa preparada.

Sabía que era una alegría para la familia su completo cambio a la casa de John, así que decidió aprovechar el mal momento para intentar cambiar la situación y que el fin de la velada fuera lo más alegre posible.

—Bien, llevaremos a Mary a su casa y así finalizar con el traslado. Hay dos agentes vigilando. Después nos dejarán en casa mientras le damos tiempo para terminar y te recogeré en menos de una hora —dijo John que paseaba la mirada por cada uno de ellos y acabó en Mary.

Sentada a su lado observó que su enfado iba a ser difícil de reconducir. Le cogió la mano y la llevó a los labios donde posó un suave beso en la palma para luego acercarla sobre su mejilla. Le



encantaba el contacto con su piel, le producía un agradable hormigueo que esperaba fuera a más cuando estuvieran solos en su habitación.

John entonces la miró con más suavidad. Notó que se iba relajando, así que su trabajo estaba funcionando.

No tardaron mucho tiempo en llegar a su casa. Entre tanto habían hablado de la gala y lo bien que había ido la cantidad de donaciones hecha. Evadieron por completo el tema de Lowell.

Mary vivía en un edificio bonito de ladrillo vista de color terroso y ventanas de madera blancas. Unos pocos escalones separaban la calle de la puerta. Como le había sucedido con la librería en el centro, la casa también se la había dejado en herencia su abuela. Había sido muy afortunada. Era un tesoro más en New York, ya que todo era muy caro.

Antes de bajar del vehículo John controló que los hombres estuvieran en su lugar, una vez se aseguró, salió y la ayudó, tendiéndole la mano para que se apoyara y fuera más fácil su marcha. Mary se despidió de los demás a sabiendas que en poco tiempo todos estarían juntos en la casa. Cabía la posibilidad de tomar una última copa antes de retirarse a sus habitaciones. Michael ya había explicado que no tenía intención de volver a salir esa noche, tenía mucho papeleo pendiente tras la explosión. Menos mal que toda la información se guardaba en la nube.

—No te entretengas. Enseguida volveré —solicitó John ya en la puerta de la casa.

Mary asintió e inclinándose le dio un beso en la mejilla.

—Tengo la ropa ya en las maletas y los cuatro detalles que cogeré cabrán en un par de cajas. Además aprovecharé a cambiarme y ponerme ropa más cómoda.

Cuando terminó de explicarle, sonrió y entró en la casa.

Subió en el ascensor hasta el cuarto piso. No perdería el tiempo. Seguro que le daría tiempo de sobra hasta que John volviera a buscarla, no tardaría ni una hora.

Sacó la llave del mini bolso que llevaba y cuando ya la tenía dentro y a punto de girarla recibió un golpe en la cabeza que la dejó sin sentido. La oscuridad la engulló sin tener tiempo a nada.

## Capítulo 17

*M*ax Lowell esperaba a que lo avisaran para salir de la gala y que todo el mundo lo viera. Había dejado el secuestro de la mujer de Petersen en manos del hombre que consiguió hacer explotar sus oficinas sin ser visto. Una muy buena acción que le pagó con sumo gusto.

Sabía dónde había vivido la mujer en Nueva York y que desde que habían vuelto había dos hombres de su seguridad privada controlándola. Todo consistía en encontrar el momento propicio. Creía que en un momento u otro ella acudiría, a pesar de los agentes que la acompañaban, siempre, siempre existía una manera de poder hacerse con ella.

Fue un golpe de suerte que la dejaran en la casa y su hombre se hubiera colado disfrazado de personal de servicio de mantenimiento en el edificio, así esperaba a que ella acudiera. Era como una apuesta y había salido bien.

Recibió un mensaje, avisándolo, de que su objetivo estaba cumplido. Al cabo de una hora de haberse enfrentado a Petersen, siendo ambos conscientes de todo el público. En sus ojos vio el reconocimiento de que era él quién había intentado matarlo.

Disfrutó mucho más de lo que pensaba de la gala a pesar de que estaría mucho más contento de ocuparse personalmente de hundir a John. Esa noche, como siempre, había llevado a una de esas modelos a las que pagaba una gran cantidad de dólares para que hicieran parecer que era un gran tipo. El olor al perfume caro de hombres y mujeres se mezclaba con el que desprendían el alcohol y la comida. Mientras paseaban por la estancia paraba y charlaba con diferentes grupos de vips, le seguía interesando su coartada y ser visto.

Eran aburridos e insulsos, quizás después de cargarse a sus dos próximos objetivos podría buscar uno nuevo entre todos aquellos imbéciles que se creían superiores a él solo por haber nacido con dinero. Los despreciaba y odiaba al mismo tiempo.

Pensó en que lo que no había hecho era hacer estallar su casa, un regalito que Paul le había dejado para su satisfacción. Cierta incredulidad lo sorprendió al principio, pero se sintió muy satisfecho después. Rose Hall era el baluarte de su enemigo e incluso valoró quedarse con ella en cuanto pudiera ni en sus mejores sueños imaginó esa acción.

Su topo desapareció por la puerta grande. Con toda seguridad, no se esperaba que tuviera conocimiento de su huida en una avioneta, algo que le facilitó la manipulación del aparato. Sencillo y simple. La conversación que mantuvieron antes de que estallara en el aire lo dejó contento, así cerraba por fin un capítulo muy peligroso. No había confiado nunca en él y estaba escrito que iba a desaparecer.

La policía y la seguridad privada de John estaban tras él; si los había burlado una vez podría lograrlo una segunda. Pronto todo terminaría y él continuaría con su trabajo de aumentar su, ya de por sí, impresionante fortuna.

No era momento de cometer errores, las prisas no llevaban a ninguna parte. Todo su futuro estaba sujeto a la desaparición de su némesis.

Socializaría una hora más y después se trasladaría a su casa. Allí volvería a disfrazarse y acudiría al lugar en donde su hombre tendría a la mujer. El plan era sencillo, la atraparía y antes de llevársela se desharía de los dos agentes.

Una nota en el interior del apartamento le indicaría a John el lugar al que debía acudir a buscarla. «¡Ja!». Seguro que pensaba que la rescataría, si sabía lo que le convenía ya podía acudir solo.

Viajarían con la avioneta para ganar tiempo. Un coche lo esperaba en el mismo aeropuerto del que Paul había iniciado el vuelo hacía unas horas. Allí tenía gente de confianza. Nadie preguntaría, nadie diría nada.

El dinero era poder y podía acallar bocas. No confiaba en nadie, pero de momento los necesitaba. Estaba a punto de culminar sus planes y se sentía exultante por ello.

Esa competición suponía un gran aliciente en su ya de por sí movida vida. El riesgo en los negocios no le daba tantas satisfacciones. Cumplió con el tiempo estipulado y saludando a muchos de los que se quedaban inició su salida. La limusina le esperaba en la puerta y, sin mediar palabra, el conductor los llevó a la casa de la modelo donde la dejó sin despedirse y después hasta el garaje del edificio de su casa.

Hasta ese momento todo fue de lo más normal, incluso vio a sus perseguidores. Buena señal. No tenían pruebas sobre su posible participación en los sucesos. Solo sospechas y así debían quedar las cosas.

Estaba solo, al personal doméstico le había dado fiesta remunerada para que pasaran las Navidades como quisieran. Dos de sus hombres se habían desplazado hasta el lugar a donde acudiría John para mayor control y protección.

No acudiría solo, aunque en la nota lo especificara.

Una vez disfrazado, como en la otra ocasión, el coche de alquiler lo esperaba en el aparcamiento y el vigilante era el mismo. Eran tan tontos y todo resultaba así de sencillo para él.

Salió del garaje y vigiló que no lo siguieran. Una carcajada llenó el silencio del coche, estaba de tan buen humor que incluso puso música, canciones navideñas. Santa Claus se había adelantado para darle su regalo. Había sido un buen chico y lo merecía.

John regresó a la casa de Mary con la limusina. Prefería no conducir esa noche y sentarla a su lado para llevarla a casa y tentarla con sexo. La noche transcurría tranquila a pesar de la inminente Navidad.

Con una sonrisa en la boca recordó lo guapa que iba esa noche, siempre lo estaba para él, la elegancia y la templanza que desprendía a pesar de los nervios, que sabía que sufría, la hacían una mujer espectacular.

No habían tardado mucho en ir y volver. El tráfico en Nueva York podía ser horrible, y en esos momentos les había dado una tregua; valoró subir a casa y cambiarse de ropa, aunque no valía la pena. Se moría de ganas de tenerla a su lado y esa noche quería que fuera especial, bueno, para él cualquier momento con ella era único.

Una ligera ansiedad le recorrió el cuerpo cuando ya encaminaban el vehículo por la calle hacia la casa de Mary. Se encontraba muy complacido de que finalmente hubiera decidido ir a vivir con ellos. Reconocía que quizás había sido un poco insistente.

El conductor aparcó delante de la puerta y cuando salió y echó una mirada a sus hombres ya vio que no estaban. Un mal presentimiento apareció en su mente.

Subió deprisa los pocos escalones que separaban la puerta principal del asfalto y presionó la tecla que indicaba su piso. Nadie contestaba a pesar de su persistencia. Llamó a otro piso para que le abrieran la puerta, alegando que se había dejado las llaves.

Cuando llegó al descansillo no había nadie. La puerta del apartamento de Mary permanecía entreabierta, podía verse la luz por el espacio libre. Entró con decisión, mientras llamaba a Mary.

Un ligero olor a cerrado lo sacudió. No había nadie allí. Atravesó todas las habitaciones. No había ropa dispersa. Ningún objeto roto. Un conocido sudor frío comenzó a perlar su frente.

Sobre una mesita había un sobre blanco con su nombre. Le temblaban las manos al cogerlo y abrirlo. Una nota dentro escrita en ordenador le facilitaba las instrucciones.

Ese malnacido la había secuestrado. Bajó las escaleras deprisa y salió a la calle en busca de sus hombres. El conductor se unió a él para comprobar en los portales y en las bocacalles que terminaban en oscuros callejones.

En el más cercano a la casa, al fondo, apoyados contra una pared encontró a sus hombres, inconscientes y maniatados.

—¡Michael! ¡Se la ha llevado! ¡Ese hijo de puta la ha secuestrado y la tiene como rehén para atraparme! —exclamó por el móvil a su amigo mientras intentaba desatar a los hombres que empezaban a despertarse con la ayuda del conductor de la limusina.

—¡Cómo dices! ¡No puede ser! ¡Los chicos estaban vigilándola! —gritó al otro lado del teléfono.

—Los han dormido no sé con qué y estaban maniatados —le explicó, ayudando a uno de ellos a levantarse.

—¿Cómo ha sucedido? Estábamos cada uno en nuestro lugar. Justo cuando habéis abandonado la calle he sentido una picadura en el cuello. Después me he mareado y después ya no recuerdo nada. —El hombre explicaba lo sucedido todo lo deprisa que podía debido a lo importante que obtener la información y tomar decisiones—. ¿Ella está bien? —preguntó con ligera ansiedad en la mirada.

—No lo sabemos, la han secuestrado. —John no sabía cómo actuar. Estaba tan nervioso que le temblaban las manos y su mente era un caos. No podía pensar. Escuchaba los gritos de Michael al otro lado del teléfono. Al final fue el agente quién cogió el móvil y habló con su jefe.

Derrotado, esa era la palabra. Todavía llevaba la nota en una de sus manos. Sabía que debía entregarla a la policía y elaborar un plan. Quería apoyarse en una pared y dejarse resbalar hasta el suelo, perderse en la inconsciencia. No pensar en nada.

De nuevo ella estaba en peligro. Ya había estado a punto de perderla una vez por culpa de la fiebre secundaria al disparo, y en esos momentos, el bastardo la tenía en sus manos con el fin de obligarlo a ir a buscarla e intercambiarse. Eso detallaba la nota. No era tan tonto como para creerlo.

Los mataría a los dos. En el mensaje había escrito que no dijera nada, imposible. Se coordinarían para llegar lo antes posible allí. A la cabaña de Mary. Sentía pánico al imaginar lo que le podía hacerle.

Roger, el otro agente, ya estaba liberado y también había hablado con Michael. Haciendo acopio de un valor que no tenía les comunicó a todos que acudieran a su casa.

—Vamos, debemos hablar con la policía. Hay que entregarles la nota para investigar si hay huellas y elaborar un plan de rescate —lo dijo, pero sabía que no encontrarían nada sobre el papel. Eso lo había ejecutado un profesional.

Subieron a los respectivos vehículos y condujeron hacia la casa lo más rápido posible. Pensó en

su encuentro con Max Lowell esa noche.

El muy cínico acudió a saludarlos cuando estaban a punto de marcharse. Ya sabía lo que iba a suceder.

¿Cómo era posible que continuaran siendo tan ingenuos? ¿Tan inteligente para levantar un imperio y tan tonto que no había sido capaz de protegerla?

Se pasó las manos por el cabello varias veces e intentó detener todos sus sentimientos negativos. Respiraba acompasadamente para calmarse. Empezaría por ser más listo y elaboraría un plan para que ambos sobrevivieran.

¿Max creía que acudiría solo? ¿Era tan crédulo en ese tema?

Llegaron al garaje y subieron a la casa. Todos en silencio, el conductor se ofreció a ayudar, pero John le dijo que era mejor que esperara órdenes por si tenía que llevarlos a algún lugar.

Entró en la casa y Rose lo abrazó en cuanto lo vio. Estaba a punto de llorar. La rabia y la impotencia aparecían, junto al dolor y la incoherencia en sus sentimientos.

—¿Qué vamos a hacer? —repetía una y otra vez Rose mientras lo acunaba y lloraba.

—No lo sé —concluyó derrotado.

Observó el salón y vio que en el rostro de todos había sentimientos encontrados. Buscó con la mirada a Michael que le hizo señas para que se acercara. Había extendido un plano de la zona en la mesa del comedor. Había llamado a la policía y otros dos agentes se habían sumado a la reunión. Ellos estaban de guardia en el edificio.

Su amigo abrió una bolsa de cierre hermético e hizo que introdujera allí la nota que llevaba en el bolsillo de la chaqueta del traje. Lo miró y vio sus propias emociones reflejadas.

La ira no podía dominarlos. Debían ser más inteligentes.

—Por supuesto, Max no estará solo. —Michael leyó la nota a través del plástico y la dejó sobre la mesa junto al mapa—. Tendrá gente rodeando la casa. Si ve que llegamos con toda la caballería, la matará y saldrá como la rata que es, huyendo y dejando a sus esbirros que se apañen. Estoy casi seguro de que poseerá una coartada y no podremos atraparlo. —Michael habló sin dejar de mirar el mapa.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó John, observándolo también. Todos estaban colocados alrededor de la mesa.

—Recordé que la cabaña está muy cerca de Rose Hall. Lo imprimí para ver si podíamos buscar una estrategia y aproximarnos. —En ese momento levantó la mirada y la fijó en él. Sabía que no habría nada ni nadie que lo disuadiera de no acudir y que sucediera lo que fuera.

John asintió con la cabeza. Toda la última tecnología para realizar el rescate ya estaba en camino. Micrófonos de larga distancia, detectores de cámaras e infrarrojos. Gafas de visión nocturna. Sensores de movimiento. Todos eran conscientes de que cualquier ayuda sería necesaria.

Llegó la policía e iniciaron el registro de sus declaraciones. Acudirían a la comisaría para ejecutar la denuncia. Últimamente parecía casi una segunda casa, eso sería tras rescatar a Mary, mientras observó cómo Michael seguía estudiando el plano en busca de una manera de poder acercarse y protegerlos. Intentarían atrapar allí a esa rata de alcantarillado y que pagara por todo lo que había hecho.

La muerte no era una opción: la cárcel y la deshonra pública serían su destino. Despojado de todo su dinero y prestigio. Eso era lo que más amaba el envidioso. Quitárselo sería mucho más satisfactorio que matarlo, demasiado benévolo en su opinión. Tenía ganas de asesinarlo, por supuesto, pero el raciocinio superaba al instinto homicida que esa rata despertaba en él.

Fue a cambiarse de ropa en cuánto la ronda de declaraciones terminó. La policía había avisado

ya a los S.W.A.T. El avión que les llevaría a todos hasta allí ya estaba preparado.

Los agentes que permanecían en Elkin estaban avisados de su llegada. Acudirían a la pista de aterrizaje con los todoterrenos que necesitarían, que con seguridad habría utilizado Lowell si quería estar allí con tanta rapidez.

Lo podrían comprobar enseguida. No había demasiados pilotos que volaran a esas horas nocturnas. En la torre de control habría constancia de un vuelo efectuado hacía poco tiempo.

Una vez se cambió de ropa le comentó a Michael su sospecha. Inmediatamente volvió a contactar con ellos. Ya lo había hecho para solicitar el plan de vuelo y de aterrizaje hacía pocos minutos.

Todos estuvieron pendientes de la conversación. No había nadie llamado Max Lowell que volase, pero sí un tal Robert Brooke.

Estuvieron de acuerdo en que, aunque utilizara un nombre falso, se trataba de él.

Ni siquiera prepararon maletas. Comprarían lo que les hiciera falta. El plan ya estaba en marcha.

Él acudiría con uno de los todoterrenos que habían mantenido los agentes, que llevaba activado el GPS, por si el tipo huía con él y los dejaba allí, o incluso por si a alguno de ellos se los llevaba como rehenes. Tenían que pensar en todas las posibilidades.

Tanto los agentes especiales como su personal de seguridad acudiría, rodeando la zona y encargándose de quien vigilara su llegada. Valoraron que la solución partiría de ampliar el ratio para que ellos fueran los que los atraparán por la retaguardia.

Eso suponía un problema debido a que tardarían más tiempo en llegar hasta la cabaña y, por lo tanto, en poder rescatarlos. Confiaban en que John pudiera defenderse y sacar ilesa a Mary.

Michael y él fueron los últimos en salir de la casa y bajar en el ascensor hasta el garaje donde los coches los esperaban para ir al aeropuerto.

—Debes mantener la sangre fría y utilizar el cerebro —dijo Michael, mientras jugueteaba con el llavero que llevaba en las manos. Un gesto nervioso que no le pasó inadvertido a John.

—Lo sé. Estoy tan enfadado y aterrado que temo dar un mal paso y que todo salga mal. —Su rostro debía demostrar la crispación y ansiedad que sentía. No podía dejar de apretar la mandíbula. Notaba el cuerpo en tensión, tanto los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y los nudillos blancos evidenciaban su estado emocional.

Hablaba con tranquilidad por dentro era todo un caos de emociones y quería gritar para intentar quitarse de encima todo el dolor y el vacío que sentía desde que ella había desaparecido.

—Nunca te lo había dicho. Te quiero, hermano. Pase lo que pase, saldremos de esta. —John se quedó sorprendido ante las palabras de su amigo. A pesar de las desgracias que se habían llevado a sus seres queridos, no recordaba que nunca hubiera pronunciado esas palabras con ese sentimiento.

Lo abrazó y le dio unas palmadas en la espalda, intentando no caer en la desesperación o en una situación que los llevara a sentirse avergonzados a los dos. Desde que había sufrido el accidente con la avioneta había estado sometido a un carrusel de sensaciones. Si en otro momento de sus vidas, se lo hubiera dicho no le habría dado el valor que en esos instantes sentía.

Pese a que no era un hombre muy sentimental, notó que un nudo en la garganta apareció y la visión se tornó borrosa. Tragó saliva y aceptó el abrazo de Michael que en cierta manera lo reconfortó.

Cuando se separaron mantuvieron el silencio aparecido tras el abrazo compartido. Puso una mano sobre el hombro de su amigo y hermano, y lo apretó. Asintió con la cabeza y observó que

estaba tan sentimental como él.

La puerta del ascensor se abrió una vez que ambos ya habían recuperado la compostura.

—No dejaremos que ese malnacido se salga con la suya. Recuperaremos a Mary y lo desenmascaremos —dijo Michael, mientras caminaban hacia la limusina en la que se trasladarían.

—Sí —contestó John con un asentimiento.

Una vez estuvieron todos sentados, salieron del garaje. Él se sumió en sus pensamientos. Nadie habló.

Nunca había sido una persona muy religiosa, pero rezó mentalmente para que todo saliera bien y Mary permaneciera ileso.

Mary despertó con la sensación de vértigo y el estómago revuelto. El dolor de cabeza era intenso. Se encontraba desorientada. Si probaba a abrir los ojos la poca luz que captaban intensificaba el dolor.

Probó mover las manos y no pudo. Llevaba una mordaza en la boca y pensó que tenía que intentar no vomitar, si ocurría ese sería su fin. Sentía las piernas acalambradas y conforme despertaban aumentaron sus temblores.

Hacía frío.

El movimiento del lugar donde estaba depositada parecía el de una avioneta.

Sentía algo pringoso que resbalaba en la zona trasera de su cabeza.

Recordaba haber estado a punto de abrir la puerta de su casa para recoger las cuatro cosas que le faltaban, y finalizar así el traslado al ático de John, cuando sucedió. Intentó zafarse del agarre de alguien, pese a todo era mucho más fuerte que ella. Debía llevar un arma en la mano, porque sintió el golpe seco en su cabeza y después la nada.

John era la primera persona que apareció en su mente. Estaría como loco cuándo descubriera que había desaparecido. «¿Iban a matarla?». Se estremeció ante tal pensamiento.

Habían sucedido muchas cosas en poco tiempo y ahora que había encontrado el amor y una pequeña familia, era muy posible que no volviera a verlos. La entristeció, algunas lágrimas invadieron sus ojos, deslizándose por sus mejillas.

Sintió pena porque su consciencia le decía que eso no podía acabar bien. ¿Quién la había secuestrado? El hombre que la había atacado no le había dado opción a defenderse ni a poder verlo. No podía ser Max Lowell porque era un tipo mucho más bajito y hubiera podido derribarlo. Lo habían visto en la gala y no pudo ser peor la impresión que le dio. Ya estaba avisada, sin embargo enfrentarse a él le producía escalofríos.

Esforzándose pudo incorporarse ligeramente, su vista ya se había aclarado y descubrió que estaban en una pequeña avioneta. A su lado había una gran maleta oscura y lo que parecía un maletín con un ordenador. Debía ser un aparato para desplazamientos con muy pocos pasajeros. Hacía mucho ruido y se movía bastante, supuso que debido al mal tiempo.

Estaba muy incómoda. Intentó deshacerse de las ligaduras y solo consiguió herirse las articulaciones que tenía atadas.

Con la mordaza y la boca seca no podía gritar, o al menos hacerse ver y conseguir un poco de agua. Cada vez tensaba más y más la mandíbula, apretando los dientes e incrementado el dolor.

El pensamiento de su muerte volvió a abrirse camino con más fuerza. Intentó encontrar una posición más cómoda, una manta que la cubría por encima resbaló y al no poder recolocarla empezó a perder calor y a temblar, no solo de los nervios, si no, también de frío.

Todavía vestía el traje de la fiesta y un fino abrigo que no la resguardaba demasiado ya que se suponía que estaría solo unos minutos en la calle.

Empezaba a congelarse, cuando notó que la avioneta descendía y al no estar sujeta, rodó por el estrecho espacio.

Con cada minuto que pasaba, se encontraba más asustada. Suponía que dentro de poco aterrizarían y su suplicio desaparecería cuando la mataran. Lo que no entendía era por qué no lo habían hecho ya.

«¡John!», exclamó interiormente. Ella era el cebo para que John acudiera y entonces los matarían. Los dos estaban condenados, sabía que él iría tras ella. Desesperada por no poder gritar intentó moverse, las ligaduras rasgaron más su ya maltrecha piel. El dolor la mantenía alerta.

La avioneta aterrizó y un hombre que salió de la cabina se acercó a ella. Le tapó la cabeza con una especie de saco que ató con una cuerda al cuello. Al menos no lo apretó tanto como para ahogarla, pero sí para que no se moviera. Mary se resistió a perder la poca visión y a que la moviera.

No pudo hacer nada. En unos segundos la colocó sobre su hombro, incrementando las náuseas que creía controladas, al recibir el golpe de su estómago contra el hombro del sujeto.

Le costaba respirar dentro del saco y por la maldita posición en la que la mantenía.

No duró mucho el paseo. El hombre se paró y la depositó en la parte posterior de un coche. Lo supo por la relativa suavidad del asiento sobre el que estaba recostada.

Creía que al menos le retirarían el saco de la cabeza, no obstante continuó con él puesto. Alguien se sentó en el asiento del conductor. Escuchó cómo abrían la puerta y tras sentarse delante la cerraron de golpe. La calefacción estaba en marcha y suponía que el coche estaba preparado para cuando llegaran.

Empezó a sonar música clásica. Estaba desesperada y continuaba intentando zafarse de la inmovilidad. John estaba en peligro. Ya no le importaba su vida, la de la persona que amaba era primordial. Pensó en toda la familia y no quiso imaginarlos pasando otra vez por la pérdida de un ser querido. Recordó cuando Rose le explicó aquellas desesperadas horas en las que pensaron que lo habían perdido en el accidente y que después además se confirmó que había sido provocado.

El coche frenó.

—Pórtate bien. Voy a desatarte los pies y vas a salir del vehículo. Hay nieve. No hagas ninguna tontería. Estoy apuntándote con una pistola. —La voz de Max Lowell se coló a través del saco. Sintió cómo le tocaba los tobillos y que quedaban liberados. Se movió un poco, entonces el dolor aumentó al estirar las piernas. Un desagradable e incisivo hormigueo le recorría ambas extremidades.

El tipo era un impaciente. La cogió por un brazo y la estiró hasta que cayó sobre la nieve. Al menos estaba blanda.

—¡Vamos! ¡Espabila! —exclamó Lowell, instándola a que se levantara.

Le costó, pero pudo levantarse. Todavía llevaba los tacones que acompañaban al precioso vestido. No podía caminar sobre la nieve con ellos, algo que no le importaba a su raptor.

Sintió el cañón del arma presionar contra sus costillas. Para ponerse en marcha decidió quitarse los zapatos que estaban atrapados en la nieve. Eso no le costó mucho. Ya no le importaba morir por congelación.

Le costaba mucho más debido al dolor que sentía en las piernas tras haber estado en aquella posición tan incómoda. Sus músculos temblaban de manera incontrolada y dificultaban la marcha.



Él seguía manteniéndola agarrada por el brazo derecho y estiraba continuamente de ella. Menos mal que no le había cogido el izquierdo, todavía le dolía si hacía algún gesto raro. Parecía que al caminar había dejado de apuntarla.

Quería gritar pese a que sabía que no serviría de nada. Aunque no llevara la mordaza tampoco podría hacerlo, la sequedad en la boca no se lo hubiera permitido. Su mente era un caos. Tenía miedo de lo que le sucedería, aunque sentía mucho más temor por lo que podría hacerle a John.

—¡Camina! —exclamó cuando volvió a detenerse. La zarandeó.

Estaba agotada. Solo quería tenderse en la nieve y dejarse ir. El peso de ser la culpable de que Max Lowell la atrapara y matara a John suponía demasiado para ella.

Sin poder evitarlo continuó caminando.

Escuchaba su propia respiración agitada. La situación le estaba pasando factura, aunque se había recuperado de la infección, la verdad era que no estaba al cien por cien, como antes de todos los eventos vividos. No se consideraba una persona muy deportista, le gustaba caminar, mientras disfrutaba en su pequeño refugio, aprovechaba para vagar por aquel querido bosque y en la ciudad intentaba hacerlo al amanecer, por lo que los esfuerzos en aquellos momentos le suponían un enorme sacrificio.

—¡Quieta! Levanta un pie, hay un escalón —le ordenó. Lento y como si intentara calcular el espacio que tenía que subir, elevó la pierna y sintió con su entumecido pie por el frío una superficie más dura que estaba igual de helada que la nieve sobre la que se habían desplazado.

Levantó el otro pie y subió la elevación, quedándose quieta después. La soltó de golpe y casi cayó al intentar mantener la postura.

—No te muevas. Te estoy apuntando —dijo el hombre. No tenía fuerzas para intentar escapar. No veía casi nada a través del saco, era de una tela bastante tupida. Solo notaba si había relativa luz o no, y en esos momentos todo estaba a oscuras. Debía ser de noche, ¿quizás poco antes de la madrugada?

Aunque pudiera moverse, ¿a dónde iría? No sabía dónde estaba. Era una situación que la sobrepasaba. Estaba a punto de derrumbarse. Quería hacerse un ovillo y mecerse mientras se abrazaba a sí misma. Sabía que solo recuperaría las fuerzas físicas y mentales si John estaba con ella y eran libres. Que todos aquellos intentos de matarlo desaparecieran. Su mente le jugó una mala pasada al recordar la intimidad que había sentido cuándo hicieron el amor por primera vez. Un sollozo involuntario salió de su boca. El sonido quedó amortiguado por la mordaza. Las lágrimas descontroladas humedecían sus mejillas.

—¡Camina! —ordenó de nuevo. Parecía que había abierto la puerta de una casa. La empujó. Le asqueaba que la tocara y que continuamente tirara de su brazo, dañándola.

El lugar debía estar abandonado. No sintió calor al entrar, pero no hacía tanto frío como fuera. Debía de haber alfombras en el suelo, notó su textura mientras caminaba. Llegaron a su destino, o al menos eso supuso cuando la absoluta oscuridad desapareció para dar paso a la luz que atravesaba la ropa del saco.

En la espalda percibió de nuevo el arma que la apuntaba, instándola a volver a caminar. Dio unos pasos vacilantes hacia delante hasta que chocó contra algo. No quería imaginar lo que era. Pronto salió de dudas.

—¡Siéntate! —ordenó mientras la giraba. Lo hizo y percibió entonces la suavidad de un colchón. Empezó a respirar sin tanta agitación y pensó que el olor de la estancia le era familiar. Los temblores se agudizaron. Quería negarlo, sin embargo su instinto le señaló que estaba en su casa. Le desató las manos y la empujó para echarla sobre la cama, girándola para que quedara

bien colocada sobre ella. Unos segundos más tarde sintió cómo le atrapaba con la mano el tobillo izquierdo y lo rodeaba con una cuerda para sujetarlo, separándole las piernas. El horror provocó que intentara levantarse y mover la pierna para juntarla con la otra.

El fuerte golpe que recibió en la cara aumentó su dolor de cabeza y la dejó aturdida. Tuvo que volver a echarse para evitar un nuevo golpe y controló el vómito que la amenazaba desde que había despertado en la avioneta.

Impotente, dejó que le atara ambos tobillos a la cama, dejándola totalmente incapacitada para poder moverse y expuesta a lo que quisiese hacer con ella. Atontada todavía él aprovechó para estirarle los brazos y ligarlos a la cabecera de la cama. Quedó con los brazos hacia arriba y las piernas separadas. Su hombro izquierdo protestó por la forzada posición.

Retiró la cuerda que rodeaba su cuello y el saco desapareció. Parpadeó cuando la intensa luz artificial provocó que sus pupilas sufrieran hasta que las acostumbró y pudo ver con claridad.

Sus sospechas se cumplieron. Estaba en la casita del bosque. En la cama dónde John había pasado las noches, mientras estuvo con ella incomunicados por el temporal.

Los familiares muebles no le transmitieron ninguna seguridad. Al contrario, si algo desagradable sucedía no sabía si sería lo suficientemente fuerte para poder volver allí nunca más. Fijó sus ojos en Max Lowell cuando apareció en su campo visual. La maldad que desprendían estaba en pleno apogeo, no podía engañarla en esos momentos. No era que pasara algo desagradable, sabía que iba a morir y a sufrir durante el proceso.

—Eres muy guapa —le dijo con un tono que desprendía lujuria a la vez que se sentaba en la cama y con un cuchillo empezaba a cortarle la ropa. Miedo y pánico inundaron su ser.

Volvió a moverse intentando apartarse de él. Una bofetada le cruzó la cara. Era un hombre muy cruel. Este concepto le quedó muy claro a la vez que la lascivia empezaba a aparecer en sus ojos. Iba a violarla y no podía hacer nada para evitarlo.

—Vamos a jugar un rato antes de que aparezca tu novio. Quiero que vea la obra de arte que voy a crear sobre tu cuerpo —masculló y continuaba retirando la poca ropa que quedaba sobre su cuerpo.

Lo importante ya no era el dolor físico, era la indefensión y la violación con la restricción que estaba practicando sobre ella. Estaba desolada al pensar cómo iba a sufrir a manos de ese sádico y cómo la encontraría John. Eso lo lastimaría en lo más profundo de su alma. Todo para al final morir. Estaba segura de que este malnacido los asesinaría a los dos. Y conociendo sus malas artes, pensaba que encima tendría una coartada que lo libraría de todo aquello.

Lo que desconocía era cómo la policía los encontraría, buscando culpables y no habiendo nada que lo relacionara con ellos. A no ser que incendiara la casa con ellos dentro. Oh, Dios. Era una idea horrible.

—Bonita ropa interior —susurró. Estaba horrorizada. Se había puesto un conjunto muy sexy pensando en John. El sujetador de media copa con encaje color azul eléctrico producían el efecto de que sus pechos se vieran más pálidos en contraste con el intenso tono. Un tanga a conjunto que no dejaba nada a la imaginación lo acompañaba.

Con el afilado cuchillo corto el enganche delantero, dejando sus senos al descubierto. La vergüenza hizo que su rostro enrojeciera y giró la cara para no mirarlo. Estaba tan aterrada que pensó que entraría en *shock*. Por favor, pensó, que alguien la ayudara. No podía gritar ni moverse. Con toda seguridad iba a volverse loca.

—Un regalo para la vista —escuchó que decía el muy cabrón. Intentó retorcerse cuando el apesó un pezón, lo apretó y retorció produciéndole un intenso dolor. Para su mayor desesperación

pasó su asquerosa mano por su abdomen y llegó hasta el tanga, acariciando su pubis mientras chupaba y mordisqueaba el pezón que antes había maltratado.

—Estás seca. Ya te humedecerás y suplicarás que te lleve al orgasmo. —La satisfacción que sentía Max se transmitía a través sus palabras y el tono en que las pronunciaba—. Gritarás mi nombre y te olvidarás de tu querido John y ¿sabes qué es lo mejor? Lo harás mientras él nos mira.

«Dios mío», no podía ser verdad estar viviendo esa pesadilla. Era un sádico que iba a disfrutar tanto con su dolor físico como con el mental. Estaba segura de que para John iba a suponer una intensa tortura.

Dejó de tocarla y levantándose salió de la habitación. La sensación de suciedad y asco que sentía por sí misma estaba a punto de llevarla a la locura.

Volvió y se sentó de nuevo en la cama, puso un cuchillo ante ella y le sonrió con una crueldad que hizo que su estómago se tensara. Intentó gritar, la mordaza continuaba en su boca y percibió el sabor de su propia sangre. El agarre le había producido heridas en las comisuras de la boca.

Sin mediar palabra le colocó el cuchillo sobre sus costillas debajo del seno izquierdo. Su tórax se movía arriba y abajo de manera descontrolada debido a la agitada respiración. Cortó su piel sin ninguna compasión, él quería que ella sufriera. No sabía si la herida era muy profunda, sangró porque notó el líquido caliente que resbalaba. Un intenso dolor y escozor se mezclaron.

Lloró abiertamente sin esconderlo, con toda probabilidad era lo que él quería. Había iniciado su tortura y le desesperaba vivirlo. No podría soportarlo. Sintió que se mareaba y cuando unos puntitos oscuros aparecieron mientras miraba al techo apareció una dulce sensación de dejadez y al final perdió el conocimiento.

Lo había conseguido. Se sentía exultante al pensar en que ella estaba en sus manos y que sería el cebo perfecto. Todo había funcionado según lo previsto. Limpio y rápido. Su ejecutor era el mejor. Había hecho bien en volver a contratarlo. Quizás buscaría más víctimas con el tiempo para seguir jugando y él sería su mejor aliado. Pagaba muy bien, pero si todo continuaba según sus caprichos, le aumentaría la bonificación.

El tipo del aeródromo también había actuado según sus indicaciones. Sin preguntas. Pagó en metálico y tras ello desapareció con el mismo silencio con el que había aparecido.

Ella no había tenido ninguna oportunidad de escapar.

El vuelo nocturno había resultado perfecto. Nadie sospechaba de él y sabía que John acudiría, creyendo que al entregarse la salvaría. Advertido de que no hablara con nadie no se arriesgaría. Y si no cumplía sus demandas, los mataría a ambos y desaparecería.

Aquellos días, mientras tramaba el secuestro y todo el proceso, había buscado una vía de escape por si las cosas no funcionaban y en el plan el muy imbécil involucraría a la policía y a sus agentes privados.

Poseía una nueva identidad falsa y suficiente dinero en Canadá para iniciar una nueva vida. Mantendría un perfil bajo durante una temporada, no le importaba si a cambio podía matar a John. Lo de su novia era un «extra».

Comprobó, durante un tiempo, que la cabaña no tuviese vigilancia ni personal ni electrónica. Hizo que cambiaran todas las cerraduras, inventándose que era su casa y que habían intentado robarle. Contrató a unos cerrajeros de Nueva York y todo el mundo le creyó. Guardaba un todoterreno en el garaje con una matrícula de Canadá. En el aeropuerto de allí le esperaba otro

vehículo comprado con otra identidad falsa, así nadie lo relacionaría y perderían tiempo investigando un coche y un propietario que no existían. Eso le facilitaría más tiempo.

Hacía mucho frío en la cabaña, y él ardía en deseos de maltratar la propiedad de John, la muy querida Mary.

Jugó un rato con ella y, cuando empezaba a disfrutar y su erección empujaba con fuerza contra sus pantalones, perdió el conocimiento. Detendría el juego un rato, la quería bien despierta. Sabía que disfrutaría mucho más de su sufrimiento si permanecía consciente.

Barajaba grandes ideas para practicar con ella, aunque no podía adelantarse en todo. Necesitaba que llegara John. El momento álgido antes de matarlos sería cuando lo obligara a ver cómo se la tiraba. Utilizaría todos los trucos que pudiera para que se mantuviera excitada. Ella no querría, pero él lo conseguiría y John sufriría mucho más que si era él quien recibiera todas las heridas y quemaduras que pensaba practicar sobre esa piel tan tersa y suave.

Sí, todo salía a pedir de boca. Felicitándose a sí mismo se levantó y caminó hacia el comedor. Encendió la chimenea y la caldera. No quería pasar frío. El entusiasmo por iniciar el juego había quedado en suspenso y empezaba a notar las bajas temperaturas de la cabaña.

Mientras se caldeaba la estancia, salió a comprobar que no hubiera nadie en los alrededores. Cuando él llegara, oiría el ruido del motor del coche. Además de que recibiría un mensaje de su gente. Fue hasta el todoterreno en busca de una mochila donde llevaba ropa más cómoda para disfrutar de su pequeño entretenimiento.

En el vehículo guardado en el garaje tenía un par de maletas con todo lo necesario hasta que pudiera establecerse. Había incluido bebida y comida. No podía dejar nada al azar.

Volvió a la casa y tras una ducha caliente se cambió de ropa. Comprobó que ella seguía desmayada. Le daría un poco más de margen, en cuanto se cansara, la despertaría por las buenas o por las malas.

Pensaba que su invitado estrella no tardaría en aparecer por la puerta, y se obligó a ser un poco más paciente. Buscó en la cocina algo de beber y la grata sorpresa fue descubrir que había una botella de un buen vino, la abrió y mientras la dejaba respirar comprobó a través de la ventana que todo se hallaba tranquilo.

Tomó una copa y fue a sentarse sobre el cómodo sofá. Bebió un sorbo y lo paladeó. Le gustaba el lugar. Era una pena que tuviera que quemarlo. Quizás compraría algo parecido en otro lugar. Tanto si mantenía su identidad como si utilizaba la falsa.

En su mente comenzó imaginar qué pasos seguiría con el afilado cuchillo que había dejado sobre la mesita de noche de la habitación. La pistola no registrada descansaba al lado para tener ambas armas a mano. No quería que lo pillaran desprevenido.

Su objetivo era destrozarse psicológicamente al magnate, matarlo y después quemarlo junto a su querida Mary.

Una maravillosa idea.

Comenzó a reír y a recrearse en su maldad.

## Capítulo 18

*E*l silencio reinaba en el interior del helicóptero que los llevaba hasta el aeródromo en dónde les esperaban los todoterrenos para desplazarlos hasta las inmediaciones de la cabaña de Mary. Solo el sonido del viento y del motor de rotación inundaba el espacio. Era un grupo de tres aparatos, entre la familia, sus agentes y el equipo de los S.W.A.T, necesitaban espacio. Nadie había querido quedarse en casa.

Habían repasado una y otra vez el plan de actuación. John acudiría solo en uno de los vehículos a la casa e intentaría ganar todo el tiempo posible hasta que los agentes cercaran a los hombres que había contratado Max Lowell.

Esa información había sido obtenida gracias a las extrañas conversaciones que habían recogido al pinchar sus comunicaciones.

John no estaba preocupado por su seguridad, solo por la de Mary. La había arrastrado a toda esa situación sin querer.

Le habían colocado un micrófono de última generación sobre la piel y una microcámara en uno de los botones de la camisa. A pesar de que les había explicado varias veces la disposición de la casa, querían mantener toda la información de escucha y visual posible.

El todoterreno llevaba el GPS activado para evitar una posible huida con ese vehículo. Estaban casi seguros de que en la pequeña cabaña solo se encontraban Mary y Max.

Sentía miedo al pensar lo que ese animal podía llegar a hacerle en el tiempo transcurrido a solas. Habían infravalorado el odio que le tenía; el tipo llegó al extremo de intentar asesinarlo varias veces.

Tras la exhaustiva investigación que la policía realizó, descubrieron que aunque cubría muy bien todos sus pasos, era un sádico dominante. Una de las chicas que había contratado habló con ellos cuando la presionaron un poco, explicándoles todas las barbaridades que le había hecho y la fama que mantenía entre las acompañantes de alto nivel.

Todo empezaba a tomar forma. Habían descubierto desapariciones de hombres y de mujeres en circunstancias extrañas, pero que estaban de alguna manera relacionadas con él. En la actualidad investigaban que, tanto el accidente de Paul como el asesinato de un hombre en un motel en las inmediaciones, fueran en realidad víctimas suyas directa o indirectamente.

A pesar del ambiente caldeado del helicóptero, notaba un sudor frío que casi no le dejaba pensar con claridad, el olor a motor y a gasolina se mezclaba con el de las personas con las que compartía espacio. Sabía que en esos instantes, más que nunca, tenía que agudizar su intelecto e intentar darle toda la cuerda que pudiera para salvar a Mary.

Todo el tiempo que ganara negociando con él lo emplearía para que la policía y sus agentes llegaran a punto para salvarlos.

En el exterior reinaba la oscuridad. Una tenue luz iluminaba la cabina. Michael estaba sentado a su lado, mirando hacia el exterior sumido en sus pensamientos. En frente Bob sostenía a Rose, por

cuyo rostro resbalaban lágrimas. Ni siquiera encontró los ánimos de intentar consolarla con alguna palabra que, seguro, sonaría vacía en aquellas circunstancias.

No hacía más que darle vueltas a qué hubiera sucedido si la hubiera acompañado hasta su apartamento.

«¿Estarían los dos retenidos o muertos?».

Podía imaginar a Max experimentando su triunfo al tenerlo postrado a sus pies, lo que él no había calculado era que la policía lo sabía todo. Perder por perder, mejor manteniendo a todo el mundo involucrado. Además de que si no lo hubiera hecho, Michael lo habría acompañado de todas formas, así que, mucho mejor con refuerzos.

No tenía el control sobre nada desde hacía demasiado tiempo. Había sido un iluso, creyendo que todo pasaría y que lo encerrarían para toda su vida en la cárcel. Bien, en esos momentos se presentaba la oportunidad, aunque no descartaba matarlo con sus propias manos pese a reconocer que no era lo correcto. Las personas poseían un límite y el suyo ya había sido rebasado.

No había vuelto a nevar y eso facilitaba las cosas. Al girar la cabeza hacia la ventana pudo ver las luces del aeropuerto. Durante el vuelo les habían transmitido las noticias de que constaba la llegada de una avioneta hacía un par de horas. Quien fuera que permaneció entonces en la pista de aterrizaje ya había desaparecido.

Sus hombres habían encontrado huellas recientes de un todoterreno y en la pequeña torre de control solo constaba ese aterrizaje.

Poco a poco el helicóptero fue descendiendo. En cuanto tomaron tierra todos salieron de manera ordenada, con el cuerpo inclinado hasta que estuvieron a suficiente distancia de las aspas para que no ocurriera ningún accidente no esperado. La noche avanzaba y el frío era mucho más intenso.

«¿Estaría ella sufriendo?».

No quería ni pensarlo, solo deseaba con todas sus fuerzas llegar cuanto antes allí y hacer lo que fuera necesario para restablecer su seguridad, incluso si tenía que morir.

A la mente le vino la primera imagen que guardaba de ella, su sincera preocupación reflejada en el rostro porque no se hubiera congelado.

—¿Estás preparado? —preguntó Michael que se había colocado a su lado y apoyó la mano sobre su hombro. No era consciente de que estaba parado delante del coche que conduciría él mismo.

—No. —Negó con la cabeza mientras miraba a los ojos a su amigo. Vio el reflejo de su propia mirada en él. Desesperación e ira—. Estoy mortalmente asustado, lo único que quiero es que ella se encuentre bien.

—Vamos a intentar que todo salga bien. Recuerda el plan. Llevas el señalizador en el coche, el micro y la cámara en el botón de la camisa. Nosotros vamos a limpiar el bosque, mientras lo entretienes.

Ambos asintieron. Rose y Bob se acercaron y los cuatro unieron sus cuerpos en un único abrazo. No había tiempo para nada más.

Subió al todoterreno y con el corazón palpitando contra su tórax inició el viaje más difícil de su vida en muchos años. Concentrado utilizaría todas las armas que había manejado para llegar a ser el gran empresario que era en la actualidad y efectuaría la transacción más importante: salvaguardar la vida de Mary.

Controló el tiempo para que los agentes pudieran acotar el terreno que debían comprobar. Permanecería a ciegas un tiempo. Hasta que no llegaran a la casa no sentiría una ligera vibración

en una de las botas que llevaba como calzado. Un ingenioso sistema bien escondido para mantenerse en comunicación. Sabía que Max lo registraría en cuanto entrara en la cabaña.

Alcanzó la pequeña explanada en la que se encontraba la cabaña. Solo, tal y como había solicitado el asesino. Aparcó detrás mismo del otro vehículo. Bajó y observó las luces encendidas.

Tenía miedo. Sudaba sin poder controlarlo a pesar del frío nocturno. Caminó despacio con la intención de mantener la respiración acompasada. No se escuchaban gritos. No sabía qué pensar, si era bueno o malo.

Llegó hasta la puerta y la abrió. Esperaba ver a Mary sentada en el pequeño salón. No estaba. Había luz en el pasillo y venía de la habitación donde él había dormido, mientras habían estado allí los dos.

—Ya estás aquí —comentó Max Lowell desde una esquina de la cocina. No lo había visto. Estaba tan ansioso por ver a Mary que no pensó en hacer un barrido con la mirada del reducido espacio. Lo apuntaba con una pistola.

—Sí, tal y como pediste. Ya puedes liberar a Mary. —La cara de Lowell reflejaba tal maldad que en ese preciso instante supo que ninguno de los dos saldría vivo de allí. Los agentes no llegarían a tiempo. ¿Cuánto tendrían que sufrir? A pesar de que todo su interior temblaba de miedo y rabia intentó mantenerse frío e inexpresivo. Ese juego era demasiado importante.

—¿No quieres verla? —Ahí cometió un fallo. La cámara y el micro seguían funcionando, para no darle más ideas asintió simplemente con la cabeza—. Pasa.

La sonrisa junto con la carcajada que le dedicó al decirlo le heló la sangre. Le indicó con la pistola el camino hacia la habitación. Sin pensarlo dos veces dirigió sus pasos hacia la habitación. Cuando llegó al umbral y observó a Mary sobre la cama atada y con signos de violencia en la cara y la ropa cortada, estuvo a punto de volverse loco y dirigir toda su ira contra el pequeño gusano cabrón.

Sabía que no podía hacerlo. Sería su muerte segura. Un movimiento equivocado y ninguno de los dos saldrían de la pequeña cabaña y su captor escaparía impune.

La miró fijamente, intentando transmitirle una tranquilidad que ni el mismo sentía.

—Está guapa, ¿verdad? —escuchó la voz de Max detrás suyo y sintió el cañón de la pistola contra su espalda, instándolo a que entrara en la habitación.

Dio un par de pasos y se giró.

—¡Suéltala!

—¡No!

—¿No?

—En la nota no decía nada de que la soltaría. Además albergo grandes planes para los dos. En realidad vamos a pasarlo muy bien los tres juntos. —Estaba loco. Era un demente y un degenerado.

Esa situación en cierta manera les daba la ventaja de que los agentes conocían su posición en todo momento.

—¡Siéntate! —le ordenó y señaló el sillón que había en una esquina de la habitación.

No quería mirar a Mary, pero a la vez no podía dejar de hacerlo. Observó su respiración agitada y el intento por contener las lágrimas que se acumulaban en sus precisos ojos y que le hablaban sobre el sufrimiento ya vivido. Tenía en la cara magulladuras y llevaba una mordaza. Ni siquiera podía gritar.

Giró la cabeza para mirar a Max, mientras ocupaba el lugar que le había indicado. El tiempo se

había paralizado para todos ellos. No podía evitar pensar en cuánto les quedaba.

—¿Crees que tus pobres intentos de sobrevivir van a ser efectivos?

—¿Cómo dices?

—No soy tan tonto como para creer que has venido solo —dijo sin moverse del sitio.

Sin inmutarse pensó que quizás se estaba marcando un farol. No emitió ni un solo sonido, ni afirmando ni negando. Creía que les quedaba muy poco, pero intentaría alargarlo lo máximo posible.

—Ya me tienes aquí, deja que Mary se marche. —El tono de voz no concordaba con su estado. Era como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y actuara por inercia.

—Has entrado aquí solo, pero seguro que vienes acompañado de gente que se ha quedado fuera. No te preocupes, yo también. Esto va a ser muy interesante porque voy a ganar. Vais a morir los dos y yo desapareceré. Lo he dispuesto todo. —Volvió a mostrar su diabólica sonrisa a la vez que le seguía apuntando.

—No sé qué ganas con todo esto. Tendrás que huir de la policía el resto de tus días.

—Eso es lo que tú piensas. No será así. Un pequeño paso por quirófano me dará la libertad y con mi inteligencia volveré a triunfar en los negocios como ahora. Solo que tardaré un poco en poder reaparecer y será en otro país. ¿Ves lo inteligente que soy? —En ese momento utilizó la pistola para señalarse la cabeza.

Podía observar a Mary por el rabillo del ojo cómo intentaba liberarse sin dejar de mirarlo, mientras Max desvariaba, porque eso era lo que estaba haciendo.

Si ellos no salían vivos de allí estaba convencido que Michael no pararía hasta encontrarlo.

Max se sentó sobre la cama al lado de Mary, en ese momento ella dejó de moverse. Parecía paralizada.

—Es bonita. No había esperado que después de darme tantos problemas esté haciendo que pase tan buen rato.

John puso las manos sobre los reposabrazos y apretó con todas sus fuerzas. Hasta entonces las había mantenido sobre las rodillas. Ambos se miraban fijamente, midiéndose. Sabía que no podía mover ni un músculo porque él era capaz de pegarle un tiro a Mary en pocos segundos.

Tenía que confiar en que llegarían a tiempo de salvarlos. Hacía rodar la pistola alrededor de los pechos de Mary en círculos lentos.

—¿No te excita? Porque yo estoy duro como una piedra. —Mientras lo decía se acariciaba el pene con la mano libre.

—No —dijo seco. Y no lo hacía. ¿Qué clase de animal pensaba y sentía así? Uno muy enfermo pensó.

Max no dejaba de sonreír y medio gemía. En cambio John estaba a punto de vomitar. Aprovechó que él se había concentrado en Mary para ver que al final ella había podido soltar uno de los pies.

Intercambiaron una larga mirada, comunicándose como solo dos personas que se aman podían hacerlo. Pequeños signos que podían interpretar el uno del otro. Iban a actuar. Mary movió la pierna hacia la derecha, indicándole que iba a girarse en esa dirección. Se retorcería, mientras él debía abalanzarse sobre Max e intentar quitarle la pistola, pensó rápido. John era más fuerte y aprovecharía el factor sorpresa. Una única oportunidad para salir vivos.

Mary había despertado sola en la habitación. El malnacido no estaba allí y no escuchaba donde podía estar.



No supo cuánto tiempo pasó hasta que vio a John en la puerta de la habitación. Sintió alivio y vergüenza a la vez. Su desnudez no era importante ahora, solo lo era salvar sus vidas. Había escuchado su voz y casi no pudo evitar la compulsión de gritar que se fuera. El tipo estaba loco de remate.

El dolor en el brazo izquierdo pasó a ser casi insoportable por la posición forzada en la que la mantenía, pero escuchar la voz de John le dio fuerzas para aguantar un poco más. Había estado a punto de volver a desmallarse.

Continuaba luchando contra las ligaduras, mientras estuvo sola. Casi había conseguido liberar el pie derecho cuando John entró. No podía dejar de mirarlo incluso en el momento en el que jugaba con su cuerpo. Quería comunicarse con él. Sintió algo, un ligero alivio al comprobar que descubría que su pie estaba fuera de su atadura.

No tendrían más que una oportunidad. Ella forzaría la posición, girándose hacia la izquierda. Golpearía a Max con la pierna y él debería quitarle el arma. No sabía si funcionaría. Tantas cosas como quería decirle y quizás ya no tendría la ocasión.

Antes de iniciar la acción, le señaló con la mirada cuánto lo quería y, a la vez se despidió por si no salía bien la estratagema que intentarían para poder salir con vida. Max era un psicópata que iba a asesinarlos y la tortura estaba implícita en sus acciones.

Cuando él asintió con la cabeza ligeramente ella giró su cuerpo todo lo que pudo. No vio lo que sucedió ya que tras golpearlo quedó boca abajo. Solo notó que la empujaban y caían sobre su espalda. Pesaban mucho y su hombro izquierdo cedió, luxándose. Era tanto el dolor que casi perdió el conocimiento.

El peso desapareció de golpe y regresó a la posición inicial. Entonces pudo ver a los dos hombres que luchaban por controlar la pistola. John que era más alto intentaba quitarle el arma mientras Max intentaba apuntarle.

—Morirás— susurró entre dientes el psicópata a la vez que forzaba la posición para disparar a la cabeza de John—, y después con tu cuerpo todavía caliente, quemaré viva a tu novia. Todo parecerá un accidente y escaparé, dejando en llamas la cabaña.

Mientras forcejeaban el arma se disparó una vez y el proyectil impactó contra el techo.

Mary gruñó todo lo alto que pudo con la mordaza, ambos hombres se movían como a cámara lenta. Max le dio una patada en la pierna a John con lo que lo desestabilizó y pudo bajar la pistola hasta colocarla entre los dos.

Otro fogonazo salió de la pistola y todos se quedaron paralizados. El olor a carne quemada impregnó la habitación. Mary pensó lo peor. Había matado a John. Gritó y gritó sin parar.

Los dos hombres reiniciaron la lucha. La sangre manchaba las ropas de ambos. Unos segundos más tarde, el bronceado artificial de Max pasó a ser de un color más pálido. Entonces abandonó la lucha y separándose de John miró sobre su pecho. ¿La sangre era de él? Mary no era consciente de lo que sucedía, solo podía pensar en John y en que estaba muriendo. Desde donde estaba no podía ver el semblante de Max, primero estupefacto y después de incredulidad.

Su cabeza se movía negando. La respiración de John era agitada. Cuando vio que ambos cesaban la lucha dejó de gritar. Miró a John que estaba cara a ella. A pesar de todo, se veía tranquilo y no dejaba de observar a su oponente. Levantó la mano derecha y vio que le había quitado el arma a Max.

Todo quedó en un silencio solo roto por sus respiraciones agitadas. Max tenía las manos sobre el pecho y la sangre las empujaba así como una gran mancha se extendía sobre su ropa.

Miró a John lívido, volvió a negar con la cabeza y se desplomó sobre el suelo. Mary observó

como él se arrodillaba junto al cuerpo y comprobaba el pulso del asesino.

—No tiene pulso —sentenció John.

Casi no se atrevía a respirar, el alivio que la inundó solo quedó eclipsado por la abrupta interrupción de los agentes en la casa. John fue rápido en apartar la pistola. Antes de que entraran en la habitación, gritó para decir que estaban bien mientras cubría la desnudez de Mary y comenzaba a retirarle el resto de las ataduras y la mordaza.

Mary no podía dejar de llorar y temblar. Estaban vivos. No importaba el dolor que sentía en su cuerpo y sobre todo en su brazo lastimado.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —No podía parar de preguntarle. Puso sus manos sobre sus mejillas. Él también tenía lágrimas en los ojos.

La policía junto con los agentes entraron en tropel en la habitación. Lo único que ella quería era que se llevaran el cuerpo y los dejaran a solas. Supo que no sería posible cuando vio a Michael, Rose y Bob en la puerta.

John la levantó envuelta con la sábana y la sacó de allí. Una vez estuvieron en el salón se sentó y la mantuvo envuelta en sus brazos. Todo el mundo hablaba a la vez. Ella no tenía ganas de hablar. Escuchó decir a alguien que estaba en *shock*. Quizás era cierto. Solo podía llorar. Le dolía todo el cuerpo. Sentía que el olor a sangre impregnaba el ambiente. La herida que le había hecho con el cuchillo todavía escocía. No era capaz de articular una sola palabra. Negaba con la cabeza y lloraba. Con la boca seca y con sabor a sangre no quería abrirla. Era incapaz de pedir agua, al menos para aliviar la sequedad de la boca.

Querían llevarla de nuevo al hospital. Por supuesto, negó con la cabeza. John la miraba fijamente. Inmediatamente supo que quería volver a casa, llegar a Nueva York y quedarse con John en su habitación durante días. Quería disfrutar de su compañía. Nunca había pasado tanto miedo.

John temblaba tanto como ella y eso que todavía llevaba el abrigo con el que había llegado. Él tampoco les hacía mucho caso. Se balanceaba ligeramente con ella como si acunara a ambos consolándolos tras la situación vivida. Con los ojos brillantes por lágrimas que también empezaban a resbalar por su hermoso rostro.

—¿Está muerto? —preguntó Mary al final en un susurro lo que le costó un gran esfuerzo al forzar la voz—. ¿De verdad está muerto?

—Sí, lo está. Yo mismo lo comprobé. Nunca más volverá para hacernos daño. Te lo juro. —Su voz grave tenía ciertas connotaciones que le invitaban a pensar que estaba tan aterrado como ella.

Uno de los agentes se acercó y les dijo que tendrían que declarar en la comisaría. Michael les prometió que acudirían al día siguiente. Iban a quedarse en el hotel en que se quedaron la noche de la explosión de la casa. No tenían ánimos de volar a Nueva York. Decidieron que revisarían el hombro de Mary y que un médico lo colocaría de nuevo para que cediera el dolor.

Cuando les permitieron salir de la cabaña, subieron al todoterreno que había conducido John. Mary continuó en sus brazos, carecía de fuerzas para caminar. La colocó en la parte posterior, mientras seguía abrazándola. Rose, a la que habían dejado llegar hasta a ellos, se acercó un momento y le acarició suavemente el rostro. También había lágrimas en el rostro de la mujer que parecía haber envejecido de golpe. Después subió en el lugar del copiloto.

Bob conducía y Michael los seguía con otro coche y parte de la policía, que se dirigían al pueblo. Los demás, según había escuchado cuando salían de la cabaña, esperarían a que llegara el forense para el levantamiento del cadáver y a que la policía científica ejecutara su trabajo, aunque todo era bastante cristalino.

El silencio solo quedaba roto por los suspiros de Rose y el motor del vehículo. La carretera

permanecía despejada y enseguida llegaron al hotel. Michael había llamado antes para reservar tres habitaciones. Primero pasaron por el centro de salud para que visitaran a Mary.

Llevaban pequeñas bolsas de viaje con ropa para todos. No le preocupaba, sabía que ellos se ocuparían de esas nimiedades.

Todos entraron en la habitación que estaba destinada a John y ella.

—Voy a prepararte un baño caliente —dijo Rose en dirección al aseo.

John no había dejado que diera ni un paso. No había querido mirar en la recepción del hotel si los observaban. Fue Michael quien cogió las tarjetas de las habitaciones, subieron en el ascensor y por el pasillo enmoquetado pudieron ver que estaban todos en el mismo piso y unos al lado de los otros.

Mientras esperaban que Rose le indicara que el baño ya estaba a punto, John la abrazaba sobre sus piernas. Tan solo durante la visita había dejado de mantener contacto con ella. Michael y Bob permanecían delante de la puerta de cristal que daba a la terraza con la mirada fija en el exterior.

Parecía que nadie quería hablar sobre lo sucedido. Con la mejilla apoyada sobre el hombro de John y él le acariciaba el cabello, sus sentimientos eran confusos, por una parte se sentía sucia por lo que le había hecho pasar Max y por otra las caricias de John eran balsámicas.

Le daba pequeños besos en la cabeza y acariciaba su brazo izquierdo, casi había olvidado el intenso dolor que había padecido por la postura a la que la había obligado a estar el asesino.

Sonó el teléfono de Michael, rompiendo el silencio.

—Sí, claro. No hay problema. ¿Cuánto tiempo estará cerrada? Perfecto. Ya nos avisarán. —Colgó el teléfono—. Ya ha ido el forense. Se han llevado el cadáver, pero no podremos entrar allí hasta que la científica termine su investigación. He pensado que después enviaremos una brigada de limpieza.

Les comentó a todos.

—Quiero quemar esa cama junto con el colchón —susurró Mary.

—No lo volverás a ver. Me encargaré de todo. —John habló con tranquilidad. Cuando miró a Michael podía apreciarse la ira. Su amigo asintió. Mary observó la escena, supo que él era capaz de reponer todo el contenido de la pequeña casa. No tenía fuerzas para luchar contra ello.

Rose entró entonces anunciando que el baño ya estaba preparado.

John la llevó hasta la estancia y la dejó sentada sobre el la taza del váter.

—¿Quieres que me quede? —preguntó John que se agachó hasta que estuvo a la altura de sus ojos.

—No hace falta, Rose me ayudará —contestó, mientras esbozaba una ligera sonrisa que no le llegaba a los ojos y levantaba la mano derecha para posarla sobre la mejilla del hombre.

Asintió lentamente e incorporándose salió de la estancia. Rose entró entonces y cerró la puerta. Las lágrimas inundaban sus ojos, pero no quería que nadie las viera, aunque sabía que no podría escondérselas a la mujer. Ella tenía las mejillas húmedas. Supuso que con la excusa de ayudarla también había intentado no mostrar sus sentimientos delante de los hombres. Aunque en el fondo parecía una bobada en comparación a seguir todos con vida.

Al incorporarse no pudo evitar abrazarla. Necesitaba estar sola con John y a la vez agradecía que fuera Rose la que la ayudara a bañarse y curara sus heridas físicas. Sentía vergüenza de mostrarlas, sabía que le acompañaría toda la vida y eso haría que no olvidara nunca lo sucedido. Por otra parte creía que eran como cicatrices de guerra. Habían sobrevivido a todo el descontrol al que habían sido sometidos durante todo ese tiempo.

Cuando ambas se calmaron, Rose le quitó la ropa o lo que quedaba de ella y la ayudó a entrar

en la bañera. Sintió escozor cuando el agua caliente tomó contacto con su piel lesionada. No era nada comparado con lo que había pasado, aunque sí era bastante molesto.

Una ligera cefalea comenzaba a instalarse de nuevo en su cabeza. Los nervios que había pasado le pasaban factura. Rose pasaba con cuidado la esponja por su cuerpo, le lavó el cabello y no dejó que estuviera demasiado tiempo a remojo.

Cuando salió la secó y la ayudó a sentarla de nuevo con una gran toalla alrededor de su cuerpo.

—Voy a buscar un antiséptico no podemos dejar que se infecten estas heridas. —Mary asintió en silencio.

—Gracias —le dijo mientras le cogía ambas manos.

—Somos nosotros los que te estamos agradecidos. Has salvado a John y no solo hablo en el sentido físico —comentó, mientras le acariciaba el brazo.

—Creo que en el fondo nos hemos salvado mutuamente. —El amor los había unido y había hecho que sus vidas dieran un giro radical. En el rostro de Rose también había un sentimiento de cariño por ella—. No quería que fuera a buscarme. Sabía que él nos mataría.

—John al principio estaba como perdido. Después reaccionó y dijo que iba tanto si la policía acudía como si no. No podía dejarte allí. Ha sufrido mucho, imaginando todo lo que podía pasarte, en su rostro se reflejaba toda esa angustia. Es muy buen negociador, pero muy mal actor en el sentido de esconder sus sentimientos en lo que a ti se refiere.

Mary no pudo contestarle. La emoción de sentirse tan querida la embargaba. Asintió con la cabeza y dejó que la mujer saliera en busca del antiséptico.

Escuchó que se lo pedía a los hombres. Seguro que Michael lo solicitaría por teléfono. Tras unos minutos volvió a entrar con un paquete de gasas, el antiséptico y unos apósitos.

En un acto de valentía, antes de que empezara a curarla, hizo resbalar la toalla y se miró en el espejo. Al principio se asustó, pero después intentó adaptarse a lo que veía. Su cuerpo parecía un mapa. Sobre la pálida piel, erosiones múltiples y hematomas en la cara rompían la integridad cutánea y pintaban diferentes coloridos sobre ella.

Rose empezó a curarla y colocó los apósitos sobre las heridas más grandes. Después la vistió con un suave camisón de raso con tirantes de color melocotón que le llegaba a los pies. Rose era maravillosa en proveerla de ropa y cosas cuando más lo necesitaba.

Tras ello pudo lavarse los dientes y eliminó el mal sabor de boca. Bebió un poco de agua despacio pues notaba la garganta en carne viva.

La ayudó a sentarse para poder secarle el pelo. Mientras lo hacía John apareció en la puerta.

Observó que debía haberse dado una ducha en alguna de las otras habitaciones, llevaba el cabello húmedo y se había cambiado de ropa. Una camiseta de algodón y unos pantalones de chándal cubrían su musculoso cuerpo, iba descalzo y no apartaba la mirada de ella.

Suponía que ambos necesitaban ese contacto visual para asegurarse de que estaban bien dentro de la situación que acababan de atravesar. Cuando Rose terminó, John entró en el amplio baño y volvió a cogerla en brazos.

—Gracias. Nos vamos a la cama. Cuando nos despertemos os llamamos. —John habló en tono bajo y antes de salir le dio un beso en la mejilla a Rose.

—De acuerdo. —Rose asintió y apartó una lágrima rebelde con un gesto rápido.

John la llevó al dormitorio. Cerró la puerta y supuso que los demás también se retirarían a sus habitaciones a descansar. Por un momento pensó en Michael y que estaba solo sin nadie con quién poder consolarse. Creía que también lo había pasado muy mal.

John la colocó sobre la cama apoyada sobre dos grandes cojines. Él se sentó de cara a ella

cogió sus manos y se las llevó a los labios sin dejar de mirarla. No hacían falta las palabras. Su tacto y sus ojos lo decían todo. Mary levantó las manos y las pasó sobre su cabello, atrayéndolo hacia ella. Lo besó con cuidado. Una suave caricia. Tenía la boca hinchada por los golpes que le había propinado Max.

—Te amo —dijo John a pocos centímetros de su cara una vez terminó el beso—. No podría haber vivido si te hubiera matado. Odio que haya muerto y no pague por todo lo que nos ha hecho. Ojalá hubiera podido desenmascararlo ante la policía y toda la sociedad mientras vivía. Ahora el muy cabrón espero que esté en el infierno.

—Y el cómplice, ¿lo han atrapado? ¿Qué pasará con sus empresas? ¿Con la gente que trabaja en ellas? —preguntó Mary. Muchos inocentes pagarían de forma injusta por las fechorías de su jefe. Además, si no habían detenido al tipo que la cogió en su casa podría volver y seguirían viviendo con miedo.

—La policía está en ello. No quiero que te preocupes. No habrá miedo en nuestras vidas. Lo han identificado gracias a las cámaras de la calle. No fueron tan inteligentes como creían. Sabemos que es el mismo que provocó la explosión en la oficina. Su constitución lo delata. —Su mirada cambió de la ira a la determinación—. Sobre sus empresas creo que algunos de nosotros, los magnates de los negocios, intentaremos hacer una opa y quedarnos con ellas, o al menos las repartiremos. En mi caso, si puedo, todos conservaran sus trabajos. A pesar de ser un malnacido, sus empresas son muy fructíferas, pienso que tan solo pasarán de unas manos a otras —dijo con un encogimiento de hombros. No parecía preocuparle mucho.

—No quiero que siempre miremos sobre nuestro hombro, pensando en que volveremos a pasar por una situación como la que hemos vivido. —Mary estaba segura de que necesitaban tranquilidad para poder evolucionar en su relación.

—Necesitaremos siempre seguridad es inevitable cuando se tiene dinero. Pero no llegaremos a estos extremos, te lo prometo. —John volvió a acercarse a ella y la volvió a besar.

—¿Quieres tomar algún calmante? ¿Alguna pastilla para dormir?

—No quiero ninguna pastilla solo te necesito a ti a mi lado.

John asintió y se acostó a su lado, dejando encendida la tenue luz de la lámpara que había sobre la mesita de noche de su lado de la cama.

Mary apoyó la cabeza sobre su hombro, y buscó una posición cómoda. No estaba segura de poder dormir, pero al menos procuraría descansar. Suponía que al día siguiente regresarían a Nueva York tras haber pasado por la comisaría a declarar.

John le cogió la mano y jugó con ella sobre su torso. De vez en cuando sentía cómo la besaba en la coronilla. No había parado de hacerlo desde que la sacó de la habitación de la cabaña. Todo había sido tan horrible, por suerte la calidez que John le transmitía, hizo que al final durmiera.

John no pudo dormir. Su corazón y su mente no lo habían permitido. Lo único bueno es que Mary sí descansó. Lo sintió cuando su respiración se hizo más pausada y sus dedos resbalaron de su mano y quedaron relajados sobre su torso.

Eso le había permitido pensar en lo que ella le había preguntado. No la había engañado. Tendrían seguridad el resto de sus vidas, aunque creía que la policía detendría al cómplice de Max y que pagaría por todo su sufrimiento.

Mientras Rose se había encargado de Mary, había aprovechado a ir a la habitación de Michael para quitarse el micro y devolver la camisa en donde llevaba la cámara en un botón y darse una

ducha muy caliente.

Notaba toda la musculatura tensa por los nervios y por el forcejeo con Max por obtener el control de la pistola. Había querido matarlo, y al final había sido un accidente. Cuando declarara lo dejaría claro, no quería más problemas de los que habían pasado.

Todo el mundo sabía gracias a los micros y cámaras lo sucedido. El disparo que lo había matado había sido en defensa propia y de Mary.

En referencia a sus empresas, tras conocerse todo lo sucedido, perderían su valor en el mercado. Los tiburones como él se lanzarían sobre ellas y era verdad que las que quedaran en su poder, intentarían que los trabajadores mantuvieran sus puestos de trabajo. Sería complicado. Todos querían su trozo de pastel. No habría piedad. Los negocios eran negocios.

Había hablado con Michael y habían programado su vuelta a la ciudad tras arreglar lo de la comisaría. En el aeródromo les esperaba un helicóptero. Parte de los agentes y de la policía ya había regresado a la ciudad. La científica acudiría por la mañana. Esperaba que terminaran pronto.

Contratarían una empresa del pueblo para que lo limpiaran todo. Pintarían la casa y cambiaría la cama. Compraría una tamaño *King size* para que los dos estuvieran cómodos. Volverían. Debían enfrentarse a lo vivido en la pequeña casita. Además, reconstruirían la casa familiar, Rose Hall volvería a resurgir de las cenizas.

Mientras tanto vivirían en Nueva York y se escaparían a la cabaña cuando quisieran estar solos. Pensaba que sería bonito organizar un viaje, quizás un crucero con toda la familia. Todos se merecían unas vacaciones. Tras las fiestas navideñas sería una buena época.

Perdido en sus pensamientos no se dio cuenta de que el tiempo había pasado. La luz del día comenzó a colarse por entre las rendijas de la persiana. Cansado de estar echado dejó a Mary, que continuaba durmiendo, en la cama.

Fue al cuarto de baño y volvió a darse una ducha. Se afeitó y observó las oscuras ojeras que rodeaban sus ojos. No le importaba su aspecto estaba feliz de que todo hubiera pasado. Lo del arresto del tipo era solo cuestión de tiempo.

Comprobó que Mary seguía durmiendo y fue al saloncito de la habitación y llamó para solicitar el desayuno. Café, necesitaba mucho café, iba a ser un día muy largo y con muchas cosas que hacer.

Mientras tomaba su segunda taza llamaron a la puerta, abrió y allí estaba Michael.

—¿Has dormido algo? —le preguntó su amigo mientras entraba.

—No. Ya dormiré esta noche. ¿Alguna noticia?

—Sí, lo han cogido —dijo Michael y se sirvió un café—, fue bueno tener vigilado el aeropuerto. Volvió en la misma avioneta que los trajo hasta aquí. Las cámaras captaron su imagen con claridad y los agentes lo siguieron hasta su casa. Allí lo detuvieron. Él lo niega todo, pero en el registro de su hogar han encontrado el mismo material que se utilizó en la explosión de la oficina. Las cámaras de la calle donde vive Mary confirman que fue él quien la llevaba sobre su hombro hasta que la metió en un coche.

—Una preocupación menos —dijo John con cierta satisfacción.

—¿Y Mary? ¿Cómo lo lleva?

—Está dormida, se quedó tranquila cuando nos acostamos. Le fue bien el baño, la relajó y de momento continúa descansando.

—Bien, me alegro —comentó Michael que se sirvió una segunda taza de café.

Mary apareció y se apoyó en la jamba de la puerta. Tenía el cabello revuelto y los ojos

hinchados. A pesar de todos los hematomas y heridas estaba muy bella.

John se levantó y fue hacia ella. La abrazó y le susurró palabras cariñosas que esperaba que su amigo no llegara a captar.

—¿Quieres un café? —le preguntó Michael a Mary.

—Sí, por favor —contestó ella que caminaba despacio hacia el sofá y se sentaba con cuidado. John se colocó a su lado.

Llamaron a la puerta y Michael fue a abrir.

Rose y Bob estaban allí. Entraron y al final desayunaron todos juntos. A pesar de lo ocurrido y del cansancio que habían conllevado los nervios, en general, lucían bastante buen aspecto y poseían más energía de la que pensaban.

Tras arreglarse salieron del hotel y se dirigieron a la comisaría. Presentaron sus declaraciones y con los todoterrenos se desplazaron al aeródromo en donde los esperaba un helicóptero.

En poco tiempo llegaron a Nueva York. John no quería separarse de Mary, aunque ya sabía que no había peligro. La acompañó a su apartamento y recogieron sus cosas mientras Bob y Rose iban a encargarse de la casa. Michael debía hablar con la policía y con sus agentes. Le había comentado que tenía varias ideas para mejorar la seguridad y pensó que le iría bien encaminar su energía en ello. Así no se sentiría tan culpable por todo lo sucedido.

—¿Estás bien? —le preguntó Mary, mientras lo abrazaba por detrás. Era ya de noche y estaban en su habitación. Se había quedado ensimismado, mirando a través de la ventana la impresionante ciudad.

Ella vestía un bonito camión de tirantes de color manzana. Su cabello corto enmarcaba su cara. Era preciosa. Él llevaba unos pantalones oscuros de seda que le caían sobre las caderas que dejaban su torso a la vista.

—Sí —contestó. Se dio la vuelta y la abrazó.

No había parado de hacerlo en todo el día. Una vez tuvieron el coche cargado con casi todas sus cosas las trasladaron al dúplex. Las dejaron en una habitación de invitados, hasta que encontraran el lugar adecuado para colocarlas.

—He estado pensando que no hace falta que ubiquemos todas mis cosas. Tu casa ya es impresionante —dijo Mary sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Pues yo creo que a lo mejor valdría la pena que tú y Rose la redecoréis de nuevo. Quiero que te sientas a gusto aquí. Es tu casa también. Quizás incluso podíamos vender este y comprar uno nuevo más cerca de Central Park. —En su rostro apareció una sonrisa, sopesaba el negocio y pensó que a lo mejor valdría la pena.

—Ese es mucho gasto. Además tienes que reconstruir Rose Hall. —Mary lo dijo en un tono de seriedad que no esperaba.

—Querida, puedo decirte que no me arruinaré al hacerlo. Sería una muy buena inversión. Quiero lo mejor para mi familia —susurró mientras inclinaba la cabeza para darle un suave beso en los labios que todavía estaban lastimados.

Mary le pasó la mano por el cabello para acercarlo más y que profundizara el beso, pero él sabía que podía hacerle daño con su pasión. Dejaría pasar unos días hasta que ella estuviera mejor. Ella al final asintió.

—Bueno, haz lo que quieras. Seguro que lo harás tanto si te digo mi opinión como si no.

—Siempre te escucho, después hago lo que creo conveniente —dijo con una gran sonrisa de suficiencia. Lo conocía mucho mejor de lo que parecía.

La cogió de la mano y acompañándola hasta la cama hizo que se sentara. John se puso de

rodillas delante de ella. Abrió el primer cajón de la mesita y sacó un pequeño paquete.

—Y como sé lo que es conveniente para los dos... ¿quieres casarte conmigo? —le preguntó mientras sacaba un precioso anillo con una esmeralda rodeada de pequeños diamantes y lo colocaba en su dedo anular—. ¿Te has quedado sin palabras? —ella no había dicho nada.

Su rostro solo demostraba incredulidad. Era muy expresiva. Lo miraba a él y después bajaba la vista hasta su mano, eso lo repitió varias veces, hasta que observó que tragaba saliva y cerraba los ojos con una dulce sonrisa en la boca.

—Sí. Es toda una sorpresa, no me lo esperaba. Tan solo hace unas pocas semanas que nos conocemos, aunque todo ha sido muy intenso. Quizás deberíamos esperar un poco —dijo ella con convicción en la voz.

—Piensa que este sería mi mejor regalo de Navidad —comentó John, intentando hacerle un poco de chantaje emocional.

—No. Esperaremos y ya veremos cómo nos va. Todavía no hemos comenzado una vida normal. Quiero saber si vamos a ser tan compatibles como lo hemos sido en todas las adversidades que nos han sucedido —dijo Mary y negaba con la cabeza.

—Vale. No más de seis meses —comentó, entrecerrando los ojos John.

—Eres un negociador muy duro. —Ella hizo como que se lo pensaba—. De acuerdo.

Le tendió la mano y firmaron el pacto con un apretón de manos.

Ambos sonrieron. Se acostaron y esa noche sí que durmieron profundamente. Necesitaban el descanso. Al día siguiente les esperaban muchas emociones. Era Navidad y Papá Noel les había entregado a los dos el mejor regalo: amor.



## Epílogo

Al final no fueron seis meses. Mary se salió con la suya y esperaron un poco más. El día veinticinco de diciembre se casaron en una ceremonia íntima en la que solo estaban sus familiares y amigos más allegados. Ella llevaba un precioso vestido de color marfil con corte imperio. El cabello continuaba corto, pero se puso una diadema de flores diminutas de diferentes colores y como ramo unas ponías de color crema y rosa. Fue una bonita fiesta. Todo lo sucedido había quedado en el pasado, aunque de vez en cuando las conversaciones que mantenían derivaban en el intento de asesinato y el secuestro.

John pensaba que no era malo hablar sobre ello parecía que al hacerlo lo superaban poco a poco.

Cuando Mary tiró el ramo de novia fue Bob el que lo cogió de casualidad, todos se carcajearon cuando vieron la cara consternada que tenía, mientras pasaba el ramo a Rose y a la inversa.

Así que, sin sospechar nada, tuvieron otra sorpresa esas Navidades. Bob y Rose se casaron el primer día del año. No habían dicho nada a nadie. Convocaron a Mary, John y Michael a medio día para que acudieran a una pequeña parroquia de la ciudad como si fueran a celebrar una misa por el primer día del año.

Cuando estuvieron todos allí, les dieron la noticia por lo que su celebración fue muchísimo más sencilla que la de John y Mary.

Los negocios de John prosperaron. Compró lo que pudo de las empresas de Max y mantuvo a todos los trabajadores tal y como había prometido. Mary continuó con su librería, que gracias a una nueva inyección de capital, proveniente de John, la impulsó hasta ser un referente en el libro físico de la Gran Manzana.

Michael fundó una segunda empresa de seguridad que amplió sus tentáculos hasta saltar de América a Inglaterra. Parecía que allí había encontrado a una mujer que hacía que se pasara el día renegando de la imprudencia de las mujeres. John pensaba que su amigo había caído en las redes del amor, pese a que su aspecto no lo indicara. Lo que no tenía explicación era la continua guerra verbal que mantenían Michael y Sophie. La amiga de Mary era también muy protectora. A veces era divertido verlos interactuar de esa manera, ¿quizás estaba equivocado en referencia a la mujer inglesa y solo protestaba por qué en realidad era una imprudente?

Cambiaron el dúplex por un piso que ocupaba toda la última planta de uno de sus edificios. De esa manera todos encontraron su espacio sin invadirse los unos a los otros.

Dos años más tarde, Rose Hall fue reconstruida y si ya antes era magnífica, entonces lo era más. Aprendieron de los errores cometidos, por lo que los planos fueron mejorados y la seguridad fue primordial. No volverían a pasar miedo en sus casas ni se sentirían inseguros.

Consiguieron un permiso del ayuntamiento para poder hacer un camino desde Rose Hall hasta la cabaña. Era un proyecto que no impactaría en el medio ambiente, su intención era poder ir caminando por un sendero o en bicicleta hasta la casa. La querían porque les proporcionaba en

poco tiempo el poder desaparecer y gozar de más intimidad, llevando una vida más sencilla. Incluso Bob y Rose la utilizaban de vez en cuando.

En una de esas escapadas fue cuando Mary le comunicó a John que estaba embarazada.

—Debo dar gracias al accidente que me trajo hasta ti —dijo John cuando estuvieron sobre la cama y le besaba el vientre que todavía no había comenzado a crecer.

—Y yo debo dar las gracias a que tuve el impulso, a pesar de mi miedo, de ir en busca de supervivientes.

No todo era tan perfecto. De vez en cuando mantenían sus discusiones sobre el carácter controlador de John, pero siempre prevalecía el amor y la lógica en sus vidas.

John valoraba más que nada los cambios sufridos en su vida desde que estuvo a punto de morir en aquel intento de asesinato. Solo esperaba que Max Lowell permaneciera en el infierno mientras ellos se amaban y vivían la vida lo mejor posible, rodeados de amigos y de familiares.

La llegada de un nuevo miembro sería una nueva aventura en la que todos serían partícipes.

## Dedicatoria y agradecimientos

Dedicado a mis hermanos Nacho y Guillermo. Sois los mejores.

*In memoriam* a Juan Antonio, nos habría gustado conocerte.

Agradecer a mi madre el apoyo incondicional y el amor que siempre nos demuestra, junto con mis hermanos, cuñadas y sobrinos, que son el núcleo duro de la familia.

A los Álvarez y a los Vera, familias que forman «piña». Este año hemos podido reunirnos y celebrar eventos geniales.

A María José Losada y a todo el equipo de eTerciopelo y Roca Editorial por ofrecerme la oportunidad de esta nueva aventura.

A mis amigas Gemma, Cinta y María José que aunque no nos veamos, estamos más cerca que muchas otras personas que coinciden cada día.

A todos mis amigos y compañeros de trabajo por aguantar mis «mítines».

A las autoras españolas y extranjeras que con cada obra me enseñan y mantienen viva el alma de la literatura romántica.

© 2019, Cris Tremps

Primera edición en este formato: octubre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

ISBN: 978-84-17705-42-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.